
CENIZAS Y ALAS DE ANGEL

(Colección: *"Old World of Darkness"* ~
"Viejo Mundo de Tinieblas", Grupo: "Demonio")

(Saga: "Los Caídos", vol.01)

GREG STOLZE

"Ashes and Angel Wings" © 2003

Traducción: Arturo Echevarren

[*«Un árbol fatal allí se alza, del Conocimiento llamado,
cuyos frutos no se pueden probar.»*
~ MILTON, "El Paraíso Perdido", Libro IV]

PRÓLOGO

En la oscuridad había una mente.

La mente estaba sola en la oscuridad, porque la oscuridad era, por sí sola, casi soledad en estado puro. La mente no tenía cuerpo. No tenía ojos para ver que no había nada que ver a su alrededor. No tenía boca para gritar ni manos para arañar infructuosamente buscando una salida.

Era pensamiento y memoria, únicamente, sin ni siquiera la distracción de la agonía física.

El tiempo carecía de significado en la oscuridad. Durante el primer periodo de tiempo, la mente había rabiado contra su prisión. No sabía cuánto había durado su rabia. Podrían haber sido cinco minutos. Podrían haber sido cinco mil años.

Cuando su rabia se hubo extinguido, la mente sufrió. Una vez había vivido en un mundo de rayos de sol y manzanas y pájaros de

brillantes colores. Los peces saltaban, los árboles crecían, las nubes grababan poesía en el cielo iluminado por el amanecer. La mente había sido llamada Hasmed. Había servido con honor y distinción; había adorado sus quehaceres y se había complacido en su ejecución. Había poseído un cuerpo, había tenido amigos y había conocido el amor.

Ahora no tenía nada. Ni siquiera dolor o esperanza. Porque el mundo que Hasmed había conocido estaba tan perdido, tan quebrantado, tan aniquilado como él mismo.

Tras el sufrimiento, Hasmed desesperó. Se preguntaba si este padecimiento, este tormento, era el que el Hacedor de Todo había sentido antes de la Creación. Sin duda ningún otro sufrimiento habría impelido a un ser perfecto a crear un mundo lleno de tachas. Pero el enloquecedor silencio, silencio que no era meramente la ausencia de sonido sino su imposibilidad, y la oscuridad más allá de la oscuridad y el abrumador y paralizante terror de ser todo lo que había, de ser un universo en sí mismo, todo ello, sin duda, podría conducir a la locura incluso a una entidad infinita.

Y, para una entidad infinita, toda locura sería igualmente infinita.

Estos miedos colmaban la mente de Hasmed, que era lo único que quedaba de él. El cosmos había sido condenado desde el principio. Todo él, la gloria, la corrupción, la esperanza, el horror, el orgullo del desafío y la brutalidad de la Guerra en la Tierra como en el Cielo, todo había sido previamente dispuesto. El final estaba inscrito en piedra antes de que la primera palabra fuera exhalada.

Hasmed estaba sumido en su desesperación cuando oyó la voz.

La voz era conocida para él, era una voz del mundo. En épocas pretéritas, o quizás sólo momentos, esa voz había pertenecido a Vodantu, un ser como Hasmed. Como Hasmed, Vodantu había sido condenado. Como Hasmed, Vodantu había sido encerrado en una nulidad privada. Pero, al contrario que Hasmed, Vodantu aún era lo suficientemente fuerte para comunicarse.

Los seres como él, antaño llamados Elohim, habían sido los gobernantes de la Creación y su esencia se había difundido por cada lejano rincón del cosmos. Incluso el tormento en el que estaban confinados tenía repercusiones más allá de ese lugar, en un espacio

que no era la nada. Aunque habían caído, algunos aún tenían la fuerza necesaria para sacudir sus prisiones únicamente con su mente, emanando vibraciones de su voluntad que se desplegaban para establecer débiles y precarios contactos con sus congéneres.

–HASMED –dijo la voz de Vodantu–, ATIENDE.

Hasmed la ignoró.

–TE NECESITO, HASMED. TENGO UNA MISIÓN.

Sin embargo, el prisionero nada contestó.

Entonces Vodantu habló en el idioma verdadero de la realidad y Hasmed no pudo ignorarlo, porque la palabra que Vodantu había pronunciado era el propio Hasmed, escrito en el libro de la existencia. Vodantu conocía el Verdadero Nombre de Hasmed, y por él fue compelido Hasmed.

–¿Qué quieres de mí? –preguntó Hasmed hoscamente.

–LOS MUROS DE NUESTRO AISLAMIENTO SE ESTÁN RESQUEBRAJANDO –contestó Vodantu–. A TRAVÉS DE ELLOS ALGUNOS DE NUESTROS CONGÉNERES INFERIORES SE ESTÁN FILTRANDO Y REGRESAN AL REINO FÍSICO.

–¿Y crees que también yo podría escapar?

–AUNQUE FUISTE UNA VEZ PODEROSO, SÉ QUE QUEDASTE MUY MERMADO EN LA GUERRA. PODRÍAS ESCAPAR. TE ORDENO QUE LO INTENTES.

–¿Con qué fin? Nuestra causa fue condenada cuando el mundo era joven. Ahora el cosmos está avejentado y en clara decadencia, quebrado por la maldición de El Anciano de los Días. ¿Qué podemos ganar si escapamos?

–NO PREGUNTES QUÉ PODEMOS GANAR, SINO QUÉ PODEMOS PERDER –repuso Vodantu–. SI APLICAMOS NUESTRA VOLUNTAD EN EL MUNDO DE LOS HOMBRES, PODEMOS ACELERAR SU DESTRUCCIÓN. ¿ACASO NO FUE ESTO LO QUE PREDIJO AHRIMAL EL MALDITO TIEMPO ATRÁS? Y CON EL MUNDO ANIQUILADO, ¿QUÉ PUEDE MANTERNOS SELLADOS? SIN LOS LIMITES DE LA EXISTENCIA, NUESTRO REINO DE TORMENTO SE DERRUMBARÁ. UNA VEZ DESTRUIDA NUESTRA CÁRCEL, YA SIN NINGÚN LUGAR QUE NOS RETENGA NI ESPACIO QUE PUEDA CONTENERNOS, LA MALDICIÓN DE

NUESTRA CONSCIENCIA CAERÁ SIN DUDA DEL MISMO MODO. CUANDO LA CREACIÓN RESULTE ANULADA, TAMBIÉN NOSOTROS LO SEREMOS. PODREMOS, POR FIN, DEJAR DE EXISTIR. PODREMOS FINALMENTE LIBERARNOS DEL PESO DE NOSOTROS MISMOS.

–No lo creo. El Creador de Todo es demasiado rencoroso. El que está por Encima hallaría algún medio de prolongar nuestra tortura, incluso tras el fin del mundo.

–NO TE HE PEDIDO TU OPINIÓN, HASMED. RECLAMO TU OBEDIENCIA.

–Envía a otro. Envía a Joriel, a Rabbadün, envía a alguien al que aún le interese el mundo lo suficiente como para destruirlo.

–YA HAN SIDO ENVIADOS. AHORA TÚ TAMBIÉN LO SERÁS.

Hasmed se resistió, pero no podía prevalecer sobre la llamada de su propia naturaleza. Gritando en silencio, Hasmed el maldito fue arrancado de su prisión sin luz y arrojado una vez más a la tormenta de la existencia.

Mikey tenía dolor de cabeza.

Si hubiera sido un dolor común, Mikey se habría tomado un par de aspirinas y quizás un trago de whisky y todo arreglado. Pero este no era un dolor de cabeza normal.

Los había tenido antes y había preguntado al doctor sobre ellos con cierta preocupación. El doctor le dijo que parecían las típicas migrañas y le prescribió un medicamento llamado Cafergot. A veces daba resultado, otras, no.

Hoy no lo hacía.

Hoy Mikey Diamond tenía la extraña sensación de que algo andaba mal cuando su visión comenzó a nublarse. Esto era típico de las migrañas; el doctor lo había llamado "aura visual": presión que

incide en el nervio óptico y provoca una mancha creciente en su visión ocular. A continuación, remite y desaparece.

El aura visual era, en opinión de Mikey, una putada. No se nublaban como crees; era como si el área afectada se ignorara, como si su mente empapelara esa zona o la barriese debajo de una alfombra. Podría costarle algo de tiempo darse cuenta de que pasaba algo, de que había un espacio en el que los objetos desaparecían. Nunca ocurría esto en el centro de su campo visual sino en sus márgenes. Si estaba leyendo el periódico, los anuncios del borde se desvanecían. Mientras conducía por las calles, de pronto era como si no tuviera espejo retrovisor. Pero entonces miraba, es decir, movía los ojos y dirigía su vista para ver, y el espejo o el anuncio o su propia mano estaban allí, justo donde se suponía que estaban.

El doctor había tratado de explicárselo. Le había dicho que todas las personas tienen un punto ciego. Es natural; el lugar donde el nervio óptico se conecta con el globo ocular o con el cerebro o algo así. Así que este tenía la habilidad de ignorar de algún modo los pequeños agujeros del campo de visión. O, en el caso del aura de una migraña, *grandes* agujeros.

El aura se hacía más y más grande hasta que ya no se podía más (hasta que sus piernas se desvanecían si no bajaba la vista o hasta que todo cuanto estaba a su derecha se volvía simplemente invisible), y luego desaparecía.

Era bastante desasosegante.

De hecho, la primera vez que Mikey tuvo una migraña fue en el colegio. Le molestaba tanto el aura que la enfermera escolar lo envió a casa, a pesar de que no había visto nada raro al hacer el reconocimiento. El joven Mikey estaba realmente aterrorizado. Había llegado a pensar que era simplemente estrés por la preocupación de pensar en perder la vista.

Ese primer dolor de cabeza no había sido tan malo.

Ahora, a los treinta y nueve de edad, los dolores eran realmente jodidos. Tanto, que le hacían gritar. Entonces empeoraban y ya ni siquiera podía hacerlo. Empezaron siendo dolorosos y continuaron intensificándose. Llegaron a ser tan lacerantes que pensaba que nunca había experimentado un sufrimiento mayor. Entonces se volvían

aún peores y recordaba la última migraña, que no había sido tan fuerte.

En el transcurso de su vida, Mikey Diamond había recibido un golpe en la nuca con un palo de billar. Había sentido una especie de sacudida eléctrica que descendía por todo su cuerpo hasta los dedos de los pies y que casi lo había dejado seco en el sitio, pero no había sido más doloroso que esto. En una memorable ocasión, un oficial de policía le había atizado con su porra en la entrepierna y lo habían tenido que hospitalizar después de que su testículo derecho se hinchara hasta alcanzar el tamaño de una manzana pequeña. Sin embargo, no había dolido tanto como una migraña.

Estas migrañas habían enseñado a Mikey que existían tres niveles de dolor. El primer nivel era sólo dolor, todo lo comprendido entre un corte con una hoja y un puñetazo en la mandíbula. Nada especial. Después estaba el dolor *serio*, aquel en el que estás verdaderamente asustado pensando que te vas a morir. El palo de billar y la porra eran del tipo serio.

Sólo las migrañas eran de nivel tres. En este estadio te aterroriza saber que no vas a morir, que, de algún modo, vas a seguir viviendo años y años, atormentados y miserables, sin poder pensar y sin morir. A causa de estos dolores mantenía sus pistolas con el seguro puesto y guardaba una jeringuilla con algo de heroína pura oculta en el cajón donde escondía las armas.

La mayoría de la gente se coge la baja y se va a casa cuando su visión falla y el sufrimiento es tan intenso que el suicidio parece perfectamente razonable. Casi todo el mundo tiene trabajos tradicionales, pero Mikey Diamond no. Su oficio no incluye días de baja ni vacaciones pagadas ni seguro dental. Pero, al menos, no tiene que preocuparse de Hacienda o de las cuotas de la Seguridad Social.

Mikey era un gángster, un mafioso, un criminal, y no creía que la gente de su equipo lo respetara mucho si desatendía sus deberes por un dolor de cabeza.

Antes de ganarse un mote como "Mikey Dolor de cabeza" o "Mike Migrañas", prefería mantener su condición en secreto. A decir verdad, nunca había interferido en su trabajo. Generalmente sólo tenía una migraña al año. Eran muy poco frecuentes. De hecho, era

afortunado. Pero, en los días que vinieron, no se sintió afortunado en absoluto.

El día en que Mikey Diamond padeció su última migraña, estaba trabajando. Se suponía que no era una misión difícil. Había pasado la mañana y parte de la tarde amenazando morosos. Ahora tenía que encontrar a Harvey Ciullo y exigirle que pagara el dinero que debía a Dennis Porter. Si Harv no podía hacerlo (y Diamond estaba seguro de que no, por lo bien que conocía a Harvey), Mikey le pediría los intereses del préstamo, que aquel había pedido para cubrir sus deudas de juego. Cuando Harv comenzara a hilar débiles excusas sobre por qué no había podido reunir la pasta, probablemente Mikey se vería obligado a hacerle algo de daño. Nada permanente, por ahora. Después de todo, aún existía alguna posibilidad de que con sus rodillas y pulgares intactos pudiera devolver el efectivo a Dennis o, al menos, cumplir con el pago de los intereses.

Mikey Diamond no era demasiado optimista. Personalmente, esperaba que Harvey le diera esquinazo para así buscarle por la ciudad sin cansarse mucho y luego volver a casa y tumbarse tranquilamente a la bartola.

Cuando aparcó enfrente del bar de Ed, la segunda casa de Harvey, la visión de Mikey era borrosa. En esos momentos estaba entrando en el segundo nivel de dolor.

Naturalmente, Harvey estaba allí. Ni siquiera tenía el sentido común para ocultarse. Mikey suspiró y le pidió que lo acompañara a dar una vuelta y a charlar un poco. Todos los que estaban en el local de Ed guardaban un escrupuloso silencio. Harv farfulló algo entre tartamudeos y trató de darle largas, pero Mikey era bueno en su oficio y consiguió meter a Harvey en el coche.

–Bueno, Mikey, eh... ¿Cómo te va, eh?

Si no hubiera tenido ya un dolor de cabeza, tratar con Ciullo le hubiera provocado uno. Era una opinión prácticamente unánime en los círculos en los que se movía Harvey que era un estúpido inútil. Su cuerpo se asemejaba a una patata, redondo, hinchado y gris. Su cara parecía un lunar de patata, horrorosa y descolorida. Parecía como si se la hubiesen sacado del cuello en contra de su voluntad. Sus ojos tenían pupilas marrones y acuosas, en el centro de una superficie de

color blanco huevo, donde un rosa sanguinolento y un amarillo insalubrementemente pálido pugaban por ser el tono secundario predominante. Su ingobernable mata de pelo castaño estaba cruzada por mechones del color de un sucio estropajo gris, al igual que las cerdas de su barba incipiente que emergían del pliegue entre la primera y la segunda papada. Llevaba un traje marrón barato y una corbata verde y azul. Había comida en ella, lo cual era una mejora.

Su voz era como su cara: algo que no te gustaría tener en el coche. Era baja, tosca y nasal y, cuando pronunciaba sonidos como *ch* o *sh*, se producía una agitación flemosa que hacía que te acordases de tu peor resfriado. Y lo que aún era peor, cuando se quejaba, cosa que sucedía con frecuencia, su voz se volvía aguda como la de un pajarito.

–Mira, Mikey, ya sé de qué va todo esto –dijo Harvey–. De veras que lo sé.

–Muy bien, Harv. Eso me ahorra tiempo. Así que, ¿por qué no nos pasamos por tu casa y lo coges?

–¿Coger?

–El dinero. Ya sabes, el dinero que debes. Te acuerdas, ¿verdad? –El dolor estaba recorriendo el nivel dos a paso ligero, mientras Mikey conducía a Harvey fuera de la ciudad, a una refinería de petróleo abandonada, junto a un centro de tratamiento de aguas residuales.

–Oh, claro que lo recuerdo, Mikey. ¡No podría olvidarlo! Yo no os haría, no os haría eso a vosotros, chicos. Pero hay un problema.

–Un problema.

–El problema es que... no lo tengo.

–Sí, bueno, no me sorprende.

Harvey se quedó callado. En el silencio, Diamond sentía como si su cráneo se estuviese resquebrajando. Metió el dedo bajo sus gafas de sol y se secó una lágrima. No convenía que se viera.

–¿Eh?

–Quiero decir que esa apuesta del Campeonato del Mundo era una puta estupidez, ¿lo sabes?

El paisaje era artificialmente desapacible. Inmensas tuberías y cañerías, paredes de metal herrumbroso y ventanas desvencijadas. El

suelo era polvo. Todas las plantas, excepto las hierbas más estúpidas, habían abandonado el lugar.

–Pensé que iban a ganar.

–Y yo me preguntaba: ¿podrá un imbécil capaz de hacer una apuesta como esa ser lo suficientemente listo como para reunir tanto dinero deprisa? Y, ¿sabes qué, Harvey? –Habían llegado junto a una verja encadenada, pero alguien había forzado el cierre del candado. Mikey lo sabía.

–¿Qué, Mikey?

–La respuesta, obviamente, es no. Sal del coche y abre la verja, ¿vale?

Harvey obedeció. Mike Diamond salió detrás de él y le apuntó. Empezaron a caminar.

–Mira, Mikey...

–No ha sido buena idea, Harv.

–¿Eh?

–¿Quieres escuchar, joder? ¿Qué es lo que he dicho?

–Que no ha... no ha sido una buena idea.

–¿Sabes qué quiero decir?

Los aceitosos ojos de Harvey orbitaban hacia atrás y hacia delante. Incluso con la vista nublada por el dolor, Mikey podía leerlo como un libro abierto. Las expresiones de Harvey eran muy exageradas. El cerebro de Harv estaba embotado por dos pensamientos: las palabras de Mikey que le decían que el asunto de las apuestas no era una buena idea y la absoluta certeza de saber que deber dinero a Dennis Porter y sus amigos sí que era realmente una pésima idea.

–No lo sé, Mikey.

–En fin. Ponte de rodillas.

–Mikey, yo...

Mikey sacó su pistola, que para el trabajo de hoy era una pequeña *beretta* semiautomática. Un poco mayor que una buena billetera. Harvey se arrodilló.

–Mikey, por favor, por el amor de Dios, por favor, Mikey...

El sol estaba comenzando a ponerse. Era de una belleza absoluta.

–Hablemos de la cuota de los intereses, Harvey.

–Oh, Jesús, Mikey, no puedes... Vas a... Oh, vamos...

–La cuota, Harvey. La tienes, ¿no?

–Por favor, Mikey. Te... te estoy rogando, te estoy rogando y suplicando. Te lo suplico, Mikey. Por favor, no me mates, por favor, no lo hagas. Tengo, tengo una hijita, Mikey, tengo...

El tercer estadio de dolor había comenzado y Mikey estaba considerando seriamente meter la pistola en su propia boca. También sentía náuseas. No era por el numerito de Harvey. De hecho, si no hubiese tenido migrañas, habría estado riéndose a carcajadas. Era la sensación de presión en su cabeza, que se extendía por todo el cuerpo. La última vez también le había revuelto el estómago. Le había asaltado en mitad de la noche así que, de rodillas, agarrado al retrete, había estado intentando vomitar. Lo había intentado con todas sus fuerzas pero había sido incapaz. Sabía que no le ayudaría pero tenía alguna esperanza y por ello se esforzaba en conseguirlo.

Ahora tenía de nuevo ganas de vomitar.

–Harvey, no des el coñazo. Cállate y contesta a la pregunta.

–Mikey, no... no puedes hacer esto. Eres un buen católico, ¿verdad? Te he visto salir de la iglesia los domingos. Así que no puedes ir y cargarte aun tío por un poco de dinero. Muy poco dinero. Probablemente tú te gastas una cantidad así en un fin de semana. Tú podrías salvar mi vida con ese miserable puñado de billetes. Sálvame y salva a mi hija.

–Harvey, tú no tienes una hija.

–Nadie sabe nada de esto... Mierda, ni siquiera yo lo sabía hasta el año pasado. Pero, ah. Cristo, Mikey, ella es un ángel, un verdadero ángel y su madre murió. Es horrible. Es una puta tragedia. Soy todo cuanto ella...

–Y no puedes reunir el dinero, ¿no? –Mike le apuntó con su pistola. Harvey se apretaba las manos con fuerza.

–Mikey, por favor, tienes que escucharme, podrías, podrías decirles que no me pudiste encontrar y...

Mikey apretó el gatillo.

Ni siquiera lo pensó. Realmente no quería hacerlo. Era como si su dedo lo hubiese hecho por sí solo. Si hubiera pensado en ello,

habría considerado cuántas personas le habían visto salir con Harvey y cuántas evidencias apuntaban hacia él. Mikey Diamond había hecho eliminaciones antes y no las hacía así. Su trabajo era limpio e impecable. Había traído a Harvey hasta allí sólo para meterle un poco de miedo, pero se había hartado.

El disparo fue dolorosamente molesto para sus oídos, sensibilizados por el dolor de cabeza.

Harvey cayó al suelo con un agujero en el centro de su frente, fruto de la bala que había perforado su cerebro. Con un sonido acuoso, uno de sus ojos se desprendió y se salió un par de milímetros de la cuenca.

No había orificio de salida.

Cayó al suelo.

—Ah, mierda —gruñó Mikey, mientras se volvía para tratar de vomitar.

* * *

Una tormenta se había desencadenado en las oscuras profundidades que se extendían más allá del espacio. Se abrió paso con furia por el mundo de los muertos y los olvidados, doloridos vientos que se deslizaban entre fantasmas de edificios derribados, sacudiendo las hojas de árboles calcinados, rasgando las almas de niños muertos. Era un viento de dolor y una lluvia de lamento.

Cuando Hasmed se retorció, empujó y liberó de su confinamiento, la tormenta era cuanto encontró. Estaba zarandeado y sacudido, desgarrado y torturado, pero al menos era algo.

En épocas pasadas, Hasmed había sido un protector. Sus obligaciones le habían proporcionado un instinto para captar el miedo y tal habilidad aún era fuerte. Incluso doblegado por sus batallas y su aprisionamiento, aún podía oír la llamada de un alma presa del terror. Movido por un nuevo impulso, se dirigió con dificultad hacia el miedo.

En la oscuridad del espacio muerto, Hasmed podía percibir vagamente dos hombres. Uno apenas era visible, era una forma casi sugerida, de pie, y que apuntaba con un objeto al otro. Hasmed sospechó que era un arma, porque era mucho más fácil de ver que el

portador. El otro hombre era más claro, iluminado y destacado por el pánico que le desbordaba.

Se produjo un súbito destello cegador, una grieta de luz diurna en las tinieblas lluviosas del mundo, y Hasmed descendió por la brecha, hacia lo físico, hacia lo real.

Pudo ver cómo caía al suelo el hombre temeroso y también pudo ver su alma. Era pequeña y débil, pero se debatía con fiereza. El arma lo estaba matando, algo estaba abriéndose paso por el cerebro en el que vivía la mente, pero el alma luchaba, tratando de mantenerse con vida, tratando de no perder la coherencia. Nunca había luchado por nada con tanto denuedo pero estaba perdiendo.

El alma se desprendió en ese momento, desesperada por hallar ayuda para asirse a la vida.

Encontró algo tan desesperado y maltrecho como ella misma. Encontró a Hasmed.

Por un momento los dos espíritus, uno del mundo y otro de más allá, se revelaron mutuamente en toda su naturaleza.

—¡Tina! —gritó el alma mortal—. ¡Tina! ¡Ayúdala! ¡Ayuda a Tina! ¡Ayuda a Tina!

Entonces Harvey desapareció, como una señal perdida, un patrón roto en pedazos. Pero Hasmed se había introducido a través de él en el mundo físico.

* * *

Mikey Diamond había dado la espalda a Harvey, así que no pudo ver cómo se erguía el cadáver agujereado.

Hasmed estaba bastante confundido. Desplazarse desde el sosiego infinito de la aniquilación al atardecer de New Jersey en el lapso de unos pocos minutos era toda una conmoción. Mostrarse en un cuerpo con un agujero en el rostro era otro problema, pero el peor era, probablemente, el cerebro perforado.

Mikey había disparado a Harvey con un arma de pequeño calibre. La bala había entrado en el cerebro pero no había tenido la fuerza necesaria para salir de nuevo, así que se había abierto camino hasta perder velocidad y detenerse en un punto muy delicado: la

delgada lámina que separaba el cerebro de Harvey de los senos de su cráneo. Al desgarrarlo, se había relajado la presión que mantenía el ojo izquierdo en su sitio. El plomo había entrado en su conducto nasal y había quedado alojado allí.

La primera acción de Hasmed en su retorno al mundo físico fue meterse un dedo en la nariz y buscar la bala. Como no podía alcanzarla, introdujo el índice y el pulgar bajo el párpado haciendo el globo ocular a un lado para poder llegar al proyectil.

Cuando consiguió extraer la bala sanguinolenta, se sentó y comenzó a recomponer lo mejor que pudo la maltrecha cabeza de Harvey. Estaba en la mitad de su labor cuando divisó a Mikey.

Diamond había percibido algo cuando el cuerpo de Harvey se había erguido. Estaba agachado, tratando inútilmente de vomitar y deseando tener más Cafegot o su jeringuilla de heroína a mano, cuando oyó unos ruidos a su espalda.

Se giró, en realidad sin esperar nada. Tal vez Harv aún estaba teniendo convulsiones. Suele suceder con los muertos con disparos en la cabeza. No esperaba ver a Hasmed renqueando hacia él, mirándole con una fijeza inusitada para tratarse de un cadáver.

Sin dar crédito a lo que estaba viendo, Mikey levantó su arma para disparar de nuevo pero Hasmed se abalanzó sobre él y le agarró la mano con más fuerza de la que habría esperado de Ciullo, incluso vivo.

Lo que aún esperaba menos era que el hombre muerto le mordiera la muñeca.

Mikey no gritaba; su migraña había alcanzado tal punto que podía eclipsar incluso una mano herida. Pero alzó el brazo y lo observó mudo antes de que Hasmed le golpeará en el abdomen.

Mikey era fuerte, pero ese era un golpe tremendo, que hizo que se arqueara hacia delante, como Hasmed había esperado. Habían pasado siglos desde la última vez que combatiera pero las viejas costumbres nunca mueren, incluso en un cuerpo sin reflejos entrenados ni mucho músculo. Hasmed aferró la cabeza de Mikey por el mentón y la base del cráneo, y le dio una patada en la parte de atrás de su rodilla para arrojarlo hacia delante, al suelo. A continuación, agarrando su cadera y sus hombros, los aproximó hasta que el cuello

de Diamond se partió.

Hasmed lo dejó caer sobre el polvo. El crepúsculo era púrpura, con matices de gris carbón. Se sentía sorprendentemente bien. Le había complacido matar a Mikey. Le gustaba tener manos una vez más, tener cuerpo y sentidos.

Mientras la oscuridad se hacía más intensa, se limpió la cara con su chaqueta y luego la arrojó al suelo. El zumbido de cavilaciones y recuerdos abandonados en el cerebro de Harvey era pesado y confuso, pero había un pensamiento, una imagen dominante.

Era una pequeña niña de ojos castaños y cabello rubio y rizado.
Tina.

* * *

Mientras regresaba a la ciudad, la felicidad de Hasmed quedó eclipsada por su brevedad. El cuerpo que había obtenido era claramente endeble y enfermizo. Había sido capaz de sellar la mayor parte del destrozo de su frente pero el ojo se resistía a sus intentos de restablecerlo.

Además de estos problemas obvios, el cuerpo estaba envuelto en una espesa capa de grasa inútil. Los dientes estaban flojos y agujereados, trabados con gomas descoloridas y vencidas. Mientras conducía, encontró dos huecos con la lengua. Los dientes se habían perdido al morder la muñeca de Mikey.

También sentía en la lengua una sensación vil y repugnante. Parecía que tenía una especie de película, que el maltrecho cerebro de Harvey asoció a la nicotina. Esa era también, según parecía, la explicación para la espesa masa de mucosa de su nariz y garganta, la debilidad de sus pulmones y la degeneración que sentía en la sangre y los huesos.

Había un paquete de cigarrillos en la guantera del coche. El cuerpo de Harvey se moría de ganas por uno. Hasmed los tiró por la ventana.

Había dos corrientes de pensamiento en la mente de Harvey. Una se ocupaba de los asuntos mortales abandonados en el cerebro y otra contenía los logros inmortales de la criatura que ahora entraba en

acción.

El cerebro de Harvey estaba desorientado e inquieto, pensando en las huellas dactilares en el cuerpo de Diamond, la sangre, el ADN, el coche, toda la gente que lo había visto... Sentía terror por la Mafia y la pasma y, por encima de todo, le aterrorizaba pensar qué sería de Tina si lo encarcelaban o lo asesinaban.

Hasmed trataba de pensar cómo establecer algún tipo de fuente de poder en el mundo mortal, algo que lo protegiera de las amenazas y que pudiera llegar a reunir suficiente energía para convocar a Vodantu.

Paulatinamente, mientras el espíritu y el cerebro se amoldaban el uno a otro, las dos corrientes se fueron encontrando. Los problemas que causaban desazón y nerviosismo al gallina de Harvey eran poco más que tonterías para Hasmed.

Primero, Mikey Diamond. Las evidencias incluían la chaqueta ensangrentada de Harvey, el cuerpo de Diamond, su coche y los testigos del bar.

El cuerpo y la chaqueta estaban en un lugar alejado y oscuro. Era improbable que alguien los encontrara inmediatamente. Podría regresar más tarde, enterrar el cadáver y quemar la chaqueta. Sin problema. Mejor aún, meter el cuerpo en un bidón y prenderle fuego. Necesitaría un bidón, un martillo y una pala.

El coche no era especialmente llamativo. Si le quitaba la matrícula, se deshacía del registro y de los tapacubos, podría ir a Nueva York, vendérselo a Juan en Harlem y tener la absoluta certeza de que ya estaría desguazado para el próximo domingo.

Lo de los testigos ya era más problemático pero no hablarían con la policía. E incluso si lo hicieran, los policías conocían a Harvey y a Mikey. Nunca creerían que Harvey lo había hecho, especialmente si no hallaban el cuerpo.

Era más probable que la Mafia consiguiera que hablaran, pero tampoco ellos creerían que se había cargado a Mikey. Mentiría y ellos le creerían.

Estas eran las prioridades de Harvey. Eran insistentes pero se podían manejar sin dificultad.

Convocar a Vodantu sería un problema mucho mayor. Hasmed

sentía que sus poderes, que otrora sacudieran los cielos y hendieran montañas, eran débiles. Era una sombra de lo que fue y no sabía cómo recobrar su fuerza original.

Mientras aparcaba el coche de Mikey frente a una anodina hilera de edificios de pequeños apartamentos, Hasmed susurró:

–Vodantu, Vodantu. Óyeme, mi señor. Tu siervo desea hablarte.

Escuchó con atención, pero no oyó nada. No tenía conexión. Los abismos que mediaban entre la prisión de su señor y él eran demasiado profundos para atravesarlos.

Por el momento.

Encogiéndose de hombros, salió del coche y subió las escaleras de su apartamento, donde recibió un golpe en la cara con una sartén de acero.

* * *

La sartén estaba en manos de Helena Schirokauer, la hermanastra de Harvey, que luego se sintió fatal por haberle golpeado. Pero todo había pasado muy rápido. Ésa fue su primera reacción.

Tina estaba en el salón, viendo *Barrio Sésamo*, y Helena estaba en la cocina haciendo una tortilla de patatas. Había oído que la puerta se abría y se había sorprendido bastante, ya que se suponía que Harvey tendría que haber vuelto un par de horas antes. Suponía que estaba abajo en el bar con los inútiles de sus "amigos", tratando de pensar alguna forma de conseguir el dinero que debía. Aun y todo, debería haber llegado mucho antes.

Helena escuchó que Tina preguntaba algo, pero no pudo entender qué decía exactamente. Entonces oyó que Tina corría hacia ella seguida por unos pesados pasos.

Helena conocía a Harvey y ese no era su modo de caminar. No lo pensó conscientemente, pero a un nivel bajo, animal, lo supo. No podría explicar por qué se asustó, pero el caso es que algo hizo que cogiera el mango con fuerza.

Entonces Tina apareció por esquina de la puerta y Helena tuvo un segundo para fijarse en la expresión de la pequeña. Un momento fue suficiente. Tina estaba asustada y fuera de sí.

Medio segundo después, un hombre grande con sangre por toda la cara y la camisa giraba la esquina a sólo un paso de distancia de la niña.

Helena hizo lo que haría cualquiera mujer resuelta. Gritó y le golpeó entre los ojos, tan fuerte como pudo.

Por segunda vez en dos horas, el cuerpo de Ciullo cayó al suelo como un saco de patatas.

Tina lo miró y rodeó con sus brazos el cuerpo de su padre.

–¡Papá! –gritón–. ¡Papá!

Helena se desconcertó y, después de un momento, reconoció los zapatos de su hermanastro.

Hasmed no era el único espíritu que había escapado del tormento del Pozo. Mientras Helena hacía una llamada histérica al Servicio de Emergencias, otro espíritu liberado estaba en Miami preparándose un sandwich.

Su cuerpo se había llamado originariamente Christina Vadrudakis y sus recuerdos aún estaban presentes en él. Un nuevo propietario estaba en la casa pero aún tenía los muebles de su antiguo ocupante, al menos por el momento. Christina aún estaba allí, pero, para continuar la metáfora, había sido encerrada en el sótano y no podía decir nada.

En su actual carné de conducir se podía leer "Angela Meyerhoff". El espíritu que estaba dentro se llamaba Sabriel.

El sandwich era de jamón y queso. Para Christina Vadrudakis era una auténtica delicia: jamón, queso suizo, pan de centeno y alguna salsa para darle un toque especial. A un nivel primario, así era como Sabriel saboreaba el sandwich.

Pero a otro nivel, era consciente de que el jamón era carne de animal muerto, despedazada, procesada y embalsamada en una suerte de mixtura oleaginoso de grasa y productos químicos. El queso

se componía de fluidos animales mezclados con gérmenes y almacenados hasta que se endurecieran y fermentaran antes de que le añadieran sustancias químicas para preservarlo. El pan era otro artificio químico, combinado con trigo pulverizado. En cuanto a la salsa, cuanto menos se dijera acerca de esa emulsión de leche agria y vegetales desecados, mejor.

Sabriel comió el sandwich porque tenía hambre y el cuerpo de Christina lo quería. Sabriel lo odiaba.

Husmeando en el frigorífico, encontró algo llamado "nocilla", que el cuerpo de Christina también recordó con regocijo. Sabriel destapó el envase, metió el dedo y se llevó a la boca una pasta marronácea y espesa. Cacao y avellanas.

Con la nocilla aún en la mano, llegó al salón, donde un hombre vulgar y corriente estaba interpretando una música preciosa.

La música era un concierto de piano de Beethoven y el hombre corriente era Nathaniel Kowalsky, pianista invitado por la Orquesta Sinfónica de Miami. Nate tenía que tocar esa noche y estaba muy nervioso.

Sabriel se colocó detrás de él. Tan cerca que Nate pudo sentir la calidez de su cuerpo, a pesar de que Sabriel, o Angela, tenía el paso silencioso de una gata.

–Suenan muy bien –dijo Sabriel.

–Me alegra que pienses eso –la voz de Nate era calmada y no dejó de tocar. Sabriel le rozó la espalda con la cadera.

–Se te van a salir los dedos.

–Tengo que practicar para esta noche –dijo Nate, mordiéndose el labio. Había conocido a "Angela" dos semanas atrás.

No la voy a mirar. No me voy a girar, pensaba Nate para sus adentros. Pero miró.

Angela era espectacular. Su belleza no era distante, alienante u opresiva. Era baja y delgada, con tan sólo una leve curva bajo su ombligo, como si fuera el vientre hinchado de un bebé. Sus miembros eran suaves y delicados, sin la tensa firmeza fruto de numerosas sesiones de gimnasio. Tenía unos pechos graciosos. Pero la verdadera gloria era su rostro, su dulce y delicado rostro con hoyuelos. Su complexión era para quitarse el sombrero. Realmente sobresalía

entre el océano de bellezas bronceadas de Miami de ojos saltones y artificiales y labios siliconados. Angela parecía un anuncio de levadura de los años cincuenta, salvo por el cabello. Éste era moderno, teñido de naranja zanahoria con gruesas mechuras de rubio ceniciento. Nunca estaba desaliñado y siempre le quedaba excelentemente bien.

Mientras Nate la observaba, Angela le dirigió una expresiva mirada, pasó su delicado dedo por la nocilla y lo chupó con parsimoniosa lentitud.

Nate sólo había tenido una amante antes de Angela y la mujer había sido, como él mismo, bastante sencilla. Lo único que la gente recordaba de ella era el hueco entre sus dientes.

Sabriel había adoptado el papel de supermodelo cuando diseñó su nueva apariencia, pero pronto se dio cuenta de que la mayoría de la gente se mostraba distante y bastante confusa junto a tales representaciones de los patrones de belleza en boga. Cuando la miraban, era como si esperaran que comenzara a venderles detergente o vacaciones en crucero o suscripciones a una revista. Era mucho mejor, según constató, estar cerca de la perfección pero tener algunos defectos. Los suficientes como para parecer alcanzable. Los suficientes como para parecer real.

Sabriel era ya toda una experta en hacer que la gente la amara. Ella lo odiaba.

–¿Te sabes la pieza? –preguntó Sabriel.

–¡Claro que me la sé! La llevo tocando desde que tenía doce años.

–Pero, ¿aún necesitas practicar? Debes de ser un alumno lento –dijo con tono burlón y se sentó junto a Nate en el banco del piano.

Inconscientemente, Nate rechazó el contacto del muslo de Angela contra el suyo. No porque le disgustara, sino porque le gustaba demasiado.

Sabriel sintió también el contacto y se llenó de odio. Se acomodó mejor para evitarlo.

–Tú no entiendes –dijo Nate con suavidad.

Angela se apartó un poco y el pianista se mordió de nuevo el labio, descando volver a sentir su tacto.

–Oh, bueno, yo no soy *artista*. Estoy segura de que la profunda,

íntima y mágica relación que tienes con la música es algo que una simple mujer como yo nunca podría comprender.

–Angela...

–Creo que yo sólo podría quedarme fuera con la nariz pegada al cristal...

–¡No es eso!

–...Mientras tu *alma superior de artista* y tú comulgáis con Dios y la naturaleza y la música.

–¡Por favor, por favor! ¡No! ¡Tengo que ensayar! Yo... yo no me creo mejor que tú. Pero, ya sabes... Hal Guelder va a estar entre el público. Y necesito hacerlo realmente bien, ya sabes, también por el director. Miami me ha dado una oportunidad; no puedo decepcionarla.

Estuvieron un momento en silencio.

–Hal Guetder es el de Sony Classics, ¿verdad? –preguntó Angela.

–Me podría conseguir una grabación, Angela.

Angela asintió.

–Lo siento –dijo–. Yo nunca he hecho nada tan bien. ¿Sabes? Nada que me interesara tanto como tú te interesas por esto y estoy celosa.

–A veces no sé si ser... ser un talento es una bendición o una maldición –dijo Nate.

Estaba mintiendo. Nunca había pensado que ser un talento fuera una maldición, pero pensó que podía funcionar con Angela. Sabía que todos esperaban que los músicos fueran temperamentales e hipertensos y que sufrieran por su arte.

Sabriel sabía que Nate mentía, pero no lo reveló.

–Es que me preocupa que puedas agotarte –dijo suavemente.

–Bueno... –Nathaniel miró a Angela y percibió confusión, vergüenza y duda.

Con un cuerpo perfecto, Sabriel nunca habría podido representar de manera tan exacta esas emociones. Nate se acercó y acarició el cabello de Angela.

Sabriel lo odió.

–Yo... yo a veces me esfuerzo más de la cuenta.

–Es que me preocupa que...

–¿Qué?

–Me preocupa que la música signifique siempre más para ti. Eso es lo que quiero decir con "celosa", no que quiera tener lo que tienes, sino...

–Oh, Angela. –Nate se giró en el banco y la abrazó. Entonces la besó y lo hizo con delicadeza y apasionamiento, lleno de confianza y vulnerabilidad. Era intensamente humano.

Sabriel lo odiaba. Metió sus manos bajo la camisa de Nate y acarició la piel desnuda de su espalda con repulsión. Acercó su cara al flanco de su cuello y gimió tras su oreja con repulsión. Odió el pequeño suspiro de Nate y su abrazo cada vez más fuerte y la presión del cuerpo del joven contra el suyo, y sintió rabia hacia él.

Hicieron el amor y Sabriel sintió odio.

Ella odiaba que la amase tanto.

* * *

En la ciudad de Nueva York, una mujer pelirroja y de ojos verdes estaba jugando a cuatro partidas de ajedrez simultáneas contra tres oponentes.

Los cuatro jugadores estaban en un centro de ocio local. Los juegos de ajedrez eran idénticos: cajas de madera barnizada que, al abrirse, mostraban las casillas negras y blancas. Las piezas eran de pino y cedro barato, modeladas en una taller de producción en cadena. Las únicas excepciones eran una torre, tres peones y un alfil. Estas piezas eran de plástico y venían a reemplazar las de madera perdidas tras años de uso.

El primer oponente de la mujer era un niño, de unos diez años de edad. Había elegido las negras y, mientras ella abría la partida con el peón que estaba frente a su rey, sus otros contrincantes sonrieron ligeramente e intercambiaron una mirada.

Su segundo oponente era el abuelo del niño, un elegante caballero sexagenario. Eligió las blancas y comenzó con lo que terminaría por convertirse en una apertura Larsen/Nimzovich de manual. Ella movió un peón inmediatamente y pasó a la siguiente partida.

Su siguiente adversario era un hombre atractivo, de cabellos y ojos oscuros. Rondaría los treinta o los cuarenta. Su pelo no tenía canas ni su rostro arrugas, pero su porte tenía cierta austeridad y madurez que le hacía parecer mayor. Eligió las negras y realizó una rápida pero tradicional respuesta a su ataque, una variante agresiva del movimiento Bird.

Con cierto interés, se demoró un poco más en el cuarto tablero. Observó detenidamente las piezas y se mordisqueó los labios. Después, movió un peón blanco. Inmediatamente, se puso enfrente y movió un caballo negro.

Ya estaba de vuelta en la primera partida, en la que su contendiente ya había movido. Ella sacó un alfil dando la impresión de que no había meditado el movimiento y pasó al de su abuelo y luego al tercer oponente, para acabar con dos jugadas vacilantes a ambos lados del tablero final.

En su cuarto movimiento, había hecho jaque mate al niño. Los otros dos movieron la cabeza con aprobación.

–Se llama el Mate del Erudito –dijo la mujer amigablemente. Su rostro estaba cubierto por espesas nubes de pecas y su sonrisa parecía sacada de un anuncio de dentífricos.

–Ya te lo advertí antes –dijo el abuelo, cuyo nombre era Samuel–. No tienes que perder de vista al débil peón F7.

–¿Has visto cómo lo he hecho? –preguntó la mujer.

–Eh... Sí...

–Así que no te lo harán otra vez, ¿verdad?

–No... no...

–Muy bien.

–Abuelito, me voy a jugar con el patinete, ¿vale?

–Claro –dijo el anciano–. Pero quédate donde pueda verte.

–Levantó la vista hacia la mujer–. No pienses que podrás conmigo tan fácilmente.

–Lo sé. ¿Qué puntuación tienes?

Él se encogió de hombros.

–Saqué un mil cien en el USCF.

–Una buena marca.

–¿Y tú?

–No me he tomado la molestia.

Mientras hablaban, había dado dos vueltas más a las partidas.

Le costó más tiempo derrotar a Sam, lo suficiente como para que el nieto se aburriese del patinete, de las máquinas recreativas y de las partidas de ajedrez de una chica joven y comenzase a quejarse un poco. Al final, sin embargo, atrapó a su rey con unos movimientos bastante pedestres de las dos torres.

–Buena partida –dijo él, meneando la cabeza.

–Me ha encantado –contesto ella.

Cogió a su nieto de la mano y se fueron de allí paseando.

Se quedó a solas con el hombre del cabello oscuro.

–Interesante estrategia la que has seguido –dijo su oponente final.

–A pesar de su impetuoso inicio, en el fondo era un jugador bastante conservador –replicó–. Muy reacio a mover cualquier ficha, incluso los peones. Así que yo tenía que conservar mis piezas para impedir que todo quedara en tablas.

–Pero al final ganaste con menos piezas –dijo el hombre.

–Bueno, era una maniobra. Una vez que centré la atención del juego en una pequeña área, el resto de las piezas no importaban, estaban aisladas.

–Mmmm... –Meditó su siguiente movimiento mientras ella jugaba su partida en solitario–. Me llamo Max, por cierto. Max Hirniesen.

–Penélope –añadió ella sin apartar la vista del tablero.

–Estás siendo mucho más agresiva conmigo –señaló Max. Ella se encogió de hombros.

–Es bueno jugar de manera diferente con cada uno. Te mantiene despierta, versátil.

–El número de bajas en nuestra partida es sin duda mayor.

–Es la progresión natural, ¿no te parece? Empiezas con un montón de piezas y te vas quedando con las esenciales.

–Abriendo espacio en el tablero para maniobras más amplias, como las tuyas. –Hizo un movimiento–. Jaque.

Hizo una jugada y a continuación movió las piezas de su partida personal.

–Conocí un hombre en Viena –dijo ella–, que creía que el modo en que juegas al ajedrez revela tu personalidad.

Max se rió.

–¿Otra razón por la que practicar diferentes estilos? Jaque.

Ella siguió hablando.

–Él habría dicho que Sam era inseguro o quizás miedoso. Ha sufrido pérdidas en su vida y ese miedo a perder se refleja en su juego defensivo.

–Eso es una forma bastante pesimista de mirarlo. Jaque.

Ella escapó de nuevo y jugaron varios turnos en silencio mientras se esforzaba por salir de su área de control. Mientras, mantenía la rutina de hacer un movimiento contra él y pasar a ambos lados del tablero de su otra partida.

Max presionaba con más dureza. Estaban muy igualados y ambos batallaban para hacerse con el control del centro del tablero.

–¿Y qué hay del niño? –preguntó–. ¿Qué personalidad tiene?

–En una partida de cuatro movimientos, no tienes oportunidad de mostrar mucho.

–Como en la vida, supongo.

–¿Mmmm?

–El ajedrez es como la vida. Comienzas con una gran reserva de años y, a medida que te aproximas a la muerte, inevitablemente te vas quedando con menos y menos. –Aunque no lo traslucía, a Max le molestaba ligeramente que Penélope dividiera su atención entre la otra partida y él.

–No lo puedo saber –dijo Penélope–. Nunca me he quedado sin fichas.

–Pero, sin duda, a medida que envejecemos, los años se vuelven más preciosos, ya que crecemos en sabiduría, madurez y experiencia. Como una torre, sin mucha utilidad al comienzo del juego, pero a menudo crucial al final.

–También se podría argüir que los últimos años son como un caballo al final de la partida: obstaculizado por su escasa movilidad, excéntrico y a menudo irrelevante.

–Todo va a menos, supongo.

–Eso crees, ¿eh? Pero mira el juego del niño. No fui a menos.

Pasó de repente. Jaque mate.

Max parpadeó y a continuación examinó el tablero.

–Impresionante –dijo mientras daba un golpecito sobre su rey.

Penélope pasó al tablero que quedaba y comenzó a ejecutar movimientos cada vez más rápidos.

–Bueno –dijo Max–, ¿qué dice el juego sobre mi personalidad?

–Por lo general eres extremadamente seguro de ti mismo, casi engreído, pero algo que ha ocurrido recientemente ha sacudido esa certeza. Creo que has perdido a un mentor o una figura así, ¿no? O quizás has juzgado algo erróneamente, has juzgado mal.

Max levantó una ceja. Era asombroso. Había acertado. Giró la cabeza y se pasó los dedos por debajo de la nariz para cubrir su confusión.

–¡Ya está! –dijo radiante, mientras levantaba la vista del tablero. El lo observó con detenimiento.

–No hay ningún jaque mate –dijo. Ninguna pieza había abandonado el tablero sino que todas formaban una intrincada alineación en espiral.

–Exacto. Mira más de cerca. Son tablas. Ningún jugador puede mover una pieza sin provocar un jaque contra su propio rey.

Él miró el tablero en silencio durante cinco largos minutos.

–¡Vaya! –dijo al fin–. Tienes razón. –Volvió la vista hacia ella–. ¿Y nunca te han puntuado?

–No me parece importante.

–Estabas jugando conmigo, ¿verdad? Esa serie de jaques que te hice.

–Quería frustrarte para que así fueras más agresivo en las jugadas siguientes.

–Y funcionó.

Ella se encogió de hombros.

–Qué anillo más interesante llevas –dijo.

Max entornó la mirada. Había sospechado que había algo inusual en aquella mujer. Ahora estaba convencido.

–Sí, es una antigüedad.

–¿Es plata o platino? ¿U otra cosa?

–La verdad es que no lo sé. –Giró el oscuro aro de metal varias

veces en torno a su dedo.

–Conocía a alguien con un anillo justo como ese –dijo mirándole directamente a los ojos. De pronto, a Max se le secó la boca.

–¿Sí? –Tuvo que esforzarse para mantener la voz calmada.

–Fue hace mucho, mucho tiempo.

–Bueno, yo siempre he tenido mucha curiosidad sobre la... procedencia de éste.

–Entonces deberías ir a Toronto a ver a Clive Keene. Es "Keene", con una e al final.

–Ya. Tal vez lo haga. ¿Qué hace el señor Keene?

–No sé qué hace ahora. Como te he dicho, fue hace mucho, mucho tiempo. Pero vosotros dos encontraréis algo de que hablar, estoy segura. Podrías hablar de... del tiempo.

Diciendo eso, se puso en pie y recogió todas las piezas del tablero.

–Espera –dijo Max.

Pero Penélope, que era mucho más conocida por otro nombre, no esperó.

* * *

En el desierto, dentro de su avejentada prisión, el demonio Avitu dormía. No soñaba.

El espíritu de Hasmed estaba una vez más suspendido entre el mundo de la vida y la muerte. Una vez más, convulsionado y sacudido por el aullido de una tormenta que no desgarraba nada mortal, nada vivo, nada tangible. Como los recuerdos perdidos y los sentimientos muertos de su alrededor, Hasmed estaba atrapado en una infernal

tormenta de almas.

Retenía una tenue conexión con Harvey Ciullo, pero se estaba debilitando velozmente. El mundo había sido antes regido por Hasmed, pero ahora el acto de proyectar su voluntad sobre él era arduo y extenuante. Salvar a Harvey de la muerte lo había dejado exhausto. Hacerlo de nuevo, tan pronto... No estaba seguro de que pudiera. No estaba seguro ni de si debía molestarse siquiera.

Desde el reino de los muertos, aún podía percibir vagamente lo que ocurría con Harvey. Lo habían llevado a una habitación de luces brillantes y plateadas, como lunas. Le habían cortado y drogado y por medio de productos químicos y herramientas trataban de lograr lo que Hasmed podía hacer con un susurro y un deseo. Pero su ciencia era débil y el cuerpo de Harvey estaba realmente deshecho.

Mientras Hasmed lo observaba, el último resquicio de vitalidad de su cuerpo se desvaneció.

¿Y qué? Quizás ahora Hasmed fuera arrastrado de nuevo al Pozo, de vuelta a la Nada que había sido su destino largo tiempo respetado. Quizás quería estar allí, sin poder ni esperanza ni futuro. El mundo que había encontrado, el mundo de Harvey, le había hastiado y disgustado. Habiendo recibido un mundo de gloria, los humanos se habían empeñado en aislarse de todo lo natural, puro e importante, creando un mundo propio, un mundo mezquino, pequeño y triste. Que se larguen. Que se pudran. Que sean la gangrena en la herida que ellos mismos han infligido.

Pero...

Fuera del cuarto blanco y plateado, Hasmed podía ver una figura que esperaba en una anodina habitación gris. Una figura que ardía con la llama de la vida. Espontánea e inocente, dorada y pura.

Tina.

Más que verla, podía sentirla. Sentía sus lágrimas mientras le resbalaban por las mejillas. No oía el lamento "quiero a papá"; lo sentía. Percibía el ímpetu de un amor firme e incondicional, un amor sencillo e inexperto.

Para esta niña, su padre era perfecto. Lo era todo. Lo necesitaba. Hasmed lo sentía, como una flor siente el sol al alba. Quizás aún tuviera fuerzas, después de todo.

* * *

El enfermero Schwabbe ya lo había visto todo. Eso era al menos lo que él creía. Había visto agujeros de bala, puñaladas, caídas y accidentes de coche. Había visto estrangulamientos, envenenamientos, sobredosis de cualquier droga que puedas nombrar, incluso de aspirina. Había contemplado todo lo que puede causar dolor a un ser humano y, sin pensar con detenimiento acerca de ello, había llegado a la conclusión de que ya había visto todo lo que se podía ver sobre el cuerpo humano.

Al reconocer a Harvey en postoperatorio, cambió de opinión.

Harvey estaba completamente frío y, al segundo siguiente, sus ojos se abrieron por completo, en alerta al instante y perfectamente enfocados. Schwabbe no había visto nunca nada igual. La gente sale de la anestesia total de dos maneras: gradualmente y con mareos o con espasmos y desorientación. Pero Harvey no.

–Quiero hablar con Danae Sieferson –dijo.

Otra novedad inusitada. Los que salían de esa niebla sedante hacían un montón de afirmaciones extrañas y preguntas raras; la mayoría de las veces no eran sino balbuceos. Incluso cuando decían algo coherente, solía ser "¿qué ha pasado?" o "quiero hablar con mi médico" o "¿han extraído todo el tumor?"

Casi nunca habían preguntado por un administrador del hospital.

–¿Señor Ciullo? Está, eh... ¿Cómo se encuentra?

–Tengo ganas de hacer el amor. Imbécil, ¿cómo crees que me encuentro? Anda, ve a buscar a Danae.

–Creo que la primera persona con la que debería hablar es con Lipowicz.

–Genial, ¿podría él sacarme de este antro?

–Ella, más bien. Y creo que sería conveniente que se fuera haciendo a la idea de una larga estancia aquí.

–Un hombre enfermero y una mujer doctora. Vaya panorama. Vale, tráela.

La Dra. Lipowicz, una mujer elegante y maternal, llegó rápidamente y lo miró con franca curiosidad.

–¿Señor Ciullo? ¿Está usted despierto?

–Que va, estoy durmiendo con los ojos abiertos y comiendo chicle. ¿Podrías traerme a Danae?

Lipowicz sonrió y tomó nota en su informe al mismo tiempo: *consciente, ojo, sarcástico*.

–Antes querría hacerle unas preguntas. El suyo es un caso muy... interesante.

–¿Ah, sí? ¿Y eso me va a valer un descuento?

–Ahora no es el momento de preocuparse por eso.

–Eso lo dices tú con tu salario. ¿Tú qué eres? ¿Neurocirujana?

–Neurocirujana, sí.

–¿Cuánto te sacas? Da igual, no quiero saberlo. Lo que quiero saber es cuándo voy a poder salir de aquí.

Se inclinó sobre él, examinó sus ojos con una pequeña linterna y tomó otra nota mientras hablaba.

–Eso depende de múltiples factores, pero hay muchas pruebas que quiero hacerle.

–¿Qué necesitas saber? Estoy despierto, estoy bien y me quiero ir a casa. ¿Me puedes retener contra mi voluntad?

–Estaría actuando de forma negligente si permitiera que se fuese en semejante estado. Seré la primera en admitir que su recuperación ha sido asombrosa. Casi sin precedentes. Pero aún quiero hacerle un escáner CAT y un MRI para evaluar detalladamente el alcance de sus lesiones y su naturaleza.

En ese momento, la puerta se abrió una vez más, mostrando a una vacilante Helena y una jubilosa Tina.

–¡Papá! –gritó la niña. – ¡Papá, papá, papá!

–Shhh –dijo Helena con los dedos sobre los labios–. Papá está cansado, tesoro. Papá está muy enfermo. –Empujó a Tina por los hombros, pero la pequeña se revolvió y cruzó la habitación corriendo.

–No pasa nada –dijo Harvey mientras Tina se subía a la cama.

–¿Qué son? –dijo Tina preguntando por los numerosos tubos.

–Vete a saber –dijo mirando a la doctora.

–Cariño, puedes estar con tu padre un ratito, pero más no, ¿vale?

–¡Quiero estar con mi papá! –dijo Tina, aferrándose al vientre de

Harvey con sus brazos.

–Que se quede –dijo Harvey y la firmeza de su tono hizo que la Dra. Lipowicz se sintiera incómoda durante un momento. Se giró hacia Helena mientras salía y le dijo en voz baja:

–Cinco minutos.

Helena se acercó arrastrando los pies y dirigió la vista hacia su hermanastro.

–Lo... lo siento –comenzó.

–Sí, bueno. –Harvey se encogió de hombros.

–Es decir... Jesús, podría haberte matado.

–Lo hiciste, ¿no? Quiero decir, morí sobre la mesa, ¿verdad?

–¿Y tú cómo sabías eso?

–Lo sabía. –Helena se mordió el labio–. Mira, Helena, ya está. De veras. ¿Vale? O sea, acepto tus disculpas.

–Es que... no sabía que eras tú. No parecías tú.

–¿Pensaste que estabas protegiendo a Tina? –Helena asintió–. Entonces no cambiaría nada de lo sucedido.

–¿Lo dices en serio?

Él asintió.

–Bueno... –Helena movía los pies con nerviosismo–. ¿Hay algo que pueda hacer? O sea, cualquier cosa, ¿puedo... no sé, traerte alguna cosa?

–Puedes traerme a Danae Sieferson.

Finalmente, tras algunas lágrimas y una pataleta, persuadieron a Tina para que se fuera. Después de tanta insistencia, Danae Sieferson apareció. Era un miembro del cuerpo ejecutivo con la que había hablado Harvey tres meses antes, cuando trajo a Tina después de una caída seria en la acera. Danae había estado intentando convencerle de que pagara justo dos días antes de que Mike Diamond lo metiera en su coche.

–Señor Ciullo. Espero que se encuentre mejor –dijo sin mostrar particular interés.

Harvey estaba sentado en la cama haciendo llamadas telefónicas y echando un vistazo a las noticias en la tele. Cuando ella entró, apagó el televisor.

–Vayamos al grano, ¿de acuerdo? Tú no me quieres aquí y yo

no quiero estar aquí. Seguro que podemos llegar a un arreglo.

–¿Disculpe? –dijo ella.

–No puedo pagar el tratamiento. Ya lo sabes. Has estado persiguiendo mi culo por lo del accidente de Tina y creo que esta puta mierda va a costar mucho más. Así que, ¿por qué no me lo pones fácil?

–No es tan simple –Se encogió de hombros.

–Muy bien. Si me vais a obligar a permanecer aquí y me hacéis escáneres, pruebas, pinchazos y análisis, ese es vuestro problema, pero yo no pienso pagar por ellos, te lo digo desde ya. No voy a firmar a menos que me saques de aquí.

–Tenemos un deber hacia nuestros pacientes.

–¿Y por qué no se esmera con otros pacientes, eh? La Dra. Lipowicz cree que soy un caso interesante, lo que significa que te da el coñazo a ti e ignora al resto. No estoy interesado en ser interesante.

–No podemos darle de alta hasta que ella dé el visto bueno. Es su medico.

–Ah –dijo levantando las dos manos –, ahora estamos haciendo progresos.

* * *

Dieron a Harvey de alta a primera hora de la mañana siguiente, una vez que Danae, con las objeciones de la Dra. Lipowicz, pidió al Jefe de Cirugía que transfiriera a Harvey de Lipowicz al Dr. Lyons. Éste, el traumatólogo que estaba de guardia cuando llegó Harvey, estuvo más que encantado de dejar que Ciullo se fuese. Tenía multitud de pacientes de los que preocuparse.

Helena fue a recogerlo y se sorprendió cuando lo vio arrancándose las vendas en el ascensor.

–Deja eso –le dijo.

–No me digas lo que tengo que hacer –replicó Harvey.

Ella frunció el ceño. Allí estaba otra vez. No parecía el antiguo Harvey. Aquél era, francamente, un poco hipocondríaco. O quizás no. Quizás le divertía recibir atenciones cuando estaba enfermo. De hecho, nunca se había mostrado impaciente con ninguna dolencia. No

como ahora.

Se quitó la última de las vendas dentro del coche de Helena y se examinó en el espejo retrovisor.

–Mierda, vaya desastre –dijo–. Con esta pinta Jethro Tull tendría que escribir una canción sobre mí.

Helena echó un vistazo y casi se salió de la carretera.

–¡Harvey! ¿Cómo han dejado que te fueras así?

–Relájate, no es tan grave como parece.

En mitad de su frente aún se veía un grueso nudo de hilo de sutura negro y una postilla rosácea e inflamada. La cicatriz se extendía como un grueso brazo de estrella de mar desde su centro púrpura oscuro, partiendo del agujero que le habían practicado en el cerebro.

En un concurso de feos, sin embargo, su ojo derecho resultaría un serio contrincante. Su globo ocular, que en el pasado tenía un color enrojecido, ahora era simplemente sanguinolento, cruzado por venas rotas y puntos marrones. Se rascó la mejilla.

–También tengo pelotillas en el culo. –A continuación se rascó la parte de atrás de la cabeza, que le habían afeitado para que pudieran drenar y suturar la brecha que se había hecho al caer al suelo por el sartenazo de Helena.

–Escucha –dijo Harvey–, ¿le has contado esto a alguien? Que me arreaste, quiero decir.

–¿Contárselo a alguien? Bueno, llamé... llamé a mamá a Florida.

–De acuerdo. ¿A alguien más?

–No.

–Bien, está bien. Llama a mamá de nuevo y dile que no lo cuente a nadie, ¿vale?

–¿Por qué?

–Me harías un favor. Ahora, si me disculpas... –Estaban enfrente de su edificio.

–¿Qué vas a hacer?

–Entrar y echarme una siesta, ¿tú qué crees? Confía en mí, no voy a... yo que sé, ponerme a reorganizar los muebles del piso. Tina está con Doris, ¿verdad? –Doris era la vecina de Helena. Había cuidado de Tina antes.

Helena asintió.

–¿Te encargas de Tina todo el día?

–Si quieres...

–Me convendría mucho. Volveré por la noche. Cenamos juntos.

–¿Estás seguro de que puedes conducir?

Abrió la boca y la cerró de nuevo.

–Mmmm, cierto. ¿Quieres venir a recogerme?

–Creo que es lo mejor.

–Vale. ¿A las seis? O, ¿qué tal a las seis y media? –Al ver que ella asentía, dijo–. Gracias Helena.

–En fin, ya sabes que, bueno... me siento fatal por todo esto.

–No dejes que te coma la cabeza.

–Ahora descansa un poco.

–Sí, señora.

Cuando lo dejó, Harvey sólo paró en casa para terminar de afeitarse la cabeza. Una vez seca su recién estrenada calva, se puso un sombrero y unas gafas de sol y se fue al coche.

* * *

El supermercado *Valley Garden* no estaba muy lejos del apartamento de Harvey, pero sí lo suficiente. Aparcó su coche y comenzó a caminar por las filas de furgonetas, deportivos y camionetas, mirando discretamente por las ventanillas en busca de puertas sin el seguro puesto: Al cabo de unos diez minutos encontró una en un Xterra azul oscuro.

Qué cosas pensó Harvey, la gente que no tiene mucho dinero te abriría la cabeza para proteger su coche y los ricos lo dejan abierto.

Hasmed pestañeó. La conciencia individual llamada "Harvey Ciullo" no le había dado más problemas. Había supuesto que la muerte y una mente revuelta dejarían a Harvey bastante anulado. Pero el cerebro tenía hábitos y éstos incomodaban a Hasmed. De todos modos, no se podía hacer nada salvo ignorarlo. Apartó el pensamiento y se introdujo en el coche.

Los recuerdos de Harvey albergaban todo el conocimiento necesario para hacer un puente al vehículo, aunque nunca había sido

ladrón de coches. Tan sólo había robado un par de coches en el pasado, la mayoría de las veces tomándolos prestados de amigos sin su permiso, pero realmente carecía de la frialdad necesaria para hacerlo con eficacia. De hecho, Harvey no había hecho muchas cosas en su vida con eficacia.

Hasmed, por supuesto, no tenía tales limitaciones psicológicas. Desarmó el volante y metió un destornillador barato en el orificio de encendido. En minuto y medio estaba en la carretera.

Condujo hasta el aparcamiento de un edificio de oficinas cercano y buscó un Xterra cerca de las puertas. Se figuraba que ese era el lugar donde aparcaban los empleados, dejando las plazas más lejanas a los clientes. El primer edificio no dio ningún fruto, pero, después de un par de vueltas más, divisó uno verde oscuro. Bastante parecido.

Hasmed aparcó al lado y salió del coche con un destornillador eléctrico y una lata de WD-40. Intercambiar las matrículas era mucho más arriesgado que robar un coche; costaba más tiempo y era mucho más sospechoso para el caminante fortuito. Pero creía que merecía la pena. Si lo hacía bien, probablemente pudiera contar con que la pasma no le diese ningún problema en toda la tarde.

Tras dejar la plaza, aparcó enfrente de un supermercado barato y compró una botella de agua mineral. Arrancó los capullos de unas hierbas que crecían junto a la acera y los introdujo en la botella. Entonces se metió en el coche e hizo una visita a Roscoe Paum, más conocido como "Roscoe Temblores".

* * *

Si la vida de Roscoe Paum hubiese ido acorde a sus planes, se la habría ganado con el boxeo profesional. Su idea era convertirse en campeón mundial de los pesos pesados, pero no era una opción nada realista. En primer lugar, la genética le había condenado a no pasar de los ochenta kilos. En segundo lugar, no era un boxeador de talla mundial. Roscoe tenía un rechazo relámpago y era una especie de genio en los golpes de castigo corporal, pero no sabía luchar en la distancia. Sus feroces golpes en el vientre eran fabulosos para debilitar al contrincante a la larga, pero, para usar esa estrategia, el

boxeador debía tener el aguante necesario para aguantar sobre la lona y Roscoe no tenía tal resistencia. Al carecer de un directo o un gancho capaz de acabar el trabajo, estaba condenado a luchar por apuestas mínimas. No es que fuera inútil en el cuadrilátero, de ninguna manera, pero no era un contrincante aceptable.

Era frustrante y, cuando Roscoe colgó los guantes, ya se había labrado cierta reputación de jugador sucio. Resultó que esa técnica de golpes bajos conseguía también lisiar a la gente, pulverizando las articulaciones del codo, y los oficiales de la liga tendían a ver con reparos tal tipo de táctica. Sus golpes también se solían dirigir a las ingles con bastante frecuencia.

Como la mayoría de los boxeadores de Jersey, Roscoe trabajó contactos con la Mafia. Tras delicadas pesquisas, dejaba caer que su repugnancia a aceptar un tongo no era tan absoluta. No aceptaba muchos (no te llevas grandes apuestas si te tiras muy a menudo), pero sí los suficientes. Incluso hizo algún trabajo de matón para ellos un par de veces, aunque no le agradaba especialmente. Nunca provocó una lesión permanente.

Entre las comisiones que ganaba legítimamente y los pavos que ganaba por debajo de la mesa por dejarse caer en el cuadrilátero, a Roscoe le iba bien.

Entonces todo se vino abajo.

Él mantenía que era una distrofia muscular pero todos suponían que era por pasarse con la bebida.

Cuando abrió la puerta del apartamento. Hasmed pudo comprobar instantáneamente que Roscoe había estado diciendo la verdad todo este tiempo. Sonrió.

–Harvey Ciullo –dijo Roscoe–, pareces una mierda. ¿Qué te has hecho en la cabeza? –Sus temblores eran suaves hoy, aunque visibles.

–Buenos días también a ti. Temblores.

–No me llames con ese puto nombre.

–Vale, vale. Era una broma. ¿Cómo te va?

–Jodido. –Roscoe no hizo ningún movimiento para dejarle entrar–, ¿qué quieres?

–¿Qué es lo que siempre quiero cuando vengo a verte?

–Quieres que te haga un favor. –Tembloros parecía disgustado, pero Harvey sabía que, en el fondo, a Roscoe le gustaba tener a alguien que necesitase su ayuda. Le molestaba, pero también le animaba saber que había alguien aún más patético que él.

–Sí. A menos que tengas una cita cachonda.

Los ojos de Roscoe brillaron con un destello y comenzó a cerrar la puerta.

–Que te jodan, Ciullo. Tengo que tragar mucha mierda, pero no voy a tragar la tuya.

–Antes de que me echés de aquí, bebe esto. –Le mostró la botella de agua mineral.

Tembloros la miró con recelo.

–¿Qué es esto?

Hasmed se encogió de hombros.

Roscoe lo miró con detenimiento y ocurrió algo... Quizás fuera la calva y ese nuevo nudo en la frente, pero el hombre que estaba enfrente de él de pronto parecía alguien al que había que tomar en serio.

Roscoe tomó un trago.

Mientras lo hacía, Hasmed exhaló su aliento pero no sólo físicamente; también con su espíritu.

Miles de años atrás, Hasmed había sido un ángel de la curación y la protección y aún albergaba alguna pequeña parte de aquel. Debilitado y mermado, su poder aún podía fluir como una cálida brisa primaveral, que daba vueltas en torno a Roscoe y se introducía en su cuerpo maltrecho.

Hasmed sopló, el boxeador bebió y sus temblores desaparecieron.

Roscoe parpadeó, incrédulo. Miró la mano que sostenía la botella y la movió lentamente a derecha e izquierda.

–¿Qué has hecho? –susurró.

Hasmed no dijo nada.

–¿Qué has hecho?

–¿Estás mejor?

–¿De qué va esto?

Hasmed le dirigió una pequeña sonrisa.

Roscoe se precipitó hacia Harvey y le agarró del cuello de la camisa. Aunque estaba débil, aún podía hacer una buena presa. Echó atrás su mano izquierda, con la que aún asía la botella, y se preparó para golpear la cabeza de Harvey.

–La vas a derramar.

Roscoe se quedó paralizado en el sitio.

–Ahora, si me quieres pegar, supongo que no puedo pararte. Pero escucha, Temblores. Ayer me operaron el cerebro. Así que si me das en la cabeza, podrías mancharte las manos con un asesinato. Sin mencionar que, si me destrozas los sesos, ya no habrá modo de que te pueda hacer más curas milagrosas.

La respiración de Roscoe comenzó a acelerarse y a sufrir alteraciones. No eran sollozos; parecían jadeos fruto de la hiperventilación. No sabía que hacer. Sentía pánico.

–Así que, ¿por qué no me sueltas? –dijo Hasmed, y su voz era de hielo.

Roscoe obedeció.

–Demos una vuelta.

–Vale, –temblores estaba subyugado, mirando la botella que tenía en sus manos–, lo... lo que tú digas.

–Mmmm... Y será mejor que te lleves unos guantes al coche.

–¿Hace tanto frío ahí?

–Hace la misma temperatura dentro del coche que fuera.

–Ah.

* * *

Los temblores de Roscoe tardaron cerca de una hora en aparecer de nuevo. En ese tiempo, Hasmed había cogido un par de palas de una obra cercana junto con un bidón vacío de ciento ochenta litros de capacidad. No hablaron mucho. Temblores estaba realmente atónito. Hasmed no veía mucho sentido a hablar hasta que el otro estuviera más receptivo.

–¿Qué pasa, Harv? –preguntó finalmente Roscoe mientras salían de la ciudad.

–Bueno, un asunto muy feo, Roscoe. Un asunto muy feo.

¿Conoces a Mikey Diamond?

–Sí.

–Ayer me mató.

Roscoe se sacudió la cabeza. En ese momento, su cuerpo empezó a temblar una vez más. Bebió un trago de la botella y, cuando Hasmed derramó su aliento, volvió a sentirse mejor.

–¿Quieres decir que...?

–Me metió una bala en la sesera, Ros. Estábamos luchando por su pistola y se disparó. Supongo que debí de caer encima de él, porque, cuando volví en mí, estaba muerto en el suelo. Cogí su coche y me fui a la ciudad a un hospital.

–Así que... así que, ¿volviste a la vida?

–Bueno, no morí inmediatamente. La bala me dejó fuera de combate o algo así. Te ha pasado, ¿verdad? ¿Te han noqueado y te has recobrado rápidamente? –El boxeador asintió–. Así que entonces aún no estaba muerto. Morí en la mesa de operaciones, anoche. Pero regresé.

–Mierda.

–Espera, eso no es todo. –Frunció el ceño mirando la carretera, sin dirigir la vista a su pasajero–. Vi cosas mientras estaba muerto –dijo al fin.

–¿Cosas? ¿Te refieres a... tu vida ante tus ojos? ¿O el túnel de luz, o como se llame?

–Nada de eso. Lo vi todo desde fuera, Paum. Podía ver el mundo entero. –Se mordió el labio un momento–. Nada es como crees.

–¿No?

–El puto mundo es mucho más raro de lo que te puedas imaginar. Hay un montón de... de conexiones secretas. Todo lo rige el destino. Por ejemplo, un tío del Bronx decide pasarse una botella de cerveza por la frente, ¿vale? En un día caluroso, ¿me sigues?

–Sí –el ceño de Roscoe se contrajo.

–Y al hacer ese... ese pequeño movimiento... podría afectar, aunque sea mínimamente, al ritmo de crecimiento de la hierba de *Central Park*. Y esa hierba crecida puede afectar a la gente que hace *footing* y esas personas hacen todo tipo de pequeños cambios a su

vez, que se extienden por todo el mundo; de modo que ese tío del Bronx ha afectado a todo. ¿Lo entiendes? Todo está engarzado.

–Supongo.

–Así es como solucioné tu temblequeo. Podía ver aquello con lo que está relacionado. Eso que te di, no funciona por ninguna razón. Ninguna razón que pueda descubrir un científico. Dirían que es coincidencia, ¿verdad? Pero la coincidencia es una razón, si lo miras bien.

–Así que esto es... no sé, ¿magia?

–Bah, nada de magia. La magia son copas y pelotas y anillos enlazados. Es un imbécil con esmoquin el día del cumpleaños de tu hijo. No, esto es... Siempre ha estado allí. Es real. Es difícil de ver, cuando estás metido dentro. Pero yo lo veo ahora.

–Mierda, Harv, no sé...

–Mira, eres supersticioso, ¿verdad? O sea, te he visto echarte sal por encima del hombro y cosas así.

–Bueno... Sí, en fin, todos son un poco supersticiosos, supongo...

–Es lo mismo, tío. Sólo que un nivel más arriba.

Cruzaron la vieja refinería de petróleo.

–Eso no es todo –dijo Hasmed tranquilamente–. Veo las conexiones. Veo otras cosas también. Hay cosas que no... no son exactamente reales. Cosas que piensan. También ven los enlaces. Pueden hacer cosas, aunque no estén exactamente ni aquí ni allá.

Hubo una pausa.

–No estoy seguro de seguirte –dijo Roscoe mientras salían del deportivo–. Pero supongo que puedo creerlo a juzgar por los resultados, ¿verdad?

–Eso es ser listo. Puedo confiar en ti, ¿no?

–¿A qué te refieres?

–Quiero decir... –Hasmed suspiró de nuevo. No sabía por qué estaba haciendo esto. Estaba siguiendo pistas en los recuerdos de Harvey, nociones que tenía sobre cómo reaccionaría Roscoe –. Quiero decir: soy el único que puede curarte, ¿no? No quiero planteártelo así, no quiero, pero... Supongo que te tengo cogido, ¿verdad?

Roscoe bajó la vista, incómodo.

–Sí –murmuró.

–Eso está muy bien, porque también yo voy a depender de ti.
Entonces podemos confiar uno en el otro.

–Mikey Diamond.

–Necesito tu ayuda, Roscoe.

Hasmed tiró del candado y abrió las verjas.

–Supongo que también yo la tuya –respondió el boxeador.

Hasmed cargó con el bidón mientras Roscoe cogía las palas.

_____ 4 _____

Hasmed y Roscoe dejaron las palas en una zanja y abandonaron el Xterra a pocos metros de una marquesina. No hablaron mucho en el trayecto en autobús. Ambos estaban agotados.

–Me tengo que poner en forma –dijo Hasmed al fin. Roscoe lo miró de reojo. Sus temblores habían vuelto y ya no quedaba agua.

–Ya tienes forma –dijo automáticamente–. Redonda.

Ninguno de los dos rió.

–No, en serio –dijo Hasmed–. Esto es desagradable. –Se secó el cuello y la frente con un pañuelo sucio–. Mírame. Respiro con dificultad, me duele todo, soy débil... y esto... –Se agarró dos pliegues de su barriga y los meneó–. ¡Mira esto! Es tan penoso que ni siquiera sé por dónde empezar.

–Bueno, acabas de salir del hospital –repuso Temblores.

–Esa excusa no me valdrá siempre. Tú fuiste un atleta. Dime cómo me puedo poner en forma.

La carcajada de Temblores sonó como un ladrido.

–No hay ningún puto secreto. Harv. Haz ejercicio. Ya sabes, ponte un chándal y vete a correr y a saltar a la cuerda y haz abdominales. Levanta algo de pesas. Consigue un balón medicinal.

–¿Cuál era tu antiguo gimnasio de boxeo?

–Entrenaba en el de Conley –dijo Roscoe. Frunció el entrecejo con tristeza y se puso a mirar por la ventana.

–¿Volverías?

–Corta.

–¡Hablo en serio, Ros! Si te curaras para siempre, ¿volverías al *ring*?

–¿Tú crees que eso podría pasar?

–Todo es posible, supongo –Hasmed se levantó el sombrero para mostrar un poco más de la cicatriz, que parecía un tercer ojo malhumorado en el centro de su frente–. Estoy encontrando el enlace. Creo que puedo verlo. Ver un medio.

Roscoe Paum se removió en su asiento.

–Corta, Harv. Me estás poniendo la carne de gallina.

–¿Qué prefieres, carne de gallina o temblores?

* * *

Hasmed apenas tuvo tiempo para regresar a su apartamento, ducharse y ponerse el pijama antes de que llegasen Tina y Helena.

–Hola, papá –dijo Tina, mirándolo con solemnidad–. ¿Ya estás mejor?

–Aún sigo malo, pero estoy casi bien del todo.

–¿Qué le pasó a tu ojo?

–Papá tuvo un accidente, cariño. –Se señaló la cicatriz de su frente–. Un gran accidente.

–¿Qué pasó? –preguntó abriendo sus grandes ojos castaños.

–Sí, Harvey, ¿qué ocurrió? –Helena estaba apoyada contra una estantería, con los brazos cruzados y una mirada seria en el rostro.

Hasmed correspondió a esa mirada con otra de idéntica expresión.

–Me caí –dijo.

–Te caíste. –Era evidente que no le creía.

Bajó la vista a la cabeza de Tina y luego la levantó hacia ella.

–Me caí –repitió.

–Ya. Porque no me gustaría pensar que te metiste en jaleos con Hamish Brennan y Dennis Porter y el resto de esos...

–Helena, –su voz era dura y gélida–, me caí. Fin de la historia. ¿De acuerdo?

–¡Se cayó! –gritó Tina–. ¡Se cayó, se cayó, se cayó!

Sin saber qué pensar, Helena contrajo el gesto y desvió la mirada.

–Es que me preocupo por ti, Harvey.

–No pasará nada. –Cogió en los brazos a Tina e hizo una mueca de dolor–. Vaya, te estás haciendo enorme, tesoro. –Se volvió de nuevo hacia Helena–. ¿Dónde vamos a cenar? Invito yo.

–No sé. ¿Dónde te apetece?

–Podemos ir al Sizzler. Los filetes son buenos.

–Eh, quizás deberías tener cuidado con las comidas pesadas.

–Que va, necesito recuperar fuerzas. Proteínas y tal. Ya sabes.

–¡McDonald's! –dijo Tina, muy alto.

–No –dijeron Helena y Hasmed al unísono, mientras él le tocaba la cabeza y ella ponía la mano sobre su estómago.

Aún discutían sobre ello cuando se encaminaron hacia la puerta.

–Tendrías que comprarte unos zapatos buenos, papá –dijo Tina–. Así no te caerás otra vez.

* * *

Mientras Sabriel dormía, comenzó a soñar...

Por el día, abrumada por las minucias mortales de la mente y los recuerdos de Christina Vadrudakis, las remembranzas de Sabriel de épocas antiguas estaban nubladas, desdibujadas, como en un sueño. Pero de noche, cuando el cerebro de Christina se sosegaba, el Elohim que albergaba dentro podía recordar el pasado. Sólo recordaba fragmentos, pero el mundo había sido mucho mayor entonces, tan profundo y complejo que incluso los retazos nocturnos que acudían a ella parecían más vividos y reales que el mundo de centavos, comida rápida y clips en el que se movía cuando despertaba. Ese lugar mezquino era el mundo de Christina. En sueños, Sabriel recordaba el suyo.

Soñó que se encontraba de nuevo en las fértiles llanuras conocidas como el Mar de Grano, en presencia de la archiduquesa Azacachia. Pero Sabriel no estaba sola, ya que quinientos rebeldes se habían reunido para este ataque. Todos ellos eran voluntarios, a pesar de que muchos sabían que no iban a regresar.

--Compañeros de armas --dijo Azacachia--, hoy nos enfrentamos a una misión de gran peligro, pero también de gran gloria. Nuestras batallas hasta la fecha apenas han sido sino escaramuzas inconclusas, banales, poco más que arañazos superficiales. ¿Por qué? ¿Por qué somos incapaces de asestar un golpe decisivo contra las fuerzas de la ignorancia y la represión? Porque nos mostramos reacios a buscar ayuda en la humanidad, aunque pueden probar que tienen tal poder que incluso un serafín lo temería. Ahora nos preparamos para embarcarnos en esta gran empresa. ¡Ahora veremos cuán grande puede ser el poder del Hombre, cuando arrojemos la fuerza de sus hijos contra los siervos de Dios!

Los soldados rompieron en vítores, levantando las espadas y guadañas, batiendo palmas y alas. Con sus garras y plumas refulgiendo con negros destellos de mica. Azacachia pidió silencio con un gesto.

--Nos hemos preparado para esto. Hemos planeado las tareas. Sé que puedo contar con que todos y cada uno de vosotros os comportaréis con honor. Incluso si perdemos, una derrota valiente será más gloriosa que cualquier obediencia ciega a una autoridad tiránica. Pero con coraje y fuerza y la fe de nuestros seguidores... ¡No perderemos!

Al frente de la unidad de Sabriel estaba Hasmed el Defensor, ataviado con alas de humo, con la maza y el venablo aprestados para el inminente conflicto. Con el rango de comandante, Hasmed era su oficial directo en esta misión, aunque ella solía servir bajo las órdenes de otro, un Señor de la Casa de las Olas. La unidad que comandaba Hasmed era de combate: voladores veloces y guerreros vigorosos empleados en asaltos relámpago. Sabriel no era una luchadora. Su cometido era completamente diferente.

La misión consistía sólo en intentar aniquilar al propio Vejovis, un serafín del Ejército Celestial. Uno de los ángeles más poderosos, Vejovis había contado en sus ejércitos con la lealtad de Hasmed, junto con la de miríadas de ángeles del firmamento. Pero ahora, sus antiguos subordinados se alzaban en armas contra él y guerreaban contra el Ejército Celestial, el Coro y El que está por Encima de todos.

Sabriel sólo esperaba que la nueva arma que tenían fuese tan efectiva como creía Azacachia.

--¿Eres tú uno de los guías de plegarias? --Al girarse para descubrir quién hablaba, Sabriel vio una figura de luz radiante, que centelleaba con la gloria que sólo pertenecía a la Casa del Amanecer (y a aquellos expulsados de

allí).

--Sí --dijo--, mi nombre es Sabriel.

--Yo soy Gaviel. ¿Es esta tu primera acción en una batalla?

--Realmente yo no voy a luchar.

--Con Vejovis, nunca se sabe. Quizás no luches, pero él ve a lo lejos y golpea con fuerza. Mantén tus sentidos alerta.

--Mi peligro no es nada comparado con el que arrostráis los que voláis al ataque.

Gaviel se encogió de hombros.

--Sólo espero que puedas debilitarlo lo suficiente.

--Si puede hacerse, lo haré.

--Excelente. --Se volvió y tocó el hombro de otro de los caídos--.

¿Avitu? ¿Conoces a Sabriel?

--Un poco. --Como Hasmed, Avitu era un ángel del viento, la vida y la protección.

--El cometido de Avitu es protegerte a ti y a los otros guías de plegarias --le explicó Gaviel--. Ella cuidará de ti.

--Lo sé --dijo Sabriel, agradecida por sus palabras alentadoras--. Ya me lo han explicado antes. --Avitu sonrió y Sabriel respondió con otra sonrisa.

--La he visto guerrear --dijo Gaviel--, estás en buenas manos.

En ese momento, Azacachia hizo sonar su olifante y las tropas que tenía ante sí se elevaron en el aire como uno solo. Hasmed, Gaviel y los otros atacantes se dividieron en batallones, unos sobrevolando las copas de los árboles, otros volando en la distancia a gran altura, como bandadas de aves. Asintiendo con la cabeza, Avitu se colocó a media distancia, con Rabbadün el Vidente del Tiempo a su lado.

Sabriel volaba bajo hacia la ribera de un río. En la otra orilla se encontraban filas y filas de mortales, agrupándose ansiosamente, observando al Elohim preparado para la batalla.

Con un gesto, Sabriel invocó al agua, haciendo que se arremolinara y se levantase en forma de un gran surtidor de aguas trenzadas. Con un gruñido de las profundidades de su garganta, la transformó en hielo y se posó en la espiral helada.

--¡Bienamados! --clamó a la multitud que tenía debajo--. ¡Ahora es vuestro momento! Así como nosotros os hemos concedido mercedes, así ahora os las imploramos a vosotros. Nosotros que desafiamos al Creador de Todo en

vuestro nombre os pedimos que nos protejáis de sus siervos vengativos. ¡Sólo vuestra fe puede hacernos fuertes! ¡Sólo vuestra confianza puede tornar débil al gran Vejovis!

Mientras los guiaba, los mortales rompieron a cantar.

*"Gran Azacachia,
Señora de las profundidades de la tierra.
Mientras alabemos tu gran sabiduría,
Grandes bendiciones cosecharemos.*

*Vodantu, que lee las estrellas.
Señor de las esferas renegridas,
muéstranos qué depara el futuro,
en respuesta a nuestras esperanzas y miedos".*

Contemplando a aquellos hombres y mujeres, Sabriel los vio temblar como uno solo y oyó cómo vacilaban sus voces a medida que la oscuridad caía sobre la tierra. Se giró levemente, echando un vistazo por encima de su hombro, pero no pudo apartar la vista de la visión que contemplaba.

Vejovis, Rey de la Tempestad, había llegado.

Se cernía sobre la llanura como una montaña en el cielo. Las oscuras nubes de sus alas se extendían por todo el horizonte, de uno a otro confín, y en sus carbonosas simas fulguraban llameantes hileras de relámpagos. Sus ojos, del color gris de las tormentas, contemplaban todo con juicio implacable y en su mano sostenía un látigo grande como una colina.

--¡Cantad! --gritó Sabriel--. ¡Os necesitan! ¡Sólo vosotros podéis salvarlos! --Pero ante la descomunal masa de uno de los más invencibles siervos de Dios, las palabras se perdieron en sus gargantas.

Azacachia, que había alcanzado el tamaño de un acantilado, se elevó y aulló mientras se precipitaba en veloz carrera. El látigo de Vejovis serpenteó por el cielo y su chasquido produjo truenos. El choque agostó la hierba de las llanuras, arrancó las hojas de los árboles, sacudió las plumas de todos los ángeles rebeldes alzados contra él. Pero Azacachia no fue vencida. Retrocedió y cayó durante un angustioso momento, pero luego se recobró, batiendo sus enormes alas de piedra negra y dirigiéndose de nuevo hacia su enemigo.

Cuando advirtieron que Azacachia había resistido el golpe, los otros

atacantes se abalanzaron como un enjambre de abejas. Embistieron con fuego y relámpagos y con el poder de la muerte.

Sabriel giró los ojos hacia los mortales y cantó con ellos. Siendo como eran tan sólo humanos, sus voces carecían de su perfección, pero la de ella podía guiar los dispares tonos, con virtiendo sus desacordes y notas erradas en parte de una armonía mayor.

*"Alabamos al poderoso Gaviel,
Gloria del sol de verano,
nos concediste la confianza y la luz,
te adoramos, oh, tú, el radiante"*

El látigo de trueno chasqueó de nuevo y, esta vez, golpeó a otro de los guías de plegarias. Avitu y Rabbadün se interpusieron para bloquear el ataque pero sólo consiguieron disminuir su fuerza. El trueno del impacto agrietó la torre de Sabriel y, cuando el látigo colisionó, su víctima cayó. Su torre de hielo se deshizo en agua al instante, derramándose por doquier. Con un gesto de la mano y el ala, Sabriel logró que la ola se desviara y de este modo no se precipitara sobre los mortales.

--¡Aquí! --cantó--. ¡Conmigo! --El agua estaba en calma y desaparecía en la tierra en torno a los hombres, convirtiendo el suelo firme en un pantano cenagoso, pero ellos nadaron con arrojo y empeño y la siguieron (algunos de ellos seguían cantando mientras lo hacían).

--¡BLASFEMOS! --gritó Vejovis. Su tono no era de ira, sino más bien de sorpresa, horror y lástima infinita. Atreviéndose a volver la vista hacia la batalla, Sabriel se asombró al ver sangre en el rostro del serafín, que caía como lágrimas o lluvia sobre la tierra. Su látigo y sus rayos habían acabado con docenas de rebeldes, pero era patente que ellos, a su vez, también lo estaban hiriendo.

*"Sabriel del Mar Oriental,
Bendícenos a todos nosotros con dulce amor.
Bajo tu amparo estaremos
a salvo de la ira celeste".*

A medida que le dirigían esta plegaria, Sabriel sintió una oleada de

fuerza. Era una sensación de mareo, sobrecogedora y escalofriante: no había nada parecido. Con sólo pestañear un ojo, pudo subyugar la crecida, depositando a los esforzados nadadores en la orilla con sumo cuidado. Su canción resonó de nuevo, uniendo a sus seguidores aún más, hasta que ya no fue un coro de asustadizos y esperanzados mortales sino algo más. Con ella, se convirtieron en un pozo viviente de fe, y ella bebió con ansia de su deliciosa esencia, sin saciarse nunca. Sentía como si estuviera hinchándose, expandiéndose por los campos y hacia el cielo, creciendo hasta que la batalla no era sino una parte de ella misma. Vejovis no era sino una mota en el ojo.

Se puso en guardia cuando Rabbadün le dijo a Avitu:

--¡Sabriel es el siguiente objetivo!

El rayo de fuego divino sólo tardó un instante en cruzar la distancia entre Vejovis y ella, pero Avitu era aún más rápida. Saltando para salvaguardar a su protegida, la que fue una vez Ángel Defensor detuvo lo peor del golpe. La energía restante que golpeó a Sabriel era aún siete veces más ardiente que la superficie del sol, capaz incluso de matarla a ella y a una docena como ella... Pero Sabriel tenía el pozo mortal de fe como protección. Extrayendo poder de esa fuente, reconstruyó su cuerpo una y otra vez cuando el fuego la consumía, hasta que la rabia del gran ángel cesó. Ella resistió.

Avitu se derrumbó sobre el suelo como una piedra.

--¡Avitu! --clamó Sabriel, y su grito era una canción--. ¡Cantad por él, mis hombres! ¡Cantad por vuestro protector!

--¡Avitu! ¡Avitu! ¡Avitu! --Habían olvidado los versos. Sabriel les estaba desorientando, pero su pasión y fidelidad seguían intactas.

--¡Avitu! ¡Avitu! ¡Avitu!

*

*

--...vitu... --murmuró Sabriel antes de abrir los ojos. Un impulso, un sentimiento humano la había despertado. Le costó un momento reconocer que era hambre. Llevaba varios meses en el cuerpo de Christina y ya lo sentía como algo natural durante el día. Pero de noche, cuando soñaba sobre el pasado, el océano o su gloria pretérita, los despertares súbitos la confundían.

Salió de la cama y cruzó el oscuro pasillo hacia la cocina.

Cuando Christina era pequeña, un tío suyo le contó cómo los centinelas británicos de los antiaéreos se cubrían los ojos durante todo

el día para preservar su visión nocturna. Incluso de noche, decía, mantenían un ojo abierto cuando encendían las luces. Así el otro permanecía adaptado a la oscuridad.

Esta anécdota había causado una profunda impresión en la pequeña Christina; en el transcurso de su vida había adquirido la costumbre de mantener un ojo cerrado cuando encendía la luz por la noche. Sabriel no era consciente de ello pero ahora también ella tenía ese hábito. Cuando abrió la puerta del congelador para coger una tableta de *Mars*, cerró instintivamente el ojo izquierdo. Cuando la puerta se cerró, la luz se apagó y ella abrió los párpados de nuevo, manteniendo así perfecta su visión en la oscuridad, iluminada únicamente por las débiles luces de la calle.

Mientras quitaba el envoltorio a la barrita y daba el primer mordisco, oyó un ruido.

Dejó de masticar y giró la cabeza. Allí estaba otra vez. Alguien estaba hurgando en la puerta de atrás.

Sabriel dejó la chocolatina y cruzó el salón hacia el ruido. Su primer pensamiento fue matar al intruso (si sólo era un mortal, no debería de ser muy resistente), pero vio su cámara en la sala de estar y decidió que sería mejor capturarlo y chantajearle. Cogió la cámara y comenzó a cargar el flash.

Mirando a hurtadillas por la cortina de la puerta de atrás, pudo distinguir a un hombre pálido y flacucho, con una camiseta negra y una gorra. Estaba con la mirada baja, concentrado en su tarea. Tenía una pequeña palanca y estaba intentando introducirla entre la puerta y el marco. Ella retrocedió un par de pasos y esperó.

Cuando la puerta se abrió, alzó la cámara y dijo:

–¡Di patata!

–¡Mierda!

Cuando se disparó el flash, el asaltante estaba tan estupefacto que levantó instintivamente las manos. Como aún sujetaba la barra en sus manos, se golpeó con ella justo entre los ojos.

Sabriel miró a la criatura inconsciente en el suelo y murmuró:

–Ha sido decepcionantemente fácil.

Lo arrastró dentro de la casa y se fue a buscar cinta adhesiva.

Cuando el ladrón se despertó, con un terrible dolor de cabeza,

estaba firmemente sujeto a una silla de la cocina. Una bella mujer estaba de pie frente a él, descalza, con una camiseta de Def Leppard que habían lavado tantas veces que estaba gris y raída. Le llegaba a la mitad del muslo.

–Lo más divertido es –dijo ella– que no había ningún carrete en la cámara. –Tenía la cartera del ladrón en las manos y sacudía la cabeza mientras examinaba su contenido.

–¿Así que –dijo–, te llamas Tommy Ramone?

–Más bien Tom o Thomas –respondió.

–Vale, Tom o Thomas. Explícame exactamente qué estabas haciendo aquí.

–Mmmm, bueno, estaba tratando de forzar la puerta.

–¿Y por qué? ¿Planeabas violarme, Thomas?

–¿Qué?

–¿Te ibas a deslizar en mi dormitorio y, no sé, agarrarme, darme la vuelta y follarme? ¿Era ese tu plan? –Se acercó un paso y se inclinó hacia él. El hombre podía ver el contorno de sus pezones a través de la fina y desgastada camiseta.

–¡No! Yo, escucha, yo sólo iba a robar en tu casa. O sea, ¡nada más! ¡No creía que estuvieras aquí! Miré en tu garaje y tu coche no estaba y eso...

–Se me ha averiado hoy. Espero que no sea la transmisión.

–Retrocedió un paso y le dirigió una mirada pensativa–. Tu historia concuerda, más o menos. No llevabas más arma que aquella palanca y no tenías nada con lo que reducirme. Ni condones. Aunque supongo que los violadores no se preocupan mucho del sexo seguro, ¿no?

–Pues no lo sé. ¡Jesús! En serio, me... me tienes que creer. No iba a... No era eso. Sólo quería robar tus cosas. –Su voz había adquirido un tono suplicante–. Oye, ¿vas a llamar a la pasma?

–¿Puedes darme alguna buena razón para no hacerlo?

Se revolvió en sus ligaduras.

–Realmente no. Mierda.

Ella hizo una mueca.

–Oh, Tommy. ¿Crees que te vas a librar tan fácilmente?

–¿Qué?

Abrió la boca, asombrado, y ella le introdujo una servilleta. A

continuación cogió la silla por el respaldo y comenzó a arrastrarla hacia la puerta del sótano. Era complicado porque las patas de la silla golpeaban en cada escalón y Thomas no cesaba de proferir sonidos de protesta a través de su mordaza, pero, finalmente, lo consiguió bajar a un reducido cuarto iluminado por una única bombilla desnuda.

Sabriel comprobó las ventanas. Todas tenían barrotes resistentes y las cortinas de color amarillo apagado ocultaban perfectamente el interior.

–Ahora vuelvo –dijo ella mientras corría escaleras arriba para buscar una cuerda.

Cuando regresó, estaba tarareando. Tom había logrado deshacerse de la mordaza.

–¡No puedes hacer esto! –declaró.

–¿Por qué no?

–Bueno... Vaya... ¡el secuestro es ilegal!

–También el allanamiento de morada. –Se detuvo para darle una palmadita en la mejilla antes de atar una cuerda desde el respaldo de la silla a una tubería del techo. Perfecto. Eso impediría que se moviese a saltos y llegase a la escalera o a algún sitio que pudiera ayudarlo a liberarse de sus ataduras. Para mayor seguridad, le ató con un poco de cuerda por encima de la cinta.

–¿Por qué haces esto?

–¿Por qué entraste en mi casa?

–¡Jesús, sólo quería robarte la tele y la minicadena!

–Tú querías algo de mí y yo quiero algo de ti. Eh, ¿crees que debería echarte un polvo?

–¿¡¿Qué?!?

Ella se sentó grácilmente a horcajadas en su regazo y le miró la cara. Aún seguía tarareando. Al sentarse, su camiseta se le subió hasta las caderas, mostrando sus bragas de la marca "*Hello Kitty*". Él reconoció la melodía. Era *Sheena is a Punk Rocker*. Sabriel puso sus manos sobre las rodillas de Thomas, arqueó la espalda y meneó los pechos cerca de su cara.

–¿No sería algo realmente retorcido? –preguntó–. Inmovilizo a un horrible, despreciable y rastrero asaltador en mi propia casa, le echo un polvazo y luego lo entrego a la policía. Aunque luego habría

que dar bastantes explicaciones, ¿verdad? O supongo que podría echarte un polvazo y después matarte. Eso sería mejor.

Tom la miraba como si no pudiera decidir si llorar, reír o tener un ataque de histeria.

–¡Estás loca! –dijo por fin.

–Una cosa, Thomas. ¿Crees que es realmente inteligente decirle eso a la mujer que te tiene atrapado? –Se puso en pie de nuevo. Había llegado a la conclusión de que aquello había sido un verdadero golpe de suerte. El proyecto Kowalski estaba a punto de finalizar y había estado preguntándose qué hacer después. Este Tommy Ramone podía ser útil o, como mínimo, entretenido. Quizás, cuando acabara, vería si podía contactar con Avitu.

–Escucha, podrías soltarme y ya está. No se lo diría a nadie. Por favor.

–¿Y por qué debería hacer eso? ¿Le contaste a alguien que ibas a venir aquí? ¿No? Así que, si nadie sabe dónde estás, nadie puede relacionarnos a ti y a mí y es improbable que me lleguen a detener. Puedo dejarte aquí abajo y vivir todas las fantasías estilo *El silencio de los corderos* que se me pasen por la cabeza.

–Oh, Cristo...

Ella había bajado un tubo de plástico duro del piso de arriba, parte de una cafetera exprés, e hizo que abriera la boca para, a continuación, metérselo a la fuerza.

–Oye, ¿cómo voy a ir al baño? –preguntó, justo antes de que ella le obligara a morder el tubo y comenzara a fijarlo con cinta a sus mejillas.

–Oh, pensaba dejar que te cagaras en los pantalones un par de días –contestó, risueña–. Ahora, parpadea una vez si quieres la luz encendida y dos si la quieres apagada.

* * *

En Toronto, otro joven criminal estaba teniendo un encuentro con un Elohim diferente. El nombre del criminal era Gordy Hines y el ángel caído se llamaba Usiel.

Normalmente, Usiel tenía la apariencia de un hombre negro

delgado y bastante bajo, calvo como un huevo. Para este negocio con Gordy Hines, sin embargo, se había revestido de toda la grandiosidad de su forma sobrenatural.

Gordy chilló y se meó encima, lo cual no sorprendió a Uziel ni un ápice. Un hombre normal (o incluso uno anormal como Gordy, asesino adolescente, que había visto más sangre derramada que un hombre que le cuadruplicara la edad), no está acostumbrado a ver cómo una persona aumenta de tamaño y adquiere un aspecto demacrado delante de sus ojos, cómo le crecen alas de cenizas y humo y su piel se tensa tanto que parece que se desvanece por entero. La aparición que tenía delante medía más de dos metros de altura, un esqueleto compuesto por huesos de marfil calcinados, pero que refulgían por los profundos rescoldos de llamas que se escondían en el interior.

–HINES –dijo el monstruo apuntando con su dedo sin piel–, TÚ HAS MATADO. LA MARCA DEL ASESINATO ESTÁ EN TU ALMA. EN VERDAD ERES UN HOMBRE CAÍDO.

A Gordy no le importaba una mierda lo que dijera la voz, una voz horrible, como una sierra circular cortando madera recia. Sólo quería largarse. Cada instinto, cada nervio y neurona estaban diciéndole a gritos que esa era su muerte, que tenía que huir, que tenía que escapar, fuera como fuera. Pero estaba acorralado en un rincón con un muro a sus espaldas y un suelo sólido bajo sus pies. Arañaba los ladrillos, quebrándose las uñas, maullando como un gato presa del terror.

–NO MATASTE PARA DEFENDERTE, NI POR HONOR, NI SIQUIERA POR VENGANZA. EN LUGAR DE ESO, ARREBATASTE A UNO DE LOS HIJOS DE DIOS SU MÁS PRECIADO REGALO POR RESENTIMIENTO Y EMBRIAGUEZ.

Atrapado, Gordy se acurrucó en posición fetal, envuelto en lamentos.

–Oh, mierda –sollozó–, oh, mierda, mierda, mierda...

El esqueleto asió a Gordy de su larga cabellera y estiró de ella con la fuerza suficiente para levantarlo del suelo. Hines aullaba, mientras la presión convulsionaba su cabeza y era elevado hasta el rostro de la pesadilla que tenía delante.

–MUCHOS EN TU LUGAR SUPPLICAN A DIOS –dijo–. PERO

TÚ INVOCAS A LA INMUNDICIA. COHERENTE. TÚ TE HAS CONVERTIDO EN UN EXCREMENTO, UN CIUDADANO SOBRESALIENTE EN ESTE MUNDO FECULENTO.

Aquella cosa se abrió la camisa y Gordy vio un nuevo horror. No tenía piel, ni vísceras. Sus costillas eran como los barrotes negros de una celda. Dentro de ella había... cosas. Pequeñas figuras. Gente diminuta, pero hecha de fuego, que emitían minúsculos, minúsculos sonidos de aflicción. Se aferraban a los barrotes, tratando de escapar, pequeños rostros retorcidos y vociferantes.

–TE UNIRÁS A ELLOS –dijo, y su susurro sonó como cigarras en el maíz–. ME SERVIRÁS UN TIEMPO ENTRE TU MUERTE Y TU JUICIO FINAL. CRÉEME, NO IMPORTA CUÁNTO SUFRAS A MI SERVICIO, NO ES NADA COMPARADO CON LO QUE TE ESPERA DESPUÉS.

Los ardientes y pétreos dedos estaban oprimiendo su garganta, presionando uno de sus ojos, y él se debatía, como una liebre acorralada contra un lobo. Pero sus manos mellaron tanto los huesos carbonizados como antes los ladrillos del muro.

–Oh, mierda, joder, joder...

–MUERE, MISERABLE. MUERE, INSECTO. MUERE SABIENDO QUE DIOS ES JUSTO.

Con un suspiro final, Gordy Hines pereció.

En un momento, una nueva forma apareció en la celda de las costillas de Uziel.

Entonces el monstruo menguó y volvió a la normalidad y el fuego interior se apagó.

Cuando se alejó de allí, Uziel ya era un canadiense ordinario. Un poco más bajo que la mayoría y completamente calvo. Pero pocos prestarían atención a semejante cuerpo. El cuerpo de Clive Keene.

* * *

En Wyoming, un hombre llamado Teddy Mason se incorporaba en la cama, despertándose súbitamente y respirando con agitación.

Había vuelto a tener ese sueño.

A medida que su corazón galopante se iba calmando, pasó la

vista por la oscura habitación. Su armario. Sus pantalones arrugados sobre la cesta rebosante de la ropa. La puerta del baño. Marcos de cuadros en las paredes. Aunque no veía las pinturas, no hacía falta. Eran retratos de sí mismo, de su esposa Birdie y de su hijo Lance. Estaba en casa.

Todo era absolutamente normal.

Miró a su mujer, que estaba tumbada boca abajo con la cabeza vuelta hacia el otro lado.

–¿Birdie? –Susurró.

Ella se giró levemente.

–¿Birdie?

–¿Qué pasa? –Refunfuñó ella.

–He vuelto a tener ese sueño.

–Oh, por todos los cielos.

–Lo siento, pero ya sabes que me altera mucho.

–¿No puedes ahorrármelo y dejarlo para tu loquero?

–Muy bien.

Él le dio la espalda y clavó la mirada en la oscuridad. Ella suspiró.

Llevaban casados veinte años y un suspiro podía comunicar mucho. Éste decía: "oye, siento no tener paciencia para escuchar esto y siento que estás alterado, pero ya he oído ese estúpido sueño docenas de veces y ya no me queda empatía en ese asunto. Ahora o nos quedamos los dos aquí tumbados, enfadados, abatidos y sin poder dormir o hacemos las paces y así por la mañana estaré de mejor humor".

Él tenía el gesto torcido y pensaba que no existía realmente ninguna forma de que ella se preocupase por él.

–Siento haberte despertado –masculló.

Ella se dio la vuelta y le puso una mano en el hombro.

–No pasa nada, Ted. Es que... Bueno, creí que te ibas a poner bien con... –Se mordió el labio. Acabar esa frase podría provocar fácilmente, muy fácilmente, una gran discusión, nada más.

–Con todo –dijo.

–Sí.

–Eso creía yo también.

Lo dijo de forma tan triste, tan... apesadumbrada, que Birdie olvidó al momento su objetivo de volverse a dormir y se acercó a él, rodeándole con sus brazos.

–No pasa nada –susurró y, así, finalmente se durmieron de nuevo.

Pero sí pasaba algo.

* * *

–¿Lo dice en serio? –La voz de Nate estaba rebosante de esperanza y temor.

–Bueno, en fin, aún no hay ningún contrato firmado.

–Ya, lo sé, no... no quiero anticiparme, pero. Señor Guelder...

–Hal.

–Señor Hal. ¡Hal! Lo siento, es que... –Nate se rió nerviosamente y tomó un sorbo de su bebida. Era agua mineral. No se había atrevido a pedir algo con alcohol, estaba demasiado nervioso. Estaba muy asustado de que se frustraran sus altas expectativas, ya que estaba almorzando con el hombre de Sony Classics—. Esto es lo que he deseado desde que era pequeño. Es decir, desde que era un niño pequeño. Todo lo que deseaba era ser un pianista clásico y ahora estoy aquí, tocando con la Orquesta Sinfónica de Miami y un disco...

–Eso es lo mejor de este trabajo, Señor Kowalski.

–¡Nate! O sea, si usted es Hal, yo puedo ser Nate, claro. Oh, estas son muy buenas noticias. No creía que usted, que tú fueras a... Estoy balbuceando, ¿verdad?

–No pasa nada. Después de tratar con divas de ópera displicentes, un poco de entusiasmo es un cambio espléndido.

–Es usted demasiado amable.

–No, en serio. Tu actuación tiene tal frescura que confiere brillantez a tu trabajo. Estoy pensando en un álbum de piezas en escala mayor. Está bien, ¿verdad? Algo luminoso y optimista para comenzar.

–Mmmm... Bien, vale, supongo.

–Pareces vacilante.

–No, está bien. ¿Quizás algo de Gershwin o así?

–No tenemos por qué ir tan lejos –dijo riéndose.

–Tenía tanto miedo de pifiarla anoche...

–Bueno, no te mentiré. Me decepcionó.

Nate levantó la vista con la expresión gélida de un cervatillo alumbrado por un coche.

–¡Oh, lo sabía! –gritó–. Tenía que haber dedicado más tiempo a ensayar.

–No, no, no tiene por qué hacerse esos reproches. Mucha gente se pone nerviosa en presencia de público. Estoy seguro de que lo harás mucho mejor en un estudio, donde puedes concentrarte.

–Generalmente prefiero tocar con público.

Él se encogió de hombros.

–Bueno, lo hecho, hecho está. En fin, ya no depende de mí, pero soy optimista. Tan sólo tenemos que conseguir el permiso del Señor Hoshida y podré entregarte el contrato en una semana. Quizás incluso mañana, aunque yo no pondría muchas esperanzas.

–¿Por qué? ¿Crees que al señor Hoshida no le gustará mi maqueta?

–El señor Hoshida tiene ideas muy concretas sobre la música, una particular visión que quiere que siga la línea de Sony Classics. Pero supongo que no tienes de qué preocuparte.

–Quizás tengas razón. No debería esperar tanto.

–Eh, señor Kowalski, yo me refería a que no esperaras demasiado lo de mañana –se rió–. Por Dios, lo siento. Claro que sí, ten esperanzas en el contrato. Te lo has ganado.

Tras el almuerzo, Guelder pagó la cuenta y observó cómo se alejaba el músico. Entonces echó un vistazo a su reloj y chasqueó la lengua. Era casi la hora de ver cómo estaba Tommy. Tendría que transformarse dentro del coche.

No era, por supuesto, Hal Guelder. Era Sabriel con su apariencia. Para cuando aparcó frente a su casa, ya era Angela Meyerhoff de nuevo.

* * *

Max Hirniesen era un hombre con dos almas.

Una era ordinaria, o eso suponía, similar a la que tienen los otros hombres. Era un alma que sentía amor y odio, miedo y cólera, humor y satisfacción. Le hacía humano pero estaba sola, aislada en su interior, dotada de forma únicamente por la impronta de sus sentidos. Como las de todos los demás, según parecía, su alma era únicamente suya.

Su segunda alma era diferente.

Fue consciente de ella cuando era estudiante en el instituto y por un tiempo pensó que se estaba volviendo loco. La otra alma también tenía afectos. A veces sentía una cólera intensa o un penoso vacío que provenía de ella pero los motivos de estas poderosas emociones eran misterios para él. Las cosas que miraba, cosas normales y ordinarias, tenían diferente significación para el espíritu que albergaba en su interior.

La diferencia más importante, sin embargo, era que esta segunda alma no estaba aislada. Podía tocar el mundo directamente y, a su vez, ser tocada por él. Cuando ésta sentía cólera, los coches se herrumbraban ante sus ojos, la gente tropezaba y se lesionaba, y las plantas se malograban. Cuando estaba satisfecha, en cambio, podía favorecerle con una extraordinaria buena suerte, protegerle de todo mal o incluso despejar un día nublado.

Max tenía diecisiete años cuando conoció a Claus Merrow, otro hombre con dos almas. Claus le enseñó que sus dos espíritus eran una gran bendición y que el segundo se llamaba "avatar" y que, con tiempo y entrenamiento, Max sería capaz de constreñirlo con su voluntad tan firmemente que, unidas, sus dos almas podrían modelar la propia realidad.

Había sido el aprendiz de Claus durante muchos años y, finalmente, también su amante. Max no sentía ninguna particular atracción física ni, por supuesto, amor pero sabía que eso haría feliz a Claus y sentía que le debía algo a ese anciano.

Finalmente, se distanciaron. Max sentía que ya tenía suficiente control sobre su avatar y sus poderes, mientras que Claus intentaba retenerlo y mantenerlo bajo su protección. Claus era poderoso. Su escuela se encontraba en un mundo completamente diferente, al que sólo se podía acceder con grandes poderes mágicos. Max era terco y se había ido solo. Tuvo amigos de su edad, todos ellos determinados

a convulsionar el antiguo orden de las cosas y a instaurar uno nuevo y mejor. Uno más libre y más real.

Davis, Magdalena, Shannon y Max. Ahora sólo quedaba él.

Habían combatido contra humanos con armas y magia maligna, diciéndose a sí mismos que estaban luchando contra la ignorancia y la opresión. Habían guerreado contra espíritus retorcidos y ultraterrenos en espacios extraños que ningún hombre puede alcanzar, siempre convencidos de que se batían contra la locura y el mal encarnado.

En retrospectiva, la cúspide de sus aventuras tuvo lugar cuando Max obtuvo la guadaña. O, tal como se mostraba ahora, el anillo.

Mirando por la ventanilla del tren mientras se aproximaba a Toronto, Max giraba en su dedo el aro grisáceo de hierro. ¿Pero era de hierro? ¿Era de plata, de cromo o de hematita? Parecía que el color se oscurecía o se aclaraba según incidiera la luz en su superficie.

Cuando la vio por primera vez, era una enorme y aterradora guadaña. El Monje del Abismo la había alzado encolerizado contra ellos y, tras matarlo, Shannon y Davis quisieron destruir también su arma. Era impura, decían. Hedía a muerte.

Pero Max veía más allá. Era cierto que la guadaña emitía vibraciones letales pero era mucho más que eso. Su avatar rebullía cuando la miraba y sabía que la guadaña era además una herramienta de cambio, renovación y liberación. No sólo un arma, era un puente entre las tierras de los vivos y el dominio de los muertos.

Él la quería, así que tuvo una disputa con Davis y Shannon. Finalmente, dejaron que se la quedase.

Después, se la mostró a Claus, que quedó profundamente impresionado. Claus desveló alguno de los más profundos secretos de la guadaña a su discípulo, indicándole que era poderosa y antigua, incluso quizás más que la humanidad. Con relativa facilidad, Claus también ejecutó el truco de darle una segunda forma, el anillo, que facilitaba que Max la pudiera llevar siempre consigo.

El anillo y la guadaña aumentaban sus poderes de corrupción y destrucción, que ya eran eficaces, y también le servían de gran ayuda en sus tratos con el mundo de los espíritus. Aunque las almas de los muertos no sabían qué era la guadaña, podían sentir su poder.

La posesión de la guadaña le hacía sentirse orgulloso. El orgullo fue su perdición.

Con la seguridad de que sólo él y sus aliados iban a cambiar la realidad, Max se vio cogido por sorpresa cuando el mundo que pisaba empezó a cambiar. Adquirió la forma de una tempestad, un gran monzón en Bangladesh que no hacía sino anunciar alguna perturbación mayor, una ingente maldad, tal vez tan antigua como el anillo. Él y sus amigos habían ido a combatirlo, sin calibrar realmente la magnitud del acontecimiento.

La tempestad en el mundo había matado a miles, quizás a un millón de personas, pero no era nada en comparación con las tormentas de los otros mundos. Un viento retorcido de podredumbre y terror asolaba el reino de los muertos, devastando antiguas civilizaciones y destruyendo criaturas que no habían sido perturbadas desde hacía milenios.

En los espacios secretos surcados por los de doble espíritu, un tornado de locura y poder desatado arrastró a gran número de avatares poco preparados a la destrucción o a terrenos no conocidos por mentes humanas.

Los motores de la realidad habían enloquecido y Max observó como Davis, Magdalena y Shannon caían en sus descontrolados engranajes uno a uno, donde fueron despedazados por el azote de mundos febriles.

Clamó pidiendo ayuda a su maestro, sólo para obtener, a su vez, un crispado ruego de auxilio. Claus, su preceptor, su mentor, el desvelador de misterios, había gritado con desesperación, suplicando la asistencia de Max antes de que los vientos de la tormenta dividieran sus voces.

Por primera vez desde la adolescencia, Max estaba solo.

Con el tiempo, parecía que el mundo se apaciguaba, o al menos el mundo más obvio. En los reinos de más allá, el caos aún lo regía todo desde su trono huracanado. Max había estado buscando otros como él, pero los pocos que halló o se concentraban únicamente en sobrevivir o bien tenían menos conocimiento o poder que él.

Su encuentro con Penélope en la ciudad de Nueva York había sido pura suerte, pero le había dado esperanzas. Quizás ese tal Clive

Keene que sugirió que visitara sabía qué estaba pasando.
Quizás Clive Keene tuviera alguna explicación.

* * *

Sabriel se inclinó sobre Thomas Ramone y le quitó la cinta adhesiva de las mejillas.

–¡Bueno! –dijo sonriendo mientras le quitaba el tubo de la boca–, ¿cómo va tu Síndrome de Estocolmo?

Él la miraba con ojos asustados. No había bebido agua en trece horas. Su boca y su nariz estaban secas y agrietadas y su rostro estaba desencajado por el miedo y el abatimiento. Mientras parpadeaba y enfocaba la vista en el cubo que sostenía ella, consiguió remedar una demacrada mirada de piedad.

–P-por favor... –Trató de humedecerse la boca para hablar, pero su seca lengua tan sólo raspaba sus dientes y sus labios secos.

–¿Tienes alguna idea de lo que es el Síndrome de Estocolmo?

Él sacudió la cabeza débilmente.

–El Síndrome de Estocolmo es cuando la víctima de un secuestro se identifica con su secuestrador. Como Patty Hearst, ¿te acuerdas de ella? El Ejército de Liberación del nosequé la capturó y poco después ella robaba bancos a su lado. ¿Tú crees que al final llegarás a amarme y adorarme?

Él sólo la miraba. Su expresión era de total confusión.

–¿Me amarías si te diera agua?

–Por favor... Por favor, señora... –asintió desesperadamente.

–Bueno, mala suerte. Esta agua es para asearte. Mmmm... Te has puesto perdido, ¿verdad? –Con movimientos seguros y unas tijeras afiladas, Sabriel hizo unos cortes para llegar a la ropa interior. Para frotarlo y lavarlo sin desatarlo ni quitarle la cuerda necesitó algo de fuerza y habilidad, pero, tras diez humillantes minutos, acabó.

El cuerpo de Tom se estremecía entre sollozos, pero no tenía lágrimas.

–Oh, vamos, vamos, no llores, Tommy. Mira, ¿quieres que te dé agua ahora? –Ella alzó el cubo. El agua que contenía era turbia e inmundada por las heces.

Él asintió desconsoladamente.

–Eso no es muy sano –meneó la cabeza y se llevó el cubo escaleras arriba.

En el sótano, Thomas gemía, y se sentía peor que en toda su vida.

Cinco minutos después, ella regresó y le dio un litro de agua del grifo.

Nunca se había sentido tan agradecido.

* * *

Al día siguiente, Sabriel miraba con impaciencia el reloj en el vídeo de Nathaniel. Calcular el siguiente acto del drama que con tanto cuidado había planeado iba a ser peliagudo. La puerta de la oportunidad estaba abierta pero, sin duda, no iba a durar mucho así. Si Nate no llegaba a casa pronto...

Entonces volvió la cabeza hacia la puerta y vio cómo se giraba el pomo. Sonrió.

–Más, –gimió–, vamos. Más. ¡Dame! ¡Sí! ¡Oh, sí! uf...

Nate abrió la puerta para ver a Angela desnuda y colorada, apoyada sobre el brazo de su sillón. Detrás, con su pálida tripa sobre la preciosa espalda de Angela, estaba Hal Guelder.

(Este era, por supuesto, el Hal Guelder real, al que no conocía Nate. Este había escuchado la maqueta de Nate y había dicho: "tal vez dentro de algunos años, cuando madure". Estaba asombrado de que una mujer tan espectacular como Angela estuviese interesada en él).

–Follame –jadeaba Angela–, oh, úsame. ¡Soy tu puta! –Sus ojos parecían cerrados de gozo, pero sólo los tenía entornados para ver la expresión de desconcierto absoluto, de horror absoluto de Nate. Por un momento, el joven pianista se quedó helado. Luego se dio la vuelta y echó a correr.

–¿Qué? ¿Qué? –Hal estaba claramente confundido, pero un par de movimientos expertos del trasero de Angela fueron suficientes para acabar el acto. Después, sin embargo, volvió a preguntar.

–Angie, ¿quién...? ¿No era ese Nate, Nate nosequé?

¿Kowalski? ¿El pianista?

–Sí. –Sabriel no lo miraba. Se estaba poniendo las bragas. Hoy eran de seda roja.

–¿Y? ¿Qué estaba haciendo aquí?

–Aquí es donde vive.

–¡Creía que éste era tu apartamento!

–Qué va.

–¡Pero... pero si tenías llave! –Hal parecía más y más confundido.

–Sí. Me la dio cuando nos hicimos amantes.

–Cuando... Espera, ¿quieres decir que tú y él...?

–Eso es –moviéndose con destreza, Sabriel estaba ya prácticamente vestida.

–¿Entonces qué era...? ¿Por qué?

–Hal, piensa un poco, por favor. Obviamente, te he traído aquí para hacerle infeliz.

–Pero, nosotros...

–Venga. Realmente no te tragaste eso de "oh, Hal, me encanta tu polla, ooooh, no me canso de las cosas que me haces con esa grande y jugosa polla", ¿verdad?

Lo miró y vio que empezaba a ponerse lívido, entonces se rió con una de sus encantadoras carcajadas.

–¡Te lo tragaste! ¡Esto es demasiado!

–¿Por qué has hecho algo así?

–¿Y a ti qué te importa? Has tenido el mejor polvo de tu vida a cambio de nada. ¿No puedes dejarlo ya? ¿Podrías dejar de meter tus narices en asuntos que no son de tu incumbencia?

–Pero, ¡pobre chico!

–Bueno, puedes contarle todo esto a tu mujer si realmente te sientes culpable. Seguro que ella te da su comprensión. –Con los zapatos atados y la blusa abrochada, Sabriel se detuvo un momento para atusar su melena salvaje y luego se contoneó hacia la puerta.

–Cierra cuando te hayas puesto los pantalones, ¿vale?

–Pero...

–Ah, y guárdate las espaldas. Creo que Nate podría tener una vena violenta. Siempre pasa con la gente tranquila, ¿a que sí?

Con esto, se fue.

* * *

Más tarde, se lo contó todo a Tom con el ceño fruncido.

–O sea, hice esto en casi un mes y todo salió tal y como lo planeé, sólo que... No lo sé. –Había traído una segunda silla de la cocina al sótano y estaba sentada en ella, con las rodillas cruzadas, comiendo pollo frito de una caja roja y blanca. Thomas sólo miraba a la comida. No había ingerido nada en cuarenta y ocho horas, aunque ella le había dado otros dos litros de agua.

»No fue una pérdida total de tiempo, como lo de Maryanne Prisco. ¿Te lo he contado? ¿No? Un proyecto que hice con ese diablo de Missouri, un político. Salió realmente, realmente mal. Al menos con Nate hubo recompensa. Tenía talento, de eso no hay duda –dijo Sabriel mordisqueando un pedacito de corteza crujiente de un muslo–. Y ahora Nate está acabado. Cuando lo vi por primera vez, advertí unas largas y delgadas cicatrices en sus muñecas, así que me figuro que regresará y terminará el trabajo. –Hablabla con voz gélidamente superficial–. He negado al mundo su música. Así que, ¿por qué no me siento bien?

Thomas se encogió de hombros lo más que pudo.

Dentro de Sabriel, aún persistía un brote de Christina. Al principio, el espíritu de los sentimientos de Christina había obtenido un profundo y cruel placer a partir de las penalidades de Thomas, pero, cuanto más se debilitaba y entristecía, más dubitativa y contradictoria se mostraba ella. Sabriel aplastó esos sentimientos indignos. Típico de los humanos; no aguantar nunca hasta el final, incluso en asuntos de venganza. Había pasado lo mismo con Nate.

–Quizás sea porque nadie lo sabe –dijo Sabriel–. Quizás por eso te lo estoy contando, para que la Humanidad pueda apreciar esta pérdida. Pero... Ah, es tan frustrante. Pasar de un artista a otro, abortar esperanzas, destruir sueños. Es repetitivo. Demasiado fácil, realmente. Y nadie los echa de menos. –Mordisqueó una galleta y puso mala cara–. Uf, esto es asqueroso. ¿Quieres?

Tom asintió débilmente, mientras su estómago rugía con fuerza.

–Mala suerte. –Arrojó la caja a un rincón oscuro de la habitación–. Quizás te la dé cuando las hormigas y arañas lleguen a ella. –Suspiró de nuevo–. Tal vez necesite un objetivo más alto. ¿Sabes? Igual arruinar el talento personal no es suficiente. Nathaniel era brillante, sí. Podría haber sido otro Caruso o Bernstein, si hubiera tenido la oportunidad. –Se pasó un dedo grasiento por los labios–. ¿Sabes? Tal vez sea eso. Quizás tenga que adoptar enfoques más amplios. No basta con frustrar genios. Quizás si consigo que triunfe un incompetente... Sí, es una buena venganza. Sí. Y no es que la cultura humana no esté ya deslizándose hacia la mediocridad y la decadencia... Yo sólo engrasaría la pendiente. –Se puso en pie–. Gracias, Tommy. Me has sido realmente útil. Tardaré un par de días. Conseguiré una nueva identidad y me iré a Hollywood.

Le dio un beso en la mejilla y se marchó.

Él gimió.

* * *

Max no estaba sorprendido de que Clive Keene viviera en una casa de aspecto decadente. Había visto místicos que vivían en sitios de todas clases, desde contenedores hasta increíbles palacios de cuentos de hadas. Ya no le quedaba mucho por ver.

Tragó saliva y llamó al timbre.

Cuando un hombre negro bajo, calvo y con cara de pocos amigos abrió la puerta, Max le tendió la mano y dijo: "hola, soy Max Hirniesen".

Tenía un discurso preparado en su mente, una variante del que había usado con los otros poseedores de avatares. Comenzaba de forma misteriosa y se iba haciendo cada vez más atrayente, insinuando que podía ofrecer gran cantidad de información a cambio de unos detalles insignificantes que le faltaban, y concluía con una franca y aduladora propuesta de alianza. No estaba seguro de si soltaría hoy toda la perorata pero, si Clive no parecía receptivo, podría hacerse el duro y distante y esperar que el otro diera el primer paso. Casi siempre lo hacían al final.

Pero, nada más abrir la boca, sus ojos registraron la mirada del

otro. Keene no estaba mirando a Max. Estaba contemplando el anillo y su expresión era de asombro. E irritación.

Además, Max sintió un aborrecimiento instantáneo que bullía de su avatar. Fuera lo que fuera (o quien fuera) Keene, la segunda alma de Max lo despreciaba.

–¿Dónde conseguiste eso? –siseó Clive, dirigiendo su mano hacia la de Max. Éste la apartó, pero el hombre negro lo asió por el hombro y lo empujó con rudeza dentro de la casa. Para ser tan pequeño, era sorprendentemente fuerte.

–¿Qué me puedes decir de él? –inquirió Max, retrocediendo unos pasos y protegiendo el anillo en su espalda.

–Te puedo decir que me pertenece –replicó Clive, con sus labios torcidos en una mueca de repulsa.

–Quizás una vez te perteneció, pero... –de nuevo, las palabras le fallaron a Max. Los ojos del otro se centraban ahora en el rostro de Hirniesen y la mirada de odio se había redoblado.

–¿Qué eres? –preguntó Keene, con el tono de un hombre que encuentra una cucaracha en su pastel de cumpleaños.

–Yo podría preguntarte lo mismo.

La respuesta de Clive fue abrir la boca y escupir. Pero no era saliva lo que expulsó: era un espíritu quejoso y llameante. Se precipitó velozmente hacia Max.

Max se estremeció instintivamente pero agitó la mano del anillo a través del espíritu. Este se disolvió al instante. Max supo entonces que era débil. En su momento, había combatido con algunos fantasmas antiguos, criaturas espeluznantes y poderosas, pero este no era uno de ellos. Era un espíritu pequeño, recientemente fallecido, impotente y sin experiencia. El toque de su anillo/guadaña había sido suficiente para erradicarlo del mundo de los vivos y arrojarlo, aullando, a la muerte.

Max concluyó que ya no había vuelta atrás y pensó que ahora llegaba la hora de las tortas. Su mano izquierda se cerró en un puño y se hundió en la tripa del otro. No era sólo un puñetazo, era un puñetazo respaldado por el avatar, un puñetazo que encontraría el lugar más vulnerable y lo golpearía con el perfecto grado de fuerza y habilidad. Para un maestro de artes marciales, sería un golpe

afortunado, uno entre cien. Max podía hacerlo con una efectividad del 99%.

El hombre negro se combó hacia delante, mientras el xifoides de la zona baja de su esternón se fracturaba, oprimiéndolo contra el corazón. Sus ojos se pusieron blancos y un bufido emergió de su garganta pero el bufido estaba acompañado de más espíritus pequeños, como mínimo media docena. Volaron hacia Max y lanzaron sus inútiles ataques, tratando de sacarle los ojos, prender sus ropas, aterrorizarlo o incluso poseerlo. Para un hombre normal serían terroríficos, pero para su segunda alma no eran ninguna novedad.

Aun y con todo, eran irritantes y no compensaba subestimar ni siquiera a espíritus novatos. Max decidió utilizar la guadaña.

–Si esto fue tuyo una vez... –dijo, mientras cambiaba de anillo a arma en su mano–. ¡Deberías temerlo y retroceder!

La guadaña, en su forma original y verdadera, tenía un asta de casi dos metros de altura, con una hoja curvada en su extremo de treinta centímetros. Era un objeto sencillo, a simple vista. Pero no estaba construido con madera y metal. Estaba forjado de sombras. La cuchilla tenía una oscura naturaleza doble en su forma física y la oscura y fría pértiga daba la impresión de no ser únicamente material.

Era increíblemente ligera y resistente y aullaba mientras Max cortaba el aire a su alrededor. Apenas era consciente de que Keene estaba haciendo algo, algo difícil de apreciar a través de la nube de fantasmas segados y de la oscuridad de la hoja que los segaba, que absorbía toda luz. Hizo una finta y maniobró con precisión y gracia, y los seis insignificantes espectros fueron desterrados del reino de la materia.

Max apenas tuvo tiempo para colocar su guadaña en posición defensiva cuando vio el crudo horror en que se había transformado su adversario. Recuperó el aliento, adoptó una posición más favorable y blandió su arma contra el monstruo de rostro de calavera que tenía enfrente.

Keene, o la cosa que había sido Clive Keene, se abalanzó hacia él, impulsado en una nube de humo por sus alas carbonizadas. Su esquelético brazo izquierdo bloqueó el ataque aferrando el asta del arma.

Y Max sintió cómo temblaba la hoja mientras sujetaba su guadaña. Donde la sujeción había sido firme y segura, ahora la pértiga estaba terriblemente fría y se iba deslizando hacia Keene a medida que este tiraba hacia sí. Su corazón tuvo un segundo para temblar de terror cuando se dio cuenta de que la hoja se dirigía a su propia mano y trató de soltar la guadaña pero ya era demasiado tarde. La lámina, con un filo que cualquier cuchilla envidiaría, pasó a través de sus dedos como una cuchara caliente metiéndose en un helado. El corte fue tan limpio que no sintió mucho dolor sino un vacío febril.

–¿QUÉ ERES? –preguntó de nuevo la criatura–.

¿ÚNICAMENTE HUMANO PERO CON UNA PORCIÓN DEL
ESPÍRITU DE UN ÁNGEL MUERTO ATRAPADO EN TU INTERIOR?
¿CÓMO HA OCURRIDO ESTO? ¿CÓMO HAS ROBADO NUESTRO
PODER?

–Es mío –susurró Max. Retrocedió tambaleándose mientras se apretaba la mano sajada y su cuerpo se restablecía de la conmoción–. Es mi otra mitad. Somos una unidad.

–¡USURPADOR! –Keene blandió su arma robada (o reclamada), cercenando el aire, y Max tuvo que tirarse de bruces al suelo para evitar el ataque.

»¡CANÍBAL! –La guadaña zumbaba y, de algún modo, parecía hambrienta. Y cuando Max vio que su enemigo se preparaba para descargar otro golpe, supo que no podría esquivarlo. Desesperado, trató de abrir un portal para irse a otro espacio, cualquiera. Era consciente de que la tormenta espiritual podría matarlo o hacer que vagara por siempre, pero temía eso menos que a la guadaña en manos del esqueleto.

Pero el muro entre los mundos era tan espeso que no pudo abrir un túnel a través de él. Rodó y se retorció pero la cuchilla le dio de lleno.

Inmediatamente, Max se halló fuera de sí mismo, sacudido y estremecido como una bandera en un vendaval. Podía ver su cuerpo, desmadejado en el suelo de la casa de Keene y sabía que no estaba muerto... todavía. La criatura sólo había separado el alma de la carne viviente. Podía recuperarlo si lograba vencer los vientos huracanados y regresar.

Un alma normal sólo podría valerse de su propia fuerza. Pero Max Hirniesen tenía ayuda, el espíritu aliado que estaba entrelazado con su cuerpo y a través de su esencia. Este lo servía, salvaba y auxiliaba, impidiendo ahora que se lo llevase el viento.

Y entonces vio cómo la criatura de negros huesos comenzaba a cortarlo.

–¡MONSTRUO IMPÍO! –bramó Keene–. ¿ES TU PASIÓN POR LA HUMANIDAD TAN FUERTE COMO PARA PERVERTIR LA PROPIA MUERTE?

De algún modo, la criatura estaba extirpando el avatar de Max con su guadaña. Sabía que tales escisiones espirituales eran posibles pero nunca pensó que iba a ser víctima de una.

El miedo de su avatar se trocó en pánico a medida que la criatura infernal lo iba separando, pedazo a pedazo, de aquello que era Max Hirniesen.

Max sabía que sólo tenía una opción. Reunió sus últimas fuerzas en un esfuerzo final y detuvo su corazón.

Fuera cual fuera el destino que le esperara, su segunda alma y él lo afrontarían juntos.

* * *

Lejos de allí, una mujer llamada Betsy Smith había pasado un día entero sin probar un trago de alcohol. Interpretó esto como una prueba de que, realmente, no tenía ningún problema y no había necesidad de hacer cambios en su vida.

Un hombre llamado Jake Steubbens, que se enfrentaba al hecho de que había perdido su puesto en la litera de un centro de beneficencia, decidió probar seriamente eso de los Alcohólicos Anónimos. Antes de eso, había estado tanteando el terreno.

Hasmed había estado un par de días fuera de circulación después de enterrar a Mikey Diamond. Luego, fue a hacer una visita a Dennis Porter. Dennis había sido el antiguo corredor de apuestas de Harvey. Operaba fuera de un restaurante sin nombre a la vista, tan sólo un letrero de Pepsi que decía "Especial de 3 huevo & beicon". El "especial" siempre había estado allí. Una vez se había leído "3 huevos" pero la última letra se había fundido durante una tormenta. Aún se podía adivinar dónde había estado porque el plástico era mucho más brillante que el deslucido fondo gris.

Cuando Hasmed se acercó, dos policías uniformados estaban hablando con Dennis. Los tres hombres rompieron a reír y los agentes se dieron la vuelta y echaron a andar.

–Eh, Harv –dijo uno de ellos en tono de burla–, ya he oído lo de la apuesta del Campeonato Mundial.

Hasmed hizo un hastiado movimiento de cabeza y pasó de largo, dirigiéndose hacia Dennis.

–¡Harvey! –dijo Dennis sorprendido–. ¿Qué haces aquí?

–¿Es que no puede un hombre hablar con su viejo amigo?

–Claro, Harv, claro –contestó Dennis. Su cara revelaba nerviosismo. Miró más de cerca a su interlocutor y se rascó el brazo por encima del jersey.

–¿Qué...? Eh... ¿Qué pasa?

–Bueno, ¿sabes algo de Mikey Diamond?

Dennis parecía incómodo y buscó con la vista a los dos policías, que ya se introducían en su coche patrulla.

–He oído que está desaparecido o algo así.

–Algo así, sí.

Dennis tragó saliva.

–Tú no... no sabes qué le ha pasado, ¿no?

Hasmed se encogió de hombros y levantó su sombrero.

–Sé que me disparó en la frente.

–¡Jesús, María y joder!

–Sí. Sé que ya se había ido cuando volví en mí y sé que morí en el quirófano no mucho después.

–Harvey, estás... Eh, tío, estás chalado. Hablas sin sentido.

–Ah, y regresé. Ellos, ¿cómo se dice?... Me resucitaron. Pero estuve muerto durante tres minutos.

Se quitó las gafas de sol y mostró a Dennis su mirada de color rojo sanguinolento. Dennis se agazapó en su cabina de teléfonos.

–Tío, Harvey... Lo... lo siento mucho.

–No lo sientas.

–¿Q-qué quieres decir?

–Quiero decir que estar muerto, aunque sean sólo tres minutos, es muy interesante. Te abre los ojos, de veras.

–Harvey, estás...

–Ahora veo cosas, Dennis. Puedo ver cosas que ni te imaginas. El futuro. Partes del pasado. La relación secreta entre las cosas. Es la leche.

–Hablas sin sentido.

–Osear Phelp apostó un billete de cien en la sexta carrera de mañana a "Camisa de la suerte", pero el caballo no hará honor a su nombre. Tú tienes asma y sigues negándote a ti mismo que sea un enfisema, pero mañana vas a tener un ataque serio que acabará siendo diagnosticado como neumonía. Mikey Diamond se marchó a Florida y está planeando irse al sur, donde los dólares pueden conseguirte mucha heroína, porque ha estado ocultando ese hábito todo este tiempo. Si buscas en el armario donde esconde las armas en su casa, encontrarás un buen lote que se dejó olvidado al vaciarlo.

–Harvey, no tiene ningún sentido. ¡Basta ya!

–Espera y verás.

–Esto es alguna maldita treta –dijo Dennis, pero estaba claramente tenso y agitado. Tenía la mandíbula desencajada–. Alguna treta para que olvide lo del dinero que debes. Actúas como si lo supieras todo, pero hiciste una puta mierda de apuesta, Harv. Ya sé que no tienes el dinero, pero quiero que me des aunque sea los intereses.

–No te debo nada.

–Ahora sí que hablas como un loco.

Hasmed le explicó su punto de vista y Dennis se rió literalmente en su cara. Pero al día siguiente, cuando vio a su deudor esperando

en el hospital mientras lo ingresaban a causa de lo que más tarde sería diagnosticado como neumonía, Dennis cambió de actitud.

No podía hablar con el tubo respirador que bajaba por su garganta pero sí era capaz de escribir, con una caligrafía trémula e insegura.

"No puedo cancelar tu deuda. Habla con Vietnam Ham".

* * *

A Hamish "Vietnam Ham" Brennan se le solía encontrar en la Taberna de MacTavish, más conocida en la zona por "El Mac". Había tenido ese nombre desde los años sesenta y, cuando los chiquillos negros comenzaron a usar "mack" para designar algo completamente distinto, los parroquianos habituales de MacTavish sacudieron sus cabezas y murmuraron y se sintieron muy viejos. Excepto Vietnam Ham, por supuesto. Éste vivía según la siguiente enseñanza: "un hombre tiene la edad de la mujer que acaricia". Según esta teoría, Hamish Brennan había fluctuado entre los cuarenta y dos y los diecisiete en los últimos cuarenta años.

—Un día, estando emboscado —estaba diciendo cuando Hasmed entró en el bar—, divisé a uno del Cong, pero él no me vio. Así que, muy sigiloso, repté hasta ponerme a sus espaldas, le cubrí la boca con mi mano y le metí el cuchillo por el culo. —Hamish lo mimó con un gesto y a continuación dejó escapar una risita nostálgica—. Se murió.

Hamish Brennan había sido un violento gamberro callejero en los sesenta. En 1967, cuando tenía diecisiete años, mintió acerca de su edad para enrolarse en el ejército. Allí, su energía inagotable y su jovial disposición para matar hicieron que fuera aceptado en los Boinas Verdes. Después de dos años de servicio, se licenció con grandes honores y regresó a New Jersey. La misma resistencia física, reflejos y actitud voluntariosa que habían acabado con gran número de soldados vietnamitas de primera, introdujeron a Ham en la mafia local. Además, por supuesto, contaba grandes historias sobre la guerra.

Su época de rompehuesos y asesino a sueldo había pasado, pero con la edad también había madurado. Podía matar, eso estaba claro, pero también era capaz de plantearse otras alternativas. A

veces dejaba que las cosas cayeran por su propio peso. Y esa habilidad, así como sus competencias tácticas y organizadoras aprendidas en el Ejército, le habían convertido finalmente en un tipo muy bien situado en el sindicato del crimen local.

Ya que no era italiano, Hamish no podía ser uno de los jefazos, pero le iba muy bien. Tenía dinero, tenía amantes de todos los tipos y era un buen compañero de copas en su taberna favorita. Por todo esto, estaba bastante satisfecho. No había tenido que matar a nadie desde que pasara de los cuarenta y cuatro años.

Dennis Porter era uno de sus más bajos subordinados. Poca cosa, pero uno no se convierte en un mafioso experimentado ignorando asuntos sin importancia. Pueden volverse serios inesperadamente.

—¿Señor Brennan?

Hamish apartó la vista de su socio, un chulo del norte de Nueva York, y frunció el ceño. No era una expresión de enfado. Más bien era una que decía "oye, ¿quién cojones eres tú?" Entonces su rostro se relajó.

—Harvey, ¿no es así? ¿Harvey Shoolee, Shooleo o algo así? He oído que la jodiste en la apuesta del Campeonato del Mundo.

—Pensé que los Cubs podían ganar.

—Sí, claro. ¿Qué te trae al Mac?

—Dennis Porter me ha enviado.

—¿Ah, sí? —Hamish se dio la vuelta y se puso cara a cara con él, mientras sus ojos se movían a derecha e izquierda. De los oscuros rincones del Mac se materializaron dos figuras voluminosas.

—Me dijo que puedes perdonarme la deuda.

Hamish soltó una risita.

—Haces que parezca un cura, chaval. "Perdona nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores", ¿no? Pero aunque pudiera hacerlo, y no digo que pueda, no digo que pueda, yo no me dedico precisamente al negocio del perdón.

—Deberías olvidar esta deuda.

Hamish escudriñó a Hasmed. Había visto a Ciullo un par de veces antes; un hombre pequeño, no de altura sino de espíritu. Pero éste no parecía el mismo. Tenía la misma cara y la misma voz y el

mismo cuerpo rechoncho y fofo, pero había algo más. Algo que le hacía recordar la lluvia, el bochorno y la muerte escondida en la jungla.

Algo en él revelaba a un hombre de armas, como Hamish; alguien que había visto muchas cosas, había sufrido mucho y había causado mucho sufrimiento a su vez.

–¿Y exactamente por qué debería hacer eso?

Hasmed le expuso su razonamiento. Hamish rompió a reír, pero con más jovialidad que Dennis. A Vietnam Ham le había divertido muchísimo. Aún no tenía intención de cancelar la deuda, sin embargo, y así se lo hizo saber.

–Sabía que no lo harías –dijo Hasmed–. Es normal. Pero te daré otra razón. –Avanzó unos pasos y los dos gorilas a su espalda también adelantaron sus posiciones. Pero todo cuanto hizo fue levantarse el sombrero y bajarse las gafas de sol.

–No soy el hombre que era, señor. –Hasmed lo contaba pausadamente–. He muerto y he regresado de entre los muertos. He visto qué se esconde en el otro lado. Creo que parte de mí aún sigue allí, aún sigue muerta, porque puedo ver también desde el otro lado.

–Ya.

–Puedo ver la ciática que te atormenta, a pesar del empeño que pones en ocultarla. Puedo ver que ese hombre –señaló con su pulgar a un matón de su espalda sin mirarlo– va a resultar herido en un accidente en las próximas veinticuatro horas. Veo que su compañero –al que apuntó con un movimiento de cabeza– acaba de pillar la sífilis.

–Maldito... –El supuesto gorila sifilítico se aproximó y agarró a Hasmed del hombro, pero el hombrecillo se zafó de su presa y, avanzando, susurró al oído de Vietnam Ham.

–Sé cuál de tus amantes está embarazada y puedo decirte quién es el padre.

Hamish se lo quitó de encima con un empujón y toda la jovialidad de su rostro se desvaneció.

–Así que ahora te dedicas a decir la fortuna a la gente, ¿eh? –Miró a sus dos hombres–. ¡Cogedlo! –dijo, mientras empezaba a buscar sus nudillos de acero en la chaqueta.

Entrado como estaba en los cincuenta, Vietnam Ham aún tenía un fuerte y rápido rechazo. Lo hundió en la fofa tripa de Hasmed y los dos gorilas gruñeron mientras hacían fuerza para soportar el peso del cuerpo doblegado.

–Apuesto a que no habías predicho esto, Maese Fortuna –dijo Hamish, descargando otro puñetazo y dando una sonora bofetada a Hasmed con la otra mano.

–¿No?

La mirada de su ojo sanguinolento era inquietante y Vietnam Ham sintió de pronto que ya no tenía ganas de zurrarle más. Hizo un gesto con la mano y sus dos hombres lanzaron a Hasmed a la calle.

Pero ese mismo día, algo más tarde, uno de los gorilas tropezó y se cayó por las escaleras, tal y como Hasmed había vaticinado. El otro, inquieto, se hizo un chequeo y descubrió que realmente estaba infectado de *Treponema pallidum*. Y Hamish, después de conversar con Dennis, llamó al número de Ciullo para preguntar con cuál de sus tres amantes tenía que hablar.

También recomendó a Hasmed que hablara con Sal Macellaio acerca de su problema de dinero.

* * *

Evidentemente, Hasmed no estaba prediciendo el futuro ni viendo el pasado. Conocía a otros Elohim que sí podían hacer esa clase de cosas pero no era un arte que él hubiera desarrollado. Sus habilidades se limitaban a moverse sin ser visto y a causar dolor. Con la combinación de estos poderes, podía hacer que sus predicciones se hicieran realidad.

Había sentido la enfermedad de Dennis. Después de describirle un empeoramiento súbito, sólo le bastó una bocanada de aire para conseguir que se hiciera realidad.

Una similar maldición susurrada provocó una dolorosa llaga en la pata de "Camisa de la suerte".

En su forma invisible, había encontrado la jeringuilla de Mikey, junto con algo de dinero y joyas que ayudarían a Harvey a saldar una pequeña parte de sus elevadas facturas médicas.

Ignorado, oculto por una área gris en el campo visual, como una de las últimas migrañas del señor Diamond, se había colocado a espaldas del matón de Ham y le había propinado una certera patada en el culo desde lo alto de las escaleras.

Prepararse para la entrevista con Sal Macellaio le había costado mayores esfuerzos y mucho más sigilo. Había registrado la casa de Sal con mayor exhaustividad que la de Mikey, pero sin hallar nada comprometedor. Decidió seguirle, cuando podía, pero incluso siendo imperceptible, descubrió que Sal era difícil de pillar. Macellaio tenía la costumbre de no dejar ningún cabo suelto. Le costó mucho tiempo y esfuerzo (y finalmente suerte), pero encontró algo. Encontró algo que Sal ocultaba celosamente, algo que podía revelar, algo que lo asombraría. Encontró a Scott.

Mantener la farsa de la profecía requería grandes cálculos y mucho trabajo, por supuesto. Evidentemente, desvelar su forma real y su poder habría sido mucho más simple pero la estrategia de la adivinación había sido una idea de Harvey.

No era como si hubiera una pequeña "voz de Harvey" dándole consejos ni tampoco que Hasmed admirara o respetara al hombre de cuyo cuerpo se había apropiado. Sin embargo, Hasmed tenía la intuición, basada en la experiencia y observaciones de Harvey, de que "ver el futuro" sería más efectivo que abatir personas con maldiciones. Después de todo, muchos gánsteres estaban relacionados con el juego. Los jugadores son famosos por ser supersticiosos, por seguir presentimientos, por creer en la magia. Ésa era su reputación y con razón. Harvey era (o había sido) un perfecto ejemplo de este grupo; un tipo que apostaría que los Cubs ganarían el Campeonato del Mundo mucho antes de que las semifinales hubieran empezado. ¿Y por qué? Había tenido una "intuición visceral" de que los Cubs iban a lograrlo. No tenía importancia que otras veces que había seguido su instinto hubiera perdido dinero y se hubiera granjeado el desprecio de sus colegas. Esta vez era diferente. Tenía la certeza absoluta. Esta era la gran apuesta que iba a cambiarlo todo.

En eso había acertado, sólo que no fue un cambio que hubiera esperado o anticipado.

No obstante, su vida marginal había hecho de Harvey un agudo

observador de las personas de su entorno. Eran supersticiosos, paradójicamente religiosos aunque también extrañamente pragmáticos. Eran más propensos que otros a aceptar lo milagroso. Al mismo tiempo, era muy probable que pensasen en sacar tajada del asunto, mientras que una mente más educada o escolástica no podría salir de su asombro.

Un profesor universitario, testigo de curaciones portentosas y maldiciones, se quedaría atónito y anonadado. Tal persona se perdería en el momento en profundas disquisiciones acerca de la significación de esos fenómenos y su relación con el mundo y sus habitantes.

Un mafioso con la misma evidencia estaría más inclinado a controlarlo o a destruirlo. Sí, es un milagro, es asombroso, es un indicio de un mundo más salvaje, más extraño... Pero, en el análisis final, es también una amenaza o un negocio.

Esas dos posibilidades garantizaban a Hasmed una reacción extrema si contaba simplemente la verdad.

Una vez que la idea del subterfugio cruzó su mente (o la de Harvey), comenzó a atraerle más y más. Mientras que Harvey escrutaba las reacciones de los gángsteres, Hasmed tenía en cuenta las de sus compañeros caídos. Seguramente llegaría a conocer a otro Elohim en algún momento y no había garantías de que fuera amistoso. Si se hacía pasar por uno de los Neberu (un miembro de la Casa del Destino, un adivino, un rastreador de futuros), tendría ventaja sobre cualquier demonio con intenciones aviesas.

Era problemático y complicado pero era su plan y se dedicaba a él con todas sus fuerzas.

Desgraciadamente, no tenía ni idea de qué esperar cuando se entrevistase con Sal Macellaio.

* * *

La vida del hampa no es una burocracia.

Hay estratos y niveles y títulos, pero no existen reglas que se puedan aplicar a rajatabla. No hay un cuaderno de anillas donde se explique cuándo es más importante un *consigliere* que un

lugarteniente. En cambio, existe una laxa e implícita red de obligaciones, respeto y reputación. Cuando entras, mantienes la boca cerrada y los ojos abiertos y muy pronto está claro quién dirige el cotarro, por encima de posiciones o títulos.

En el hampa todo es extraoficial. No hay papeleo así que todo se ejecuta con eficacia. También conlleva, sin embargo, algo de confusión de vez en cuando. Vietnam Ham era un caso de estos. Realmente no podía dirigir una banda, porque no era un jefe y no podía serlo porque, por el amor de Dios, era un maldito escocés de esos de la falda de cuadros. Oficialmente, la banda de Ham la regía un tipo llamado Tiny Sorgente, sólo que Tiny llevaba muerto once años. Técnicamente, Hamish y su gente pertenecían a la banda de Sal Macellaio, aunque en la práctica, Sal recibía el dinero y dejaba que Vietnam Ham hiciera lo que quisiese. Nadie hablaba de ello. Había sucedido así. Un poco confuso, tal vez, pero sólo si te molestabas en pensar en ello.

Un poco de confusión es pasable, no es algo muy importante. Los gánsteres se encogen de hombros y lo aceptan como "parte de la *cosa nostra*". Pero a veces hay grandes problemas, confusiones que no pueden pasarse por alto. Una situación así puede hacer que una sociedad aparentemente estable se vea convulsionada y sacudida por una violencia súbita, como un árbol robusto agitado por una terrible tormenta.

Johnny Bronco estaba enfermo.

En la imprecisión de la familia criminal de los Vuoto, había una única certeza. Esa certeza no era una promesa o un principio, sino una persona, Johnathan Vuoto, alias "Johnny Bronco", alias "Don Vuoto".

En los días que mediaron entre la conversación de Hasmed con Vietnam Ham y la cita prevista con Sal, Johnny Bronco cayó enfermo de lo que resultó ser cáncer de pulmón.

La última persona que habló con él antes de su colapso fue Harvey Ciullo, un hecho que Sal Macellaio tenía muy presente.

Sal no era un auténtico lugarteniente, pero estaba cerca. "Oficialmente" era sólo un jefe de banda. En realidad, varias bandas le tenían por guía. Johnny lo respetaba y no se podía negar que Sal

hacía bien a la familia pero... Sal y Johnny nunca fueron amigos. Con este último enfermo, muchos ojos se volvieron de repente hacia Sal, intentando descubrir si iba a hacer algún movimiento.

Era un clima que Hasmed aprovechó en su favor.

* * *

Sal realizaba sus negocios en muchos sitios diferentes. Al contrario que Hamish o Dennis, no contaba con una tapadera. Estar al descubierto no era un problema para Dennis; era, de hecho, una necesidad. Se escondía a simple vista y sobornaba a los polis locales. No tenía que preocuparse de los federales. Dennis no sabía una mierda y así quería seguir, a fin de ser inservible como testigo. Como consecuencia, pasaba inadvertido. Aunque hubiera sido fácil pinchar su teléfono o meter un micro en su cabina preferida, el esfuerzo, simplemente, no valía la pena.

Hamish se las arreglaba con rastreos diarios de micros y diálogos encubiertos. Si un espía se colase en el Mac, podía escuchar tranquilamente una conversación de una hora sin un solo nombre propio o una localización identificable. Era todo un arte. Hamish podía planear una operación de protección entera con frases no más explícitas que "ese lugar", "el tipo, ya sabes, con la cosa", "el asunto" o "algo así como lo que necesitamos".

Sal no era así. Sal se movía mucho, sirviéndose de lugares ruidosos donde la vigilancia con micros no tenía nada que hacer. Hoy podía estar en un solar en obras, mañana podía meterse en una piscina pública, donde no puedes acercarte con ningún cable.

Cuando Hasmed dio con él, estaba en unos altos hornos.

Había un motivo por el que Sal no dejaba de moverse. Al contrario que Hamish, Sal necesitaba exponer los crímenes en detalle antes de llevarlos a cabo. Sal era un "aguijón", un experto en reunir equipos para misiones específicas de alto riesgo y de gran envergadura. Estaba buscando constantemente el siguiente gran objetivo. Ham se concentraba en negocios estables y duraderos: prostitución, juego, préstamos, tinglados. Cosas así. Pagaba a Sal, su inmediato superior, y Sal, tras coger su parte, pagaba a Johnny

Bronco. Normalmente.

En el pasado, sin embargo, se sabía que Sal había cogido el dinero de Vietnam Ham (y de otros como él) y lo había empleado para financiar grandes golpes como estafas millonarias, atracos a bancos, asaltos a furgones blindados o fraudes de alto nivel. Hasta ahora, siempre había tenido mucho éxito y había podido pagar el dinero que tomaba prestado de Johnny (mientras se quedaba con mucho más). Johnny no era alguien a quien le molestase el éxito ajeno, pero se daba cuenta de todo.

Después de tales golpes, por supuesto. Sal ya no volvió a necesitar el dinero de Johnny y las cosas regresaron a su cauce. Pero Sal nunca se reveló como candidato para aspirar a posiciones más elevadas, aunque era evidente que tenía la voluntad y la capacidad. A Johnny no le gustaba y eso era suficiente.

Pero con Johnny tan débil, todo cambió.

Así que cuando los guardaespaldas condujeron a Harvey Ciullo a presencia de su jefe, ya había tensión en el ambiente. La proximidad de toneladas líquidas de acero al rojo vivo que se colaban en moldes no ayudaba precisamente a enfriar el ambiente.

La fábrica era un infierno surrealista de fuego y surtidores de llamas incandescentes, donde la mugre se extendía por doquier, excepto en el acero líquido, que seguía su curso, blanco, luego amarillo, luego carmesí, mientras se formaban en su superficie costras negras a medida que se enfriaba. Entonces esas superficies se agrietaban y el rabioso núcleo que ocultaban quedaba al descubierto. El calor emergía en ondas y remolinos, de un color blanco furioso que resquebrajaba la piel costrosa y el proceso de enfriamiento comenzaba de nuevo. Los destellos rojos combatían con las sombras allí donde se alcanzaba la vista.

–Harvey –dijo Sal. No se volvió para mirarle.

–Señor Macellaio.

–¿Habías visto algo así?

Hasmed había estado recordando la guerra contra el Cielo, cuando combatía contra poderosos espíritus telúricos. Cuando los golpeaban, sangraban metal derretido, muy similar al que estaba contemplando.

–Pues no.

–¿Puedes imaginarte qué podría hacerle eso a un tío? Es decir, ¿si se le tirara dentro? La piel, las vísceras... Esa mierda desaparecería en segundos, ¿verdad? Incluso los huesos harían... puf.

–Supongo.

Sal se giró finalmente y le miró.

–Hiciste una estúpida apuesta en el Campeonato del Mundo. Vamos, de retrasado mental.

Hasmed se encogió de hombros.

–Ham me dice que crees que deberíamos perdonarte la deuda.

Hasmed asintió.

–¿Y por qué cojones haría yo eso?

–Creo que me mataste.

–¿Ah sí?

Hasmed se quitó el sombrero y se secó la cabeza, sudorosa y afeitada, con un antebrazo.

–Sí.

Sal observó la cicatriz de la frente de Harvey pensativamente. En la luz rubicunda, parecía que palpitaba.

–Tal y como lo veo –dijo Hasmed–, teníamos un trato; pagar o morir, ¿no?

–Veo que lo has entendido muy bien.

–Bien, pues no pagué. Y Mikey Diamond me mató. –Contrajo los labios un poco, pero nadie hubiera podido llamarlo una sonrisa–. Ya está, fin del asunto.

Sal se rió.

–Menuda lógica de mierda que te has montado, Ciullo. ¿O debería llamarte Maese Fortuna?

–Puedes comprobar los registros del hospital. Morí, Sal. –Una nota de tensión se introdujo en la voz de Hasmed.

–Creo que sólo vale si sigues muerto, Harv.

–No me digas que me vas a matar otra vez. ¿Vas a hacerlo?

Algo estaba ocurriendo. Sal no podía ponerle nombre pero era algo. Las sombras se estaban moviendo. O quizás se detenían de pronto, donde antes se habían estado agitando. Tal vez las sombras

estaban reptando hacia a Harvey y se adherían a él.

–Preferiría cobrar los intereses y el dinero que debes.

–No voy a pagar.

–¿Me estás desafiando, Ciullo? Vienes aquí, ¿y me desafías a la cara? No me puedo creer esto, joder. Vince, ocúpate de él.

Vince se adelantó y comenzó a toser. Al principio era sólo una pequeña tos, como para aclararse la garganta del humo de los hornos, pero luego tosió de nuevo. Y otra vez. Cada vez eran mayores y más severas y, al tercer paso que dio hacia Harvey, ya no podía tenerse derecho. Estaba arqueado, con la cara enrojecida iluminada por el acero derretido, luchando por respirar.

Los otros dos guardaespaldas desenfundaron sus armas pero no podían apuntar con certeza. Sabían que Harvey estaba allí. Podían verlo. Sólo que no podían, en realidad. No podían enfocar bien la vista sobre él. Sabían que estaba en alguna parte, pero...

–Sal, deberías reconsiderarlo. ¿Hablaste con Hamish?

¿Hablaste con Dennis? ¿Te contaron lo que he visto?

Sal sacó su pistola pero, como sus secuaces, no sabía dónde apuntar. La voz de Harvey, fría, cruel y vehemente, parecía que se iba acallando. Pero era más clara y eso significaba que estaba acercándose.

–Previne a Dennis acerca de su garganta y no quiso escuchar. Previne a Ham acerca de su amante y no quiso escuchar. Previne a Johnny acerca de su cáncer y ni siquiera tuvo oportunidad de escuchar. Sucedió muy rápido. Ahora te estoy previniendo, Sal. No quieras ganarte mi odio, no por algo tan insignificante como el dinero. No sabes hasta dónde puedo ver y tú tienes cosas que no podrías soportar perder. ¿Tú mujer? ¿Tu hermana? Creo que podrías verlas desaparecer. Podrías, ¿verdad? Pero tu hijo...

–¡No tengo hijo! –le espetó Sal, pero su rostro había empalidecido.

–Lo tienes. Nadie sabe nada. Scott, ¿no es así? El hijo que va a la universidad, que no sabe nada de gánsteres ni chanchullos ni atracos. Tu pequeño pedazo de vida normal y nadie lo sabe. Tu secreto. Bueno, Sal, yo lo he descubierto. ¿Quieres saber qué le depara el futuro? ¿Quieres que te diga su suerte?

–¡De acuerdo! –dijo Sal–. ¡Vale! Jesús, vale. Te... te has librado.

Y, de pronto, todo volvió a ser normal. Vince recobró el aliento y se puso en pie. Los guardaespaldas enfundaron tímidamente sus armas, porque sólo era el pequeño Harvey Ciullo, de pie junto al jefe. Harvey el don nadie, Harvey el despojo. Harvey, el estúpido que no podría salir de una bolsa de papel mojado aunque el propio Einstein le diera instrucciones.

Harvey Ciullo, que acababa de hacer retroceder a su jefe.

Sal hizo desaparecer su pistola con estudiada sutileza y se puso bien la chaqueta. Su respiración aún estaba agitada pero podía controlarla. Su control era único. Le había convertido en lo que era.

Sabía que no podía permitirse el lujo de ceder ante Harvey. No sucedería inmediatamente, pero a la larga eso acabaría con su reputación. Probablemente más cuanto más tiempo transcurriera. Pero también sabía que fuera lo que fuera Harvey ahora, aquello en que la muerte lo había convertido, no estaba preparado para enfrentarse a él. Todavía no. Y, si quería hacerlo, necesitaría su respeto intacto.

Era todo un dilema, pero Sal era un tipo con recursos.

–Sí, tu deuda, olvídate de ella. Siempre y cuando me hagas un favor primero.

–¿Un favor? –Examinándole detenidamente, Sal vio cómo el rostro de Harvey palidecía y parecía un poco abatido y cansado. Así que aquel maldito espectáculo o lo que fuera que hubiera montado le había costado un esfuerzo. Era bueno saberlo.

–Uno pequeño. Porque, en serio, esa apuesta que hiciste fue muy divertida. Joder, el dinero está bien empleado por lo mucho que nos hemos reído, ¿sabes?

–Genial.

–Sólo tienes que hacer un trabajito. Nada importante. ¿Tienes descuento en alguna compañía aérea?

–¿Cómo?

–Porque vas a ir a Los Angeles para mí.

Hasmed se fue a casa y se metió en la ducha, dejando que el chorro de agua caliente lo cubriese por completo, hasta que desapareció toda la porquería, todo el pegajoso sudor y, lo que era más importante, hasta que los nervios y la ansiedad abandonaran su cuerpo.

Estaba indignado. Se había enfrentado contra tronos y principados del Ejército Celestial sin temblar siquiera, pero, ¿ahora? Ahora estaba aterrizado por un ser humano. Un mero mortal cuyos mejores trucos eran las balas y el metal fundido.

Hasmed trató de apartarlo de la mente, intentó ignorarlo, diciéndose a sí mismo que era el miedo de Harvey, resquicios de ansiedad de un gallina... Pero sabía que era algo más.

El mundo era horroroso, decadente y ruinoso, pero tenía miedo de abandonarlo tan pronto. Caminaba una vez más bajo el cielo azul y sobre la verde hierba y lucharía para quedarse con todas sus energías. No podía seguir negando su pánico al Infierno. Le aterraba la sola idea de regresar a su celda de adormecimiento y sabía que eso le hacía débil.

Eso y Tina.

Mientras estaba pensando en ella, podía sentir cómo se acercaba, subiendo las escaleras, un destello reluciente en un mundo oscuro. No era Dios para ella. Dios, para Tina, no era sino una abstracción. Dios era algo que algunos adultos consideraban importante, algo que tenía que ver con iglesias y canciones.

Mientras pudiera actuar como Harvey Ciullo, Hasmed era mejor que Dios. Para ella, él era "Papá".

Terminó de ducharse y se secó. Mirándose en el espejo, podía ver que la marca de su frente comenzaba a sanar. Los puntos ya no eran visibles y ahora sólo quedaba una lívida cicatriz roja. Combinada con el ojo enrojecido y purulento, era repugnante. Inolvidable.

Hasmed debería de haber sido capaz de curar la cicatriz y el ojo con un simple ademán de su voluntad, pero no. Por algún motivo, sospechaba que no podía. Esas marcas eran parte de él. No eran de Hasmed o Harvey, sino quizás eran algo connatural al ser híbrido en que se estaba convirtiendo.

Quizás eran el rostro de Maese Fortuna.

Sacudiendo la cabeza, se vistió velozmente y salió del baño justo cuando Helena empezaba a llamar a la puerta.

La abrió e inmediatamente se agachó para abrazar a Tina.

–Hey, bonita –dijo. Ella forcejeó para soltarse.

–¡No! –dijo–. ¡No, no, no!

–Lleva así todo el día –dijo Helena.

–Lo siento –respondió sinceramente Hasmed–. ¿Quieres pasar? Puedo hacerte un té o, no sé, traerte una cerveza.

–Acepto la cerveza.

Tina se liberó y corrió a una pared. Comenzó a darle patadas, gritando:

–¡No, no, no, no, no!

–¡Tina, no hagas eso! –le dijo Helena.

–¡No quiero!

–Sí, cariño, para ya –dijo Hasmed. Se giró a Helena y le dijo–. Yo me ocupo. ¿Te importaría cogerte tú la cerveza?

–Que va –dijo, y se dirigió a la cocina.

Hasmed cogió a Tina por el hombro para llevársela de ahí, pero ella se debatió y siguió dando patadas. Él la cogió por las axilas y la levantó.

–¡No, no, no! –chillaba ella, pataleando. La abrazó con fuerza hasta inmovilizarla. Entonces esperó a que se cansara.

–Pequeña –dijo–, ¿de qué va todo esto?

No respondió.

–No puedes ir pegando patadas a las paredes del piso. Si las tiras, no tendremos dónde vivir.

–La tía Helena es mala –dijo.

–No lo creo –replicó.

–¡Tú también eres malo! –gritó con la cara completamente enrojecida.

–Tina, cariño, tienes que calmarte.

–¡Ella no es mi mamá! ¡Tú no eres mi papá! ¡Eres el señor Cara Horrible!

Rompió a llorar.

Él suspiró y atrajo hacia sí a la peleona criaturilla.

–Ella no es tu mamá –dijo–, pero la tía Helena te quiere

muchísimo. Yo te quiero muchísimo. ¿Lo sabes?

–No –dijo ella con tono avinagrado.

–Bueno, pues es cierto. Estamos aquí y te queremos y no nos vamos a ir a ninguna parte, ¿entiendes?

–No. –Había menos fuego en su rechazo esta vez.

–Ya es la hora de tu siesta, ¿verdad? ¿Por qué no te acuestas en tu cuarto y ves si te sientes mejor de aquí a un rato?

–¡No! ¡No quiero dormir!

–Muy bien, no tienes por qué dormir, pero tienes que estar un rato tranquilita en tu cuarto, ¿vale?

Frunció el ceño un momento y luego dijo:

–Vale.

La acompañó a su habitación y luego regresó al salón al cabo de diez minutos. Helena estaba bebiendo una cerveza y mirando una pila de libros.

–¿Fuiste a la biblioteca? –preguntó. Su voz sonaba escéptica.

–Sí –dijo–. Bueno, es que sé leer, ya sabes.

–Ya, pero... ¿*Ponte en forma: el método saludable! ¿La dieta del sentido común!* ¿Qué pasa aquí?

–No quiero morir –contestó.

Ella inclinó la cabeza.

–En serio –dijo–. No quiero morir. Otra vez. Ya he... he estado ahí, Helena, y no me gustó. No quiero regresar hasta que no tenga más remedio.

–¡Vaya!

–¿Qué?

Abrió su boca y la cerró. Tomó un sorbo de cerveza.

–Supongo que... No sé. Nunca pensé que fueras a cambiar tu vida.

–Vete haciéndote a la idea.

–¿Harvey?

–¿Mmmm?

–¿Qué ocurrió aquella noche?

–¿Qué noche?

–La noche en la que te caíste.

Él sacudió la cabeza.

–No te preocupes por eso. Ya no es un problema.

–Ya he oído eso antes.

–Sí, pero, ¿sonaba como si realmente me lo creyera?

Ella tuvo que admitir que las otras veces no.

Más tarde, después de que Helena se marchase, Hasmed fue a la habitación de Tina. Estaba en la cama profundamente dormida, con una muñeca *Barbie* aún en la mano. Incluso dormida, tenía la frente arrugada.

Durante unos momentos, permaneció allí de pie, con la cabeza ladeada. Un flujo de emociones cruzó el cuerpo de Harvey mientras observaba a su hija.

Hasmed estaba fuera de ellas, pero también le afectaban.

La miró en silencio y se giró para marcharse. Dio dos pasos cuando oyó una voz que lo detuvo.

–¿Papá?

Se volvió.

–¿Sí?

–¿Quieres oír una canción? –dijo con un susurro.

–Claro, pequeña –se sentó junto a ella en la cama.

Con su aguda voz, Tina cantó.

*"Jesús me quiere, esto lo sé
porque la Biblia lo dice.
Los pequeños le pertenecemos.
Son débiles pero Él es fuerte".*

–¿Quién te enseñó esa canción?

–La tía Helena.

–Ella te quiere mucho, bonita. Ya lo sabes.

–Sí –dijo Tina entre susurros. Hasmed apartó un mechón de rizos dorados de su frente –. ¿Papá?

–¿Sí?

–Nunca volveré a ver a Mamá, ¿verdad?

–La podrás ver en fotos y en tu memoria.

–Pero... no va a volver.

–Pues no.

–Está muerta.

–Pues sí.

Ella se incorporó y lo abrazó.

–Casi te mueres –dijo.

–Volví por ti, cariño.

–Pero podrías morir.

–No te preocupes por eso.

Ella se abrazaba a él más y más fuerte.

–Mira –dijo–, te voy a contar un secreto, ¿vale?

Ella lo miró con sus ojos castaños llenos de confianza.

Su corazón comenzó a latir más deprisa y tuvo que refrenarse, porque casi le contó algo sin sentido. Pero no lo hizo.

–Hay una manera de que tú y yo estemos siempre juntos, Tina. Siempre. Pase lo que pase. ¿Te gustaría?

–¡Sí, sí!

–Bueno. Aquí va la primera parte. Tienes que decir que eres mía. ¿Entiendes?

–Soy tuya.

Él inspiró profundamente.

–Muy... muy bien, tesoro. Ahora viene la segunda parte. Es un nombre, ¿sabes? Y es un secreto. No se lo puedes decir a nadie, ¿de acuerdo? A nadie. Sólo es para ti y para mí. No se lo digas ni a la abuelita. Ni siquiera a la tía Helena. ¿Entiendes?

–Es un secreto –susurró.

–No se lo digas a nadie.

–No se lo diré a nadie.

–¿Lo prometes?

–Lo prometo.

–¿Lo prometes por mamá?

Ella tragó saliva. Sabía que no lo entendía bien. ¿Cómo podría? No entendía que le estaba pidiendo pero ella confiaba en su papá. Y entendía que había algo terrible en jurar por su madre muerta.

–Lo prometo por mamá –susurró.

–Muy bien. El nombre es "Hasmed". Si estás en apuros, si estás en peligro, donde sea, por lo que sea, pronuncia ese nombre.

Has-med. Dilo.

–Hasmed –musitó.

–Bien. –La besó en la frente–. Buena chica, Tina. Yo voy a cuidar de ti.

Su voz sonaba entrecortada.

–Siempre te protegeré.

_____ 6 _____

–¿Alguna has fantaseado con la idea de ser una estrella de *rock*, Tommy?

Thomas Ramone meneó la cabeza. Sabriel frunció el ceño.

–No, en serio. Tienes que haberlo hecho, ¿verdad?

Él levantó las cejas y movió la cabeza de nuevo.

–Bueno, ¿y ser actor? ¿Un cómico famoso? Un pintor no, me imagino.

Su cabeza seguía moviéndose de un lado a otro lado.

–Oh, mierda.

Sabriel se levantó y caminó hasta él. Había estado bebiendo de una botella de agua mineral *Poland* y la acercó a sus agrietados labios. Él tragaba con avidez, mientras por las comisuras de sus labios serpenteaban delgados hilos de agua. A continuación, no dispuesto a desperdiciar una sola gota, rodeó con sus labios el cuello de la botella. Continuó sorbiendo de ella incluso después de que se hubiera vaciado. Entonces Sabriel la retiró.

Esperó un momento y preguntó:

–¿Puedes hablar ahora?

–Creo... creo que sí. –Su voz era débil, ruda y áspera. Había tal falta de vida en ella, un desespero y abatimiento tan profundos, que el rostro de Sabriel se iluminó con una bella sonrisa.

–¿Nunca soñaste con ser famoso?

–No, claro que no. Joder, ya soporté bastantes chistes sobre los *Ramones* cuando era crío. Paso.

–Ya. –Se volvió a sentar. Esta vez no había bajado una silla de

la cocina. Tenía dos maletas enormes y estaba delicadamente apoyada en una esquina de la más grande.

–Me voy, Tommy. Ya lo sabes.

Él asintió. Ella esperó.

–¿No vas a pedirme nada?

–No vas a dejar que me vaya –dijo como si estuviera agotando su última oportunidad.

–Hombre, podría. Pero sería costoso para ti.

–El Síndrome de Estocolmo.

–¡Muy bien! ¡Lo recuerdas!

–Tengo tiempo de sobra para pensar.

–Pues sí. –Rebuscando en su bolso, extrajo una pequeña fiambarrera con un sandwich dentro. No era muy grande, tan sólo pan de molde con crema de cacahuete.

–¿Quieres esto?

Su estómago rugía audiblemente.

–Sabes que sí.

–Si lo quieres, tienes que creer que soy una diosa.

–Eres una diosa. –Su voz era firme, salvo por la entonación descendente de desesperación y ansiedad.

–Es un comienzo, pero no lo crees de veras. En serio, Tommy, no te lo crees. Se nota. Quieres el sandwich, lo quieres realmente, y por eso quieres creer. Pero no vale. Mala suerte.

Arrojó el sandwich al suelo y levantó las maletas.

–Así que me vas a dejar aquí. –Ni siquiera tuvo valor para hacer la pregunta.

–Eso es, exacto.

–Putá.

Ella estaba a medio camino de las escaleras y se detuvo. Dejó las maletas en el suelo y se dio la vuelta.

–¿Qué me has llamado?

–Ya lo has oído. –En su garganta se veían los latidos de su corazón, palpitando con fuerza.

Se inclinó sobre Tom y acercó la boca a su oído.

–Quizás –susurró–, quieras reconsiderar lo que has dicho.

Thomas se mordió los labios, pellizcándose un pliegue de carne.

Sintió una gota de sangre en su boca. Sabía bien.

–Quizás lo haga.

Ella se irguió, mirándolo con expectación.

–Eres una zorra.

Sabriel rompió a reír.

No era una risa malévola o cruel. Era una risa sincera, jovial y deliciosa. Era la carcajada típica de alguien que se ha sorprendido de algo gratamente. Algo encantador.

–¡Oh, Tommy –exclamó–, qué razón tuve al retenerte!

A medida que su risa tintineaba, el aire del sótano se volvía más cargado y pesado. Llevándose las manos a la nuca, se desabrochó un botón de la blusa.

–Thomas Ramone. Tom. Tienes agallas, carácter, Humanidad.

Se quitó la blusa, dejó caer su falda y dio un paso para salir de ella. El aire se había tornado tan húmedo y denso que las paredes comenzaban a cubrirse de vaho y a producir gotas que caían al suelo.

–Y he estado pensando en esto. Me alegro de que no seas un artista. Me alegro de que no quieras crear nada. He estado demasiado colgada de gente así. Demasiado absorbida por mi trabajo.

Una densa neblina llenaba la habitación. Ella se sacudió el cabello, que se estaba rizando en la cálida bruma. Estaba de pie, frente a él, desnuda.

–Realmente soy una diosa –dijo.

Entonces se transformó.

Donde antes había sido una mujer pálida y atractiva, de cabellos rubios y pelirrojos, ahora él contemplaba la gloria del océano iluminado por el sol. Llovía sobre las baldosas mientras ella permanecía allí, con la grandiosidad de una tormenta en el mar, magnificente e inhumana. Sirena y Escila a la par.

Ella avanzó hacia él y lo rodeó con sus alas de catarata.

–*¿Qué deseas, Thomas? Dime cuál es tu deseo. Dame tu obediencia y lo tendrás.*

Tom Ramone lo sabía.

Los días de sed y hambre le habían preparado para esta visión. Al igual que los eremitas de antiguas religiones se purificaban en el desierto mediante el ayuno, la soledad y la flagelación, el tormento de

Thomas le había abierto los ojos. Sus consideraciones de hombre corriente se habían desvanecido y, cuando se gestó el prodigio, Thomas ya sabía cuál era su juego. Sabía que ella podía hacer lo que decía. Reflexionó sobre qué le iba a costar.

–La libertad –dijo–. Quiero mi libertad.

–*Ríe conmigo* –dijo– *y será tuya*.

Deslumbrado y asombrado, Thomas lo hizo. Comenzó con una risita forzada y sintió cómo iba licuándose, exudando, liberándose. Aterrorizado, su risa se elevó hasta la histeria y fluyó a través de sus ligaduras y cayó al suelo empapado.

–*¿Lo ves?* –preguntó Sabriel–. *Libertad*.

Thomas reasumió su forma y se irguió de nuevo, renovado y profundamente temeroso de aquello en lo que se había convertido.

* * *

Teddy Mason estaba sentado en la consulta de su psicólogo. No estaba tumbado en un diván. Demasiado típico. Y su psicólogo no era un hombre saturnino con acento austríaco y adornado con una barba gris. Era una mujer obesa con falda larga. Su nombre era Dra. Ng.

–He vuelto a tener ese sueño –dijo.

–¿Anoche?

–La noche del jueves. –Ella hizo un apunte en su libreta.

–¿Eso te altera? –preguntó.

–Claro. –Bajó la vista para apartarla de ella–. Ya sabes que sí.

–¿Quieres contármelo?

Él se encogió de hombros.

–Ya lo has oído antes.

–Cuéntamelo otra vez.

Ella sabía que él se sentía incómodo contando el sueño y él sabía que ella lo sabía, y suponía que por ello se lo hacía describir una y otra vez. En realidad, el sueño nunca cambiaba.

–Bueno, pues el sueño es así... Hace frío. Es de noche. Estoy sobre una colina. Hay más. No son como las montañas de por aquí. Son colinas antiguas, ¿me sigues? Erosionadas. Como los Apalaches o algo así, sólo que ni por asomo son tan fértiles.

–¿Has estado en los Apalaches?

–Una vez, cuando era un crío.

–Y estas colinas no eran los Apalaches.

–No. Tampoco lo eran la última vez que tuve el sueño.

La Dra. Ng levantó las manos.

–Vale, vale. Sólo que siempre mencionas los Apalaches cada vez que me cuentas el sueño.

–Es para hacer una comparación. No eran los Apalaches.

–De acuerdo.

Teddy Mason había perdido su virginidad durante una excursión a los Apalaches. Había visto a una chica morena y fea en una de las ciudades de por ahí pero no le había dirigido la palabra. Ella tampoco le había dicho nada; sólo lo miró y, tras darse la vuelta, se fue alejando. Él la siguió hasta las cuarteadas gradas de madera de un campo de fútbol. Ella se subió la falda sin decir una palabra y él soltó un bufido mientras le bajaba las bragas, se desabrochaba el pantalón e intentaba meterla torpemente. La expresión de la chica, distante, quizás desdeñosa, o tan sólo taciturna, no se alteró mientras se debatía entre sus caderas una, dos, tres veces y eyaculaba. Había sangre en su pene cuando lo retiró así que supuso que ella también era virgen. Estuvo a punto de decirle algo pero no había nada de que hablar. Se puso los pantalones, ella se atusó la falda y así acabó la cosa.

Fue la experiencia sexual más satisfactoria que había tenido nunca pero le parecía tan irreal que a veces no estaba seguro de si lo recordaba o era tan sólo un sueño, una fantasía. A veces quería hablar de ello a la Dra. Ng (en cierto modo, se parecía ligeramente a aquella chica), pero nunca lo hizo.

Se aclaró la garganta y continuó.

–Bueno, en el sueño estoy en esta área montañosa. Muy árida. Mucha arena gris, casi como polvo. Hace frío y el aire es limpio. El cielo está muy despejado. Puedo ver millones de estrellas y la luna es como un foco. O sea, que es tan brillante que apenas puedo mirarla.

Se recostó en su sillón de cuero, que crujió levemente. Ladeó su cabeza y levantó los ojos hacia su psicóloga, buceando en su memoria.

–Hay unos pocos cactus, ¿cactus? Como se diga. Unos pocos. Y también de estos pequeños árboles retorcidos. Y uno de ellos me habla.

Hizo una pausa, esperando que la Dra. Ng dijera: "¿y qué te dice el árbol?" La mayoría de las veces, en este punto de la narración, ella preguntaba eso. Hoy no lo hizo, así que, después de un momento continuó.

–Me dice que está muy complacido con las ofrendas que le brindo y que si cumplo mi... deber sagrado, o algo así... Si lo cumplo bien, contaré con sus bendiciones y su protección. Si incumplo mi deber, yo... bueno, sufriré su cólera. Más o menos.

Teddy se sentía ridículo hablando de todo ese rollo bíblico; él era gerente de una tienda de muebles. No debería estar visitando a un psicólogo por pesadillas y disfunciones sexuales. Esperó que la Dra. Ng dijera algo que le diera fuerzas, que le facilitara el trance. Pero no lo hizo.

¿Para qué demonios le pago! ¿Para que se quede ahí sentada como un árbol! Aunque fue sólo un pensamiento, la imagen (el doctor como un árbol) produjo gran impresión en él y sintió pánico. Ella no era el árbol. No quería que lo fuera. ¿O sí?

–Así que empiezo con los... los sacrificios. Ya sabes. Ya te lo he contado antes.

–Cuéntamelo otra vez.

Dio un suspiro.

–El primero es una... una chica. Quizás de doce, ¿trece? No lo sé, tal vez mayor. Y cojo un palo. No es grande, quizás de quince o veinte centímetros, más delgado que un lápiz... Agudo. Se lo meto en el ojo. No la ciego, sin embargo –esta era la parte más frustrante; tratar de explicar cómo sentía una sensación de... pericia en el sueño. Su yo onírico tenía un objetivo y no padecía cólera, horror o locura. Tan sólo sentía que era su objetivo. Como cuando Teddy tenía que hacer el inventario al final de cada mes. Sólo que, a la vez, su yo onírico tenía un sentimiento de moralidad, deber y pureza verdadera.

–Se lo meto por la nariz, por algún conducto. Y lo voy girando y metiendo más. Entonces el árbol me dice que ya basta y lo saco. Apenas sale sangre.

–¿Qué aspecto tiene la chica?

–Pues... No sé. Parece... ¿India? ¿Quizás negra? De tez morena. Pelo largo y liso.

–¿Cómo está vestida?

–No lleva nada. Pero no parece desnuda. Quizás es que su ropa no tiene importancia en el sueño. No lo sé. O tal vez todos estamos desnudos y ya está.

–Cuando dices "todos estamos desnudos"...

–Las otras personas que están a mi alrededor, contemplando lo que hago. La tribu.

–En el sueño, ¿eres indio o negro como ella?

Teddy ladeó la cabeza.

–Sí. –Realmente era algo en lo que no se había parado a pensar.

–¿Qué hacen los otros?

–Están repitiendo algo en cánticos, una y otra vez. No recuerdo qué. Es un nombre, sin embargo.

–¿Tu nombre?

–Tal vez –dijo, pero sabía que era el nombre del árbol. Sabía que, si era capaz de acordarse de ese nombre, todo parecería más claro. Todo tendría sentido.

–Sabes lo que Freud diría sobre ese palo largo y delgado, ¿no?

–Claro. –Suspiró—. Sinceramente, no creo que esto sea ningún tipo de sueño sexual. En fin. Siento que no tiene nada que ver.

La doctora hizo otro apunte en su libreta.

–Muy bien. Otra teoría sostiene que, en los sueños, somos todas las personas que aparecen.

–¿Ah sí?

–Es decir, cada personaje del sueño representa un aspecto o faceta diferente de nosotros mismos.

Teddy recapacitó sobre ello.

–Tiene sentido, supongo. Ya que el que sueña sólo soy yo, tengo que ser todos los que salen en el sueño. Tienen que ser yo, o parte de mí, o lo que sea.

–Así que, ¿qué parte de ti es aquella chica?

Abrió su boca y la cerró de nuevo.

–No lo sé.

–¿Sospechas que estás ciego en alguna parte de tu vida?

–Ya te lo dije, ¡no la cegué! ¡La curé!

Ella levantó las cejas. Teddy también estaba sorprendido.

–¿La curaste?

–Sí... –se puso la mano derecha sobre la boca y durante un momento se mantuvo con la vista perdida en la nada, con los ojos muy abiertos.

–¿Qué padecía?

–No lo sé, pero...

La Dra. Ng esperó. Se podía oír el suave tictac del reloj.

–Pero... yo padezco lo mismo. –Los ojos de Teddy, que todavía miraban perdidos hacia el suelo, hacia su memoria, estaban muy abiertos, desorbitados–. Tengo la misma maldición. Y, como tengo que curar la de la gente, nunca puedo... perderla. Soy el sumo sacerdote y tengo que seguir enfermo para sanar a los otros.

Ella esperó y luego le animó.

–Creo que hoy estamos haciendo muchos progresos, Teddy.
¿Qué parte de ti es la multitud, la tribu?

Trató de responder, abriendo su boca, pero la cerró una vez más.

–No lo sé.

–Bien. Ya hemos acabado por hoy pero creo que deberías sentirte muy satisfecho –Escribió una nota en su libreta–. Si podemos entender este sueño, creo que perderá la capacidad de aterrorizarte.

–Me encantaría –dijo sin dudarlo.

–Para la próxima semana, me gustaría que pensases qué parte de ti está simbolizada por el árbol.

El corazón de Teddy dio un vuelco. Con el piloto automático, se puso en pie y estrechó la mano de la Dra. Ng, salió de la consulta y saludó mecánicamente con la mano a la recepcionista mientras se iba.

La Dra. Ng nunca le había indicado a Teddy que su sueño coincidía siempre con la luna llena, por la simple razón de que ella no había reparado en la pauta.

Había cosas que Teddy tampoco le contaba a la doctora pero no se debía al desconocimiento. Sus razones eran más complejas.

No le contó que la sola idea de él como árbol le había convulsionado el cerebro. No sólo sentía que era un error, sino una blasfemia.

Tampoco le había dicho que lo que le despertaba de esos sueños no era el horror o el miedo, sino una estimulante sensación de poder, valor y benignidad. Nunca le había contado que sentía que el árbol era sagrado.

* * *

En el centro de ocio local, Roscoe Paum se estaba poniendo nervioso.

–Joder, Harv –dijo–. Quizás deberías descansar unos minutos, ¿no?

Diez minutos antes, Roscoe había estado alentando a Harvey a gritos, llamándole marica, ordenándole que saltara a la cuerda, mierda, que incluso las niñas pequeñas pueden hacerlo, joder. El otro lo había puesto todo de su parte, aunque se seguía enredando la soga en los tobillos. Después de cinco minutos de descanso, Roscoe le puso a hacer pesas y eso era lo que le estaba poniendo nervioso.

Roscoe había visto entrenarse a un montón de boxeadores, pero generalmente eran jóvenes macarras o alumnos expulsados del instituto, no eran tipos entrados en años con el cuerpo fofo por décadas de desayunos de beicon. No eran tipos que acababan de morir en el quirófano durante una operación de cerebro, eso seguro. Pero éste, esta extraña versión de Harvey, le pedía mucho más que aquellos jóvenes boxeadores. Mucho más que aquellos bastardos cachitas que sabían muy bien que el boxeo era su única alternativa a la delincuencia o a una vida sentenciada a ganar un miserable sueldo. Mucho más que los chalados que boxeaban como expresión de algo realmente enfermo, que boxeaban porque eso los mantenía alejados de atracos y asesinatos. Mucho más que los tipos a los que les encantaba ese deporte, que entrenaban como maníacos porque no había nada que les entusiasmase más que machacarse hasta casi vomitar.

Roscoe bajó la vista al rostro purpúreo del hombre que estaba

en el banco de pesas y veía una pasión inhumana que sobrepasaba todo lo anterior.

Mientras lo observaba, la postilla roja de su frente se abrió en un extremo. Brotó una gota de sangre.

–Bueno, ya vale. –Roscoe cogió la barra y la colocó en su sitio. Le costó gran esfuerzo hacerlo. Sus temblores habían empeorado hoy.

–¿Qué? Creía que querías machacarme.

–Sí, claro –dijo Roscoe–. Pero no quiero que te dé un aneurisma en el cerebro. Hala, a la ducha.

–Mierda, aún puedo... –Cuando Harvey se incorporó, su cara palideció y se apoyó súbitamente en el banco.

–¿Estás bien?

–Tranqui –se puso en pie, pero con pasos inciertos, y ya no se habló más de seguir con el entrenamiento.

Mientras esperaba en el vestuario, Roscoe se mordía las uñas y pensaba: *si le pasara algo a Maese Fortuna por allí dentro, ¿qué sería de mí? Seguiría con temblores hasta que me muriera. Mierda, no puedo dejar que se exceda.*

Al mismo tiempo, se preguntaba cuándo haría Maese Fortuna algo por lo suyo. Después del agua, le había venido con un envase lleno de plantas (jengibre, menta y cosas así), que mantenían bajo control sus músculos con su aroma. Pero sólo duró un día. Ahora seguía temblando y era peor que antes. No era peor físicamente, sino que le afectaba mucho más porque no podía acostumbrarse otra vez a lo mismo. Era mucho peor tener esperanza.

La puerta se abrió.

–¿Te sientes bien, Harvey?

–Tranqui.

–Tienes que tomártelo con calma, tío. Ya no eres joven. No puedes machacarte como si fueras un chaval.

–Lo sé, lo sé. Sólo quería, bueno, entrenarme algo antes de irme.

–¿Irte?

–Sí, voy a hacer un viaje.

–¿Adonde?

–Olvídalo. Nada importante. Un pequeño asunto, ¿vale?

–Sí, claro. ¿Cuándo crees que volverás?

–No estoy seguro. Pueden ser un par de días, una semana...

Probablemente no más de una semana.

Roscoe se mordió los labios, pensando en una semana sin alivio para su dolor y fragilidad.

–Bueno, pásalo bien, pásalo bien, allí. Donde vayas. Eh...

–Desvió la vista. Estaban caminando hacia el aparcamiento.

–Hey, Paum, ¿cómo estás?

–¿Yo? Bien, ya sabes. –Se encogió de hombros, pero todo su cuerpo tembló al hacerlo–. ¿Porqué? Crees que podrías... En fin...

¿Es que tienes algo?

La respuesta fue un profundo suspiro.

–No lo sé. Tengo una idea, pero...

–¿Sí?

–Sí, pero no será fácil.

–Bueno, nada es fácil. O sea, ¿qué idea?

–¿Recuerdas que te dije que había... cosas? ¿Cosas que podía ver? Bueno, no son reales. No es algo que puedas tocar pero están ahí. ¿Me sigues? Y pueden hacer cosas.

–Cosas.

–Sí. Las cosas tienen ideas, creo. Y creo... No lo sé, es difícil de ver, muy difícil. Pero quizás encuentre una cosa que te ayude.

–Levantó la vista, arqueando sus doloridos hombros–. Algo que te ayude aún más, quiero decir.

Roscoe tragó saliva.

–O sea, que... En fin, ¿me curaría? Es decir, ¿para siempre?

–Tal vez. No está claro, ¿lo entiendes?

–¿Pero es posible?

–Sí. ¿Quieres probarlo?

–¡Claro! Es decir, ¿por qué no?

Estaban en el apartamento de Roscoe veinte minutos después con las luces apagadas y el teléfono descolgado.

–¿Y qué...? O sea, ¿Cómo lo hacemos? –preguntó Roscoe.

–Creo que necesito... sentarme. Siéntate tú también y veré qué... veo.

–Muy bien. ¿Quieres, no sé, un refresco o...?

–Nada, nada. Siéntate y ya está. –Cerró los ojos, uno despejado y marrón y otro sanguinolento y moteado, y se acomodó en el desvencijado sofá verde de Roscoe.

No ocurría nada.

No ocurría nada.

No ocurría nada y Roscoe comenzaba a impacientarse. Los temblores estaban sacudiendo su cuerpo verdaderamente. Se estaba mordiendo otra vez las uñas que ya había roído mientras miraba la guía de programación de la tele, cuando Harvey abrió los ojos y una voz surgió de su garganta. No era la voz de Harvey, sin embargo, ni por asomo.

–¡SUPLICANTE! –dijo–. ¡DECLARA TU NOMBRE!

Roscoe se levantó de un salto y se puso la mano sobre la boca para ahogar un grito. La voz era profunda y resonante. No sonaba como si la emitiera un humano. Parecía que brotaba de un nubarrón de tormenta. Parecían efectos especiales de una película épica sobre la Biblia.

El rostro de Hasmed parecía extraño y a Roscoe le costó un segundo darse cuenta de que había nuevas sombras en él, sombras producidas por un débil destello rojo que provenía de aquel ojo maligno, inyectado en sangre.

–¡DECLARA TU NOMBRE!

–Roscoe Paum, señor.

–¡ROSCOE PAUM! ¿POR QUÉ PERTURBAS EL DESCANSO DE ZOTH-TOCATIL?

–Yo... yo... Es que... Harvey me dijo que...

–¿HARVEY? ¿ES ESE EL NOMBRE DE AQUEL CUYA CARNE VISTO? ¿ES ÉL TU MÉDIUM?

–No lo sé. Es el tipo con el que estás hablando. No, a través del que... O sea...

El vocabulario de Roscoe no estaba a la altura así que se limitó a señalarlo.

–¿POR QUÉ HE SIDO CONVOCADO?

–Har... Harvey pensó que podrías ayudarme. Con, con mi distrofia muscular.

–AH. ESTÁS ENFERMO Y QUIERES SANARTE. ENTIENDO.

Roscoe se humedeció los labios.

–¿Puedes hacerlo?

–¡TAL CURA ESTÁ DENTRO DEL PODER DE ZOTH-TOCATIL, MORTAL! ¡PERO LA CUESTIÓN ES SI TÚ PUEDES HACERLO!

–¿Hacer qué?

–PAGAR EL PRECIO QUE EXIGE MI PODER.

–¿Precio? ¿Qué precio?

–ME HAS DE SERVIR, OBEDECER Y ADORAR ARRODILLADO MI NOMBRE. ESTE RECIPIENTE, ESTE "HAR-VEE" ES INDECOROSO PARA MI SACERDOCIO, PERO TIENE LA VISIÓN Y DEBO HABLAR A TRAVÉS DE ÉL. SEGUIRÁS MIS MANDATOS Y LOS DE "HAR-VEE", SIEMPRE QUE NO INTERFIERAN CON LOS MÍOS. NO DEBE SABER NADA DE MÍ, SIN EMBARGO. NO LE DIGAS MI NOMBRE NI NUESTRO PACTO.

–¿Y puedes curarme?

–TUS TEMBLORES YA ESTÁN CESANDO.

Atónito, Roscoe constató que era cierto.

–¿Qué...? –Roscoe se llevó el pulgar en la boca y mordió su maltrecha uña. Sabía que tenía que aceptar el trato. Era demasiado débil para resistirse. Pero tenía que hacerle una última pregunta como fuera.

–¿Qué eres?

–HE TENIDO MUCHOS NOMBRES. PARA VUESTROS ANCESTROS, ERA EL TRONO DEL VIENTO DE LA MONTAÑA. PARA MIS ENEMIGOS, ERA ZOTH EL AZOTE MALDITO, ME HAN LLAMADO PLAGA Y ASHARU Y FUNESTO CABALLERO DE LOS ABISMOS SIN FONDO.

EN TU LENGUA, MI NOMBRE ES... DEMONIO.

Sabriel, ángel caído de la Quinta Casa, uno de los también llamados Lammasu, Profanadores y Súcubos, apretó los dientes y

puso mala cara. Golpeaba con sus talones la tabla que sostenía el colchón de muelles de su barata cama de hotel. Si hubiera decidido hospedarse en un hotel barato, dormir en un somier infame, bueno, eso cambiaría las cosas. Zambullirse deliberadamente en la banalidad, la estupidez y el mal gusto de la humanidad también sería diferente. Pero verse forzada a ello porque no podía permitirse otra alternativa era algo muy diferente.

Las cosas le habían ido mal en Hollywood. Se había distraído con una confundida guionista de poca monta llamada Brenda Garry. Luego se había largado a Chicago, donde lo había pasado bien aunque no había cumplido ningún objetivo. Y entonces conoció a Nolan, el pintor, y luego voló a Los Angeles. Allí se encontró con Enshagkushanna, el monstruo...

Y ahora estaba en Las Vegas, huyendo.

Había tratado de contactar con Tommy pero estaba durmiendo. Había conseguido enlazar con su mente pero sólo obtenía de él palabras musitadas sin ninguna utilidad. No había sido capaz de despertarle, ni siquiera gritándole. Si quería que dejara de dormir, aparentemente tendría que llamarlo por teléfono.

El problema era que no tenía su número de teléfono.

Sabriel decidió olvidarse de Ramone de momento. La estaba haciendo más fuerte y eso era probablemente lo único para lo que servía, especialmente si era la clase de escoria que sigue durmiendo a pierna suelta a la una de la tarde. No dejaba de repetirse a sí misma que aquél era un contratiempo coyuntural. El dinero no sería un problema para ella, no con Las Vegas a un recorrido en taxi de distancia. Había cambiado su apariencia cuando huyó a California, de modo que parecía una adorable y pálida chica japonesa. Muy esbelta, con el flequillo cortado en línea recta. Muy inocente, clásica, con los ojos algo húmedos y vulnerables. El cebo perfecto para atraer hombres a los que, carentes de la sangre fría para ser violadores, les gustaran las mujeres frágiles y fácilmente doblegables.

–Oooh, tú "sel" muy "valonil" –canturreó sarcásticamente mirándose al espejo mientras se pintaba los labios.

A la mañana siguiente, regresó a su habitación de hotel, quince mil dólares más rica. Un vendedor de seguros de Texas llamado

Bartholomew Hightower había tenido suerte en el *blackjack* y creyó haberla tenido también con ella. Ella hizo que le suplicara largamente para conseguir lo que quería, lo que ella había conseguido que deseara. Y cuando lo hubo desplumado, se quedó feliz. Sabriel sabía en su fuero interno que la vida amorosa de aquel tipo se vería resentida en lo sucesivo. El recuerdo de la Makiko de las Vegas envenenaría cualquier encuentro sexual en el futuro y los intentos fallidos para recrearlo le conducirían a una amarga decepción. Probablemente, la buscaría otra vez. Mucha suerte le haría falta para encontrar a una mujer sin papeles, sin apellido y, a partir de la hora del desayuno, de altura, peso y rasgos faciales completamente diferentes.

Mientras hacía las maletas y guardaba el dinero, se preguntó qué sería lo próximo que haría. Era realmente deprimente. Podría ir y hundir artistas, como Brenda y Nate, pero era demasiado fácil. Tratar de estar en disposición de arruinar la cultura desde arriba parecía condenadamente difícil.

Lo que realmente necesitaba era algún aliado, pero era más fácil decirlo que hacerlo. Ese diablo, Gaviel, probablemente no desearía oír hablar de ella otra vez, no después del jaleo con Maryanne Prisco. Trató de invocar algunas criaturas como ella, otros Lammasu, antaño ángeles del océano... Pero el Maestro de las Aguas Profundas aún seguía en el Pozo, el Cantor de las Olas Occidentales no dio ninguna respuesta y el Caballero de la Tormenta Amenazante la había mandado a la mierda. Era frustrante ser rechazada por un ser con el que había trabajado codo con codo durante milenios.

Más frustrante aún era el olvido. Tenía eones de experiencia pero tratar de comprimirla en un cerebro humano del tamaño de una pastel sería en vano. Había perdido tanto... Tantos nombres, tantos recuerdos, tantos días de ayer...

Y entonces pensó en la batalla contra Vejovis. Ese recuerdo era claro y diáfano. No había trabajado muy a menudo con esos Elohim, pero quizás estuvieran padeciendo el mismo tipo de dificultades que ella. Gaviel no, ya no, pero Vodantu, Hasmed, Avitu... quizás pudieran ayudarla.

Había mantenido esporádicos contactos con Avitu (¿Cómo era su título? Algo sobre el viento ligero, el viento más ligero) cuando

estaban aprisionadas en el Pozo. Luego Avitu se había vuelto inaccesible. Aparentemente, había sido convocada desde el mundo humano y no había regresado. Pensando en el problema que tuvo en California, Sabriel sospechó que Avitu había sido atacada por una criatura similar; un demonio como ella, pero que había pasado más tiempo en la Tierra para aumentar su poder.

Era difícil concretar el paso del tiempo en el Infierno. Sabriel no tenía idea de cuándo había sido invocada Avitu o cuánto tiempo había pasado en los espacios materiales, pero tuvo que ser más del que estuvo ella. Un aliado poderoso sería muy útil. Incluso uno débil sería mejor que nada.

Inclinó la vista y miró su reloj. Faltaba una hora para que abrieran las puertas y otra hora más para que saliera el autobús (¡Un *autobús*, maldita sea!) hacia Florida. Con el dinero que tenía y vendiendo el billete de autobús podría coger un avión. Sí, ése sería el medio.

Sabriel corrió las cortinas y cerró la puerta con el pestillo. Después de unos momentos de meditación, dio la vuelta al monótono cuadro de arte pseudo moderno para que no la distrajera. En realidad sus ojos estaban cerrados, pero no quería tener la sensación de que la pintura la espiaba.

Se sentó con las piernas cruzadas en la cama y habló.

—¿Avitu?

Sintió un aguijoneo y se irguió de un respingo, abriendo los ojos.

¿*Qué demonios!*, pensó. La sensación... había sido de inercia, pero de una masa enorme y poderosa. Sin embargo, Avitu había sido un espíritu del aire. ¿Acaso su aislamiento en la Tierra había alterado la esencia de su naturaleza?

Había establecido contacto, aunque breve y brusco, pero había sido suficiente para convencerla de que Avitu era importante. Si tan sólo pudiera despertarla...

Después de pensar un momento, fue al baño y abrió el grifo. Cerró la puerta, bajó la persiana y se metió en el agua. Relajando su apariencia, asumió su forma natural.

—¿Avitu?

Esta vez sintió una respuesta más fuerte.

–SABRIEL... ¿ERES... TÚ?

–Soy yo, Avitu –dijo Sabriel en voz alta.

–HAN PASADO... MUCHOS AÑOS... DESDE LA ÚLTIMA VEZ QUE PRONUNCIASTE MI NOMBRE.

–¿Dónde estás?

–CERCA. ANTIGUA... COMPAÑERA. AYÚDAME... TE... LO IMPLORO.

La sensación de tamaño, edad y una gran masa inmóvil se incrementó y, con ella, Sabriel sintió distancia y dirección... Y una disyunción que no había sentido desde la Guerra de la Cólera.

–Avitu... ¿Estás en otra...? –Buscó un equivalente en inglés pero tuvo que recurrir a su propio idioma, y pronunció un sonido que apenas se había escuchado en la Tierra desde la Caída.

–SÓLO UN FRAGMENTO, UN PEDAZO. ¡VEN A MÍ! ¡POR FAVOR!

–No he olvidado tu lealtad durante la guerra. Iré.

–TRÁELOS.

–¿A quiénes? ¿A quiénes? ¿A quién debo llevar?

–A LOS QUE AMAS.

* * *

El mismo día en el que Sabriel invocó a Avitu desde el agua, Hasmed conjuró a Vodantu desde el aire.

Su asiento era de clase turista, muy barato, y estaba situado junto a la ventana. A su lado estaba Lauren, una chica de New Jersey de quince años y junto a ella, en el lado del pasillo, estaba su hermano de catorce años.

–¡Para! –repetía una vez tras otra.

–No estoy haciendo nada.

–¡Mamá! ¡Dile que pare!

Su padre y su madre ocupaban los asientos de delante.

–¡Callaos los dos! ¡Ethan! ¡Deja de enredar!

–No estoy haciendo nada, –su voz adquirió un tono de queja.

La joven Lauren comenzó a toser. Ethan, su hermano, empezó a moquear por la nariz. Su padre comenzó a sentirse acalorado e

irritable. Su madre cayó en la apatía y la depresión.

Hasmed no lo hacía a propósito. Ni siquiera era consciente de ello, pero era su mera presencia la que los había enfermado.

Conforme se acercaba al este, le parecía sentir que sus fuerzas crecían. La lejanía de sus anclajes (a Tina y Roscoe) hacía que fuera más fácil recurrir a la creencia que tenían en él.

Durante un momento, Hasmed se quedó meditabundo, pensando que era irónico, tal vez incluso algo triste, que cada uno de ellos lo temiesen o lo adorasen engañados. Tina no sabía que él era Hasmed el Caído; pensaba que era su papá perfecto y maravilloso. Roscoe tenía una idea más aproximada de lo que pasaba pero también había sido profundamente embaucado.

Hasmed había montado aquel numerito de "Zoth el Azote Maldito" por varios motivos. Primero, no iba a enseñarle a Roscoe el nombre de "Hasmed". A pesar de que nadie tenía la clase de control que tenía Vodantu sobre su nombre real, aun y con todo era una palabra de sobrado poder. Por una razón; permitía a la gente invocarlo, tal y como él conjuraba a su señor.

Pero había una razón más profunda para este engaño. Hasmed quería sondear la dedicación de Roscoe. Cuando llegara el momento decisivo (y Hasmed pensaba en varias maneras en que podía aparecer), ¿dónde iría a parar la lealtad de Roscoe? ¿Con Harvey el humano, su amigo que le estaba ayudando y que (aparentemente) ignoraba la naturaleza diabólica de Los de Más Allá? ¿O serviría Roscoe a "Zoth" por miedo o por la posible ganancia personal?

Hasmed conocía a los mortales. Suponía que lo segundo.

Era bien entrada la medianoche cuando Hasmed descolgó el teléfono del vestíbulo de su alojamiento. No le había echado monedas, pero sabía que nadie repararía en un viajante de negocios solitario que hacía una llamada. Un viajero solitario que hablaba consigo mismo. Eso ya sería otra cosa.

No llamó a su señor en la lengua inmortal de los Elohim. Al igual que le ocurría con el nombre "Hasmed", no estaba dispuesto a pronunciar semejantes palabras en presencia de mortales sin lealtad probada. En cambio, usó un antiguo lenguaje humano, uno de los muchos que se habían desarrollado durante los días de la rebelión.

Esos "días", vistos desde otra perspectiva, eran más bien siglos o incluso eras geológicas. Pero desde otro punto de vista igualmente válido, sólo pasaron días entre el desafío del ejército de Lucifer y su derrota a manos del Ejército Celestial.

–Mi señor Vodantu –dijo en un antiguo idioma ya extinto–. Tu humilde sirviente implora tu sabiduría.

–HASMED. –La voz se oía sólo dentro de su cerebro–. HA PASADO MUCHO TIEMPO DESDE QUE OÍ NOTICIAS TUYAS. MUCHO TIEMPO DESDE QUE ENTRASTE EN EL REINO MORTAL.

–Te suplico perdón, señor. La encarnación es dificultosa y ocupar un cuerpo humano acarrea muchas complicaciones.

–SOY MUY CONSCIENTE DE TALES COMPLICACIONES. TU COMPAÑERO JORIEL YA HA SIDO EXPULSADO DEL MUNDO MATERIAL.

Hasmed arrugó el entrecejo y sintió el cosquilleo del miedo.

–La Oscuridad de las Profundidades era un poderoso guerrero. ¿Cómo ha podido sucumbir?

–ES INCIERTO. SIN DUDA YA SABES QUE EL DESTINO CONSPIRÓ PARA ATRAER A MUCHOS DE LOS CAÍDOS A LA CIUDAD LLAMADA "LOS ANGELES" ÚLTIMAMENTE.

¿Así que no sabías que yo también estoy en Los Angeles?

Hasmed lo pensó pero no lo dijo. Sabía perfectamente que Vodantu no podía captar sus pensamientos a menos que él hiciera un esfuerzo para enviarlos. Después de todo, tenían un largo viaje por delante.

–SU PRESENCIA OCULTA EVENTOS A LA PERCEPCIÓN, INCLUSO A LA MÍA. SÉ QUE JORIEL FUE GRAVEMENTE HERIDO POR ARMAS MORTALES Y SÉ QUE OTRO DE LOS CAÍDOS ASESTÓ EL GOLPE FINAL. NO PUEDO VER MÁS ALLÁ.

–¿Puede regresar del Infierno otra vez?

–AHORA NO. NO TAN PRONTO. QUIZÁS NUNCA. SÓLO EL TIEMPO LO DIRÁ. PERO SI PUEDES INTRODUCIRME EN EL MUNDO, YA NO IMPORTARÁ.

–Señor, no será fácil convocarte.

–¿ESTÁS JUGANDO CONMIGO? –Vodantu habló de nuevo y Hasmed se estremeció mientras su alma, toda su esencia, zumbaba por el empleo de su Nombre Verdadero por parte de su señor–.

CONOZCO LAS DIFICULTADES. ¿QUÉ VAS A HACER PARA VENCERLAS?

–He cautivado dos mortales, señor, y me dan fuerza...

–Eh. –Era Lauren, en el asiento vecino, mirándole con ojos cansados y recelosos–. ¿Qué idioma es ese?

–No es de tu incumbencia –contestó en inglés, volviéndose hacia ella.

–Es árabe, ¿verdad?

–No, es... Mmmm... Ruso –dijo.

–No es verdad.

–Oye, ¿por qué no té callas de una puta vez?

–Eh, ¡que te jodan! No puedes hablarme así. ¡Papá! –Comenzó a menear el asiento de su padre.

–Oh, por el amor de... –no llegó a decir "Dios", que habría sido la reacción de Harvey. Hasmed tocó a Lauren en el hombro. Inmediatamente, su piel palideció, dio un respingo en el asiento y corrió torpemente por el pasillo hacia el baño.

–¿QUÉ HA OCURRIDO?

–Mil perdones, mi señor –dijo Hasmed en la lengua extinguida–. Una mortal ha interferido conmigo. Ya me he encargado de ella.

–¿NO TENDRÁS DIFICULTADES PARA OCULTAR EL CADÁVER?

Hasmed podía percibir una nota de aprobación en Vodantu. Decidió pasar por alto los detalles.

–No hay de que preocuparse.

Harvey habría dicho "tranqui", pero lo cierto es que no había un término equivalente en el idioma que hablaba Hasmed.

–He establecido contacto con una empresa humana. –Vaciló. Tampoco había una palabra en ese viejo idioma para el tipo de criminalidad agnóstica de la Mafia. Y los vocablos relativos al crimen se referían únicamente a la desobediencia religiosa–. También se rebelan contra las leyes de los otros hombres. Por medio de la violencia y de artimañas, se aprovechan de sus semejantes. Tienen... –tropezó con otra barrera lingüística. La propiedad individual era, en el mejor de los casos, un concepto vago, y si usaba las antiguas palabras que la designaban (la mejor traducción sería "objetos

destinados a pertenecer exclusivamente a una persona"), produciría una impresión equivocada. Finalmente, dijo –Tienen autoridad usurpada y controlan artículos exclusivos.

–¿SON HECHICEROS?

–No, no tienen conocimiento de tales asuntos.

–BIEN. HAZTE CON EL CONTROL DÉ ESTA ORGANIZACIÓN MORTAL Y ÚSALA PARA GANAR ADORADORES PARA TI Y PARA MÍ.

–Ya lo intento pero ellos conocen la cobardía y debilidad de la maldita forma humana que ocupo.

–¿NO LES HAS MOSTRADO TU VERDADERA FORMA?

–Carezco de la fuerza para desprenderme de este envoltorio humano. El mundo ha cambiado, señor. Ya no ha lugar que los demonios se manifiesten. Este cosmos que una vez nos acogió y se moldeaba fácilmente con nuestras manos, ofrece ahora gran resistencia y trata de expulsarnos constantemente. Hasta que pueda disponer de toda mi fuerza ininterrumpidamente, no me atrevo a mostrarme pues sé que me debilitaré otra vez.

–¿ESOS HOMBRES SE ENFRENTARÍAN A UNO DEL EJÉRCITO?

–Sí, como nosotros también combatimos al Más Alto. Muchos de ellos no creen que existamos o que alguna vez lo hayamos hecho. Son orgullosos, altivos y estúpidos.

–ADOCTRÍNALOS.

–Yo... Lo haré... Pero debo ganarme su fe, lentamente, por etapas. Para ese fin, me he fingido uno de tu casa.

–¿UN NEBERU?

–No conocen esa palabra pero encuentran más fácil creer en alguien que puede ver el futuro que en uno que se mueve sin que lo vean y enferma los cuerpos. Es menos amenazante para ellos.

–SI CREES QUE ES LO CONVENIENTE, SIGUE ASÍ.

–¿Hay algún modo de que pueda servirme de tus poderes de percepción?

–NO TE PROPASES, HASMED.

–Perdóname.

–MIENTRAS ESTÉ PRESO, MIS PODERES ESTÁN

VOLCADOS EN TRATAR DE SEGUIR LOS MOVIMIENTOS DE LOS ELOHIM EVADIDOS. Y PARA ESTA SENCILLA EMPRESA EMPLEO LA TOTALIDAD DE MIS FUERZAS.

–Me las arreglaré solo.

–TAL VEZ PUEDA ENVIAR A RABBADÜN A TU ÁREA. ÉL TIENE LA VISIÓN QUE DESEAS.

–Sería una bendición para mis planes.

–MUY BIEN. PROCURA TRABAJAR DILIGENTEMENTE EN MI NOMBRE, HASMED. AÑORO LA LIBERACIÓN DE ESTE CASTIGO E IMAGINAR TUS ESTRAGOS EN EL MUNDO HUMANO SÓLO AUMENTA MI APETITO POR DESTRUIRLO.

Hasmed tragó saliva. Era más bien una reacción de Harvey. La imagen de Vodantu reencarnado, aniquilando humanos impunemente... era algo tan horripilante para un humano como placentero para un demonio.

* * *

–Nombra a tu señor –dijo Usiel.

–Nunca lo traicionaré –dijo el cautivo, con los ojos brillantes y llenos de desafío.

Usiel le dio una bofetada. No era un golpe terrible, nada que pudiera romper un hueso o lesionar el cerebro, pero el anillo estaba en esa mano y, al golpearle, derribó el alma del hombre.

El presente objeto del desprecio y la ira de Usiel era un hombre llamado John Bow. John no llamaba mucho la atención si uno lo miraba. Quizás tenía una apariencia algo enfermiza y estaba entrado en kilos. Pero Usiel detectó en él la contaminación de un demonio.

No podía verlo, realmente. Era más bien como un sonido, tal vez, un irritante y persistente zumbido, como un mosquito que te ronda el oído y escapa a todos tus intentos de aplastarlo. O quizás fuera un olor pestilente que emanaba de la influencia maligna, como la imperceptible mancha de vómito en la ropa de un borracho, que permanece incluso después de lavarla.

Fuera lo que fuera, Usiel la había percibido en John Bow y había seleccionado al mortal como objeto de sus atenciones.

Al principio, pensó que Bow era un ser como él, evadido del Infierno y encarnado en el cuerpo abandonado de algún mortal. Pero no era así. Había visto que el destello humano seguía todavía en su interior. El propietario original del cuerpo aún tenía el control sobre él.

Entonces se preguntó si Bow sería otro como Max Hirniesen, un humano que, de algún modo, había vinculado su alma a los poderes perdidos de un Elohim escindido. Pero tampoco era así. El débil poder que operaba a través de Bow era una unidad. No lo guardaba en su interior como un tesoro robado. Más bien era el poder el que lo tenía dominado a él.

En la Guerra, los ángeles rebeldes habían reunido a adoradores humanos para conseguir fuerza. Aparentemente, algunas cosas nunca cambiaban. John Bow se había vendido como servidor, obedeciendo los dictados de uno de los enemigos de Dios a cambio de... ¿Dinero? ¿Salud? ¿Algo más? En realidad, daba lo mismo.

El cuerpo de Bow, aún vacío, se convulsionaba mientras Usiel lo agarraba. Tenía los ojos fuera de sus órbitas, la boca a punto de desencajarse.

–¿QUIÉN OSA MOLESTAR A MI SIRVIENTE? –los pulmones de Bow expulsaron el aire, los labios de Bow formaron las palabras pero no era Bow el que hablaba. Era su demonio, su dominador.

Usiel contestó a la pregunta con otra.

–¿A qué miserable Caballero Maligno me estoy dirigiendo?

–NO UN MERO CABALLERO, SINO UN DUQUE, MISERABLE SAQUEADOR DE TUMBAS. SUELTA A BOW O SUFRE LAS CONSECUENCIAS.

–Estoy bastante interesado en ver con qué consecuencias me amenazas.

En ese momento, Usiel vio cómo regresaba a su cuerpo el espíritu de Bow. La fuerza oscura interior resurgió y aumentó y Bow arremetió con poder inhumano y velocidad sobrenatural. Su garra rompió los antebrazos de Usiel antes de que el ángel negro pudiera volverse y esquivarlo.

–Ah, con un alma mortal respaldándote, eres realmente poderoso. –Un esfuerzo de la mente y sus brazos estaban ya restablecidos–. Pero, ¿puedes combatir sin la fuerza robada a un

humano? –Con un gesto la guadaña apareció en su mano.

Al ver el arma, John Bow echó a correr. Uziel le dio caza y le segó el pie izquierdo a la altura del tobillo con un ligero movimiento. Impelido por su demonio dominador, John seguía huyendo a zancadas con una sola pierna, pero sólo le costó unos pocos movimientos despedazarlo por completo.

Sin el ancla corpórea para auxiliarlo, el espíritu de John Bow estaba a punto de ser barrido por la tormenta de muerte, pero ahora el arma de Uziel sirvió de herramienta. Extendiéndola suavemente hacia el alma, la atrapó antes de que quedara fragmentada y disuelta.

–En la muerte, a mí me sirves –dijo Uziel–, así como en la vida serviste a...

Bow se resistió pero no por mucho tiempo. Con su muerte, el vínculo que le unía a su antiguo señor se desvaneció y la autoridad de Uziel ocupó su puesto. Pronto, Bow le contó al ángel de la muerte lo poco que sabía acerca de los otros títeres mortales del demonio. Sólo conocía uno por su nombre: una mujer llamada Krebbs que vivía en Florida.

Más que eso, Bow le habló a Uziel acerca del estado del espíritu de su señor. Al contrario que Uziel, que se había introducido en carne, ese demonio habitaba una piedra, un gran diamante que se había fracturado en diminutos pedazos años atrás. Un pequeño fragmento estaba en un colgante, a salvo alrededor del cuello de Bow.

Al destruirlo, se sintió muy bien. De hecho, si hubiera sabido la alegría que se derivaría del acto, Uziel habría adelantado el placer. Aplastó la joya y extrajo de ella una parte de su señor, una placentera y deliciosa porción de un alma caída. Uziel no podía evitar sentir que era un gozo impío, algo depravado y caníbal. Pero, a pesar de tales sentimientos, no se detuvo.

Mientras se alejaba en coche de la casa de John Bow, Uziel miraba alternativamente a la carretera y al anillo de su mano y se preguntaba cómo había regresado a él. Aunque era romántico pensar que su herramienta, una vez liberada, lo habría hallado digno de ser su propietario final, desgraciadamente Uziel sabía que tal destino sólo se daba si era guiado por una mano... o un ala.

Alguien quería que recuperara su guadaña segadora.

Nadie que lo conociera dudaría de lo que haría con un instrumento de tamaño poder, así que era obvio que alguien aprobaba su actuación.

En algún profundo rincón de su corazón, Usiel alimentaba la esperanza secreta de que fuera el Todopoderoso, que le perdonaba por fin y le ofrecía una oportunidad de probar de nuevo su lealtad, a pesar de todo lo pasado, incluso después de haber sido aprisionado con los rebeldes que odiaba y había vencido. Tal vez por eso destruir la piedra y tomar como botín el espíritu del demonio había sido tan gozoso.

De cualquier modo, Usiel, por primera vez en eones, tenía un aliado.

Estaba contento.

* * *

Con el fin de entretenerse, Sabriel decidió que embaucaría a personas para llevarlos al desierto sin recurrir a burdas promesas sexuales. Predijo (correctamente) que sería mucho más difícil. El sexo: había algo en él que hacía que incluso los humanos más brillantes perdieran el poco seso que tenían.

Para esta empresa, Sabriel eligió el mundo bohemio. Sondeó la escena artística de Las Vegas y no se sorprendió excesivamente al descubrir que prácticamente no había vanguardia alguna.

Claro que no, razonó. Todos los que realmente saben bailar o cantar estaban ganando dinero en el espectáculo de un casino. Los que serían escultores muertos de hambre y pintores a media jornada en Miami o Filadelfia eran los que movían todo el cotarro aquí.

Todo los que conoció fue, por tanto, una abigarrada colección de patanes sin talento.

Su primer paso había sido hacerse con un periódico local (no uno dirigido a tahúres y visitantes, sino uno con cupones para tiendas y supermercados), y mirar los pequeños anuncios de la parte de atrás. Cuando vio una cafetería en los suburbios que programaba una lectura de poesía, sonrió.

Para el acto, se transformó en una mujer negra bastante

elegante, retomó el nombre de Christina y, tras la sesión particularmente aburrida (incluía el verso: "mi corazón oscuro, duro, puro, inseguro"), se aproximó a la poetisa y comenzó a adularla y a hablarle de una "experiencia artística" en el desierto.

–No he oído nada al respecto –dijo la poetisa, cuyo nombre era Peggy Palermo, mirándola con desconfianza.

–Bueno, es que no es un acto público –repuso Sabriel, intentando captarla–. Has estado en lo del Hombre Llameante, supongo.

–Por supuesto.

–Bien, esperamos que esto sea algo parecido, sólo que... sin todos esos mirones. Si nos dirigimos a un público reducido y selecto, creemos que podremos dar más valor a la obra.

Con eso mordió bien el anzuelo.

Peggy, a su vez, había puesto en contacto a Sabriel con algunos conocidos suyos. Uno apto para sus planes era un ceramista llamado Gil Delacerro, cuyos candelabros estaban diseñados para autodestruirse cuando las velas, al consumirse, prendieran los hilos que las sujetaban. ("Un dramático comentario sobre la naturaleza transitoria del arte en sí mismo", según Peggy). Proclamaba a gritos su aborrecimiento a la decadencia y comercialismo de Las Vegas, pero permanecía en la zona porque había encontrado un yacimiento de una arcilla fantástica en una propiedad fuera de la ciudad. Además, impartía clases de cerámica, escultura y diseño 3-D en la Universidad de Las Vegas.

Con la apariencia de Delacerro, Sabriel conoció a Jennifer Arliss, una "re-compositora". El empleo de Jennifer como bibliotecaria y archivista de EMI le dio acceso a enormes almacenes repletos de música perdida; canciones compuestas, registradas y vendidas, pero que en la actualidad no tenían ningún valor en el mercado. Con el transcurso de los años, EMI había adquirido los derechos de cientos de miles de piezas musicales: bandas sonoras de películas de serie B, temas de arranque de comedias de enredo de los sesenta, canciones publicitarias de productos desaparecidos y de empresas ya en bancarrota. El trabajo de Jennifer consistía en reorganizar y pasar a formato digital esas viejas grabaciones en vinilos y cintas en mal

estado. En el proceso, si oía una estrofa o una melodía que le pareciera llamativa, compraba los derechos a EMI bajo un nombre ficticio y la usaba como base para una nueva canción. En los fines de semana, las interpretaba con guitarra y sintetizador para diversos públicos en Nevada y el este de California. Había grabado un CD y, con una maleta llena de copias, había vendido cerca de cien compactos después de los conciertos.

Jennifer le facilitó a Sabriel un enlace a una *web* que publicaba cuentos pornográficos con personajes extraídos de series televisivas de enredo, películas de ciencia-ficción y cómics. El propietario de la página, cuyo seudónimo era "James T. Kierkegaard", profesaba un odio profundo y visceral hacia esos modelos e insistía en que sus obras no debían interpretarse como un homenaje o un medio para excitarse. Según él, servían para hacer una refundición de las propiedades intelectuales explicitando los vicios implícitos de sus creadores. Todo esto se detallaba en un artículo que no era más extenso que ninguna de las historias y que concluía con un manifiesto en el que declaraba la guerra a las novelas de géneros derivados, a las leyes sobre derechos de autor y al concepto de propiedad intelectual.

(Resultó que "James T. Kierkegaard" era el ex-novio de Jennifer, Gustavus Doakes, un encargado de material en el Circo del Sol. Cuando Sabriel avanzó hacia él con la apariencia de Jennifer, dejó caer que estaba saliendo con una de las acróbatas pero que podría estar interesado en volver con ella).

En total, le costó tres días reunir a una docena de profesores que en realidad eran músicos, delineantes comerciales que eran pintores y redactores de textos publicitarios que en realidad eran novelistas. Tras haber establecido contacto con Avitu (y parecía que el gran demonio intentaba con todas sus fuerzas permanecer consciente), Sabriel recibió instrucciones para hallar un punto en el desierto. De acuerdo con el mapa, allí no había nada. Sabriel sentía mucha curiosidad en ver qué ocurriría.

Transformada una vez más en la elegante mujer de color, Sabriel alquiló un Jeep 4x4 y se aseguró de que los artistas supieran que para llegar al lugar había que salirse de la carretera. Mitigó su

confusión indicando que se trataba de una medida para mantener la privacidad.

Habían quedado en la cafetería donde Sabriel conoció a Peggy. (Al demonio le gustó la idea. Con esa estructura circular de los eventos parecía que se cerraba todo). Después de dar instrucciones para llegar a un letrero concreto de la autopista, partió a la cabeza con Peggy, Jennifer y Gustavus.

Durante los primeros kilómetros, charlaron animadamente sobre lo que iban a ver, qué debían esperar y lo excitante que resultaba que la "escena" vanguardista de Las Vegas recibiera por fin atención. Hubo unos pocos comentarios maliciosos aquí y allá, pero Sabriel notó que Peggy se había dedicado a desterrar con pericia el desagrado y la inseguridad del grupo; primero a los pasajeros de los otros coches y luego a los escritores y músicos locales que ni siquiera habían sido invitados.

–Espero que nadie le cuente esto a Howie –dijo Gustavus, con patente hipocresía–. Ya es bastante inaguantable sin un letrero que ponga "Marginado" en la espalda.

–¿Quién es Howie? –preguntó Sabriel.

–Oh, un escritor local; da clases de composición y escritura creativa en la Universidad de Las Vegas. Hace ese tipo de realismo cutre y vulgar, utilizando su propio nombre, ya sabes: un profesor de universidad del Sudoeste que sufre una crisis de identidad y tiene una especie de extraña revelación sobre sí mismo mientras siembra tomates o algo así. También hace críticas cinematográficas. Pero bajo seudónimo escribe para esas revistas de terror pseudo-artísticas y de bajo presupuesto.

–Bueno, es posible que haya sido invitado por alguien más –dijo Sabriel.

–Cristo, espero que no. Su ego no necesita una invitación para un evento de la élite artística.

Ella sonrió y siguió conduciendo.

–¿Dónde vamos?

–A una reunión.

–Ya lo dijiste pero, o sea, ¿dónde va a ser? ¿Hay una casa de alguien por ahí?

–Espera y verás.

–Eché un vistazo al archivo de fotos por satélite del *Mapquest* –la interrumpió Gustavus–. Allí no hay nada.

(Sabriel se había dado cuenta de que Gustavus había maniobrado para ponerse en el asiento trasero con Jennifer).

–Eso no quiere decir nada –dijo Peggy–. La escala de esas fotos es enorme, ¿verdad? Además puede tratarse de algo provisional, instalado después de que se hiciera la foto. O algo que se pliega y no se puede ver.

La poetisa se giró e interrogó a Sabriel con la mirada pero el demonio siguió conduciendo.

Al llegar al letrero, giró a la derecha y siguió el polvoriento camino hacia las llanuras de matorrales plateados. Los otros vehículos los seguían obedientemente.

Al final, Las Vegas ya sólo era una imprecisa mancha de luz con forma de huevo frito en el lejano horizonte. Cuando su resplandor ya no rivalizaba con el de las estrellas y la media luna que se cernía sobre ellos, el terreno se volvió más montañoso progresivamente. El Jeep de Sabriel ya no podía continuar. Se detuvo y los otros aparcaron a su lado.

–¿Y ahora qué? –preguntó Peggy, inquieta.

–Caminaremos. No está lejos –dijo Sabriel, aunque ignoraba a qué distancia estaba realmente Avitu.

–Pero, ¿y nuestras cosas?

–No os preocupéis. Luego podéis venir a buscarlas.

–Oye, tengo mil dólares en sintetizadores ahí detrás –dijo Jennifer–. ¿Y si...?

–¿Realmente crees que un ladrón iba a conducir ochenta kilómetros fuera de los límites de la ciudad y luego treinta más por el desierto? Venga, probablemente uno esté aquí más seguro que en tu propia casa –dijo Gil con irritación. Él también había insistido en traer varias cosas pesadas.

Sabriel salió del coche y comenzó a caminar.

–¡Eh, espera!

–¡Christina! ¡Pero...!

–¿Qué tenemos que...?

Preguntaron. Pero la siguieron.

Unos pocos llevaban algunas cosas. Después de reflexionar un poco, Jennifer había cogido su guitarra acústica. Gustavus se colgó al hombro una mochila llena de papeles emborrionados. Los otros llevaban instrumentos, disfraces o nada en absoluto.

–¡Eh! –gritó Gil–. ¿Quién quiere ánimos?

La ceja de Sabriel se arqueó y se dio la vuelta para ver qué pasaba. Gil estaba mostrando una botella de Johnnie Walker etiqueta negra.

Peggy apartó la mirada y miró a Sabriel.

–Típico –murmuró–. Un gesto de su paradigma de creador como rebelde romántico.

–No obstante –dijo Sabriel–, hace bastante frío aquí. –Hizo una señal a Gil para que le pasase la botella. Durante el trayecto, varios bebieron de ella.

Mientras los guiaba por la oscuridad, saboreando el picor del whisky comunal al desvanecerse de sus labios, Sabriel sintió una súbita sensación de afecto. Esas personas no tenían ninguna razón para considerarse artistas. Por cada persona que les animaba, había docenas de gargantas carcajeantes, diciéndoles "no" y porfiando en que nunca lo conseguirían. En realidad, no tenían metas claras que pudieran cumplir. Todo lo que tenían era una sensación, un sentimiento de que eran creativos, de que tenían algo que decir, algo que compartir. Carecían de habilidades, conocimiento o inspiración pero seguían avanzando a trompicones, abatidos por el rechazo pero levantándose de nuevo sin decir una palabra, vagando con la guardia baja, buscando otro fracaso. Pero no se detenían, seguían pegados al arte, como un perro apaleado que no conoce otro dueño.

Ningún ángel era tan estúpido. Los ángeles no ignoraban una evidencia semejante, no anteponían "lo que quiero" a "lo que es" con tanta insistencia y obcecación. Los humanos eran demasiado estúpidos para pensar en otra alternativa o en dejarlo.

Eso era lo que los hacía diferentes. Los Elohim tenían los poderes de la creación bajo su mando, pero sólo los humanos tenían esa extraña habilidad mental para tomar una mentira y hacerla real. Sabriel estaba maravillada. Se sacudió la cabeza y sintió la sombra del

amor que había sentido una vez, el amor que hizo que lo dejara todo por ellos, que se alejara de Dios. El amor que hizo que se convirtiera en un demonio.

Al final la rechazaron. Su fe ilimitada se había trasladado a otras cosas, no a ángeles que habían caído en su nombre. Habían escurrido el bulto y ella había renunciado a su amor. Tuvo que hacerlo. No podía aferrarse como una lapa, con ansias vanas y esperanzas imposibles. No era humana.

Su amor estaba muerto pero se revolvía en su tumba.

Se sacudió esos pensamientos y retrocedió para ayudar a una de las artistas a subir por una inclinada pendiente de arena. Ni siquiera se paró a ver quién era antes de auxiliarla.

Era Jennifer.

Cuando la cantante tocó la mano de Sabriel, fue como si un segundo tipo de vista se abriera ante sus ojos.

Jennifer parpadeó y a continuación dirigió su vista hacia las rutilantes estrellas, hacia la inmensidad del desierto, hacia los rostros de los demás. Entonces se puso de cuclillas y sacó la guitarra.

–Si tocas *Kum-ba-yah*, tendré que darte un besazo –le advirtió Gil.

–No lo sé. Podría ser una inteligente expresión irónica –dijo un titiritero/instalador de moquetas.

Jennifer no tocó *Kum-ba-yah* ni ninguna otra canción que hubieran oído ni nada parecido que hubieran escuchado. Pulsó simplemente notas y tonos. Estaba interpretando el desierto. Rasgueaba la guitarra y su sonido era como ver la arena gris iluminada por la luz de la luna, casi como polvo. Una nota aquí y allá fue suficiente para insinuar el aire, frío y límpido. Interpretó las estrellas, millones, y la luna, parecida a un foco, los cactus y los pequeños arbolitos. Y moviéndose entre ellos, tocó una melodía sobre la gente, diminutas esferas de esperanza, orgullo e inseguridad peregrinando por la gélida y desolada inmensidad.

Escuchar aquella canción, desvelando su íntimo significado, era como vivir simultáneamente dos veces el mismo momento. La densidad de la experiencia los silenció a todos y, cuando Jennifer acabó, advirtieron que estaban de pie, formando un círculo alrededor

de ella.

En realidad, no había palabras para referirlo, pero de todos modos Gustavus dijo:

–Vaya.

–Eso ha sido... –Peggy intentó hablar, pero no consiguió decir nada.

Jennifer seguía ausente.

Sabriel sonrió.

–Casi hemos llegado.

Cuando llegaron a la cumbre de otra colina, una mano emergió de la tierra bajo sus pies.

Jennifer pegó un salto y dio un grito.

–¡Dios mío! –dijo Gil, mientras dejaba caer la botella, ahora medio vacía, sobre la blanda arena. Después de un momento, se agachó para recogerla mientras Gustavus, un poco tarde para que pareciera instintivo, rodeó a Jennifer con sus brazos y retrocedía con ella.

La mano revolvió más arena y se le unió otra y luego surgió una mujer del polvo.

–Creo que vi algo parecido en *El engendro* –susurró Peggy a Sabriel.

Sabriel no apartaba la vista de la mujer que había emergido, o lo que fuera, ya que no sentía ninguna alma en su interior. Pero le contestó entre susurros:

–Sí, creo que *Blue Man Group* también lo hizo.

La mujer que tenían delante era menuda (menos de metro y medio) y tenía el cabello negro y liso. Estaba desnuda. El color de su piel era el del desierto y su rostro estaba completamente desdibujado. No parecía joven ni vieja. Sin pronunciar palabra alguna, hizo un gesto para que la siguieran.

–Es adulador que se hayan molestado en preparar una introducción así –dijo Gil–. O sea, es tan teatral...

La mujer terrosa les guió hasta un bosquecillo disperso de árboles achaparrados y retorcidos. Señaló uno, el más grande, que medía menos de tres metros. Sus ramas estaban cargadas por una densa masa de agujas verdes. El tronco era bífido, como si un rayo lo

hubiese partido tiempo atrás.

–Eh, yo sé algo de esto –dijo Gus–. Es un pino gimnospermo, ¿no?

Nadie respondió.

–Sí, son como los árboles más antiguos de la tierra –dijo, entusiasmado de parecer un experto. Se aproximó al árbol ahorquillado y lo observó detenidamente.

–Estos bichos son antiguos –dijo–. Uno como éste germinó probablemente antes de que se construyeran las pirámides. Los científicos creen que estos árboles son los seres vivos más viejos de la Tierra. Los llaman "árboles Matusalén", creo.

Extendió la mano y tocó el tronco.

Todo cambió.

8

–Un penique por tus pensamientos –dijo Rabbadün.

–Me estaba preguntando para qué querías el maletín –contestó Hasmed.

Rabbadün sonrió con su característica mueca de maníaco.

–Espera y verás. Es una sorpresa. Te gustará.

El otro demonio había cogido un tren a Nueva York y Hasmed lo había recogido en la estación. Era un alivio sentir la presencia de otro de los caídos y saber que era uno que venía a ayudar. Rabbadün dijo que su cuerpo era Gene Souk, pero que actualmente estaba usando el nombre de Benny Hoakler y, eh, ¿alguno de los amigos de la bofia de Hasmed podría pasarle una identidad falsa?

–Creo que quieres decir Mafia.

–¿Eh?

–Mis amigos de la Mafia. No de la bofia.

–Claro, claro. –Gene/Benny/Rabbadün lo dijo mientras levantaba dos maletas llenas de bolsas–. Gene se ha metido todas las malditas drogas que podía pillar así que, bueno, su viejo cerebro está

ya un poco cascado. Pero es de puta madre. Cojonudo. Gene es de puta madre, ¿sabes?

–Ya.

–¿Cómo es tu colega?

–¿Mi colega?

–Sí, hombre, la cáscara. El cuerpo. El compañero de habitación. Harvey nosequé, ¿no?

–Sí. Harvey Ciullo.

–Parece un poco estropeado, si no te importa que te lo diga.

–Es un proveedor.

Benny soltó una risita y luego preguntó por el medio de transporte. Al ver que Hasmed señalaba el coche de Harvey, Benny hizo un gesto de negación con la cabeza.

–No sirve. Demasiado llamativo. Tendremos que robar uno. Espera. –Dejó las maletas a los pies de Hasmed y se internó en la multitud. Pocos minutos después, regresó.

–Lo tengo. Ven conmigo a la segunda salida. En un par de minutos, un tío de barba gris con una gabardina azul sobre el brazo izquierdo va a salir. Ahora está meando. Sólo tienes que desvanecerte, robar las llaves del coche del bolsillo delantero derecho y en marcha. No echará de menos el coche hasta el atardecer.

–¿Por qué necesitamos otro coche?

–Vamos a divertirnos un poco.

–Mira, yo esperaba que tú...

–¡Pero corre, tío! ¡Lo del viejo es un chollo! –Benny desplegó su sonrisa y Hasmed se dio por vencido, a pesar de que lo que le decía su buen juicio.

Una hora y media más tarde, Benny lo había convencido para que se introdujera en el apartamento de Tony Berman y robara la maleta más grande que pudiera encontrar.

–¡Acuérdate de llevar guantes! –le había dicho Benny. Hecho esto, volvieron al Lexus robado y cruzaron la ciudad hacia Murray Hill. Benny circulaba con gran habilidad.

–Bueno, ¿y quién es ese Berman? –Hasmed quería saberlo.

–Joder, ¿es que no lo sabes? ¿No lees los putos periódicos?

–Ilústrame.

–Es el hijo de Clark Berman. Lo conoces, ¿no? El poli ese que va a presentarse a alcalde y a echar de la ciudad a todos los capos. El jefe Berman.

–¿Tony es su hijo?

–Aja. Por eso esta va a ser una broma de la leche.

–Sí, vale, pero mientras hacemos tu broma, ¿podemos hablar de trabajo?

–Esta broma ya es trabajo, Harvey. O sea, va a ser muy, muy divertido pero también es por la causa.

–Lo que tú digas. Pero lo que realmente ayudaría a mi causa es un poco de información oculta, ¿de acuerdo?

–¿Sobre qué?

Hasmed se encogió de hombros.

–Todo lo que me haga parecer un adivino. ¿Quién ganará el partido de los Rams contra los Packers? ¿Van a conseguir avanzar posiciones los Gigantes? ¿Quién va a quedar primero en la quinta carrera de mañana? ¿A quién hay que apostar para llevarse un buen pellizco? Ya sabes, esa clase de cosas.

–Problemas de pasta, ¿eh? Tío, puedes coger algo de mi cartera si estás jodido. Está en la maleta marrón.

–No es eso –dijo Hasmed, herido en su orgullo–. Necesito mostrar a la gente, no sé... fuerzas invisibles. Darles algo en que creer.

–Joder, ¿es que un ángel no es algo en lo que creer?

–Bueno, tampoco te veo a ti agitando las putas alas.

–Sí, tienes razón. Pero no tienes por qué mostrarlas siempre. Por ahora no, quiero decir. Bueno, peor para ti.

–La gente echaría a correr.

–Se cagarían encima –añadió Benny, con los ojos brillantes de malicia–. Oh, allá vamos.

Llegó a un parque y ojeó un grupo de personas en una esquina. Había tres mujeres y un hombre; un chico, en realidad, un crío de vaqueros ajustados y una cazadora que no era la más adecuada para la fría temperatura reinante. Una de las mujeres parecía también adolescente, delgaducha y pálida con un vestido bajo una chaqueta de plástico transparente. Hacía equilibrios sobre unos tacones ridículos,

al igual que las otras dos chicas. Éstas eran mayores y tenían cara de resignación bajo gruesas capas de maquillaje. Los jóvenes parecían desafiantes y, quizás, nerviosos.

–¡En, colegas! ¿Os va la marcha? –voceó Benny.

–Oh, mierda –masculló Hasmed, llevándose una mano a la frente y reclinándose en el asiento.

Tras unos minutos de charla imprecisa, los cuatro subieron al coche. Mientras Benny le decía tonterías, Hasmed descubrió pequeños destellos de poder en el aire. No era algo en lo que destacaran los Neberu: el carisma era mucho más común entre los Portadores de la Palabra. Pero Benny, aparentemente, había adquirido la habilidad de hacer que la gente ignorara su buen juicio.

Mientras se alejaban de allí, Hasmed se preguntó si la había usado con él.

–Sí, estoy de celebración –dijo Benny girando levemente la cabeza para gritar a los de atrás–. Por fin tengo la pasta que me dejó el viejo cuando palmó. Éste de aquí es Gary, mi abogado.

–Hola, Gary –dijo la fulana que se había puesto con él en el asiento de delante. Hasmed estaba aplastado entre ella a su derecha y Benny a su izquierda. La chica metió la mano entre sus rodillas y comenzó a toquetear la radio.

–Sí, a Gary le molan los tíos –les informó Benny a voz en grito mientras serpenteaba por carreteras atestadas en dirección al puente de Triborough–. Y yo... bueno, a mí me da igual, ¿sabes? Con tal de que tenga pulso y un agujero... Eh, ¿os va el tequila? Hay una botella en la cartera verde.

–¡Viva el tequila! –dijo una de las prostitutas más entradas en años.

–Ten cuidado –dijo el chico–. He tenido unas putas resacas con esa cosa... Más que "tequila" es "te encula".

–¡Ja, qué bueno, tío! –dijo Benny.

Mientras el otro iba conduciendo por ahí, el resto bebía, aunque ni Benny ni Hasmed probaron el licor.

–¿Dónde vamos?

–Al este de Harlem. No muy lejos de aquí. Un sitio donde nadie nos tocará los huevos. Conozco el camino –dijo Benny, aunque

Hasmed sospechaba que en realidad lo estaba buscando, mientras sondeaba el destino para hallar un lugar sin testigos.

Mierda, con el esfuerzo que está invirtiendo con estos cuatro seres insignificantes, podría haberme facilitado material para hacer de profeta un mes. Pensó Hasmed con enojo, pero también tenía una sensación de incomodidad. Cuanto más estaba con Benny, más parecidos a una ardilla se volvían los instintos de Harvey. Todo lo referente a su aliado le hacía pensar: "¡Corre! ¡Psicópata! ¡Psicópata!"

Pero Hasmed no iba a consentir que los despojos mentales de un gallina lo asustaran.

–Muy bien, ya estamos –Benny había encontrado un laberinto de callejones y zonas de aparcamiento, rodeado de edificios y solares vacíos. Ese lugar estaba invadido por hierbas y arbustos mustios que, sin embargo, se las habían arreglado para crecer cerca de un metro de altura. Benny llegó y aparcó el coche. El Lex parecía un pulgar abandonado en la vecindad.

Benny se apoyó sobre Hasmed y habló con la mujer que estaba junto a la puerta.

–¿Cómo te llamas, preciosa?

–Vanessa.

–No estás bebiendo nada, ¿verdad? Gary, cógeles el tequila a esas furcias de atrás, ¿vale? Vanessa tiene sed. –Entonces abrió la puerta y salió.

Al girarse para pedir disculpas, Hasmed advirtió que los tres del asiento de atrás estaban inmóviles y con los ojos vidriosos. Vanessa también se dio cuenta. Cuando Hasmed hizo ademán de coger la botella para dársela, ella empujó la puerta y salió de un salto, para caer justo entre los brazos de Benny.

La abrazó con fuerza y le dio un sonoro beso en los labios.

–Vamos, preciosa. Lo pasarás bien.

Ella trató de soltarse y huir.

–¡Suéltame!

–Qué susceptible –dijo Benny, divertido, mientras la arrastraba hacia los matorrales. Abrió su boca para gritar pero él tenía sus brazos alrededor de su torso y apretaba con fuerza por debajo de su diafragma. Cuando cogía aire, él la oprimía con más fuerza, como una

maniobra Heimlich. Ella se arqueó un poco hacia delante, respirando con dificultad, pero ya se había quedado sin aliento.

–Trae a los otros, ¿vale?

–Oh, mierda –murmuró Hasmed. Miró a su alrededor. Benny tenía las llaves del coche. Aunque Hasmed ahuecara el ala, sin duda el Neberu haría lo que tenía planeado con total indiferencia.

Además, ¿qué pensaría Vodantu si me mostrara renuente a liquidar a cuatro patéticos mortales? El pensamiento de su señor invocándolo de nuevo por su Nombre Verdadero fue suficiente para que suspirara, apretara los dientes y comenzara a arrastrar a uno de los otros. La chica era tan ligera como una muñeca de trapo.

"Todas las malditas drogas" dijo. Claro. Apuesto que sí. Pensó Hasmed. *Estamos en pleno día. ¿Alguien nos está observando?* Pero estaba claro que nadie lo hacía. "Benny" lo habría vaticinado.

Siguió los sonidos de forcejeo y encontró a Benny arrodillado sobre la fulana. Había sacado un rollo de cinta adhesiva y estaba asegurando sus muñecas y tobillos. Su boca ya estaba cubierta.

–Ya siento encargarte a ti todo el peso, "Gary", pero ¿podrías traerme también la bolsa marrón?

Sin decir nada, Hasmed asintió.

Esto es ridículo. Esto es enfermizo. Esto es degradante para mí. Joder, es degradante para Harvey, pensó. Pensó en hacer un puente al coche y salvar al menos a los otros dos, pero lo identificarían (es decir, a Harvey).

Además, ¿por qué debería preocuparse?

Cuando volvió con la última puta (el chico), Benny se las había ingeniado para poner en pie a dos de sus víctimas. Tenían los ojos abiertos y vidriosos, con la mirada perdida y el rostro inexpresivo.

–Quetamina –dijo Benny, a modo de explicación–. En pequeñas dosis, un divertido alucinógeno para fiestas. Vitamina K. Pero si consumes suficiente, paraliza todo tu cuerpo mientras el cerebro permanece perfectamente consciente. ¡Y todo lo que ves te parece una monstruosa pesadilla!

Extendió los brazos por completo y se transformó.

–Cambia –dijo a Hasmed.– ¡Muéstrales tu verdadera forma! ¡Así crearán!

Moviendo la cabeza, Hasmed lo hizo.

Los tres que estaban drogados no cambiaron de expresión; no podían. Pero Hasmed pudo ver el asombro y el terror en los ojos del cuarto. Donde una vez hubo dos hombres, ahora se erguían dos apariciones.

Benny, hasta entonces un delicado hombre blanco de pelo rojizo y amplia sonrisa, estaba ahora formado de sombra y luz de luna, un ser móvil de medianoche a pleno día. Cuando desplegó sus alas, mostró las estrellas de su interior. Su rostro era perfecto.

Cuando Hasmed cambió, se sintió raro. Su forma natural carecía de contornos; un viento que acariciaba o corroía, una silueta apenas adivinada, como una bocanada de humo moviéndose a través de espesa niebla. Pero era diferente, de algún modo. Era una nube oscura y nociva, un helado efluvio maligno con alas y forma humana. Podía sentir algo que le quemaba en la cara, algo que provenía de la cicatriz y el ojo que eran las marcas de su muerte.

–¡CONTEMPLAD A LOS ÁNGELES, OH MORTALES!
¡MARAVILLAOS Y PALIDECED! –gritó Rabbadün. Con un movimiento tan suave como la caída de la noche, se abalanzó sobre Vanessa.

–VOSOTROS SOIS LOS PRIMEROS FRUTOS DEL SACRIFICIO –dijo, mientras movía su ala de filo cortante sobre el brazo de la chica–. PERO PRONTO TODA VUESTRA RAZA MORIRÁ. ¡PRONTO LA TIERRA ENTERA SERÁ NUESTRO ALTAR!

Mientras volaba a su otro costado, Hasmed vio lo que había escrito en ella, con incisiones precisas de codo a muñeca, en letras ornamentadas. Decía: *Vodantu*.

–¡CONTEMPLAD Y DESCUBRID VUESTRO DESTINO! –dijo a los otros–. ¡EL DESTINO DEL MUNDO!

Ahora que el cuerpo de Harvey se había transformado, Hasmed sintió con menor intensidad la repulsa del hombre muerto. Lo que sintió, en cambio, fue una deprimente sensación de trivialidad y banalidad...

...Hasta que la fe comenzó a rezumar de las víctimas.

Incluso en la niebla de las drogas y el terror, creyeron. Vieron las alas y oyeron la voz y creyeron. Eran desechos vivientes de la apatía

de la sociedad, sobrevivían a duras penas soportando el placer de otros y no podían creer en ángeles de la guarda y hados benevolentes. Pero en esto, tortura y risas sarcásticas, en esto sí que creían. Todos los días en las calles pensaban en esto, en caer en manos de algún monstruo psicópata y tenía todo el sentido que las fuerzas que lo propiciaran fueran cósmicas. Claro que los ángeles querían torturar y asesinar. Contemplando el mundo que conocían, nada más podía tener sentido.

No podían creer en un dios de amor pero podían creer en demonios.

Rabbadün estaba decapitando a Vanessa pero se estaba tomando su tiempo y Hasmed sintió un destello de rabia bullendo en su interior. Avanzó hacia el hombre, el chico, la fulana, y lo agarró de la garganta.

Les dimos estos cuerpos como dones, pensó mientras lo apretaba y retorció. Toman nuestros dones y los venden. Se envilecen y se degradan por dinero. Tienen tan poca consideración por nuestras bendiciones que se acuestan y dejan que otros las profanen.

Notó cómo los huesos se separaban, notó cómo partía la vida y se sintió bien. Pero no era suficiente.

–MIRA EN LA BOLSA –dijo Rabbadün, viendo la sed de sangre en el rostro de Hasmed.

Junto con el dinero había herramientas. Cuchillos. Sierras. Botes de ácido. Una pequeña antorcha de chef diseñada para decorar con una dorada corteza marrón la superficie de una crema *brulée*.

Hasmed las usó. Las utilizó con esos cuerpos dejados y mancillados y los ultrajó más allá de lo que jamás hubieran podido sufrir. Bebió su terror y comprendió que Rabbadün y Vodantu tenían razón. No tenía sentido. Los humanos, con sus números y sus progresos, tenían mucho más poder sobre el mundo que todos los ángeles que cayeron del Cielo. Habían creado este mundo moderno, en el que Dios era un chiste y la bondad una aberración. Habían envenenado el cosmos, habían rechazado todas las oportunidades de redimirlo y ahora todo lo que quedaba les mostraba en qué se iban a convertir.

Cuando hubieron acabado, Rabbadün envolvió el torso

desmembrado de la chica en el plástico y lo metió en la maleta de Tony Berman. A continuación cogió sus posesiones, las puso en otra bolsa y se transformó en Benny de nuevo.

–Me encanta –dijo mientras caminaban cargados hacia el coche–. Ni una mancha de sangre en la ropa o en las manos o en alguna parte.

Hasmed asintió. Se sentía exhausto, confundido y triste otra vez. Quería ver a Tina.

–A Gene siempre le gustó esto, ¿sabes? –dijo Benny–. Lo hizo una vez, pero se pasó. Vaya trabajito, ¿eh?

–Sí.

–La idea le vino de su nombre. Benny Hoakler. Benny Ho-Killer. ¿Lo pillas?

–Ya.

–Voy a dejar la maleta junto a la comisaría donde trabaja el papi de Tony. O lo encubre y abandona sus principios o deberá investigar a su propio hijo. Bueno, ¿eh?

–A no ser que sea un hipócrita. A no ser que todo ese rollo de la lucha contra la corrupción no sea más que un montón de chorradas.

Benny se encogió de hombros.

–Si es así, vale. Da igual. Al menos hemos asustado a la gente, ¿verdad? –Benny ojeó dentro de la maleta–. Encontrarán a estas guairas y se ganarán algunas pesadillas. O sea, no es nada como lo del terremoto de la Noche del Diablo allá en el oeste, pero...

–Ni está cerca de lo del 11-S.

–Ya. Eh, ¿sabías que los humanos hicieron eso ellos solos?

–No.

–Pues sí. –Benny suspiró mientras se volvía a meter en el coche–. Y esto sólo es un cruce entre la viuda negra y la película de *Seven*. En serio, no podemos vencerles en esto. Sólo aprender de ellos.

Hasmed se puso cómodo en el asiento de pasajeros.

–Nunca seremos tan crueles como ellos –dijo–, porque nunca seremos tan débiles.

Benny asintió. Parecía desinflado.

–Bueno –añadió Hasmed mientras se internaban en el tráfico–,

al menos estás revelando el nombre de nuestro señor.

Benny se rió.

–Sí. Estamos marcando al ganado. Y por cierto: los Packers, no, "Trueno de arce" y Ruy López.

–¿Cómo?

–Todo eso que querías saber antes, tío. ¡Anímate! Los Packers van a dar una paliza a los Rams (si es que Kurt Warner se lesiona en el segundo cuarto, lo cual es mucho más que probable). Si no, los Rams. Los Gigantes no van a avanzar posiciones, principalmente por el mal tiempo. "Trueno de arce", el máximo favorito, va a ganar la quinta carrera de mañana. Y ese tipo, Ruy López va a salir de la nada y va a dominar el circuito de la NASCAR, al menos durante un par de carreras.

* * *

Al principio, los artistas estaban deslumbrados. Luego su ceguera se desvaneció pero el intenso resplandor aún seguía allí.

Bajaron la vista hacia el suelo y ya no era tierra sino nubes. Estaban de pie junto a un árbol, no de madera sino de relámpagos.

–Mierda –murmuró Gil, contemplándolo todo.

–Las formas –dijo Peggy–, mira, las... las formas son las mismas.

Mirando hacia el árbol de relámpagos, podían ver, por encima de sus cabezas, un firmamento de tierra. El suelo y el cielo habían intercambiado posiciones, arriba era abajo, y el rayo helado junto al que estaban tenía la forma exacta del árbol que tenían encima. Era el árbol que habían tocado. El árbol Matusalén.

–¿Qué es todo esto? –preguntó Jennifer. Su labio inferior temblaba–. ¿Qué...? ¿Cómo...?

Gustavus le puso la mano sobre el hombro y esta vez era puro instinto.

–Vale –dijo, mientras parpadeaba una y otra vez. Sus labios se esforzaban–. Vale. Vale. Gil tiene algo que ver, seguro.

–¿Algo que ver? –preguntó Gil.

–La botella. Nos drogaste, ¿verdad? O sea, no pasa nada.

Todos somos, en fin, adultos sofisticados, maduros y, eh, esto merece la pena, esta ilusión. Es, es... algo, no sé...

–No digas tonterías –dijo Gil–. ¡No os he metido nada!

–¿Crees que esto es algún tipo de alucinación? –preguntó Rudy, el instalador de moquetas que hacía espectáculos marxistas radicales con títeres, lleno de dudas.

–¿Por qué... por qué no? O sea, ellos, eh, nos meten en el desierto en un estado sugestionable y... tal vez nos drogan... y eso es todo... Como cuando Doug Henning hizo desaparecer la Estatua de la Libertad.

–Ése fue David Copperfield –dijo Peggy totalmente ausente, sin prestar atención en realidad. Estaba admirando el vasto tronco de luz, mucho mayor que el árbol, aunque su forma era idéntica, y se dio cuenta de que el vello de su brazo se erizaba cuando se acercaba a él. Decidió no tocarlo.

–Esto es real –afirmó Jennifer categóricamente.

–¡Seré el primero en admitir que es una instalación increíble! –gritó Gustavus–. Ésta es, sin duda, la más asombrosa experiencia artística que he tenido en la vida. Pero eso no significa que no pueda disfrutar de ella si no me la creo. ¡Es un truco! Tiene que serlo. Prestidigitación, juego de manos, ¡ilusión!

–¿Dónde está Christina? –preguntó un compositor no tonal, mirando a su alrededor.

–¿Veis? –dijo Gustavo, como si estuviera probando algo–. Se escabulló mientras estábamos distraídos. La clásica táctica del ilusionista. –Miró a la mujer de barro que les había guiado hasta allí y le hizo una amplia y teatral reverencia–. Os felicito –dijo–. En serio. Me quito el sombrero ante ti y quien quiera que esté detrás de esto. ¡Es increíble! Es el... el *non plus ultra*. Pero di al resto que es, bueno, sólo un espectáculo. Una obra de arte, ya sabes.

Ella le habló con tonos graves pero nadie pudo entender lo que decía.

–Gus, cariño, cálmate –dijo Jennifer–. Mira. Pero mira. ¿Cómo podrían...? ¿Cómo podrían cambiar todo el cielo?

–No lo sé. Proyecciones, hologramas. Había un tipo en *Central Park* que proyectaba cosas sobre árboles y nubes, ¿lo recuerdas?

–Si crees que esto es falso, ve y toca el rayo –dijo Peggy.

–Si no crees que esto sea una ilusión, entonces, ¿qué demonios es?

–No lo sé, pero... –miró a su alrededor–. ¿Sobre qué caminamos? – Se agachó, pero la niebla de sus tobillos era demasiado espesa. Cuando trató de despejarla, se formó más, arremolinándose alrededor de sus pies. Ella vaciló y luego metió la cara. La sacó cubierta de agua.

–No puedo tocar el fondo –dijo con un terrible tono de calma–. Mis pies se sostienen pero mis manos lo atraviesan.

–Que nadie se mueva –dijo el titiritero. Él también se había agachado y había tanteado el terreno–. Podríamos caer en cualquier momento.

–¡Ja! –dijo Gustavus–. Sólo es otro truco. ¡Uno bueno! Uno excelente, uno magnífico, pero, ¡todo es un truco! –Comenzó a pisar con fuerza a su alrededor–. Eh, igual estamos hipnotizados, ¿lo habíais pensado? O quizás yo estoy hipnotizado y el resto se está riendo de mí. ¿Es eso? ¿Algún tipo de hipnotismo escénico?

–¡Venga, dale un respiro a tu egocentrismo! –ladró Peggy–. ¡No estamos hipnotizados! ¡No estamos en una experiencia artística! ¡Estamos flotando en una puta nube!

–¿Quién de vosotros es el más sabio? –preguntó la mujer desnuda.

Todos se volvieron.

Lo había dicho en el mismo tono grave y apagado de antes y su pronunciación era extraña. Hablaba como si realmente no entendiera las palabras, como si estuviera pronunciando simplemente sílabas extranjeras. Su rostro seguía calmo e inexpresivo.

–Creo que estamos llegando al siguiente acto del drama –dijo Gustavus, con la voz teñida de histeria–. Ahora se hace interactivo. Ponen nuestras mentes en un espacio extraño y ven cómo reaccionamos. Vale. Ésta ha sido una producción absolutamente brillante hasta ahora así que voy a seguirles el juego y a actuar como si todo esto fuera real...

–¿Te quieres callar? –gritó Gil.

–Oh, creo que te acabas de excluir de la raza de la "sabiduría"

–replicó Gustavus.

–Gustavus, si pudieras...

–¿Quién de vosotros es el más sabio? –preguntó de nuevo la mujer.

–Bueno, deja que lo piense. Creo que Gil tiene el título más alto... A punto de acabar el doctorado, el MFA, ¿no, Gil? Siempre pensé que me sonaba a un tipo de enfermedad. Pero, de cualquier modo, él ha recibido la mayor educación. O, al menos, la más formal. ¿Deberíamos concederle más privilegios que a la otra? ¿Es el trabajo escolástico y la teoría más relevantes para el arte que la experiencia y la intensidad emocional?

–Gus, por favor...

–Según ese patrón, Jennifer sería la más experimentada en algunos aspectos. Quiero decir; si tienes que sufrir para crear, su infancia es probablemente...

–¡Cállate! ¡Cállate! ¡No se lo cuentes! –chilló ella. Peggy y Gil contemplaron sin salir de su asombro cómo Jennifer se abalanzaba sobre Gustavus, blandiendo la guitarra como un arma. Él palideció y retrocedió torpemente, con las manos arriba, pero la mujer desnuda asió a Jennifer con una fuerza impensable. Jennifer no pudo avanzar más, como un perro atado cuando tensa la cadena al máximo, pero la mujer oscura no se movió ni un milímetro.

–Claro, claro, vale. Yo, en fin... Nunca me he tragado la idea de que sufrir creara arte, porque muchas personas que no son artistas sufren y no producen nada. Las zonas con hambruna deberían de ser cunas de creatividad según esa lógica y no lo son... –Las palabras de Gustavus se iban acelerando progresivamente, subiendo en altura tonal y volumen, mientras sus ojos se abrían del todo. Parecía que no podía parar. Era como si se le hubiese cortado la boca y sangrase conjeturas estéticas.

–Eres un gilipollas –masculló el compositor.

–¿Pero soy bobo? –preguntó Gustavus, con la mirada salvaje–. ¿Quién es más bobo? ¿La persona que confía en sus sentidos cuando podían estar siendo manipulados o el que duda de ellos a pesar de la total coherencia de... de lo que ve en su mente?

–Esto es una locura –murmuró Jennifer. La mujer oscura la

había soltado cuando dejó de forcejear y ahora se sentía abatida y estaba mirando taciturna la muñeca por donde la había agarrado. Tenía una marca oscura.

–Tú ganas, Gus –dijo Peggy, moviendo los ojos nerviosamente–. Jesús, no muchos tíos podrían pasar por... esto... y no dejarse engañar, pero tú lo has logrado. –Dio un par de aplausos sarcásticos–. ¡He aquí el hombre sabio! –gritó a la mujer de barro–. ¡Aquí está! ¡Más listo que el resto! ¡Ve todos tus trucos! ¡No se dejará engañar otra vez! ¡Ta taaa!

Gesticulaba de forma extravagante.

La mujer que surgió del polvo se aproximó a Gustavus y puso una mano a cada lado de su cara. Tuvo tiempo de esbozar una última y elocuente sonrisa de superioridad antes de que ella le forzara a arrodillarse.

El movimiento que hizo un instante después reveló a los otros de que algo iba mal. No se resistió. O, si lo hizo, su fuerza era tan inferior que no fue una lucha real. Se desplomó como si alguien hubiera encadenado una caja fuerte a su cabeza y luego la hubieran tirado por un puente. Sólo tuvo tiempo para emitir un suspiro, un sonido de sorpresa, antes de que su cráneo se partiera. Como una cáscara de nuez, se aplastó por los costados y se abrió por el centro. Durante un segundo, pareció incluso cómico, antes de que los testigos se dieran realmente cuenta de lo que estaba pasando, de lo que estaban viendo. Entonces la mujer le despojó del cuero cabelludo y comenzó a introducir los sesos en su boca. Pausadamente.

* * *

Cuando Gustavus tocó el árbol, Sabriel sintió que Avitu se despertaba. Era terrorífico y estremecedor. Era como nadar en el mar y sentir que el agua te impulsa hacia arriba mientras una ballena asciende debajo de ti. El mundo se deformaba, mientras Avitu se aproximaba y Sabriel comprendió lo que era sentirse empujada.

Después, estaba en otro lugar.

No era meramente otra área del mismo espacio, ese espacio conocido como "el mundo", que contenía el sol, la Tierra y las

estrellas. Era un tipo de espacio totalmente diferente, un contexto diverso de mente y materia. Era una burbuja informe de potenciales donde todas las cosas pasaban a través de miríadas de iteraciones de existencia. Allí, cada pensamiento y acción existían simultáneamente como infinitas variaciones de sí mismos.

Sabriel lo había sentido antes, cuando la creación del mundo aún no había sido completada, cuando los Elohim aún estaban construyéndolo. Aparentemente, Avitu había hallado un resto informe de aquella realidad primaria o, más posiblemente, había recreado por algún motivo el caos del cosmos primigenio.

Sabriel sintió un momento de vértigo espiritual, mientras millares de respuestas y pensamientos giraban en torno a ella, pero sólo le bastó un instante para adaptarse y recordar. De algún modo, era reconfortante, como volver a casa. Sólo era Christina la que estaba atónita y paralizada al experimentar todas las potencialidades por separado, sintiendo cómo fluían hacia un solo acto/pensamiento/instante, como granos de arena deslizándose por el orificio de un reloj de arena. Lo improbable existía únicamente durante un instante de tiempo, mientras que lo más probable era más estable y duradero, hasta que cada opción elegida se resolvía en la realidad, arrojando sombras de variaciones menores por todas partes.

–Avitu –preguntó–, ¿qué es esto?

No tenía necesidad de hablar en voz alta, por supuesto. No había aire que transportara las vibraciones en este espacio, ni dimensiones que recorrer. Pero, para la conveniencia del cerebro humano del que tendría que valerse después, Sabriel optó por verbalizar los pensamientos.

Más que oír, sintió la respuesta del demonio. Las emociones y la mente de Avitu se movían a un ritmo glacial pero Sabriel podía sentir que comenzaban a vivificarse.

–ÉSTE ES MI DOMINIO. EL MUNDO ES ANODINO, PERO HE PROTEGIDO MI PLIEGUE SECRETO DE ESPACIO Y TIEMPO.

–¿Dónde están los artistas?

–EN UN MOMENTO CONGELADO. UN ANTIGUO TIEMPO PROPICIO QUE HE PRESERVADO.

Sabriel sintió un estremecimiento de excitación. ¡Tiempo

detenido! Antes de los tiempos de la Guerra, nadie de la casa de Avitu conocía tales secretos de la Casa de la Eternidad.

–¿Cómo puedes hacerlo? ¿Cómo has aprendido los secretos del tiempo real?

–LO APRENDÍ NO DE ELLOS, SINO DE LOS HOMBRES. TRAS LA GUERRA, LOS HOMBRES ENCONTRARON DESPOJOS DE LOS MUERTOS DE CADA BANDO Y, ANHELANDO PODER, SE FUNDIERON EN UN SOLO SER. FUE UNA DE ESAS MUJERES LA QUE ME INVOCÓ DEL INFIERNO Y ME APRISIONÓ EN EL ÁRBOL.

–¿Cómo fue eso posible?

–ELLA TENÍA PARTE DE UN ALMA PODEROSA, PARTE DE UNO DE LOS GUARDIANES DE LAS ESFERAS. PERO, CON TODO ESE PODER, SÓLO QUERÍA COSAS SIMPLES Y BANALES. COMIDA SUFICIENTE. PROTECCIÓN CONTRA LOS ENEMIGOS. ENFERMEDAD PARA SUS SUPUESTOS ADVERSARIOS.

–¿Cuándo pasó eso?

–NO LO SÉ. ¿CUÁNDO ES AHORA?

–Es el amanecer del nuevo milenio, según el calendario cristiano.

–NO SÉ NADA DE "CRISTIANOS". LAS PERSONAS QUE TRAJISTE, NINGUNA DE ELLAS SON NATIVAS. ¿CUÁNTO TIEMPO LLEVAN AQUÍ?

–Cientos de años. ¿Cuánto tiempo ha pasado desde que fuiste invocada?

–MUCHO. CUANDO ESTUVE PRESA EN EL INTERIOR DEL ÁRBOL, ESTE APENAS ERA UN RETOÑO. ¿Y TÚ? ¿CUÁNTO TIEMPO LLEVAS LIBRE?

–Menos de un año. Yo no fui invocada sino que escapé por mis propios medios.

–¿Y CÓMO HAS ACABADO ATADA A UN CUERPO MORTAL? TALES COSAS NO SUCEDÍAN EN ERAS PASADAS.

–No lo sé.

–AHORA QUE ERES LIBRE, ¿QUÉ BUSCAS?

Sabriel reflexionó cuidadosamente. Echó una ojeada a los potenciales en los que hablaba a continuación, aquellos en los que contaba la verdad, en los que mentía, en los que era evasiva. En cada

uno de ellos, veía los espíritus de las posibles respuestas de Avitu. Finalmente, optó por decir la verdad.

–Busco venganza.

–¿VENGANZA CONTRA QUIÉN? ¿CONTRA AQUEL QUE ESTÁ POR ENCIMA Y QUE NOS DERRIBÓ?

–Quizás, pero Aquel que está por Encima está más allá de mi alcance. No, en su lugar me he centrado en la raza humana.

–¿Y QUÉ SACARÍAS DE TODO ELLO?

–Sin duda, recordarás cómo nos traicionaron, ¿verdad? Al final de la Guerra, nadie estaba de nuestro lado. Nadie rezaba en nuestro nombre.

–LA GUERRA FUE HACE MUCHO Y YA HE OLVIDADO MUCHAS COSAS.

–Yo nunca olvidaré –dijo Sabriel con fiereza; su cólera era tan profunda que ya lio se molestaba en sondear las respuestas de la otra criatura–. Combatimos a Dios por ellos, lo perdimos todo por ellos, ¡y con el único fin de dárselo todo! ¿Qué obtuvimos a cambio? Fuimos sus chivos expiatorios, condenados al Pozo para que pudieran gobernar el mundo.

–¿ESTAS SEGURA DE QUE ESCAPARON AL CASTIGO? MÍRALOS AHORA: ASUSTADOS, DIVIDIDOS Y ALIENADOS DE DIOS.

–Su sufrimiento deriva de sus propios actos. El nuestro nos fue infligido porque nos atrevimos a amar sin reservas. No es lo mismo. En absoluto. –Aunque lo dijo, Sabriel decidió ser más cauta. Si Avitu, o aquello en lo que se había convertido Avitu, amaba a la humanidad, Sabriel no ganaría nada declarándole la guerra.

»¿Qué pasó después de que fueras convocada?

–DURANTE MUCHOS AÑOS, CONCEDÍ A LA HECHICERA LO QUE QUERÍA. NUTRÍ SU PODER HASTA QUE TODOS SUS DESEOS SE CUMPLIERON Y TUVO QUE HACERSE CON MÁS. ENTONCES VINO A MÍ BUSCANDO UNA SABIDURÍA QUE YO TAMPOCO TENÍA. PERO CONVERSAMOS LAS DOS Y REFLEXIONAMOS JUNTAS Y, TRAS MUCHOS AÑOS, NOS HICIMOS SABIAS.

–¿De veras? ¿Qué aprendiste de ella?

-APRENDÍ LO QUE SIGNIFICA SER IGNORANTE Y ESTAR ASUSTADA, SENTIMIENTOS NO NATURALES EN NUESTRA RAZA. TAMBIÉN APRENDÍ LO QUE SON LA FE Y LA CURIOSIDAD, OTRAS DOS CARACTERÍSTICAS QUE NOS SON AJENAS.

-¿La fe? ¿Que carecemos de fe? ¿Nosotros, cuyos primeros recuerdos son de ser moldeados por la mano del Creador?

-ESO NO ES FE. LO QUE TENÍAMOS ERA CERTEZA.

-Teníamos fe en la humanidad y mira cómo nos lo han pagado.

-TENÍAMOS FE NUESTRA HABILIDAD PARA HACER SÓLO LO CORRECTO. FUE ESA FE LA QUE FUE ERRÓNEAMENTE APLICADA. EN NUESTRA ANSIA POR AYUDAR A LA HUMANIDAD, LOS PERJUDICAMOS MUCHO MÁS QUE LA PEOR MALDICIÓN DE DIOS. NUESTRO POCO MEDITADO "DON" SE HA CONVERTIDO EN SU PROBLEMA MÁS ONEROSO Y YO, AL MENOS, HE VISTO EL ERROR EN NUESTRAS ACTOS.

-¿Cómo puedes pensar que lo que les dimos (la verdad, la conciencia, el conocimiento de que eran ellos mismos), sea una maldición?

-¿ES UN PÁJARO EN EL BOSQUE MÁS FELIZ SABIENDO QUE EL CEPO DEL CAZADOR LO ESTÁ ESPERANDO? ¿QUE UN SER MÁS ASTUTO Y PODEROSO QUE ÉL BUSCA ÚNICAMENTE SU MUERTE Y ANIQUILACIÓN?

-Nuestro don les fue otorgado antes de que conocieran la muerte, ¡antes de que entendieran qué era la muerte!

-SI LO HUBIERAN SABIDO, SI HUBIERAN ADQUIRIDO CONSCIENCIA TAL Y COMO EL CREADOR TENÍA PREVISTO, QUIZÁS HABRÍAN CONSIDERADO SU PODER CON MAYOR LUCIDEZ. DE HECHO, SIN EL DON DE LA CONSCIENCIA, SIN LA MALDICIÓN DE LUCIFER, LA HUMANIDAD NUNCA TE HABRÍA LACERADO CON LA TRAICIÓN. SIN EL SENTIMIENTO DE UNICIDAD, ¿PODRÍAN SER EGOÍSTAS? ¿PODRÍAN OPTAR POR LA COBARDÍA? NO; SIN LA MALDICIÓN, SÓLO HABRÍAN CONOCIDO EL MIEDO MUDO DE UN ANIMAL DURANTE LA GUERRA, UNA GUERRA QUE, POR SUPUESTO, NUNCA HUBIERA TENIDO LUGAR.

-Sin la conciencia, no habría arte, ni creatividad, ni posibilidad

de compartir...

–PERO MIRO EN TU PASADO, SABRIEL, Y VEO CÓMO ARRUINAS EL ARTE, CÓMO ENVENENAS LA CREATIVIDAD, CÓMO MANCILLAS CUANTOS DONES PUEDAN COMPARTIR LOS HUMANOS.

Sabriel sintió un hormigueo de miedo cuando se dio cuenta de cuánto se había despertado Avitu y cuan velozmente.

–TU DESEO DE VENGANZA ES TAN MISERABLE E INDIGNO COMO LA TRAICIÓN QUE LO INSPIRÓ. NO TE BASTA CON QUE CAREZCAN DE LA DICHA DE LA COMUNIÓN. ANSÍAS QUE CONOZCAN EL DOLOR DE LA SOLEDAD. POR ESO TIENES ESOS SENTIMIENTOS TAN INTENSOS HACIA JENNIFER, LA ÚNICA QUE PERSIGUIÓ EL DON DE LA CREACIÓN TANTO TIEMPO PERO QUE NUNCA PUDO POSEERLO.

–¿Qué estás haciendo con los artistas?

–TIENEN UNA DIFÍCIL ELECCIÓN. ME ENCANTARÍA PODER AYUDARLES ALEJANDO LA MALDICIÓN DE LUCIFER, PERO AHORA NECESITO SU RESPETO VERDADERO, NECESITO SU FE. QUIZÁS PUEDA CURARLES CUANDO YA NO LOS NECESITE.

* * *

Jennifer, que momentos antes no había deseado nada más que abrirle la cabeza a Gustavus, trataba ahora, demasiado tarde, de salvarle. Gil, también, se precipitó hacia la mujer desnuda en cuanto se dio cuenta de lo que estaba haciendo. Lo mismo hicieron el titiritero y una mujer que hacía máscaras de vidrio soplado y cristal. Los otros vomitaban, se tapaban los ojos o simplemente presenciaban la escena, conmocionados.

No importaba. No podían detenerla. Ni siquiera podían entorpecerla. Agarraron sus brazos y tiraron pero les hubiera sido más fácil mover una grúa. Empujar su cuerpo era como tratar de mover el paso superior de una autopista. Tenía el aspecto de una mujer, pero era de roca.

La fabricante de máscaras aceptó estos hechos más rápidamente que sus compañeros y optó por intentar alejar el cuerpo

de Gustavus. Por su perspicacia, se ganó un empujón de la mujer oscura. No parecía muy potente, pero fue suficiente para que retrocediera tambaleándose varios pasos. Cuando se recobró, la criatura pétrea ya había concluido su espantosa comida.

Gil, Jennifer y el titiritero se quedaron quietos cuando la mujer se puso en pie y se transformó. Donde había un cuerpo semejante a la roca, inflexible, pesado e inmóvil, ahora fluía libremente como barro bajo la lluvia, cambiando y alterando su forma. La mujer se hizo más alta y sus anchas caderas y su cintura rolliza se volvieron más finas y delgadas.

Sus rasgos se reformaron, tornándose más finos; los ojos más amplios, los pómulos más altos, la barbilla más delicada. Se volvió bella, luego hermosa, después deslumbrante.

Al transformarse, también cambiaron los tonos de su tez. Aún retenían el oscuro color terroso del lecho del desierto, que se volvía gris con la luz de la luna, pero adquirieron tonalidades más cálidas y ricas. Su largo cabello lacio se rizó y tomó la apariencia de unos brillantes rizos castaños que caían como una cascada sobre su desnuda espalda morena.

—Así —dijo—. Mucho mejor. Ahora podremos comunicarnos más fácilmente.

Modestamente, se pasó la mano por la boca.

En un instante, Jennifer se dio cuenta de dos cosas.

La primera era que aquella criatura (que hablaba con tonos innegablemente femeninos, de hecho casi estridentes), pronunciaba las palabras con las inflexiones y entonaciones de Gustavus.

La segunda era que sus rasgos le recordaban mucho a ella misma, sólo que perfeccionados, fantaseados, transformados en un ídolo. Por instinto o intuición, supo que estaba contemplando los deseos de Gustavus hechos carne.

Se arqueó hacia delante y vomitó sobre las nubes.

* * *

—Ya sabes mis objetivos. Avitu. ¿Cuáles son los tuyos?

—NO GUARDO NINGUNA ANIMOSIDAD HACIA LA RAZA DE

LOS HOMBRES –contestó el otro demonio–. QUIERO DESHACER EL MAL QUE HEMOS FORJADO TAN LABORIOSAMENTE. DONDE EL LUCERO DEL ALBA LES BRINDABA UNA INCÓMODA LUZ, LES DARÉ LA PAZ DE UNA NOCHE DULCE Y SIN ENSOÑACIONES. LOS LIBRARÉ DE SU MALDICIÓN, TAL Y COMO LO INTENTÉ ANTES, PERO ESTA VEZ LOS SANARÉ A TODOS. CRÉEME, SABRIEL, SUS ÚLTIMOS PENSAMIENTOS CLAROS SERÁN DE GRATITUD POR LA INMINENTE IGNORANCIA.

Sabriel no prestaba toda su atención a las ideas de Avitu, porque estaba escudriñando las posibilidades que pululaban alrededor de las dos. Los pensamientos de Avitu eran visibles (imprecisos y estrafalarios, extraños y erráticos), pero los miembros de la casa de Sabriel a menudo recibían el nombre de Ángeles de la Comprensión, y el objetivo de la otra criatura fue tomando forma gradualmente. Un futuro se estaba clarificando y a Sabriel no le gustaba. A pesar de que Avitu estaba muy complacida de que el Lammasu hubiera venido, la gratitud no era un elemento de su paisaje mental. Cada vez era más obvio que el demonio del árbol estaba decidiendo que los planes de Sabriel no casaban con los suyos y que ella, que la había despertado, obtendría como recompensa su propia destrucción.

Sabriel comenzó a escudriñar frenéticamente, tratando de encontrar una forma de escapar. Sus acciones la habían guiado directamente a la trampa de Avitu, porque ésta podía anticipar fácilmente las acciones del ángel.

Un delgado resquicio de esperanza apareció flotando.

Era un acto muy improbable (menos probable aún que el supuesto de que Sabriel se uniera a Avitu, que optara por destruirse a sí misma o que tratara de obtener el perdón y la piedad de Dios, el Creador de todas las Cosas), pero era posible e inesperado y podría funcionar.

En el mínimo microsegundo en que la opción podía hacerse real, Sabriel obró para ser Christina Vadrudakis.

* * *

–¿Quién eres? –susurró Peggy, observando a la criatura que se

había formado ante ellos—. ¿Qué eres?

—Podéis llamarme Avitu —contestó la bella asesina—.

Realmente, no lo soy. Del mismo modo que las marionetas de Rudy no son él mismo —dijo, señalando al hombre que hacía espectáculos marxistas con títeres—. No soy Avitu, pero es su voz la que habla a través de mí.

—¿Quién es Avitu? —preguntó Gil.

—Avitu es el árbol del conocimiento. Avitu es el protector de su pueblo. Avitu es el reino que te rodea y la señora de ese reino.

Jennifer dejó caer la guitarra y avanzó torpemente hacia el cadáver de Gustavus. Se tapó la boca con la mano y lo miró. Después dijo:

—¿Por qué mataste a Gus?

—Gustavus estaba sufriendo, mi pobre niño —respondió la mujer, y cuando Jennifer levantó la vista, la expresión de compasión en rasgos tan similares a los de ella renovaron su sensación de náusea y vértigo—. Su mente febril estaba aquejada de la enfermedad de la consciencia. Como todos vosotros, sufría porque sabía mucho y entendía muy poco. Ahora su sufrimiento ha desaparecido.

—¿Qué quieres de nosotros? —preguntó Gil con el rostro empalidecido y las palabras rebosantes de pánico.

—Sólo quiero ayudaros; ayudar a que toda la humanidad se recobre de la maldición que os atormenta.

—¡Oh, Dios, nos va a matar a todos! —gritó la fabricante de máscaras.

—No, no lo haré —replicó la mujer desnuda con voz amable—. No podía hacerme entender hasta que tuviera el vocabulario de Gustavus, sus recuerdos y su marco de referencia. Ha sido una pena que tuviera que hacerme con ellos de forma tan cruel, pero ahora podemos comunicarnos.

—¿Que ha sido una pena? —Jennifer tenía los ojos muy abiertos y hablaba con voz estridente—. ¡Lo has matado! Joder, ¿te has comido su cerebro y sólo dices que ha sido una pena?

—Necesitaba lo que él tenía y lo tomé. Su conocimiento es mucho más útil en mis manos que en las suyas. Todas sus ideas, todas sus conjeturas sólo lo ataban más y más fuerte en los lazos de

la miseria, la ignorancia y la discordia. No espero que lo entendáis –dijo con una sonrisa de dulce tolerancia–. Pero Gustavus está mucho mejor muerto que afligido por la locura de la consciencia.

–La misma locura que sufrimos todos –dijo Peggy.

–Sí.

* * *

–¿Así que quieres eliminar la "maldición de Lucifer"? ¿No es eso? ¿Que seamos todos niños otra vez? ¿Convertirnos en monos o cromañones o algo así?

Sabriel sintió una extraña sensación de irrealidad al seguir unos instintos ajenos, permitiendo que el falso entendimiento de Christina, su lengua griega e impreciso vocabulario emergieran después de haber sido rudamente reprimidos durante meses. Por supuesto, en este espacio, el idioma hablado en concreto importaba muy poco.

–TE BURLAS DE COSAS QUE NO PUEDES ENTENDER EN SU TOTALIDAD.

–No, lo entiendo muy bien. Te irritaba el plan de Lucifer, ¿verdad? ¡Pero luchaste en su guerra, seguiste sus órdenes y todo eso! Ahora cambias de opinión otra vez y decides arrebatarnos este... este regalo porque no te gusta lo que hacemos con él. ¡No te gusta perder, así que agarras el balón y te vas a casa!

Estaba funcionando. Sabriel podía sentir confusión y desaliento en Avitu. El gran demonio estaba calentando motores, tratando de ajustarse para debatir en términos humanos en lugar de celestiales, pero aún estaba aletargada por siglos de sueño.

–NOS EQUIVOCAMOS AL DESPERTAR VUESTRAS MENTES. NOS EQUIVOCAMOS; VOSOTROS PAGASTEIS POR ELLO, NOSOTROS PAGAMOS POR ELLO Y EL MUNDO PAGO POR ELLO. QUIERO CORREGIR ESE ERROR.

–Apuesto a que estás totalmente segura de que ahora no estás equivocada.

–NO ESTOY EQUIVOCADA. –Sabriel podía sentir la creciente cólera de Avitu pero estaba templada por una inhumana paciencia hacia la humanidad. La antigua guardiana se estaba desconcertando

paulatinamente, sin la certeza de saber si Sabriel era demonio, mortal o de algún modo ambas cosas.

–¡Dijiste lo mismo antes, cuando creías justo lo contrario!

¡Ya estaba! Sondeando los futuros a su alrededor, Sabriel se dispuso a aprovechar el momento de mayor confusión y distracción de Avitu. Reunió toda la fuerza que pudo...

(...En Miami, Thomas Ramone estaba atareado llevando una pila de platos sucios al lavavajillas del *Solly's Pizza-n-Subs* cuando se vio asaltado por una oleada de vértigo. Le falló una pierna y Tom dio un traspie hacia el canto de la puerta de la cocina. Recibió un fuerte golpe en la cabeza, desplomándose y destruyendo prácticamente toda la loza de la bandeja. Cuando fue conducido al hospital, le diagnosticaron una deshidratación).

...y huyó.

* * *

Allí estaban los once artistas restantes y la diosa morena que había matado a Gustavus. Con un resplandor de vividos colores, como luz blanca refractándose en el agua, apareció Sabriel en la columna del relámpago. Durante un momento la vieron como la mujer negra que habían conocido como Christina, pero se transformó ante sus ojos, creciendo en tamaño, creciendo en magnificencia. Desplegó sus alas de hielo y espuma sobre ellos y alzó el vuelo.

–¿Qué...? –dijo Peggy, alzando un brazo para escudarse los ojos mientras trataba de distinguir la figura alada contra el rayo cegador. Pero Sabriel era demasiado veloz para que la mortal pudiera seguirla con la vista, giró en el aire y la sorprendió por la espalda. La poetisa tuvo un momento para lanzar un gemido (ni siquiera propiamente un grito), antes de que Sabriel enlazara sus manos alrededor del cuello de Peggy y lo torciera hasta partirlo.

Jennifer gritó de nuevo y los demás hicieron lo mismo.

–¡Sabriel! ¡Detente! –gritó la criatura desnuda, pero el ser volador no le prestó atención. Un batimiento de alas, un deslizamiento de hielo y también Gil murió.

–¡Para! ¡Para! –gritaba Rudy, golpeando al aire salvajemente

mientras este nuevo peligro caía sobre él y lo cogía entre sus garras. Trató de liberarse, tal vez lo consiguió o tal vez lo soltó, pero el resultado fue el mismo. Se desvaneció en la columna de luz y fue destruido por un violento relámpago de ozono.

Los artistas se dispersaron. La mujer de piedra intentaba infructuosamente apresar a Sabriel, saltando tras ella, pero incapaz de rivalizar con su velocidad. Surgieron rayos relampagueando del tronco de fuego pero el Caído volador estaba demasiado cerca de los humanos para que Avitu pudiera apuntar con seguridad.

–¡Detente! –bramó la marioneta de Avitu– ¡Detente! ¡Detente!

Pero el súcubo no se detuvo hasta que mató a la fabricante de máscaras y también al otro escultor. De la docena de artistas del principio, sólo quedaban la mitad.

Sabriel estaba exultante. Su miedo a Avitu, sus planes de huida, sus sutiles estratagemas para desesperarla, todo le fue arrebatado por una cálida ola de sed de sangre. Coger a Jennifer por la garganta y elevarla por los aires era lo único que podía hacer para refrenarse y no partir ese delicado cuello enrojecido. Pero se resistió e incluso rodeó con sus piernas a la artista para llevarla con mayor seguridad.

Cuando apareció con un chasquido la siguiente descarga eléctrica, Sabriel se giró hacia ella en lugar de intentar evitarla. Este disparo también erró su blanco. Como había imaginado, Avitu no estaba dispuesta a poner en peligro a los mortales que quedaban.

–¡Suéltame! –gritó Jennifer, golpeando a Sabriel y arañándola.

–Lo siento, pero tengo que hacer esto –le dijo Sabriel. Elevando la voz, llamó a su captora–. ¡Avitu! ¡Libérame!

–¿DESPUÉS DE CONTEMPLAR LA INDISCRIMINADA MATANZA DE MIS INVITADOS? ¡NUNCA!

En un estado de terror cuya intensidad era surrealista, Sabriel tuvo un momento para pensar cuan chocante era que el mismo ser que había matado a Gustavus se enfadara porque otra criatura asesinara a Gil y Peggy, y, según parecía, también a Jennifer.

–¡Deja que me vaya o te quedarás sin invitados!

La mujer de barro echó la cabeza atrás y gritó, llena de cólera.

»¡Hazlo! –gritó Sabriel–. ¡Hazlo o caerás dormida de nuevo, te sumergirás en el olvido durante otro millar de años!

–CONCEDIDO –dijo Avitu–. PERO SUELTA A JENNIFER,
POR FAVOR.

–¡Antes déjame salir!

En el lecho de nubes turbulentas se abrió un agujero. Mirando a través de él, Jennifer contempló una vertiginosa vista del desierto nocturno, normal.

–¿Podrías llevarme contigo? –suplicó Jennifer.

–Lo siento –respondió el ser alado. La soltó justo antes de lanzarse por el portal. Jennifer se arrojó sobre el lugar y lo arañó pero ya era demasiado tarde.

* * *

Sabriel apareció sobre el desierto, sobre el bosquecillo de árboles Matusalén, y siguió volando a toda velocidad hasta llegar a los coches. Entonces condujo de vuelta a Las Vegas pisando el acelerador a fondo.

Mientras huía, los nubarrones se cernían sobre el Lago de la Pradera. Se movían veloces y corrían sobre piernas de relámpagos. La tormenta la cogió ya en la ciudad, bañando sus luces y tahúres.

Muy por detrás, Sabriel no vio cómo emergía otra mano de la tierra; esta vez, una mano de hombre.

* * *

Teddy Mason se incorporó en la cama, con una expresión de asombro en su rostro.

–¡Avitu! –dijo–. ¡El nombre del árbol es Avitu!

A su lado, su mujer gruñó y se dio la vuelta.

* * *

Al día siguiente, Hasmed recogió a Tina en la guardería, le preparó macarrones con queso para cenar, la convenció para que se comiera los trocitos de zanahoria y la envió a la cama sobre las nueve en punto.

Mientras se sentaba en el salón, tratando de no pensaren Vanessa, sintió un impulso repentino e insistente. Alguien estaba pronunciando su nombre, alguien muy cercano.

Le bastó un momento para darse cuenta de que era Tina en la habitación contigua. Había oído cómo decía sus oraciones y ahora estaba echada en la cama susurrando "Hasmed, Hasmed, Hasmed", una y otra vez.

Hasmed salió de la cama. Tina seguía durmiendo en su cuarto, mientras se metía en la ducha y abría el grifo.

Habían pasado varias semanas desde que matara a Vanessa y tenía trabajo atrasado. Había dejado el empleo de Harvey (empleado en un almacén) y había alquilado una pequeña oficina en un viejo y sórdido edificio. Había pagado algunas facturas, le había comprado cosas a Tina y había dado publicidad a su nuevo negocio, pero parecía que sus planes, aunque no del todo definidos y apenas conformados, se le estaban escapando de las manos a pesar de lo que había avanzado en su consecución.

Culpaba a la humanidad de este problema. Concretamente, a su propia humanidad.

Su cuerpo, ese cuerpo piojoso, fofo y enfermizo que había rescatado del fango, era una fuente incesante de exigencias despreciables e irritantes. Si no era comer, era dormir. Si no era dormir, era cagar. Aquella cosa aún tenía ganas de fumar, a pesar de que Hasmed había rastreado exhaustivamente cada ápice de sus venas, células y conexiones cerebrales buscando la raíz de las causas físicas de la adicción. Las compulsiones psicológicas que se habían inculcado durante años aún eran muy fuertes. Podría haberse limpiado las manchas de nicotina de sus dedos, pero no se le había ocurrido, ni siquiera después de muerto.

¡Y la comida! Era un auténtico incordio. Toda la comida le sabía igual al demonio, así que ponerse a dieta (frutas, pan integral, verdura sin cocinar, pasteles de arroz y un poco de atún de vez en cuando), no le fue difícil. El problema era la frecuencia. Cada cinco u ocho horas. Con sed incluso más frecuentemente.

Del consumo de comida se derivaban algunas consecuencias lógicas. Hasmed había solucionado las afecciones digestivas crónicas de Harvey (principalmente cambiando su dieta rica en grasas a una rica en fibra), pero, aunque había podido con las hemorroides, los ardores de estómago y la flatulencia, no podía prescindir de los actos físicos. Mear y cagar. Apretar, limpiar y tirar de la cadena. ¡Qué colosal pérdida de tiempo! Al menos cuando dormía apenas era consciente del tiempo que estaba desaprovechando.

Ocho horas de sueño. Otras dos horas para preparación de comidas, ingesta y defecación. Gracias a la dejadez de Harvey, las estaba pasando moradas una hora y media al día en el gimnasio. Más toda la gama de diversas actividades cotidianas: cambiar bombillas, vestirse y desvestirse, afeitarse, lavarse la cabeza, ponerse el desodorante y todos esos quehaceres que comporta la vida mortal. Y la niña. ¡Maldita sea! Charlar con la profesora ("parece que Tina tiene problemas para adaptarse a su nuevo ambiente"), leerle cuentos, tratar de que se bañara y comiera bien, comprarle constantemente prendas nuevas a medida que se le iban quedando pequeñas... Apenas tenía ocho horas al día para cumplir el trabajo de su señor.

Aun y con todo, había conseguido robar unos diamantes por valor de cien mil dólares.

* * *

Allí en Miami, las cosas no le iban tan bien a Thomas Ramone, ni de lejos. Apenas había robado un par de miles después de que el señor Yamamura, el propietario de *Solly's Pizza-n-Subs*, lo despidiera.

–Estás enganchado, ¿verdad? –le había dicho el arisco dueño.

–Sí, me pincho en las pelotas –respondió Thomas con sarcasmo.

–No me faltes al respeto, pequeño gamberro. Ya estoy hasta

aquí de tus malditos porros.

–Oye, lo siento, jefe.

–¡No me llames "jefe"! Yo no contrato a drogatas.

–¡Yo no fumo hierba! –mintió Thomas con aire de seriedad–.

Mira, tío, esto es lo que ocurrió. Estaba trabajando mucho, me deshidraté, me mareé y me di en la cabeza. Eso es todo.

¡Pregúntaselo al doctor!

Su jefe (su antiguo jefe) le contestó con una mirada fulminante.

–El día en el que tú te desmayes por trabajar duro será el día en que yo comience a vender bocadillos de mierda. ¡Estás despedido!

Sin el sueldo de *Solly's*, Thomas se encontró en un aprieto. No sólo necesitaba el dinero sino que el actual contrato de trabajo era un requisito para su libertad condicional. Había logrado que se suspendiera la causa y que le concedieran un año de periodo de prueba tras su primer arresto por allanamiento de morada. Aún le quedaba un mes y medio y ya las iba a pasar canutas para sortear los tests de drogas, así que no quería cagarla. Pero todo lo que mediaba entre él y la violación del acuerdo judicial (la imagen de una condena de dos años era como un martillazo en su cabeza), era su segundo empleo; tenía el turno de noche en un video-club.

Puede que el señor Yamamura hubiera sido rudo y arisco, pero, a pesar de todo, no era escoria. No se podía decir lo mismo del señor Kneller, el propietario del video-club. Tom había conseguido el puesto en Video Villa a través de Franklin, uno de sus colegas de porros que trabajaba allí en el turno de día. Franklin era buena gente pero también era un bocazas, así que el señor Kneller no tardó en descubrir que estaba en apuros. En cuanto se dio cuenta de que él era lo único que mantenía a Thomas fuera de la cárcel, cambió sin ningún esfuerzo su actitud a "modo cabrón tocapelotas". Pronto tuvo a Thomas trabajando más horas extra de las permitidas y pagándoselas como horas ordinarias. La paga siempre se retrasaba un par de días y le faltaban algunos dólares.

Thomas deseaba hacerle alguna buena putada (robar al bastardo o joderle algo), pero estaba seguro de que las sospechas recaerían sobre él, con graves e inmediatas consecuencias. Veamos, ¿roban a un tío que hace la vida imposible a su empleado, el cual

tiene una causa pendiente por robo? ¿Crees que fue el dependiente contrariado? ¿Fue él?

Para agravar aún más su indignación y resentimiento, tenía la persistente sospecha de que había vendido su alma por lo que (ahora) le parecía un estúpido truco.

Claro que podía escapar de cualquier atadura física, excepto quizás de un cubo. Si se concentraba, podía convertir su cuerpo en agua. A veces. No era algo muy seguro. Lo había conseguido más o menos una vez de cada tres, sin contar aquella vez que le pasó accidentalmente en la ducha, recién levantado. Eso fue bastante acojonante: estuvo a punto de irse por el desagüe. Después de aquel día, ya sólo se bañaba.

Podía convertirse en agua, más o menos cuatro litros. Recuperar la forma humana era mucho más sencillo, algo casi automático, o eso parecía. Como charco viviente podía moverse por superficies planas pero ir cuesta arriba era prácticamente imposible. Era un buen truco para pasar entre barrotes, librarse de las esposas o pasar por debajo de puertas cerradas.

El único problema era que el cambio no parecía incluir sus ropas. Cuando se le venía a la cabeza la idea de robar a Kneller, echar a correr y transformarse si era detenido... La imagen de sí mismo correteando por la carretera en pelotas hacía que se lo pensara dos veces.

Thomas estaba haciendo serios esfuerzos para volver a encauzar su vida. El primer paso era dejar la maría. Era una pena, pero tenía sentido. No podía permitirse dar positivo en el control de drogas. No podía permitirse pensar sin nitidez. Y en realidad tampoco podía permitirse comprar mucha hierba. Aceptaba algunas caladas de la de sus amigos si se lo ofrecían, pero, en general, había renunciado a la droga.

Pensó contarles a sus amigos lo de Sabriel, Angela Meyerhoff, o como fuera, pero no lo hizo. Por muy colocados que estuvieran, pensarían que estaba chalado. Además, ya les había mentido (más o menos) acerca de los días que estuvo desaparecido. Había estado planeando un viaje en coche con Pete, Steve y Mo'ana, y supuso que con el dinero que obtendría de vender la tele y demás cosas de

Meyerhoff podrían viajar con más lujos. Como no aparecía, se fueron sin él. Les contó que se había encontrado con una tía cachonda y que había pasado todo el fin de semana con ella. Lo cual era verdad, más o menos. Estaban tarados, pero no demasiado. No era la primera vez que a uno le había dado un bajón.

Thomas se consideró afortunado por no haber perdido horas de curro cuando estuvo atado en el sótano. Pero acabaron echándolo de todos modos.

Vale, pensaba, agua. Puedo convertirme en agua. Tiene que haber algún modo de sacar pasta de esto.

–Disculpe. Eh... La caja de esta película estaba en el estante pero la cinta no está dentro.

–Probablemente esté alquilada.

El hombre al otro lado del mostrador se movía visiblemente incómodo.

–¿Y no podría, no sé, comprobarlo? ¿En el ordenador o así?

Thomas suspiró y se inclinó hacia delante.

–¿Cómo se titula?

El hombre le mostró la caja.

Tom buscó la referencia, que no estaba computerizada, por supuesto. Todo se hacía con fichas. Luego le dijo al cliente que lo sentía pero, efectivamente, *Montando la gran polla de Randy* ya la habían alquilado.

Eran las once y media de la noche del viernes. Personas como ese tío (gordos, con cara de primo y muertos de vergüenza) eran sus clientes habituales. El hombre se volvió a meter en el cuarto de "sólo adultos" y Tom se sentó de nuevo en su taburete. Mientras guardaba la ficha en el deteriorado fichero, retomó sus anteriores cavilaciones.

Vale. Agua. Nadie sospecha del agua, así que está bien para esconderse. Me puedo meter donde sea, convertirme en agua y esperar a que cierren. Como un banco, o algo así. Pero, no, todos esos sitios tienen cámaras y para moverme por ahí y coger cosas tengo que estar en forma humana.

También había considerado y rechazado la idea de mostrar su poder en público y vender entradas. Podía decirles que era mago pero entonces esperarían que supiera otros trucos, y él sólo tenía uno.

Además, no le gustaba pensar en toda esa gente mirándole. ¿Y qué pasaba si no funcionaba el poder y le dejaba tirado? O podría decirles que era real, probárselo, pero estaba bastante seguro de que acabaría en algún tipo de laboratorio del Gobierno. Había visto "Expediente X".

Lo que tendría que hacer sería ir antes al sitio y dejar mi ropa en algún lugar, igual en el baño. Se movió en su asiento, estirando los músculos de la espalda y levantó la ceja. Realmente un baño sería el sitio perfecto para esconderse. Sí. Entro allí cuando no haya nadie, meto la ropa en, no sé, una bolsa de plástico, la pongo sobre la cisterna y me convierto en agua y me pongo allí encima. Lo ideal sería sujetarme a los bordes del tanque para no acabar por el desagüe cuando tiren de la cadena.

El apartamento de Thomas tenía una cisterna que a veces soltaba agua todo el rato hasta que sacudía la cadena, así que estaba muy familiarizado con llaves de bola flotante, corchos y los otros elementos sin nombre (según él) del tanque del baño.

Eso es. Así que elijo un sitio que tenga pasta dentro, un sitio donde pueda entrar, esperar, y saquear la caja sin preocuparme de cámaras y mierdas. Y me cuelo por debajo de la puerta principal cuando haya acabado.

Lo intentó justo a la noche siguiente.

* * *

Lo del robo de diamantes de Harvey partió de Roscoe Paum. Estaban en el centro municipal de ocio, sentados en la sauna.

–He bajado siete kilos –dijo Hasmed, mientras se cogía los michelines que sobresalían por encima de la toalla enrollada en su cintura–. Pero aún tengo toda esta grasa. –Le enseñó su papada y la carne que le colgaba del brazo.

–Sí, lo que has perdido es agua principalmente –contestó Roscoe–. Primero se pierde eso y muy fácilmente. Cuando llegues a la grasa de verdad, todo va a ser más lento. –Se encogió de hombros–. Lo que realmente importa no es el peso, a menos que seas una reina de las pasarelas anoréxica. En vez de en el peso, tendrías que fijarte en la masa corporal. O sea, qué tanto por ciento de tu peso

es músculo real.

–Así que en cuanto empiece a ganar músculo, ¿todos estos colgajos desaparecerán?

–Más o menos. No te mentiré; en ese vientre tuyo nunca van a volver a verse los abdominales. –El propio Roscoe era delgado y anguloso. Parecía una chaqueta colgada de una percha. Mientras que Maese Fortuna estaba perdiendo peso, él trataba de ganarlo–. Tengo una buena definición: es como la virginidad. Una vez que la pierdes, ya no la recuperas.

–Me importa una mierda. Yo sólo quiero estar sano.

–Estás en ello, lo que pasa es que tienes que darte tiempo. No se consigue de un día para otro, ya sabes.

Se quedaron allí sentados en silencio un rato, sudando a mares, y entonces Roscoe mencionó a Angie, pariente suyo.

Resultó que Angie trabajaba para uno de los almacenes de joyas de la ciudad. Un comerciante de diamantes de Nueva York le había hecho unas asquerosas proposiciones, que no aceptó. Y dado que "Angie" era el diminutivo de "Angelo", aquello era un poco más destacable que el típico lío sexual entre un chico y una chica.

–O sea, no es que Angelo tenga pintas de marica, ¿sabes?

–Y, de todos modos, ¿qué hace el neoyorquino ese de los diamantes aquí en New Jersey?

Ros se encogió de hombros.

–Angie dice que hace entregas mensuales. ¿Por qué?

–Por nada, sólo estoy pensando. Igual Angie querría devolvérsela a ese tío, ¿no? Ya me entiendes, meterlo en algún aprieto.

–¿No estarás diciendo...?

–No digo nada. Sólo lo pienso.

–Sí, claro. Estás pensando con ese agujero de la cabeza y no con el cerebro. No puedes robar a ese tío. Puede que sea maricón pero es, no sé, un ex marine o un boina verde o algo así. Lleva un pedazo de pistolón y no se anda con miramientos. Además, que lo sepas: de noche deja la mercancía en la comisaría. ¿O crees que puedes robarla de un edificio vigilado?

Hasmed se encogió de hombros.

–Ya veremos.

Mientras lo decía, se limpió sus gafas llenas de vaho, mostrando el ojo inyectado en sangre.

* * *

Ni siquiera Kneller podía hacer que Thomas trabajara todas las noches, así que en su noche libre respiró profundamente y se dirigió a unos grandes almacenes.

Aparcó su coche en la parte de atrás, junto a un contenedor. Tenía una llave atada al parachoques de atrás con hilo dental y una muda de ropa en el asiento delantero. Con una gorra de los Miami Dolphins bien calada hasta las cejas, entró en el almacén. En un bolsillo tenía una pequeña linterna de poca potencia y un tubo de pegamento. En el otro tenía una gran bolsa de plástico y un par de guantes.

Una vez en el baño miró a su alrededor y, al ver que no había nadie, se metió en el cuarto del retrete.

No había cisterna.

Parpadeó, perplejo.

Mierda, pensó. ¿Y ahora qué?

En esas circunstancias, un buen atracador habría cortado por lo sano y se habría ido. Pero Thomas no era un buen atracador. Optó por improvisar.

Echando un vistazo en derredor, puso la papelera en la esquina del cubículo más alejado. Se desnudó, metió sus cosas en la bolsa y la selló. Luego, después de meditar un momento, sacó el pegamento y lo aplicó alrededor del pulsador del váter.

Espero que también higienicen la puta cisterna por fuera, pensó mientras dejaba las cosas bajo la bolsa en la papelera. Luego, con un suspiro, se sentó con el culo desnudo sobre el tanque del retrete y soltó una pequeña risita.

No ocurrió nada.

–Ja, ja. –Lo intentó con poca convicción, pero nada, no había forma. Lo probó de nuevo con todas sus fuerzas, riéndose un poco más alto, un poco más falso—. Ja, ja.

Mierda.

Bueno, supongo que podría mear, vestirme y dejarlo. Sintió una sensación de alivio. Finalmente, soltó un triste resoplido y lo consiguió.

Ya acuoso, se puso sobre el tanque y esperó.

Y esperó.

Y esperó.

En su forma acuática Thomas aún podía ver. Desde la cisterna observaba las sombras inmóviles del falso techo del baño y comenzó a pensar.

Mierda, podría haber puesto mis cosas allí arriba. ¡También podría haber metido un cubo y esconderme allí en vez de estar aquí! Tengo que recordarlo para la próxima vez.

La luz se encendió.

Si hubiera tenido labios, se los habría mordido. Si hubiera tenido corazón, estaría martilleando su pecho. Tal como estaba, sólo podía permanecer perfectamente inmóvil, concentrándose en seguir siendo agua, seguir siendo agua.

Se preguntó qué estaba pasando; podía oír que alguien se movía por ahí, pero sin una dirección concreta.

Lo que sea, pero no vengas al baño.

Por fin, la luz se apagó y se cerró la puerta. Thomas esperó y esperó y esperó.

La próxima vez voy a poner mi reloj en algún lugar en que pueda verlo, pensó. Contó hasta mil, despacio. No era paciente por naturaleza pero una temporada en la cárcel lo había vuelto más cauto. Después de contar otro millar lentamente, se levantó.

La leche, pensó. Ni siquiera estoy mojado.

Se vistió, respiró profundamente y abrió un poco la puerta.

Silencio.

Reptó por el oscuro almacén y miró a su alrededor con cautela. Las gigantescas luces con forma de campana del techo aún resplandecían débilmente; tenían el mismo tipo de luces en el campo de fútbol de su instituto y sabía que les costaba una hora más o menos apagarse del todo.

Qué suerte, pensó. Caminó de puntillas desde el fondo, cruzando la zona de trastos variados, hasta el departamento de

decoración de interiores y echó un vistazo a los pasillos de pomos, pestillos y cables para la instalación eléctrica. No vio a nadie.

Siguiente parada, las cajas registradoras.

Estaban cerradas pero se dio un breve paseo por la sección de palancas, pasillo tres, y eligió una pequeña barra negra templada que dio buena cuenta de la cerradura.

Estaban vacías.

Mierda. Deben de haber vaciado las cajas y haber metido el dinero en una caja fuerte. A menos que la lleven al banco cada noche. Qué va. ¿O sí?

Sabía que cuanto más tiempo pasara, mayores posibilidades había de que lo descubrieran, pero lo almacenes eran gigantescos, el aparcamiento medía como mínimo media hectárea, y los guardias de seguridad estarían patrullando por el exterior... Presumiblemente.

Estaba forzando la cerradura de la oficina del gerente, cuando oyó cómo aparcaban a la entrada los coches de policía.

Si Thomas hubiera sido listo, habría huido nada más oír el frenazo de los coches, pero se concedió el lujo de ser optimista. Pensó que podía ser una parejita buscando un lugar privado para montárselo. Pensó que podía ser alguien que había aparcado para comprobar el mapa. Estas deliberaciones mentales le retrasaron medio minuto, antes de entrar reptando al despacho y asomarse por la ventana, a tiempo para ver cómo avanzaba un uniforme azul hacia la puerta.

Se agachó y pegó su espalda a la pared.

¡Mierda! Pensó. ¡Mierda, mierda, mierda!

Como eso no lo ayudaba, pensó en la barra que tenía en sus manos. Había llevado guantes todo el tiempo, así que estaba limpia. La soltó inmediatamente y el golpe resonó por todo el almacén.

—¿Quién anda ahí? —La voz sonaba espeluznantemente fuerte y aguda.

Mientras Thomas doblaba la esquina de un pasillo, vio que se abría la puerta de atrás y una luz de linterna irrumpía en la oscuridad. Se puso en cuclillas y corrió por el pasillo. Estaba lleno de piezas para puertas: cajas de tiradores, cerraduras y bisagras.

Piensa, Thomas. ¡Piensa, piensa, piensa!

Claramente era la hora de escurrir el bulto. Se arrancó la camisa

de un tirón y a continuación se quitó el pantalón y los calzoncillos. En los pies llevaba unas baratas zapatillas chinas, que pronto se reunieron con el resto de ropa alrededor de su linterna.

Podía escuchar los pasos acercarse y empezó a reírse tontamente. Era histeria, pero no podía entregarse a ella todavía, aún necesitaba las manos, los brazos y su altura.

Los guantes eran más importantes, porque tenían sus huellas digitales. Se los quitó, los metió en el montón de ropa y la escondió en el estante más alto que pudo alcanzar, detrás de varias cajas de burletes.

Completamente desnudo, soltó una risita nerviosa y se disolvió.

El haz de luz de una linterna inundó todo el suelo del pasillo. Mientras se deslizaba hacia el policía, podía oír cómo decía hacia el micrófono de su hombro: "Por ahora nada, corto".

Otro oficial de patrulla estaba junto a la puerta, una mujer. Pasó justo entre sus pies antes de advertir que la jamba de la puerta apenas estaba abierta.

¿Es que todo va a ser tan difícil? Se deslizó en la oscuridad. Cuando estuvo seguro de que se encontraba fuera de su campo de visión, recuperó su forma humana; tan sólo un momento, lo justo para subirse a un expositor de bombillas de alta energía y dar un grito.

Que funcione, que funcione, que funcione, pensó, riéndose ahogadamente.

Pero no funcionó. Se estaba riendo y no podía parar, presa del terror y del ridículo. No pudo cambiar hasta que la mujer policía giró la esquina y pudo intuir su figura, completamente desnuda, agazapada al otro extremo de los estantes.

Con una profunda sensación de alivio, se licuó sobre el suelo de baldosas y se dirigió a la puerta de atrás, mientras, al cruzarse con ella, oía cómo decía: "varón blanco caucásico, pelo largo negro y, repito, desnudo".

Se detuvo en la puerta. Si hubiera tenido cuerpo, habría respirado profundamente. Pero en su forma actual decidió no hacerlo y se limitó a transformarse.

Correteando descalzo hacia los contenedores tal y como vino al mundo, Thomas Ramone no se había sentido más ridículo en toda su

vida.

Una vez en el coche, se puso precipitadamente la camisa y el chándal, sin reparar en que se había puesto el pantalón hacia el otro lado y la camisa del revés. Tras vestirse, giró la llave y pisó a fondo. Su corazón aún latía con fuerza cuando dejó el coche en el aparcamiento de su edificio.

Estaba distraído cuando reparó en que el gilipollas del Trans-Am le había quitado su sitio, otra vez, pero estaba principalmente asombrado y nervioso porque había escapado de... ¿Cuántos? ¿Tres policías como mínimo?

Ahora debería estar esposado y entre rejas.

Subió a su apartamento, apartó un par de revistas de *skaters* y se sentó en el sofá.

Mierda, pensó. Aún no estoy a salvo. Aún la puedo cagar por esto, pero... ¿Qué van a hacer? Mañana es domingo. Cuando vean que no falta nada, no cerrarán el almacén. No un domingo de otoño, cuando todos compran cosas para la nieve. Las pistas que haya dejado serán inútiles. Ese será el trabajo de mañana. Tendré que esperar a que esté lleno de gente, claro, no quiero llegar el primero...

Reconstruyó mentalmente la imagen de la mujer policía y le entró un ataque de risa tonta.

–"El sospechoso, repito, está desnudo". Mierda. Esto es de locos. Es una jodida locura.

Cogió una cerveza del frigorífico y pensó en fumar un poco de maría. Entonces recordó que no tenía nada en casa.

Puedo pasar sin ella. Un ataque de risa más y dejaré una mancha en el sofá.

Cuando se acabó la cerveza, abrió otra. Cuando iba por la mitad, se sintió en disposición de meditar seriamente.

Mi problema era que apunté demasiado alto. Me pudo la codicia. Lo que tengo que hacer es centrarme en cosas más sencillas; como restaurantes donde van los padres con sus hijos, lugares donde dejan la pasta en la puta caja registradora. Joder, sitios con cisterna en el váter, ¿vale? O podría... no sé, poner un barreño bajo el lavabo como si estuviera allí por una gotera o algo. Aunque entonces alguien me podría tirar por el desagüe.

Trabajó la noche siguiente, pero fue a un asador de la autopista el lunes por la noche y sacó quinientos dólares. El jueves era su siguiente día libre y consiguió cuatrocientos cincuenta dólares en "La Antigua Taberna de Nicole". Tres noches después, el "Merodeador de medianoche" salió en los periódicos después de robar mil ciento diecisiete dólares de una estación de servicio de la British Petroleum.

Fue un poco más de una semana después de su primer intento fallido cuando lo encontró el demonio Usiel, que ahora viajaba con otra identidad.

* * *

Juntos, Roscoe y Hasmed cazaron al comerciante de diamantes. Se llamaba Jack Haskell y tenía el aspecto del típico poli sin cerebro con el pelo rapado.

–No me puedo creer que sea marica –no dejaba de repetir Roscoe.

Jack hacía entregas semanales, internándose en la ciudad por la noche y regresando directamente a la comisaría.

–No tiene sentido –dijo Roscoe–. ¿Por qué sale de Nueva York tan tarde y llega aquí después del cierre de los almacenes?

–Pregúntale a Angie.

–¿Y cómo voy a sonsacarle eso?

–Encuentra un modo.

Para su asombro, Ros lo hizo y trajo la respuesta a Hasmed.

–Vale, ahora tiene sentido. Tiene una ruta, ¿sabes? Empieza en Manhattan, hace entregas en una serie de diferentes ciudades de Jersey. La nuestra es la última parada, y, con el tráfico, nunca podría llegar aquí a tiempo. Así que decidieron quedar con él por la noche.

–¿Por qué no hace dos viajes?

Roscoe se encogió de hombros.

–No lo sé. Tú eres el adivino, dímelo tú. Igual está casado y le gusta pegársela a su mujer y se va por ahí buscando mamadas, ¿no?

–Tal vez no quiere arriesgarse dos veces.

–Así que, si queremos sacudirle, ¿tenemos que hacerlo pronto? O sea. ¿antes de que haga sus otras entregas?

Hasmed lo pensó un momento antes de sacudir la cabeza.

–No. Entonces es cuando está más alerta, ¿entiendes? Y estaríamos en una ciudad desconocida. Llamáramos la atención.

–Roscoe se imaginó a Maese Fortuna en mitad de una calle cualquiera con ese pedazo de cicatriz en medio de la cara, pero no dijo nada.

–Entonces, ¿cómo quieres hacerlo?

–No sé. Voy a echar un vistazo al almacén de la comisaría del distrito.

Roscoe se limitó a menear la cabeza.

* * *

Cuando era un ángel, Hasmed había vivido bajo reglas claras e inflexibles. Una de las más importantes era "no revelarse a los humanos". Éste era un mandato para todos los Elohim, pero, ya que el cometido de Hasmed era proteger a las personas, tenía que conseguir algún modo de poder actuar sin ser visto. Creado por un ser perfecto, tenía las habilidades que se lo permitían hacer, naturalmente.

La Guerra y su subsiguiente encarcelamiento había mermado considerablemente sus poderes pero hacerse invisible para la humanidad aún estaba dentro de su alcance.

Mientras seguía a Jack Haskell por la calle en dirección al almacén del distrito, Hasmed desapareció. No fue algo repentino, como cuando un personaje desaparece en una película con un sonido teatral. Tampoco se fue desvaneciendo, como la llama moribunda de una cerilla. Simplemente se fue colocando gradualmente donde la gente no miraba. Una mujer que caminaba a su lado miraba el reloj de su muñeca e instintivamente se apartaba del camino del demonio. Un hombre se detenía para inclinarse y atarse el zapato mientras Hasmed pasaba. Un niño estornudaba, su madre se ponía en cuclillas para sonarle la nariz; como consecuencia, ambos no reparaban en la criatura que se movía a su lado.

Cuando entró en la comisaría, la gente se restregaba los ojos cansados, dirigía la vista hacia teléfonos que sonaban o miraba al suelo mientras se rascaba. Nadie lo vio.

Jack Haskell tenía un maletín de muestras, negro y anodino, pero observándolo de cerca, Hasmed notó que era diferente del usual muestrario de un vendedor. Haskell podía levantarlo fácilmente, pero por la forma en que se movía, balanceándose en su mano, y el tiempo que le costaba girar, Hasmed reparó en que era muy pesado. Por debajo del forro exterior, probablemente tenía una lámina de acero.

Un policía apareció por detrás y saludó a Haskell con una sonrisa, dándole una palmada en la espalda. Recogió el maletín y los dos hombres cruzaron por una puerta que decía "SÓLO PERSONAL AUTORIZADO".

Hasmed los siguió.

La pareja caminaba por pasillos de oscuros ladrillos, charlando amigablemente, con Hasmed a sólo unos pasos. Cuando advirtió que había cámaras en el techo, agachó la cabeza para que sólo fuera visible su gorra. Aunque los que controlaban las cámaras de seguridad hubieran estado observando esas imágenes en concreto en ese preciso momento (y no lo estaban), todo lo que habrían podido ver era tres hombres, el de detrás con una gorra de béisbol.

Al final de un tramo de escaleras, el policía abrió una puerta metálica carente de indicación alguna. Hasmed observó cómo se introducían por ella. No era una habitación grande, así que un vistazo rápido le permitió advertir que no tenía más puertas ni ventanas. Sólo tenía un par de estantes baratos de acero cargados de cajas, maletas y bolsas llenas de documentos. Cada objeto estaba en un puesto perfectamente etiquetado.

Hasmed subió las escaleras pensando, *dos cámaras, dos puertas cerradas, un maletín de seguridad cerrado.*

* * *

—Joder, ¿hablas en serio?

—Tan serio como el cáncer, Ros. Es posible. Excepto por lo de las cerraduras. Ese es el único problema.

—¿Y no lo es un edificio lleno de polis, cámaras y no sé qué leches más? ¿El problema está en tres pequeñas cerraduras?

—Eso lo que te estoy diciendo.

Estaban otra vez en la sauna y ambos se sentaron un momento. Entonces Hasmed habló.

–Realmente –dijo–, reconozco que sólo son dos cerraduras. La primera puerta... Parecía que había mucho ajeteo por allí. Probablemente podría colarme y seguir a alguien que entrara. La segunda puerta, la que estaba bajando las escaleras, no tenía tanta gente alrededor. Pero tampoco tenía cámara.

–Así que, dos cerraduras.

–Dos cerraduras.

Hubo otra pausa.

–Así que necesitamos un "ganzúas".

–Eh... –Hasmed se mordió el labio inferior–. No sé si quiero meter en esto a una tercera persona.

–Pero tendremos que hacerlo de todos modos: hay que ocultar los diamantes.

–Sí, sí... Pero eso no es un problema. Siempre podemos encontrar un modo de esconderlos. Por ejemplo, ocultarlos en bolsas de hielo, ¿eh?

–Pero para hacer eso, también necesitamos un cómplice.

–No creo que pueda colar uno allí dentro.

–¿Y cómo vas a meterte tú?

Hasmed emitió un pequeño gruñido y se frotó la frente.

–Digamos que no me parece buena idea que haya más implicados.

–¿Y no te parece buena idea solucionar lo de las cerraduras?

–No es eso.

–Vale, vale. Lo que sea. Podríamos cortar las cerraduras.

–¿Con qué? ¿Con una puta sierra? Me costaría toda la noche.

–Una de esas, ¿cómo se llaman? ¿Una motosierra? ¿Una sierra eléctrica?

–Demasiado ruido. Y tendríamos que colarla dentro, creo.

–Una pistola para cerrojos lo podría hacer.

–¿Y sabes dónde conseguir una? Porque yo no.

Permanecieron sentados en silencio unos minutos.

–Vaya mierda –dijo Hasmed finalmente–, ya pensaré algo. Ahora me tengo que ir. He de ver a alguien.

* * *

Maese Fortuna no tenía una gran clientela. Todavía no. Pero se estaba corriendo la voz de sus exitosas apuestas en los deportes. Vietnam Ham y sus guardaespaldas no habían comentado a nadie lo de sus predicciones pero Dennis Poner ya se encargó de difundirlo a los cuatro vientos por los dos.

De hecho, Dennis se había convertido en su mejor cliente, incluso después de advertirle de que los deportes eran bastante imprevisibles y difíciles de predecir. No importaba. Porter estaba más interesado en otros asuntos, como se demostró. Principalmente, asuntos maritales. Había pagado doscientos dólares para asegurarse de que su mujer no sospechaba nada y otros trescientos cincuenta para confirmar que ella también pasaba buenos ratos a sus espaldas.

Quinientos cincuenta pavos no era ninguna minucia; aliviaron un poco las facturas médicas de Tina, aunque no ya las de Hasmed. Pero además de sus anodinas actividades detectivescas, tenía que tragarse las parrafadas de Dennis sobre lo diferente que era lo suyo, justificando elaboradamente su propia infidelidad mientras condenaba la de su mujer. Era triste y agobiante y Hasmed pensó en matarlo. Lo pensó muy pero que muy en serio. Pero hoy no estaba hablando con Dennis. Estaba con Lee Boyer Jr., también conocido como "Boyer el lechero", también conocido como "El monstruo de la leche".

Hasmed siempre aparentaba estar mucho más ocupado de lo que en realidad estaba. Cuando alguien lo llamaba para hablar con él, siempre fijaba una cita para un par de días o incluso una semana más tarde. Eso le daba la oportunidad de investigar sobre su nueva víctima y encontrar algunos "hechos asombrosos" para dejarla boquiabierta.

Lo más impresionante que descubrió vigilando a Boyer el lechero era que las débiles huellas que habían dejado décadas atrás las quemaduras de cigarrillos en sus brazos y manos eran más numerosas en el pene, el escroto y las nalgas. Había oído rumores acerca del padre y la madre de Boyer y las cicatrices parecían corroborarlos. También le alentó comprobar que el llavero de Lee tenía una pata de conejo y que había una herradura en la puerta de su

apartamento. Tras analizar las notas, observaciones y rumores, Hasmed estaba bastante seguro de tres cosas.

Primera: con toda probabilidad, Boyer estuvo implicado en el asalto de un furgón blindado de Skelly en 1997. Era un gran trabajo. Nueve asaltantes y cuatro guardias. Dos agentes murieron junto con uno de los atracadores. Siete de los criminales supervivientes habían sido detenidos. Se delataron entre sí sin ningún reparo, pero ninguno de ellos, ni uno, admitiría jamás conocer la identidad del noveno hombre. De los seis millones robados, todo menos 750.000 dólares se había podido recuperar. Era una opinión extendida que Boyer había matado a los guardias e intimidado a sus cómplices para que no hablaran.

Segunda: los padres de Lee Boyer, Lee Jr. y Marcia Boyer, habían acabado muy mal. Lee se sentó en la silla eléctrica cuando su hijo tenía dieciséis años. Marcia había muerto en el pabellón de enfermos violentos de un sanatorio en 1989.

Tercera: Lee Jr. se había ganado su alias lácteo en 1998 cuando se corrió la voz de que estaba comprando leche humana a una madre adolescente de Colonia. El primer tipo que hizo un chiste sobre Lee bebiendo esa leche, Cari Christopherson, murió de una desagradable forma no mucho después de acuñar el mote. Lee había sido acusado del asesinato de Christopherson pero fue absuelto por falta de pruebas. Nadie se atrevió a testificar.

Con estos datos (junto con las pistas que reunió al registrar el apartamento de Boyer, donde también descubrió un estante de la cocina bien provisto de papilla para niños), Hasmed se convenció de que estaba tratando con un tipo violento y peligroso, cuya infancia podía describirse, siendo suave, como una cámara de los horrores. Era un puto enfermo, producto de una familia enferma, y la gente que trabajaría encantada con asesinos y violadores convictos movería la cabeza y abandonaría una cola en la que estuviera "El monstruo de la leche".

Cuando Boyer entró, Hasmed se puso en pie y le dio la mano. Intercambiaron una dilatada y fría mirada. Boyer no era un hombre grande. Era de talla media, delgaducho, pero daba la impresión de ser más enérgico que otros hombres. Era como un gigante, comprimido y

ajustado en un cuerpo menor y presto a explotar si se le tocaba. Tenía los ojos de un perro rabioso.

–Toma asiento –dijo Hasmed. Boyer lo hizo. Hasmed se sentó enfrente.

La mesa era de madera de roble ya agrietada, con un barniz que había adquirido con los años una tonalidad negra. Hasmed la había conseguido desegunda mano. Estaba cubierta por marcas de vasos, muescas y manchas y tenía un libro bajo una pata para compensar cierta cojera. Junto con dos sillas de cocina, que hacían juego en edad y condición con la mesa, era el único mueble de la habitación. No había ventanas. Ni alfombras. Ni cuadros en las paredes. Sólo la puerta a la espalda de Lee y otra más en el extremo opuesto del cuarto.

–Bueno –dijo Boyer. Su voz era recia y severa–. ¿Cómo hacemos esto? ¿Tienes cartas? ¿Una bola de cristal?

–Nada de eso.

–¿Me vas a leer las manos?

–Que va. Sólo voy a mirarte.

Boyer se apoyó en el respaldo y abrió los brazos.

–Antes de nada –dijo Hasmed–, ¿entiendes el sistema de pago?

–Explícamelo, anda.

–Por cada intento me llevo veinte pavos. Aunque no vea nada, aunque no te pueda decir nada, son veinte pavos de entrada.

–Es un timo.

–Es un trato.

–Claro, joder, te pago y entonces vas y dices "eh, los espíritus y tal están borrosos, ven la semana que viene. Y tráete otros veinte". ¡Y una mierda!

–Éste es el sistema. No es como extraer petróleo. No sé que voy a encontrar allá abajo cuando me meta en el pozo, ¿me sigues? Pero me tengo que curar en salud. Veinte de entrada, sin devolución, no negociable. Si veo algo, tú decides si vale la pena. Si es así, me das cien pavos. Si quieres que haga más inspecciones, negociamos el precio por separado.

Lee le clavó la mirada.

–Debería largarme de este puto sitio.

–La puerta está abierta.

–No me faltes al respeto, Ciullo.

–No lo hago. La elección es tuya. Pagas o te marchas. Yo me quedo aquí.

Con un bufido. Lee sacó un par de billetes de diez.

Aunque en la habitación había poca luz, Hasmed había tenido las gafas de sol puestas todo el rato. Ahora se las quitó.

–Joder, tío. ¿Qué le pasó a tu cara?

–¿Realmente es esa la pregunta que me quieres hacer?

–Vale, vale –Boyer se revolvió en el asiento–. Éste es el asunto –dijo. Hizo una pausa–. El asunto es...

Hasmed se limitaba a esperar.

–Bueno, es algo del trabajo, ¿sabes? Llevo un tiempo fuera del negocio.

–Bien.

–Y no es que ande mal de pasta. Tengo suficiente, pero, en fin, ya sabes como es esto. Me gustaría ganar un poco más. Además, un hombre tiene que trabajar, ¿me entiendes?

–No quieres oxidarte.

–Eso es.

–¿Y por qué no consigues trabajos?

–Dímelo tú. Tú eres el adivino.

–Muy bien. Tienes mala reputación.

Algo demente y mortal resplandeció en los ojos de Boyer, pero únicamente dijo estas palabras.

–Sí, supongo que es verdad.

–Alguien dijo algo de ti y ahora se ríen de ti. No es nada sobre tu trabajo. Sólo chorradas sobre tu vida personal.

–Eso, chorradas, Ciullo. Son chorradas, nada más, y el chupapollas de Christopherson se merecía más de lo que le dieron en su puto culo... –Cerró la boca y se obligó a reclinarsse en la silla, encogiéndose de hombros–. En fin, quienquiera que lo haya matado.

–¿Por qué no te mudas? Dejar la ciudad, empezar de nuevo...

–¿Dejar Jersey? –Boyer lo dijo como si Hasmed hubiera sugerido que se dedicase a la peluquería en lugar de a los robos–. Ni

hablar. ¿Adonde me iría, eh? ¿A Nueva York? Esos gilipollas creen que todos los que tienen acento de Jersey son subnormales. Lo mismo pasa en Chicago. ¿O qué? ¿Debería irme a Boston, donde ni siquiera saben cómo llamar al sandwich? Miami está lleno de novatos. Lo controlan todo desde que los de Pete el Mostachos están fuera de esto.

–¿Y Las Vegas?

–Demasiado calor.

Hasmed asintió meditabundo.

–Así que no quieres dejar la ciudad. Pero no puedes escapar de esas... Eh...

–Mentiras. Jodidas mentiras.

Hubo una pausa.

–¿Me he ganado ya mis cien pavos?

–Apenas has ganado los veinte.

–Muy bien, te diré algo más. Aunque puede que no te guste.

–Hasmed respiró profundamente y se lo jugó todo a una baza—. Estás aislado. Estás solo. Te han dado la espalda tus amigos y la gente a la que respetabas. Y hay un motivo.

Lee inspiró largamente por la nariz y dijo:

–Las próximas palabras que salgan de tu boca espero que sean buenas, Ciullo. Porque no me gusta lo que estoy oyendo.

–No es el motivo que piensas. Tienes cosas pendientes y eso se cierne sobre tu cabeza. La gente se aparta de ti hoy en día porque tienen la sensación de que no acabaste algo en el pasado. Tienes que solucionarlo. Entonces no tendrás ningún problema.

–¿De qué cojones me estás hablando, Ciullo?

–Estoy hablando de tus padres.

–Mis padres están muertos.

–Sí, pero no tus problemas, ¿verdad?

* * *

Betsy Smith estaba teniendo una mañana problemática en el trabajo, así que se escabulló hacia el cuarto de los suministros y tomó tres largos tragos de una botella de licor Ruplemeinz. La había

ocultado allí una semana y media antes y reemplazaba la botella de Kahlua que ya se había terminado. Su escondite estaba en un oscuro rincón de uno de los cajones de abajo, detrás del repelente de insectos. Betsy metía sus botellas en grandes bolsas de plástico con cremallera, porque tenía la vaga intuición de que el insecticida podía contaminarlas.

Sin embargo (se decía a sí misma) no es que tuviera un problema con la bebida. Ya era media tarde.

* * *

Usiel, el ángel maldito, estaba esperando el autobús cuando divisó a Thomas Ramone deteniéndose en un semáforo. Usiel, en apariencia el calvo y andrajoso Clive Keene, no reparó en él inmediatamente. Estaba abstraído en sus pensamientos.

El esclavo que había matado en el norte lo había conducido a Bayonet Point, Florida, y a otro vasallo llamado Krebbs. El plan de Usiel había sido matarlo y luego torturarlo para sacar información, pero las cosas no habían salido como las había planeado. El demonio Vassago, señor de Krebbs y de John Bow, tenía otros agentes en la zona de los que Krebbs no tenía conocimiento. Habían interrumpido su charla con Krebbs, lo habían herido y él a ellos, pero, finalmente, había decidido escapar mientras llevaba ventaja.

Sólo había abatido a uno de los siervos, pero aún así consideraba que había ganado, por lo que había encontrado en la casa de Krebbs. Algo que había *presentido*. Algo que hedía a pestilencia del Maligno.

Físicamente, no era nada llamativo. Era un único pendiente con un diamante colgado. La piedra era grande y de buena calidad, pero no imponente. Un par de pendientes como aquél se podían comprar en una buena joyería por mil o dos mil dólares.

Pero esos pendientes no contendrían parte del alma de un demonio y éste sí. Como el collar de la casa de John Bow.

Usiel no sabía exactamente cómo había logrado Vassago sellar su espíritu en un diamante, pero tampoco sabía cómo se las había arreglado él mismo para introducir el suyo en un cuerpo humano.

Tampoco sabía cómo había recobrado la guadaña, su auténtica herramienta liberadora. También ignoraba qué estaba sucediendo.

Sin embargo, sí sabía que estaría encantado de enviar a Vassago de vuelta al Pozo al que pertenecía.

El diamante guardaba una porción del alma de Vassago pero no toda ni su mayor parte. Usiel estaba indeciso. No sabía qué hacer con ella. Por un lado, tenerla en sus manos le ayudaba a sentir dónde tenía encerrados el demonio otros vestigios de su esencia y, si lo estudiaba el tiempo suficiente, Usiel creía que podría ser capaz de descubrir parte del Nombre Verdadero de Vassago. Por otro lado, mientras lo tuviera en su poder, los agentes del demonio podrían encontrarlo sin esfuerzo. Destruirlo inmediatamente debilitaría al rebelde y liberaría algo de poder, que Usiel podría reclamar.

Dulce poder.

Un poderoso y embriagador reflujo de poder.

Desde que segara el lazo entre Vassago y el collar de Bow, Usiel había estado pensando cómo conseguir más. Incluso esa mínima dosis le había colmado de energía y podía sentir que el anillo contenía mucha más.

Más que el poder, era la sensación la que tentaba a Usiel. No estaba seguro de si era lícito disfrutar tanto con la destrucción de algo que jamás podría rehacerse. Pero su placer estaba también ligado a su fuerza y estaba disgustado por su pobre actuación en la lucha contra los secuaces del demonio. No sólo lo habían herido; lo habían herido más allá de su capacidad para sanar instantáneamente. Incluso su envoltorio humano mostraba las marcas de los golpes que habían sacudido su carne inmortal.

Al final, había huido de ellos abriendo un portal a las tierras de los muertos, escapando físicamente a través de ese espacio no físico hasta encontrar un lugar desde donde fuera fácil volver a introducirse en el mundo material.

Había escapado, pero aquella táctica también le había resultado inusualmente complicada. La tormenta fantasma lo había herido más y ahora se sentaba dolorido en el banco de la parada del autobús del aeropuerto mientras esperaba que ninguno de los siervos del demonio lo encontraran antes de que pudiera recuperarse.

Entonces, mientras permanecía allí, sentado y pensativo, advirtió una vez más el hedor de un humano endemoniado. Su primer pensamiento fue que los esclavos de Vassago estaban sobre él, pero, cuando se puso en pie, reparó en que era una emanación diferente. Los lacayos de Vassago emitían una peste a fiebre y locura, mientras que éste era un hedor untuoso y salado, como de peces muertos y pensamientos sucios. Con una mirada localizó al hombre.

¿Habrá alguien en esta edad degenerada que haya resistido la tentación? Pensó, mientras avanzaba a grandes pasos hacia el coche. No estaba seguro de lo que iba a hacer. No estaba en condiciones de entablar un combate, aunque ver a cualquier mortal corrupto hacía que se le revolviere el estómago.

El vasallo volvió la cabeza hacia él sin conocer las intenciones de Clive. Thomas hizo una mueca, bajó un poco la ventanilla y habló a Usiel, antaño uno de los más temidos soldados del Ejército Celestial.

—¡Búscate un curro! —gritó. El semáforo se puso en verde y salió como una exhalación.

Usiel lo siguió con la mirada.

* * *

Cuando llegó a casa, lo que Hasmed quería de verdad era pegarse una ducha, tomarse una cerveza y descansar un poco. Sabía que no debía tener miedo de Boyer; después de todo, era sólo un humano al acabar el día, por muy loco y violento que fuera. Pero, sin embargo, Harvey Ciullo estaba aterrorizado y el terror también contaminaba a Hasmed. Estaba tratando de sacárselo de la cabeza cuando abrió la cerradura.

—¡Por fin! —dijo Helena, poniéndose un pendiente en la oreja—. ¡Me voy corriendo o llegaré tarde!

—Creía que esta semana trabajabas sólo el fin de semana.

—¡No es por trabajo! —dijo, dándole un beso en la mejilla.

»Tina se ha portado bien —susurró a su oído—. Era un día precioso así que dimos una vuelta por el parque y vimos pájaros que volaban al sur. Le dije que le conseguirías una cometa y que irías a echarla a volar con ella. Y quiere ir de bailarina en Halloween.

–Mmmm –Hasmed ni siquiera había reparado en que había sido un día precioso–. ¿Qué está haciendo ahora?

–Viendo la tele, pero no pasa nada. Son dibujos.

–¡Papá, ven! ¡Mira qué chupi, papá!

–¡Un minuto! –le dijo. Se volvió hacia Helena–. Eh, gracias otra vez –dijo–. No sé si te agradezco lo suficiente todo lo de hacer de canguro y eso.

–Ella es mi única sobrina. Ya lo sabes. Es como la hija que nunca he tenido –durante un momento Helena frunció el ceño. Luego pestañeó y recuperó la normalidad–. Me tengo que ir –dijo.

–¡Papá!

–Sí, sí –sacudía la cabeza–. Parece feliz.

–Creo que lo es. Bueno, adiós.

–Adiós.

–¡Papá!

–Aquí estoy, cariño –con paso cansado, entró en el salón a tiempo de ver un resumen del capítulo anterior de *Bill Nye el Científico*.

–¡Mira!

Obedientemente, vio una escena a cámara lenta en la que Bill Nye usaba el Gran Martillo de la Ciencia para hacer pedazos una rosa que había sido sumergida en nitrógeno líquido.

Se quedó allí de pie, observándolo.

–¡Qué guay! –gritó Tina.

–Tienes razón, bonita. Desde luego, es muy, muy guay...

Teddy Mason se sentía incómodo al tener que engañar a su mujer y a su hijo.

Bueno, no. No era eso exactamente. Teddy sentía (paradójicamente) que era totalmente legítimo y apropiado engañar a Birdie y a Lance. Lo que hacía que se sintiera incómodo era el gusto que sentía.

Al principio, había tratado de incluirlo en la categoría de "mentira piadosa": un engaño amistoso pensado para intensificar una agradable sorpresa. Como hablarle a Lance de Santa Claus cuando era sólo un niño o como aquella vez en que le compró a Birdie unos pendientes para su cumpleaños pero los ocultó en una pesada caja llena de conservas. Pero en su fuero interno, sabía que ir de vacaciones a Nevada no era una sorpresa especialmente emocionante. Además, si Birdie descubría que no era, como les había dicho, un premio que había ganado en una rifa de su almacén de muebles sino que, en cambio, había gastado una buena parte del dinero que tanto le había costado ganar para poder costearse un viaje en Navidad... Bueno, lo único que conseguiría intensificar sería su enfado.

No se sentía incómodo. Pensaba que *debía* sentirse incómodo.

Sin embargo, se sentía muy bien. Se sentía alerta y vivo, capaz y competente, más de lo que lo había estado en años, quizás más que nunca. Había llamado a la oficina de la Dra. Ng para cancelar la siguiente sesión, arguyendo un inesperado compromiso de negocios. Prometió volver a llamar para concertar otra cita. Luego, sin más, no volvió a llamar.

(¡Sus problemas sexuales habían desaparecido!)

Su familia no estaba precisamente emocionada con el viaje, pero él sí.

–Las Vegas son una mariconada –dijo Lance.

–Hijo... –advirtió Birdie. El joven movió los ojos.

–Vale, es penosa. ¿Es eso lo bastante políticamente correcto para ti?

–¿Qué tiene de malo Las Vegas, hijo? –preguntó Teddy dulcemente.

–Sólo hay lucecitas y gente estúpida, ya sabes, cantantes viejos y estúpidos que no le interesan a nadie. Como Tom Jones y Celine Dion. Vaya gente.

–A tu madre y a mí nos gusta Celine Dion.

–¿Así que me tengo que aguantar y escucharla con vosotros? Genial. Qué divertido.

–No tenemos por qué pasar mucho tiempo en Las Vegas –dijo Teddy–. Yo en realidad había pensado que podríamos ir al desierto y

acampar allí.

–¿En un desierto?

–He leído en algún sitio que es un lugar precioso en esta época del año. Muy árido y duro pero, no sé... primigenio. Es un paisaje con mucha fuerza.

–Mucha fuerza –dijo Lance, haciendo una mueca–. Si quieres ir de acampada, ¿por qué no nos vamos a Yellowstone otra vez?

–Porque gané un viaje a Las Vegas.

–¿Pero no viene con hotel? –preguntó Birdie–. Es muy extraño.

–Es un fin de semana para dos en un hotel –improvisó Teddy–. Tendremos que poner un poco más para el billete de avión para Lance pero creo que podríamos alargar un poco el viaje y ver el Lago de la Pradera y la zona de alrededor.

–Podría quedarme aquí –dijo Lance malhumorado–. Puedo cuidarme solo.

–No voy a dejar a un *niño* de catorce años solo en esta casa –dijo Birdie con firmeza–. Podríamos dejarte con los Corman...

–Ooooh... Mamá...

–¿Qué? Creía que tú y Steve Corman erais amigos.

–Bueno, igual en sexto. Ahora no. Ya sabes...

–Quiero que venga Lance –dijo Teddy, con voz firme–. Mira, no estoy seguro de cómo explicar esto pero realmente quiero que éstas sean unas vacaciones en familia. No lo sé, pero creo que esto es un golpe de suerte y quiero disfrutarlo mientras tenga la oportunidad. Puede sonar a chiste, pero, mmm... Creo que hemos pasado una página importante. O al menos yo. Y realmente quiero que mi familia esté a mi lado.

Birdie le miró detenidamente. Estaba emocionada. Lance continuó poniendo caras pero, más allá de su vehemente descontento, era un buen chico que quería a su padre así que se resignó y aceptó ir con ellos.

* * *

–¿Hasmed? –Sabriel estaba siguiendo la autopista interestatal 40 a través de Arizona, ya entrada la noche. Aún seguía lloviendo

sobre ella, contra todas expectativas. Había decidido no coger un avión hasta deshacerse de la tormenta. Ir por aire, el elemento natural de Avitu, parecía una idea especialmente desafortunada. No sabía hasta dónde se extendía la influencia de Avitu, pero prefería no arriesgarse.

–¿Hasmed? ¿Puedes oírme?

–¿Quién es?

–Soy Sabriel, Hasmed. ¿Me recuerdas?

–¿Qué quieres?

–Hasmed, estoy herida. ¿Hay algún modo de encontrarme con un viejo amigo después de...? ¿Cuántos miles de años han pasado, de todos modos?

–Ni lo sé ni me importa. ¿Eres libre, eh?

–Sí, salí en un cuerpo humano. ¿Tú también?

–Sí. ¿Cómo lo has sabido?

–Hace tiempo me he encontrado con otros de los nuestros. No tenían anfitriones humanos y eso hacía que fueran... extraños.

–¿Quiénes eran?

–Uno de tu casa que me defendió de Vejovis. Y otro al que no conocía. Preferiría no decir sus nombres.

–Suficiente. ¿En qué sentido eran extraños?

–Es difícil de describir. Tu viejo camarada, por ejemplo, está decidido a sumir a la humanidad en una nueva era de ignorancia.

–Pues desde donde estoy sentado parece que ya ha llegado.

–También me encontré con tu antiguo colega Gaviel.

Hubo una pausa antes de que Hasmed contestara.

–¿Y?

–Como nosotros, ha encontrado un cuerpo que habitar.

–Me alegro por él.

–Supongo que ambos estáis... ¿Separados?

–No es de tu puta incumbencia. ¿Es uno de los locos?

–No. ¿Así que no has encontrado ningún Elohim que haya estado mucho tiempo encerrado en algo inanimado? ¿O que haya estado tal vez durmiendo?

–No hay nada de eso por aquí.

–¿Dónde es "aquí" para ti?

–Tampoco eso es de tu incumbencia.

–Hasmed, no seas así. Sin duda, nuestra... condición... ya es lo suficientemente dura sin amigos que te den la espalda, ¿verdad?

–¿Somos amigos, Sabriel? Me he cruzado con compañeros evadidos, demonios en cuerpos humanos, que también eran "algo raros". Y la violencia entre demonios no es nada extraña. Si no me crees, invoca a la Oscuridad de las Profundidades.

–Prefiero no hacerlo, gracias. ¿Te van bien las cosas?

–¿Por qué lo preguntas?

–Si te fueran mal, quizás podría ayudarte.

–¿Ah sí? ¿Me llamas en mitad de la noche, me haces preguntas sobre antiguos demonios peligrosos, poderosos y "extraños" y tengo que creer que es porque me quieres ayudar? Estás patinando, Sabriel. Antes eras más persuasiva.

–Bueno... Vale, vale. Me has pillado. No estoy en perfecta forma, por supuesto, pero quizás sí que pueda ayudarte, ¿sabes?. Sí, me gustaría que me ayudaras pero puede ser algo beneficioso para ambos. Abrir líneas de comunicación no hace daño a nadie, ¿verdad? Si cada uno de nosotros ha conseguido cosas con el poder de un solo demonio, ¿qué se podría conseguir con el poder de dos?

–¿Y qué es lo que quieres conseguir?

–Necesito seguidores, necesito dinero. Las dos cosas son muy sencillas para mí pero necesito a alguien que me cubra las espaldas mientras las consigo.

–Y, como soy ángel guardián, yo era una fácil elección.

–¿Y tú qué quieres?

–Necesito dinero y seguidores y lo estoy haciendo muy bien por mis propios medios, gracias. ¿Por qué no llamas al señor Sol de Verano en vez de a mí? ¿Es que estáis "separados"?

–Podría citar algo tuyo sobre "tu puta incumbencia".

–Entendido.

–Te podría ir bien con un Lammasu que te ayudara. ¿Verdad?

–Tal vez.

–Bueno, piénsalo y me lo dices. No es una petición irrazonable, ¿no?

–Me lo pensaré.

* * *

Sin dudarle, la mujer que estaba frente a Chuck Collins se subió la camiseta hasta la cabeza.

–¡Vaya! –dijo Chuck–. Así que te has puesto implantes. –Se acercó pero no vio ninguna cicatriz–. ¿Son de verdad?

–¿Qué significa "de verdad"? –preguntó ella.

–Parecen serlo. Entonces, ¿sabes bailar?

–Supongo que sí.

–A ver –se giró y puso una cinta rayada. Siempre se decía que tenía que conseguir un reproductor de CDs para su oficina pero nunca se ponía a ello.

Ella comenzó a bailar. Las había visto mejores, pero, con su aspecto, no hacía falta mucha técnica.

–Bien. ¿Estás limpia? ¿Nada de drogas? ¿Nada del estilo?

–Estoy limpia –sonrió de oreja a oreja. Su único defecto eran sus dientes. No eran muy blancos; estaban tan oscuros como los de una fumadora compulsiva de sesenta años. Él se lo hizo notar y le dijo que tendría que costearse de su propio bolsillo una limpieza dental. Ella asintió.

–¿Puedes empezar el martes?

–Puedo empezar esta noche, si quieres.

–No te he preguntado por hoy, te he preguntado por el martes.

–El martes me va bien.

–¿Cómo decías que te llamabas?

–Gwynafra. Gwynafra Doakes –dijo silabeando.

–Vaya nombrecito de los demonios.

–Es la forma galesa original de "Guinevere", que luego se convirtió en "Jennifer".

–Eh, no te he pedido que me cuentes tu vida. Dime sólo el número de la Seguridad Social y te pondré en nómina.

Le dio el de Gustavus Doakes, mientras planeaba ya qué tipo de trola le tendría que meter si alguna vez preguntaba por qué su *showgirl* tan visiblemente femenina tenía el número de la Seguridad Social de un hombre. No creía que se diera cuenta o siquiera que le

importase.

Gwynafra Doakes, que era barro animado formado por la voluntad del demonio Avitu, estaba a punto de emprender su carrera como bailarina. Había una antigua tradición de danzantes eróticas en los templos, o, al menos, había una vaga referencia a ellas en los recuerdos de Gustavus Doakes. Le agradaba mucho su elección. Cuanto más se familiarizaba con los recuerdos de Gustavus, más creía Avitu que le había hecho un favor a aquel hombre. Si hubo alguna vez un adicto al conocimiento, ése fue él.

Lo había intentado antes en un burdel pero, para conseguir una licencia, Gwynafra habría necesitado un análisis de sangre y eso era lo único que no podía ofrecer.

* * *

–¿Quiere más té, señor Papá?

–Si no es mucha molestia, señorita Tina –respondió Hasmed. La niña de tres años levantó la diminuta tetera e hizo como que servía té en su tacita de porcelana falsa, que era casi tan grande como un vaso de chupitos.

El voluminoso cuerpo de Harvey Ciullo estaba comprimido en una de las pequeñas sillas de Tina, con las rodillas a la altura del pecho. Ella estaba sentada a su lado (había insistido mucho en los puestos de cada uno), y las otras dos sillas estaban ocupadas por una jirafa de peluche y un oso panda de juguete.

La mesa había visto mejores días. Helena la compró en un mercadillo y estaba descolorida por años de garabatos con ceras y gotas de pintura. Había manchas donde calcomanías antiguas habían dejado su impronta pegajosa, una viscosidad que había acumulado polvo y suciedad durante años. Como siluetas, aún se podía ver las formas de las pegatinas abandonadas a la inmundicia.

Hasmed se inclinó para coger su té, pero su rechoncha manaza era torpe y el asa de la taza se le resbaló entre el pulgar y el índice.

–¡Ups! –dijo.

Afortunadamente no había té de verdad en la taza. De otro modo, habría añadido otra capa más a la descolorida superficie de la

mesa.

–¡Yo lo hago! –gritó Tina, poniéndose en pie y cogiendo una sábana de la cama. Comenzó a limpiar la mesa, sin advertir que mientras lo hacía sus mangas volcaban otras tazas, bandejas y platos de comida imaginaria.

–¿Ves, papá? ¡Estoy limpiando!

–Muy bien, bonita...

–HASMED. ATIENDE.

La voz de Vodantu resonó en la cabeza de Hasmed con sólo un poco menos de violencia que la bala de Mike Diamond. Se crispó y tembló.

Tina no reparó en ello, y siguió cantando alegremente mientras limpiaba.

–Cariño, ¿me perdonas un momento?

–¡Prometiste que tomarías el té conmigo!

–HASMED. TU SEÑOR TE LLAMA.

–Vuelvo enseguida, tesoro. –Desvió la mirada de forma cómica y se tapó la boca con la mano–. Tengo que ir al baño –dijo con un susurro teatral.

Tina rompió a reír y él se escabulló.

Una vez en el baño, centró su atención en invocar a Vodantu.

–Aquí estoy, señor Vodantu –susurró.

–¿QUÉ ESTABAS HACIENDO?

Uno de los actos reflejos heredados de Harvey era pasarse la lengua por el colmillo derecho antes de adornar la verdad.

Instintivamente, su cuerpo lo hizo ahora.

–Estaba atendiendo a uno de mis vasallos –dijo.

–¿QUÉ PROGRESOS PUEDES REFERIRME SOBRE LA MISIÓN ENCOMENDADA?

–Aún estoy tratando de meterme en la mafia. Eh... Ésa es la... sociedad de la que te hablé.

–¿TODAVÍA NO HAS LOGRADO INTRODUCIRTE EN ELLA?

–Son muy... reservados y exclusivos. He hecho ofrecimientos a varios miembros y he enfermado al jefe local. Tengo la esperanza de que haya un baño de sangre en la lucha por la sucesión. Después, quienquiera que asuma el mando estará deseoso de reclutar nuevos

adeptos.

–AUN NO COMPRENDO POR QUÉ NO TE REVELAS Y RECLAMAS SU OBEDIENCIA.

–Creo que es mejor, en esta coyuntura, permanecer oculto. Las mentes de los humanos están envenenadas contra nosotros, señor. Si me descubriera como ángel caído, pocos estarían dispuestos a entrar a mi servicio; y aquellos que lo hicieran serían miserables especímenes, despreciados por sus congéneres y de poca utilidad.

Vodantu permaneció en silencio y Hasmed se preguntó si la conexión se había perdido. Entonces el gran demonio se dirigió a él de nuevo.

–TAL VEZ ESTÉS EN LO CIERTO. EL DESTINO DE JORIEL NOS HA RETRASADO Y NO ESTOY DISPUESTO A CONTEMPLAR LA DESTRUCCIÓN DE NINGÚN OTRO DE MIS SIERVOS.

–Espera, ¿quieres decir que... Joriel ha sido destruido?

–LUBIKU HIZO QUE UN LACAYO LO CONVOCARA PERO, CUANDO LLEGÓ LA OSCURIDAD, ESTABA DEMASIADO MALHERIDO Y ENAJENADO PARA SER DE UTILIDAD. DI PERMISO A LUBIKU PARA QUE LO DESTRUYERA.

Hasmed tragó saliva.

–Entonces, ¿la Piedra de la Desesperación está libre?

–LO ESTÁ. AHORA MISMO, SIRVE A MI VOLUNTAD EN UNA TIERRA LLAMADA "SAMOA". EL SALVADOR DE LAS ESTRELLAS FUGACES TAMBIÉN CAMINA SOBRE LA TIERRA, CUMPLIENDO MIS ÓRDENES. Y, COMO SABES, RABBADÜN GLORIFICA MI NOMBRE EN EL MUNDO MORTAL. SÓLO TÚ, HASMED, HAS SIDO INCAPAZ DE OFRECERME UN SOLO SACRIFICIO.

–Los sacrificios son un pobre sustituto de la libertad, señor. ¿Prefieres tener gotas de sufrimiento humano ahora o el océano de miseria que conllevará tu encarnación?

Hubo otra pausa.

–TAL VEZ TAMBIÉN TENGAS RAZÓN EN ESTE PUNTO. PERO RECUERDA EL OBJETIVO DE TUS TRABAJOS.

–Tu libertad, señor. Siempre.

–HE OÍDO Y HE SENTIDO CAMBIOS EN ALGUNOS DE LOS QUE HABÉIS ESCAPADO EN FORMAS HUMANAS. SE HAN VISTO

SEDUCIDOS POR LOS LOGROS DE LA VIDA MORTAL, CON LA ESPERANZA DE RECUPERAR EL FAVOR DE EL QUE ESTÁ POR ENCIMA, COMO LOS HIJOS DE EVA Y ADÁN.

–No tiene sentido. ¿Qué tentaciones podría brindarme este débil cuerpo, cubierto de grasa? Sólo es una herramienta y una bastante barata y torpe. Créeme, añoro el día en que pueda desprenderme de él.

–TEN SIEMPRE PRESENTE ESA ACTITUD. ME SIRVES, HASMED. Y SI OLVIDARAS TU SERVICIO DURANTE MUCHO TIEMPO, TU NOMBRE PODRÍA SER ENTREGADO A RABBADÜN. ESTOY SEGURO DE QUE SE DELEITARÍA EN LA ANIQUILACIÓN DE UNO DE TAN ALTA POSICIÓN.

El corazón de Hasmed latía velozmente pero trató de imprimir calma a su voz.

–Soy de más utilidad para ti siendo tu agente que siendo el festín de un voraz usurpador de poder.

–POR AHORA, COINCIDO CONTIGO. PERO RECUERDA QUE, DE UN MODO U OTRO, SIEMPRE ESTARÁS A MI SERVICIO.

* * *

Usiel estaba en un avión camino de Boston, considerando si debía conseguirse una pistola o no. Parecían muy útiles para herir o incluso para intimidar a los humanos, pero su orgullo hacía que se mostrara reacio a adquirir un arma tan mundana. Además, Clive Keene tenía algunos recuerdos muy vividos asociados a armas de fuego y a Usiel le preocupaba que poseer una incrementase la interferencia mental y emocional de su cuerpo anfitrión (una interferencia que ya era suficientemente molesta).

Estaba mirando las nubes por la ventanilla, tamborileando con los dedos sobre el asiento, cuando alguien le invocó.

–USIEL –dijo la voz de su mente–, USIEL, ATIENDE.

Él la ignoró. Había sido invocado muchas veces; generalmente eran demonios que proferían insultos e injurias, maldiciones vacías y amenazas vanas acerca de lo que le harían si se encontraban con él. Estas invocaciones esporádicas llenas de odio habían sido un

fenómeno habitual durante su encierro en el Pozo. Eran menos frecuentes ahora que había escapado pero algunos de los más poderosos demonios del Infierno aún podían alcanzarlo desde allí, aunque estuviera en el mundo material. Pero tenía mucha, mucha habilidad para ignorarles.

–USIEL. SOY AQUEL QUE TE ENVIÓ LA GUADAÑA.

Eso llamó su atención. Casi fue suficiente para persuadirle de que abriese la comunicación, pero notaba que el invocador no era un ángel. De hecho, Usiel no había visto ni sentido ninguna influencia angélica pura desde que regresó al mundo humano (una ausencia que lo alarmaba y preocupaba). Su interlocutor tenía el hedor de la rebelión en la voz y Usiel lo ignoró.

Después de todo, pensó, podría ser un aliado de Vassago. O uno de los Neberu podría haber adivinado que he recobrado mi herramienta de liberación. Podría ser un truco infernal.

–USIEL. NO ERES TAN FUERTE COMO PARA MEDIRTE CON VASSAGO PERO AHORA TIENES LA OPORTUNIDAD DE VENCER A UN DEMONIO MUCHO MÁS PODEROSO; UNO AÚN DÉBIL DESPUÉS DE UN LARGO REPOSO.

Lo ignoró, tratando de concentrarse en un artículo de la revista de la compañía aérea. Quienquiera que fuese era alguien poderoso; tanto como para hacerse llegar hasta él a pesar de sus intentos por bloquear la entrada del mensaje. El artículo no había sido escrito para provocar una profunda reflexión así que le fue de poca utilidad.

–GLENDA FIELDING, EN OSWEGO, ILLINOIS. ELLA ESTÁ ACOSADA Y TE ADORARÁ...

Con un sonido de irritación, Usiel desvió su atención de la ventana a la película que proyectaban a bordo. No tenía auriculares así que los humanos de la pantalla parecían estúpidos, correteando en silencio de un lado a otro. Se estaban tirando pasteles.

–NECESITAS ADORADORES SI QUIERES SER LO SUFICIENTEMENTE FUERTE COMO PARA DESTRUIR A LOS TERRESTRES.

Éste no era un aliado suyo. Era un tentador que le incitaba a seguir la práctica habitual de los caídos. La pasión por la adoración humana era el punto débil de aquéllos y no conseguirían que fuese

también la suya. Él tenía sus faltas pero buscar la idolatría de los hombres no era una de ellas.

–RENUNCIA A PERSEGUIR A VASSAGO Y HABLA CONMIGO. TE OFRECERÉ UN BLANCO MEJOR.

Reuniendo la energía que apenas podía permitirse derrochar, Usiel contestó finalmente.

–Lárgate y cierra la boca de una vez –siseó.

El hombre que estaba sentado a su lado se giró y le dirigió una mirada inexpresiva.

–COMO DESEES. CUANDO DESCUBRAS CIERTAS VERDADES DESAGRADABLES, HABLARÉ DE NUEVO CONTIGO.

* * *

El golpe de los diamantes no fue ni por asomo tan fácil como Hasmed había creído.

Conseguir el nitrógeno líquido fue sencillo (ocultarse sin que lo vieran en el almacén de suministros de soldadura de Sargento fue coser y cantar. Estropeó algunos útiles al transferir el líquido a un recipiente más pequeño, pero ¿qué más daba?). Roscoe parecía terriblemente nervioso cuando dejó a Hasmed a una manzana de la comisaría pero había luna llena, los Jets acababan de perder un partido y el aire estaba húmedo y frío. Esto quena decir que la gente estaba irritada y bebida y que sus aptitudes para la conducción no eran las mejores. Una excelente combinación para hacer que la policía estuviese ocupada y distraída.

Cuando vio partir a un furgón policial, decidió que ésa era la suya. Ros había visto a Jack Haskell entrar y salir de allí horas antes, mientras Hasmed estaba asaltando la tienda de Sargento. Los diamantes estaban dentro. La policía tenía las manos ocupadas. Hora de ponerse en acción.

Hasmed caminaba fuera del campo de visión de una docena de personas cuándo entró en la comisaría. Se dirigió directamente a la primera puerta y esperó.

–¡Que te jodan, puta! ¡Que te jodan a ti y a tu puta madre!

–¡No puedes hablarme así, maldito soplapollas!

Hasmed apretó los dientes mientras llevaban a rastras a un hombre y una mujer por esa puerta, ambos con las manos esposadas. Ella tenía un ojo morado. Él tenía marcas de arañazos en la cara. Cada uno estaba acompañado por dos oficiales de uniforme, que trataban de mantenerlos separados.

–¿Me podéis echar una mano? –dijo uno de los oficiales –. Hemos traído a estos dos desde Shady Pine Court por agresión mutua.

–¡Estoy liado! –gritó otro policía –. ¡Enseguida voy!

–Mierda –masculló el primer oficial. La pareja de Shady Pine Court continuaba insultándose a gritos.

–¡Zorra! ¡Zorra hija de puta!

–¡Cabrón! ¡Montón de mierda!

Hasmed giró la cabeza pero no podía ignorar sus voces, y el odio, aquella malicia pura y quejumbrosa, le obligó a volver la vista hacia ellos. Era como una colisión entre dos almas. Quería mirar a otro lado pero se descubrió a sí mismo observándolos fijamente.

Había un profundo aborrecimiento grabado en cada figura. Era a partes iguales indignación (desprecio hacia el otro por el profundo conocimiento de cada defecto, pequeño y grande, de uno) y vergüenza. Eso era lo que subyacía en realidad. Podía mirarlos y saber, *saber*, que se amaban o al menos se necesitaban. El odio que sentían estaba volcado en su mayor parte hacia ellos mismos. Cada uno de ellos despreciaba en sí la parte que amaba el otro. Y eso no reducía su amor ni un ápice.

Conocía ese mirada. Sabía que él la había visto eones atrás. Contra su voluntad, comenzó a recordar...

*

*

El invierno había llegado y la Guerra estaba empeorando.

La caída de Vejovis había sido un duro golpe para el Ejército, pero sólo hizo que se volviera más cauto, no temeroso. Los rebeldes habían dejado de acometer incursiones contra el Cielo después de numerosas bajas y ahora se concentraban en fortificar el mundo material. Era la decisión correcta (el Ejército Celestial se mostraba remiso a descargar toda su furia sobre el reino mortal, ya que había posibilidades de dañarlo o provocar bajas humanas), pero

suponía muchas complicaciones. Los soldados del ejército de Lucifer no podían ignorar que su seguridad se conseguía a expensas de la humanidad y convivir con ello no era fácil.

Además de la carga emocional, también era arduo asumir un aspecto de la realidad y defenderlo por entero. Al operar principalmente en el ámbito humano, cedieron otras plazas fuertes al Cielo, lo cual les dejó con muchos frentes que proteger.

Hasmed había salido con Gaviel para rastrear la Zona Árida en busca de exploradores angélicos. Estaban los dos solos (las fuerzas eran escasas) y debían huir si se cruzaban con más de un enemigo. Estaban tensos y alerta, porque nunca antes habían patrullado con menos de cinco compañeros. No era un miedo tal y como lo conocen los humanos, negro y paralizante, sino que se sentían inseguros y preocupados.

No encontraron ángeles. Lo que hallaron fue un pequeño campamento de humanos, formado por seis de éstos. Cuatro hombres, dos mujeres, todos armados con lanzas cortas y encorvados en sus mantos y pesadas pieles. Habían encendido un exiguo fuego y dos de ellos estaban agachados, soplando para avivar las llamas, tratando de conseguir que se elevaran para combatir el frío.

Hasmed no habló a Gaviel con palabras o sonidos. Su comunicación se produjo por medio de un patrón de ondas matemáticas en los factores contingentes del viento y el aguanieve y la dinámica fluidez del aire caliente sobre el frío. Gaviel lo entendió, por supuesto, y comenzó a moverse sin ser visto, al igual que Hasmed.

--No creo que Ruchel lo consiga --dijo uno de los hombres y su voz transmitía la tristeza que sólo los humanos pueden padecer; una tristeza doble, dirigida a otros y a ellos mismos--. Myicha, ¿crees que aún es aborrecido?

Hasmed revoloteaba alrededor de cada humano, sondeando su respiración, y sintió el dolor y la enfermedad en todos ellos. Sólo uno estaba cerca de la muerte, sin embargo, y, con una suave caricia, Hasmed alejó la dolencia de su frente. No toda (no ganaría nada si se revelaba a ellos), pero sí la suficiente como para poner a Ruchel fuera de peligro.

--¡Sí! --dijo el hombre que estaba junto al fuego. Desviando su atención, Hasmed vio cómo prendía perfectamente y se avivaba. Al contrario que los humanos, oyó las palabras que Gaviel dirigía a las llamas, adoctrinándolas para que ardieran con mayor fuerza.

--Aunque Ruchel muera, El que está por Encima lo sabrá --dijo la otra mujer, Myicha, que no atendía el fuego del campamento--. Él sabrá que nos hemos alejado de la blasfemia.

--Si ahora somos, una vez más, amados por el Supremo, ¿por qué no nos ayuda? --preguntó un hombre--. ¿Dónde están sus ángeles cuando tenemos frío, cuando agonizamos, cuando resultamos heridos?

--Aún no nos hemos ganado esa ayuda --replicó--. ¿Acaso no nos alineamos con los caídos, cuando nos tentaron con su conocimiento blasfemo? ¿Por qué debería poner en peligro a sus ángeles para salvar almas tan débiles como las nuestras?

Sin ser oído, Gaviel preguntó a Hasmed si debía mostrarse. Hasmed le recomendó que esperara.

--Tal vez nunca nos perdone --dijo uno diferente--. Quizás nunca podamos desdecirnos de lo que dijimos.

--Ya es demasiado tarde, Bachlus --dijo la mujer junto al fuego--, los seguidores de Adán y Eva no nos recibirán en su seno; no después de lo que hicimos, no después de matar a Darmen y Seatus. Nuestra única esperanza es que la tribu de Abel nos acoja.

--Eva y Adán podrían ser misericordiosos --replicó Bachlus--. Si el Lucero del Alba o uno de los otros intercede en nuestro favor. Nos necesitan. Recuerda que lo que dijo la Dama de Canción de la Catarata. Cada plegaria es pertinente. Cada adorador cuenta.

--La Primera Madre y el Primer Padre desterraron a su propio hijo por derramar sangre. ¿Qué esperanza tenemos nosotros, no nutridos por el seno de Eva? No, el camino está cerrado a nuestras espaldas. Sólo uniéndonos a los abelitas, repudiando a los demonios y suplicando el perdón de Dios, podremos estar seguros.

Hasmed ya había oído suficiente. Con un gesto, se posó frente a ellos.

--No hay seguridad para vuestra especie --dijo.

La mayoría se amedrentó y Hasmed sintió un extraño conflicto interior. Le entristecía que le tuvieran miedo, porque eran humanos y él los amaba, pero al mismo tiempo lo satisfacía, porque habían traicionado a su causa. Hasmed estaba acostumbrado a sentir cómo se fracturaba el tiempo y transcurría a diferente velocidad, estaba acostumbrado a ser materia y espíritu al unísono o a existir simultáneamente como una idea abstracta y un principio físico concreto... pero ésta era la primera vez que conocía dos emociones

opuestas.

Sólo una, la mujer llamada Myicha, se mantuvo firme.

--¿Cuánto tiempo llevas espiándonos?

--Lo bastante como para sanar a tu amigo enfermo. Lo bastante como para salvaros a todos encendiendo el fuego.

--No te creo.

--¿ME CREERÍAS A MÍ? --Gaviel también se mostró.

--Ningún humano puede dudar de los Radiantes, aunque mienta --siseó ella.

Hasmed se quedó estupefacto.

--¿Cómo podéis odiarnos tanto? --preguntó--. ¿Acaso no combatimos al Cielo en vuestro nombre? ¿Acaso no os hemos concedido el don de la consciencia, que obviamente tanto deseabais? ¿Acaso no hemos sacrificado todo cuanto éramos sólo por vosotros?

--¡Ja! Combatisteis contra el Cielo pero arruinasteis el Edén en el proceso. ¿Os habéis sacrificado? ¡Nunca os lo pedimos! Y en cuanto a vuestros regalos, ¿qué nos habéis dado que no robarais de vuestro Creador?

Su odio era contagioso. Hasmed sabía que debía razonar con ella y lo intentó.

--¡Todo lo que hicimos, lo hicimos por amor, por amor desinteresado! Creedme: moriríamos antes de veros sufrir...

--Entonces, ¿cómo es que vivís? ¡Sufrimos cada día! Gracias a vosotros, conocemos el envejecimiento y la enfermedad, ¡y las garras de los animales! Habláis de sufrimiento pero no sois vosotros los sujetos a una muerte inevitable, ¡no sois vosotros los desamparados e ignorantes mientras otros combaten por vuestro destino!

--¿Y por eso nos traicionáis ante nuestros enemigos? --preguntó Hasmed.

--¡Rechazar la blasfemia no es ninguna traición!

--TAN SÓLO ESCUCHADME --dijo Gaviel, pero Myicha se dio la vuelta, cerrando los ojos y cubriéndose los oídos.

--¡No! --gritó--. ¡Os jactáis de concedernos la libertad pero, cuando decidimos daros la espalda, utilizáis términos de esclavitud!

--Nos culpáis de vuestros infortunios --respondió Hasmed--. Quizás sea justo que lo hagáis. Pero todos, tanto hombres como ángeles, estamos sujetos a la ira de Dios. Sólo juntos podemos liberarnos de sus maldiciones...

--¡Nunca volveré a vosotros! ¡No prestaré oídos a mentiras de demonios y corruptores! Me infectasteis con la enfermedad del conocimiento, me condenasteis a la mortalidad, ¡pero no malgastaré la vida que me quede exaltando vuestra traición!

--¿REALMENTE CREES QUE TENÍAMOS OTRA ALTERNATIVA?
--preguntó Gaviel-VOLVERÉIS CON NOSOTROS. HASMED Y YO OS GUIAREMOS SANOS Y SALVOS A VUESTRO PUEBLO E INTERCEDEREMOS POR VOSOTROS.

--¡No necesito que ningún demonio hable por mí!

Ella cogió su venablo y lo blandió, con los ojos desorbitados. Ninguno de los Elohim respondió a la amenaza. Para ellos era tan peligrosa como una brizna de hierba.

Pero no planeaba atacarlos. Cuando Hasmed extendió el brazo para quitarle el arma, ella apoyó la punta en el pecho y se dejó caer encima.

--¡Por el Creador! --balbuceó, esforzándose por hablar mientras la punta de la lanza le perforaba el corazón--. ¡Por el Supremo!

Ambos ángeles gritaron.

*

*

Por fin, un policía salió por la puerta. Hasmed se despabiló y trató de quitarse de la cabeza a Myicha, probablemente la primera suicida del mundo. Era difícil. La mirada de odio de su rostro era idéntica a la de la pareja que discutía.

Al echarles un último vistazo mientras se deslizaba por la puerta, vio que habían dejado de gritarse. Ambos estaban gruñendo ahora y forcejeando con los oficiales.

No miraban a Hasmed pero de un modo frenético intentaban avanzar hacia él. Incómodo, se introdujo sigilosamente y cerró la puerta.

Llegó al pasillo y lo recorrió a grandes pasos. Tres policías se dirigían apresuradamente hacia la puerta por la que había entrado y, al pasar a su lado, los oyó mascullar.

--...se volvió loco en la celda de aislamiento. No sé qué demonios...

Calándose bien la gorra, Hasmed atravesó el campo de visión de la primera cámara. Ya está. Queda una.

Tras un par de quiebros más, llegó a una puerta cerrada y encontró a un policía que lo miraba fijamente.

El oficial era blanco, tenía una cicatriz en la mejilla y algo en lo ojos que sugería que no desaprobaba la violencia. Era un destello de ávida crueldad y, cuando Hasmed se aproximó, relumbró.

–Hay algo aquí –murmuró.

Hasmed reparó en que el policía no podía verlo pero podía sentirlo. El viento de ira de Hasmed estaba alimentando la cólera de aquel desconocido. Y la segunda cámara lo estaba grabando todo.

–Rickie, ¿qué...? ¿Qué estás...? –Otro policía, tal vez su compañero, lo miraba confundido.

–No, hay... Está aquí. No puedo... Escucha, Fred. ¡Aquí hay algo! –El resplandor de su ojo estaba refulgiendo ahora y desenfundó la pistola. Una maliciosa sonrisa surcó el rostro de Rickie y Hasmed se preguntó si deseaba servir o destruir el mal que percibía. Tal vez las dos cosas.

–Rickie, deja...

Rickie se dio la vuelta. Hasmed lo había rebasado deslizándose pero ahora la pistola estaba apuntando en su dirección una vez más.

–Fred, tío, ¿no...? ¿No puedes sentirlo?

–Claro, Rickie. Tienes razón. Ahora lo siento. –La voz de Fred era tensa mientras sacaba el táser de su funda–. Claro que sí. –Aplicó una descarga eléctrica a su compañero y Rickie cayó al suelo. Ni siquiera tuvo tiempo de gritar.

El demonio se deslizó por una puerta mientras oía cómo Fred murmuraba algo en su radio.

Claramente, había algo que no funcionaba bien (nada bien) en su poder de ocultación, pero ya no había nada que hacer. No había por qué detenerse ahora. Llegó a la segunda puerta, la del sótano, y sacó el bote de nitrógeno líquido.

Diez minutos después, se introdujo en el coche de Roscoe. Éste dio un respingo.

–¡Qué susto!

–¡Arranca!

–¿Lo tienes?

–¡Arranca!

No mucho más tarde, estaban en la oficina de Maese Fortuna, vaciando una bolsa de papel llena de diamantes sobre la mesa de madera negra.

–¡Mecagüen la leche! –graznó Ros con los ojos como platos –. ¡Esto es increíble! ¡Dios mío! ¡Dios mío!

Fortuna gruñó, bajando la vista. Para él sólo eran rocas. Advertía que eran piedras talladas y sin engarzar, lo que las hacía más fáciles de vender. Pero realmente sólo eran guijarros.

–Harvey, ¿qué demonios ha pasado con tus zapatos?

–Esa mierda del nitrógeno líquido. Cuando lo estaba echando sobre la cerradura, también me salpicó los zapatos. Maldita sea.

–¿Están bien tus pies?

–Sí, sí. Pero no veas cómo duele.

–Bueno, ha valido la pena. Nadie te vio, ¿verdad?

Hasmed se mordió el labio, mientras pensaba en Rickie, en la pareja de Shady Pine Court, mientras pensaba en cómo se había convertido en un faro para todos los desquiciados y violentos, cómo se había filtrado al exterior su propia enfermedad, provocando el caos por doquier...

–Tranqui –dijo–. Nadie vio nada.

* * *

Jennifer se despertó y, por unos segundos, sintió una oleada de tranquilidad. Era el mismo alivio que había sentido cada día desde hacía un par de mañanas. Había un breve espacio de tiempo, entre el sueño y el serio despertar, en el que siempre pensaba que había tenido un sueño espantoso. Durante un segundo, podía albergar la esperanza de que estaba en su propia cama, de que Gustavus estaba vivo y de que el mundo tenía sentido.

Era esa fraudulenta creencia la que la impulsaba a abrir los ojos, con la esperanza de ver el armario de su dormitorio, su gato y la funda de su guitarra en el rincón. En lugar de eso, veía nubes y reparaba en que la pesadilla era completamente real.

Como cada mañana, la horrible criatura de barro estaba allí. Había comenzado a llevar ropa; hoy, una camiseta de los Hooters y

unos vaqueros ajustados. Ella (no, Jennifer tenía que recordarlo), eso tenía en las manos una bolsa de papel llena de hamburguesas y botellas de agua mineral.

–¿Estás preparada para jurarme lealtad? –preguntó, como siempre hacía.

–No –dijo Jennifer pero era casi un acto reflejo. Pamela Creed, una novelista inédita, se había rendido a los dos días y la habían puesto en libertad de inmediato. El monstruo de barro se la había llevado y aseguraba que estaba de nuevo en Las Vegas y que seguía con su vida normal. Los otros artistas habían discutido la posibilidad de que Avitu simplemente la hubiera matado e intentaban creerlo pero no era fácil, ya que, obviamente, la criatura podía matarlos a todos si eso fuera lo que deseaba.

–Creo que tú prefieres la hamburguesa completa, ¿no? –dijo Avitu, sacando una de la bolsa junto con una cucharilla de plástico y un recipiente con crema de queso. Jennifer cogió la comida, reprimiendo el impulso de decir "gracias".

–Tengo curiosidad por saber por qué no me adoráis.

–¡Porque apestas! –Ésa fue la respuesta de Joeesha Murfee. Tocaba el saxofón y no era la mujer más fina del mundo, pero Jennifer respetaba su resistencia frente a las lisonjas de Avitu.

–¿Puedes ser más clara? –preguntó la mujer de barro con sequedad y Jennifer se estremeció. Gustavus había hablado del mismo modo y ahora sus palabras, sus oportunos refranes y sus tonos altivos salían de la boca de esa puta monstruosidad de barro.

–Si adorarte es algo bueno para ti, no vamos a hacerte ese jodido favor. –Éste era Brandon, un alumno expulsado del instituto, que, contra todo pronóstico, se había hecho actor de espectáculos improvisados–. ¿Porqué deberíamos ayudarte si nos has arrastrado aquí, te has puesto a matar gente, nos has secuestrado y todo eso?

–¿No es el poder uno de los atributos de una deidad? –preguntó Avitu–. La mitología griega está llena de...

–Oh, Dios, ¡ya estaba harta de oír lecciones sobre mitos cuando era *Gustavus* el que hablaba! –gritó Jennifer–. ¡Ser una diosa no consiste sólo en tener poder! ¡Si no, la gente se pondría adorar a las putas cabezas nucleares!

–O a Ophra Winfrey –añadió Joeesha, torciendo la boca.

–Entonces, ¿cuáles son las otras características de la divinidad?
–preguntó Avitu–. ¿Qué debo demostraros para ganar vuestra fe de buena voluntad?

–Bueno, hay una... –comenzó a decir Brandon, pero Jennifer lo cortó.

–¡No, no se lo digas! No digas *nada* a esta zorra malvada. ¿Por qué deberíamos ayudarla? Si la puta es tan estúpida como para preguntar cómo debe actuar, ¿por qué deberíamos darle la respuesta?

Avitu sonrió, con una sonrisa cándida hasta la repugnancia, y dijo:

–De acuerdo con el patrón de recuerdos de Gustavus, ahora tendría que crecer diez o quince metros y fulminaros con una lluvia de rayos pero no quiero forzaros a que creáis en mí por miedo. Eso sería efímero e injusto para vosotros.

–Si no quieres aterrorizarnos, déjanos ir. –Éste era Stuart Flaubert, un pintor cuya paleta primaria estaba compuesta por fluidos humanos, generalmente los suyos.

–No puedo hacerlo. No sería ético.

–¿"No sería ético"? –gritó Jennifer. En su fuero interno, sabía que estaba dando a Avitu justo lo que quería, que la estaba sacando de sus casillas, pero era incapaz de refrenarse–, ¿Así que raptarnos y tenernos prisioneros sí es ético?

–Como uno de los creadores de la raza humana, siento cierto instinto de protección paternal hacia vosotros –respondió Avitu, sin un ápice de ironía en su tono o expresión–. Sois criaturas perdidas, degradadas, tristes y solitarias. Quizás penséis que lo mejor que podéis esperar es que os libere y podáis volver a vuestras "cárceles" privadas, pero confiad en mí...

–¡No confiaría en ti aunque fueses el último demonio de la Tierra! –lo interrumpió Brandon.

–...A la larga, seréis mucho más dichosos como adoradores míos. Lo único que quiere un yonqui heroinómano es una jeringuilla, pero dándole una no se le hace ningún favor. En serio, ojalá pudiera libraros de vuestra consciencia ahora. Cuánto lo deseo... Pero hay un elemento de vuestro pensamiento que necesito vivamente y sólo lo

puedo tomar si se me ofrece voluntariamente...

–Entonces, como no nos lo puedes quitar, ¿qué? ¿Nos vas a lavar el cerebro o nos vas a amenazar? –dijo Joeesha de nuevo.

–¿Acaso he intentado alguna de esas cosas? No he amenazado a vuestras familias, aunque podría. No os he torturado ni os he negado el sueño ni os he dejado sin comer, aunque también podría hacer todo eso.

–Sí, eres toda una anfitriona –dijo Stuart.

–En vez de hacer eso, estoy tratando de explicaros qué es lo mejor para vosotros. Si puedo persuadiros, al final me lo agradeceréis.

–Seríamos mucho más permeables a la persuasión si no nos tuvieses encerrados.

–Vamos, Jennifer, ya sabes que eso no es verdad –Jennifer apretó los dientes al oír el tono de reprimenda que utilizaba la criatura–. Si os dejara marchar, echaríais a correr tan rápido como pudierais y desapareceríais de aquí. ¿O no?

Jennifer dio la espalda a la criatura y le levantó el dedo corazón a hurtadillas.

–Lo que os ofrezco es libraros del peligro, libraros de la incertidumbre, libraros de tener que cuestionaros continuamente vuestra existencia. –La comisura de sus labios se arrugó–. Gustavus lo llamaría "existencia sin existencialismo".

–*¡Deja de hablar como él!* –gritó Jennifer. No quería llorar, odiaba ser una niña llorona, pero no podía contenerse. Rompió a llorar.

Durante un momento, no se oyó nada excepto su llanto. Entonces Avitu dijo dulcemente:

–Sólo es tu humanidad la que te causa dolor.

* * *

Era cerca de las dos de la madrugada cuando Thomas Ramone llegó a casa después de cerrar el Video Villa. Sólo quería lavarse los dientes y arrastrarse hasta la cama. Estaba exhausto y un poco deprimido, así que ni siquiera reparó en que las luces de su apartamento estaban encendidas.

A pesar de su cansancio, reconoció a Angela Meyerhoff cuando abrió la puerta del piso. Estaba tumbada en el sofá completamente desnuda y viendo la carta de ajuste.

–Hola, Thomas –dijo–. Me he masturbado en tu dormitorio. Espero que no te importe.

–Qué... uh... Tú...

–Cierra la puerta, ¿quieres? Hay corriente.

Lo hizo mientras trataba de organizar jerárquicamente las preguntas que abarrotaban su mente.

–¿Cómo has entrado aquí? –balbuceó finalmente.

Ella le dirigió una mirada mordaz.

–Vamos, Thomas, seguro que te lo puedes imaginar...

–Vale... ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Qué quieres?

–Sólo quería ver cómo estaba mi propiedad favorita. Por cierto, lo de tu dormitorio era broma. –El sofá de Thomas tenía una vieja manta peluda sobre el respaldo. La había comprado en Méjico y al final la usó para ocultar las quemaduras de cigarrillos y grietas del mueble. Cuando se levantó, Sabriel cogió la manta y se la enrolló por encima.

–Mira, yo... Deberías... –Abrió la boca y la cerró unas veces más hasta que su cerebro dio con las palabras que quería emitir –. ¿Qué quieres decir con "propiedad"?

–Bueno, Tom, no pensarías que me vendes el alma y asunto concluido, ¿no?

–Hombre... Creí que... No sé... Cuando me muriera pues...

–Claro, Tom, ¿y por qué iría yo a esperar tanto? Tienes... ¿cuántos?, ¿veinte?

–Veinticuatro.

–Incluso asumiendo que recortes tus expectativas de vida a base de cigarrillos y malas decisiones, eso probablemente me da una espera mínima, *mínima* de treinta años hasta que me seas de utilidad. ¿Te parezco paciente?

–Tal vez.

–No lo soy. –Comenzó a recoger su ropa y a ponérsela.

–Eh, ¿por qué...? ¿Por qué estabas desnuda cuando entré aquí?

–Para dejarte alucinado.

–Oh, qué madurez –dijo a falta de algo mejor. Ella hizo una mueca.

–Actualmente nuestra relación es bastante tirante, ¿verdad? Estás resentido, ¿no?

–Bueno, *sí*. Tú, joder, me encierras y me dejas sin comer y todas las demás putas. ¿Cómo crees que me siento?

–Podrías estar agradecido de que uno de los primigenios ministros de la creación se haya dignado a compartir su poder contigo. Podrías meterte en tu cabezota atontada por el cannabis que ahora puedes hacer *algo imposible*, algo *milagroso*. Podrías hacerte a la idea de que has entrado en un mundo más amplio, más real y más importante que el de tu curro diario de... Por cierto, ¿qué es lo que haces?

–Soy dependiente de un video-club.

–Peor de lo que imaginaba. En serio, ¿por qué empezaste a robar casas?

–Por la pasta, ¿por qué va a ser?

–¿Thomas? ¿Es esa toda la verdad?

–¿Por qué lo haría si no?

–Por la emoción.

–Ves demasiada tele –dijo, mientras se daba la vuelta y apagaba el televisor.

–Vaya, creí que había capturado a un hombre arrojado y original, alguien que desprecia con orgullo las trasnochadas convenciones de la legalidad; un John Galt, un *Übermensch* o al menos un Raskolnikov...

–Mira, nena, no sé de quién me hablas, ¿vale? Yo sólo quiero irme a la cama. Estoy cansado.

Ella chasqueó la lengua.

–Alguien está picado.

–No me gusta...

–¿Encontrar tías en bolas cuando llegas a casa?

–Que me llamen "propiedad".

–¿Puedo pasar aquí la noche?

–¿Qué?

–Mi contrato expiró cuando me fui a Chicago y aún no he encontrado un nuevo apartamento.

–¡No! ¡Ni hablar, joder! ¡Dame una buena razón para que no llame a la policía!

Su risa resonó por la habitación.

–Supongo que pasar la noche en la cárcel del condado resolvería temporalmente mis problemas de alojamiento. Pero al día siguiente, se me ocurriría ir a robar un banco, con tu cara y asegurándome de que las cámaras lo graban todo. –Mientras hablaba, su rostro rieló, como una charca batida por la lluvia, y, durante un instante, Thomas vio su propia imagen. Luego volvió a ser Angela.

Se quedó estupefacto.

–Joder –susurró.

–Eso no es parte del trato; sólo quiero dormir.

–Oye... Creo... No hay... –Se sentó en una silla destartada y se cubrió la cara con las manos. Dio un profundo suspiro–. ¿Ahora vas a seducirme? ¿Es lo que viene ahora? Me comes la cabeza y me convierto en tu esclavo como... ¿Cómo Igor para el Dr. Frankenstein? ¿Es eso lo siguiente?

–Parece que no te produce mucha excitación.

–Yo sólo quiero dormir y... Nada de... de... Ya sabes, nada más.

Sabriel se apoyó en el brazo del sofá y luego se levantó cuando empezó a crujir por el peso.

–Thomas, te *prometo* que nunca dormiré contigo.

Levantó la vista y le dirigió una pequeña y ligera sonrisa y él no pudo evitarlo: se echó a reír. En su mayor parte era por cansancio y asombro, pero también había algo de humor.

–No sólo eso –continuó–, te prometo que nunca te daré ningún tipo de gratificación sexual. Haces bien en no quererlo. Tú y yo tenemos que mantener las cosas estrictamente en el ámbito de los negocios. Te hice algunas putadas pero, ¿sabes qué? Se acabó. Voy a dejar de andarme con rodeos y te voy a decir la verdad. He pasado las últimas semanas tratando con artistas y "figuras creativas" y, joder, es un verdadero alivio estar con alguien que no está lleno de vano y estúpido orgullo. Alguien que no da por hecho que me muero por oír

sus opiniones. En realidad, eres bastante sensato, Thomas. No te infravalores.

–Sí, claro. No tengo mucha elección, ¿eh? Te sacó a patadas y me jodes la vida.

Ella sonrió y meneó la cabeza con admiración.

–Lo que dije: sensato.

–¿De verdad te hace falta un sitio para quedarte?

–Sí. Y también hay un motivo ulterior por el que he venido aquí aunque no es lo que piensas.

–¿Por qué no me sorprende?

La sonrisa se desvaneció, reemplazada por un semblante que era casi de pesar.

–El caso es que... Ahora tengo un enemigo.

–¿Sólo uno?

–¡Escucha, hablo en serio! –Se sentó en el sofá y enredó un mechón de pelo alrededor de su dedo. Thomas se preguntaba si era un gesto real de nerviosismo o sólo una pose –. Me encontré con... Bueno, era un demonio como yo pero ya llevaba aquí mucho tiempo y se ha deformado... Se ha vuelto extraño. Apenas pude escapar de él.

Thomas sentía que se esperaba algo de él así que dijo:

–Ya.

–Probablemente no va a dejarlo así... Y si quiere mi muerte, mi encierro o mi expulsión, entonces es posible que ataque a mis fuentes de poder.

–Es decir, a mí. ¿Verdad?

Ella asintió.

–Manten los ojos abiertos, Thomas. Por eso estoy aquí. No para seducirte; estoy aquí para protegerte.

Thomas movió la cabeza, cansado y resignado.

–Puedes dormir en el sofá –dijo finalmente.

* * *

El hombre de piedra corría.

No tenía los conocimientos y recuerdos de Gustavus Doakes; estos estaban fuertemente ligados a la criatura llamada Gwynafra. No

tenía ropas, aunque la forma de unos pantalones pardos, una camiseta gris y unas botas marrones cubría la superficie de su piel. Sus rasgos eran toscos y estaban inacabados y Avitu no se había molestado en esculpir pelo en la esfera perfecta de su cráneo.

No tenía nombre ni hablaba inglés pero no tenía importancia. Corría.

Había estado corriendo desde que emergió del suelo.

Corriendo en pos de Sabriel.

Hasmed tenía hoy una agenda muy apretada pero había conseguido arañar algo de tiempo para ayudar a Tina a prepararse para el colegio. Resultó ser todo un acierto porque ella remoloneó en el desayuno, discutió sobre qué ropa ponerse y se cogió una pequeña rabieta al meterse en el coche. Entonces, cuando la dejó en la guardería, su profesora le pidió un minuto para hablarle en privado.

Todos los instintos de Harvey Ciullo le urgían a que diera una excusa, que se escabullera, que le dijera que tenía una cita urgente de trabajo (lo cual no era mentira del todo), pero Hasmed escuchó con paciencia y fijó un día para reunirse y hablar.

Como consecuencia, llegó tarde a su encuentro con Boyer el Lechero. Boyer no lo estaba esperando pacientemente.

–¿Por qué llegas tarde, Fortuna?

–Lo siento, el tráfico estaba fatal –dijo Hasmed mientras buscaba las llaves en el bolsillo y abría la puerta.

–¿El tráfico? ¿"El tráfico estaba fatal"? A la mierda, Ciullo. Si eres un puto adivino, ¿por qué no viste que iba a pasar eso, eh?

–Lo siento. Mira, te pido disculpas. Excúsame, culpa mía. *Mea culpa*. ¿Satisfecho?

–Menos chorradas –masculló Boyer de nuevo, pero siguió a Hasmed y entró en su oficina. Se sentó una vez más frente a la mesa de roble.

–Te he dicho que lo siento.

–No puedes marearme así. Lo sabes, ¿verdad?

Hasmed respiró profundamente.

–Ya te lo he explicado. Es culpa mía. Siento haberte hecho esperar, así que no te cobraré los veinte pavos de costumbre. ¿Vale? ¿Arreglaría eso las cosas?

Lee Boyer miró a izquierda y derecha y se alisó las solapas de la gabardina.

–Olvídalo –dijo finalmente–. Pasemos a los negocios.

–Muy bien –Hasmed suspiró y se quitó las gafas–. Oh, sí. Ya los veo.

–¿A quién?

–Ya sabes. Tus padres.

Boyer se mordió el labio y le miró de reojo. Hasmed casi podía ver cómo se debatía por creerlo. En una luminosa mañana de otoño era difícil, pero no entraba la luz del sol en ese cuarto. Sólo había allí una bombilla que apenas alumbraba, el ojo inyectado en sangre y el tenso nudo de la cicatriz de su frente.

–Así que mis padres, bien –Boyer trató de aparentar naturalidad y escepticismo.

–Ellos son tu mala influencia.

Boyer gruñó.

–No es lo que parece. Quiero decir que son ellos los que te están arruinando la vida.

–Ciullo, empiezas a hablar como un loquero.

Hasmed se encogió de hombros.

–Esto es lo que tienes que hacer. Y te advierto de que las cosas empeorarán antes de mejorar. Tienes que enfrentarte a ellos. Ponlos a descubierto y acomételos. Haz esto y dejarán de ponerte obstáculos desde las sombras.

–¿Cómo puedo hacer eso, exactamente?

–Vale, ¿conoces aquella pequeña tienda mejicana que está un poco más abajo? Ve allí. Venden cirios del milagro.

–¿Cirios del milagro?

–Sí, ya sabes. Esas velas delgadas con forma de santos y tal. Necesitas dos, una con forma de hombre y otra con forma de mujer.

No importa qué santo sea.

–Velas de santos.

–Eh, lo yo que te decía. Llévatelas a tu apartamento y enciéndelas. Coge algo que pertenecía a tu padre y algo que pertenecía a tu madre. Quema el objeto de tu madre en la vela *masculina*. Esto es importante, ¿entendido? El objeto de tu madre en la vela masculina. Y quema el objeto de tu padre en la vela femenina.

–Tengo que quemar cosas de mis padres.

–No del todo pero, sí, quema los objetos un poco. Como, no sé, hacer un agujero con la llama o algo así.

–¿Y esta...? ¿Esta puta chorrada vudú va a arreglarme la vida?

–Mira, tú pruébalo. Si no funciona, no me pagues ni un centavo.

–Mmmm –Boyer se pasó la lengua por los dientes un momento–. ¿Eso es todo?

–Por ahora sí.

Se puso en pie y arrojó un par de billetes de diez en la mesa.

–Creo que estás chalado, Ciullo. Creo que te has ido de la olla.

Cuando Boyer se fue, Hasmed abrió la puerta del fondo y se metió en su pequeña oficina privada. Había una ventana allí y, mirando por ella, observó cómo su cliente entraba en la tienducha. Tan pronto como vio eso, corrió al ascensor, se metió en el coche y condujo a toda velocidad hacia el apartamento de Boyer. Cuando Lee llegó a casa, llevando una bolsa de plástico de supermercado, Hasmed lo espió desde una rendija de la puerta de las escaleras.

Mientras Lee Boyer aseguraba la bolsa contra sí y rebuscaba en su bolsillo para encontrar las llaves, Hasmed respiró profundamente y ocultó su presencia.

Boyer metió las llaves en la cerradura.

Hasmed abrió la puerta de su escondite y se deslizó por el pasillo. Vio cómo los ojos de Lee miraban en su dirección y advirtió cómo las ventanillas de su nariz se ensanchaban y sus labios se curvaban.

–¿Hay alguien ahí? –dijo Boyer y su voz era tensa y amenazante. Hasmed no dijo nada, tan sólo se fue acercando de puntillas, hasta que casi pudo oler el sudor de la sospecha de su cliente. Cuando Hasmed se colocó a su espalda, el lechero se giró un

poco, mirando por encima de su hombro. Farfullando una maldición, dirigió de nuevo su atención a las llaves y abrió su apartamento. El demonio se coló dentro un paso por detrás.

Boyer colocó las velas y las encendió con un encendedor de plata de ley. Sacó un cigarrillo e hizo ademán de encenderlo en la lumbre del cirio, pero lo pensó mejor. Continuó escrutando su habitación recelosamente; a menudo su rostro se giraba hacia Hasmed como se mueve una aguja de hierro hacia una invisible fuerza magnética.

Murmurando algo, volvió a su dormitorio. Salió un par de minutos más tarde, con un puñado de cuentas de madera en la mano.

–Bueno, mamá –masculló, poniendo las cuentas en un platillo entre las dos velas. Buscando en su bolsillo, sacó sus llaves. Tenía una cinta de cuero a modo de llavero. Hasmed se inclinó sobre ella y vio el nombre de "Lee" grabado. Mientras se aproximaba, Boyer se crispó, como si le hubieran asustado, y miró a su alrededor.

–¿Quién...? –se le apagó la voz y cada vez respiraba con mayor agitación y pesadez–. Vale –gruñó–. Ya basta. Allá vamos –sacó la tira de cuero del aro de las llaves y la puso sobre una de las llamas.

Hasmed sonrió y echó un vistazo a la habitación. Había algunos retratos en las paredes: Lee Jr. junto a una mujer sonriente muchos años atrás, otro de un niño pequeño, otro de una mujer mayor. Hasmed los descolgó y los estrelló contra la pared de enfrente.

Boyer dio un respingo y volvió la vista allí, con los ojos desorbitados. Cuando Hasmed reparó en que Boyer se estaba quemando los dedos, se acercó y apagó la llama con un soplido. Su cliente soltó un pequeño grito y retrocedió de un salto.

–Sí –los ojos de Boyer tenían un destello de locura–. Ahora tú, mamá. Ahora te toca a ti.

Cuando cogió el colgante, Hasmed vio el crucifijo que colgaba y advirtió que era un rosario de madera, justo antes de que lo suspendiera sobre la llama.

Abrió la puerta del mueble de la minicadena de Lee y comenzó a lanzar los discos uno a uno. Lee se abalanzó hacia él y Hasmed se hizo a un lado, haciendo una pausa antes de coger un viejo trofeo que estaba sobre el televisor y tirarlo contra la vela.

–¡Duele! ¿Verdad? –gritó Lee, agitando a ciegas el crucifijo en llamas por el aire, pero sorprendentemente cerca de Hasmed–. ¡Pues arded los dos!

Hasmed se chocó con una silla y Lee se precipitó hacia él. Por un momento el demonio pensó que Boyer lo había atrapado. Aquel hombre no huía de estos poderes invisibles, los encaraba. No podía permanecer impasible.

Hasmed puso las manos en una estantería alta y trepó un poco por ella para apartarse del camino de Lee. En cuanto se colgó, el mueble se inclinó hacia delante. Boyer hizo un quiebro y la esquivó y Hasmed apenas tuvo tiempo de salir de allí antes de que impactara contra el suelo.

–¡Sí! ¡Vamos! ¿Eso es todo lo que tienes? ¡Vamos, viejos cabrones! ¡Vamos! ¡Vamos!

Hasmed decidió que ya era suficiente. Para colmo, se hizo polvo el pie al chocar con la pata de la mesa y cerró la puerta de golpe cuando salió.

* * *

El hombre de piedra seguía corriendo.

No era particularmente veloz pero era fuerte. Nunca se cansaba ni se distraía ni se aburría. Estaba persiguiendo la tormenta que su señor había producido y la tormenta había seguido a Sabriel hasta su hogar.

Cuatro mil kilómetros mediaban entre Las Vegas y Miami y el hombre de piedra corría cada segundo del día.

* * *

Usiel estaba en Washington D.C. y podía sentir el hedor del poder diabólico mientras se acercaba a su blanco. Los recuerdos de Clive Keene estaban atónitos ante la idea de que hubiera demonios en la capital de Estados Unidos; atónitos pero, de algún modo, no muy sorprendidos. Más bien, sentía curiosidad por saber por qué el epicentro de la maldad estaba en el *Smithsonian Museum* y no en el

Capitolio o la Casa Blanca.

El ángel que habitaba dentro de Clive Keene atendía poco a tales teorías y distingos. Sabía que estaba más cerca de Vassago, más cerca del núcleo de su ser. Tenía una vaga percepción de las maquinaciones del demonio; estaba preparado, había llamado a sus defensores, pero Usiel tenía confianza. Que vinieran. Que trataran de salvar a su hediondo señor o rescatarlo. La cólera celestial no podía ser detenida por manos humanas.

En la guerra contra el Cielo, los demonios habían desarrollado una serie de trucos sucios; su bando fue el que inventó el engaño, el asesinato y la emboscada, después de todo. Uno de los más viles era una especie de canibalismo cósmico. Los demonios habían aprendido ahora a robar el poder de un ángel agonizante, usándolo para aumentar el suyo.

Usiel nunca se había rebajado a emplear tales artimañas entonces. Nunca lo había necesitado pero ahora sentía la fuerza robada a Vassago (dos veces robada, primero arrebatada a la humanidad por el demonio y ahora robada a este por Usiel) bullendo en su interior.

Había sucumbido a la tentación y había destruido el pendiente de diamante, consumiendo aquel delicioso bocado de su enemigo. Un aperitivo. Ahora no tenía paciencia para esperar al segundo plato.

Usiel atravesó a grandes pasos las puertas del museo y vio al peón de su adversario; escondido tras la pata de una réplica de mamut había un hombre grande, bruto, con una sucia gabardina en la mano. El hedor del demonio era intenso.

–Disculpe, señor.

Usiel ignoró por completo a los guardias hasta que uno de ellos le puso la mano en el hombro. Con un movimiento de irritación, trató de soltarse. Otro guardia lo agarró del brazo.

Gruñendo una vez más, en voz baja, Usiel llamó a su herramienta de liberación. No tenía nada en contra de los guardias, pero necesitaba su esencia. Con dos golpes, cayeron al suelo; no estaban muertos, pero tampoco vivos. Sus almas habían sido arrojadas a la tormenta espectral y hasta que consiguieran abrirse paso y regresar (si es que podían) sus cuerpos permanecerían

inanimados. A Usiel, personalmente, no le preocupaba si se recobraban o no. Estaba eliminando impedimentos de su camino hacia su verdadero enemigo, el vasallo.

Vio miedo en los ojos del gran hombre y echó a correr hacia él. Aquel arrojó su gabardina, presa del pánico, y gritó:

–¡Atrás!

Con un chasquido de su cuello, la carga de Usiel fue detenida en seco. Sus ojos se abrieron por completo cuando sintió una poderosa fuerza que lo empujaba hacia atrás, una fuerza contra la que no podía luchar.

Una fuerza santa.

El impulso lo arrojó dentro de una pequeña habitación, un guardarropa. Asombrado, Usiel se debatía por avanzar pero no había duda. Este no era un poder infernal. Era energía de ángel, ligada a la poderosa voluntad de la humanidad.

Profiriendo maldiciones, Usiel desveló su verdadera forma pero aun así era incapaz de cruzar la barrera invisible. No cabía duda de que era una fuerza sagrada... canalizada a través del mezquino esclavo de un demonio de tierra.

Su asombro se tornó en ira. ¿Acaso el Coro Celestial había perdonado al lacayo de un rebelde, tal vez ignorando que continuaba sirviéndole? Seguramente no. Más probablemente, aquel hombre era un sacerdote u otro guerrero santificado, conducido por la tentación al servicio diabólico.

Obstaculizado por la barrera, Usiel se transportó al mundo de los muertos y quedó perplejo al reparar en que el muro no existía allí. No menos confundido, pasó a través de él y regresó al reino humano.

Tres mortales (normales, más seguridad) lo contemplaban conmovidos pero abrieron fuego con sus pistolas. Con un simple golpe de su ala y dos movimientos con la guadaña, los tres cayeron. Mientras los abatía, sintió un flujo cercano de poder infernal. Cuando levantó la vista, no vio delante de sí a un hombre, sino la silueta de uno de los caídos.

La criatura que antes fue un humano tenía ahora alas nocturnas, oscuridad en lugar de piel y púas con filo que sobresalían de sus manos, su cabeza y las articulaciones de sus miembros.

–¡Eh! –dijo su oponente–. ¡Ven aquí, hijo de puta!

De nuevo, Usiel sintió la enmarañada mixtura de lo sacro y lo profano y eso le enfermaba. No importaba quién era este hombre ni las cosas que había hecho: tenía que ser destruido.

Entonces habló otra vez. Esta vez con la voz de uno de los impíos.

–¡USIEL! ¡EL MÁS PODEROSO DE LOS ASESINOS Y EL MÁS DESPRECIADO!

Usiel examinó a su enemigo, apuntándolo con su arma para mantenerlo a distancia, juzgando cuáles podían ser sus poderes, sus puntos débiles...

–NUNCA FUI MALDECIDO CON ESE TÍTULO, DEMONIO –respondió Usiel–. NUNCA ME MANCHÉ CON EL LODO DE LA TRAICIÓN.

Avanzó unos pasos cautelosamente.

–Y SIN EMBARGO FUISTE CONDENADO, USIEL. ¿CREES QUE PUEDES SOBREVIVIR MUCHO TIEMPO, ACORRALADO ENTRE LA CÓLERA DEL INFIERNO Y EL DESPRECIO DEL CIELO?

Usiel sabía que debía ignorar sus burlas, pero esa dio en el blanco. ¿Por qué poseía este humano extraviado las bendiciones de los ángeles no corrompidos cuando era claramente el lacayo de los Neberu? ¿Por qué debería este simple humano lanzar la cólera de Dios contra Usiel, que nunca desoyó Sus órdenes, que nunca lo desobedeció y que continuó la guerra incluso después de haber sido expulsado?

–¡DESTRUYÉNDOTE, CUMPLIRÉ UNA MISIÓN CELESTIAL!

–Usiel descargó un poderoso golpe pero su enemigo se lanzó hacia delante y agarró el hasta de la guadaña antes de le alcanzara su filo.

Rodeándole con sus alas, Usiel sintió las energías enfrentadas, luz y oscuridad, en el interior del hombre y entendió parte del peligroso juego de Vassago. La luz iluminaba la oscuridad del demonio y mientras Usiel batallaba con su lacayo, oliendo su sudor y oyendo sus gruñidos, sintió también la figura de su señor. Durante unos segundos, vislumbró su yo secreto. Fue una breve visión pero fue capaz de leer una sílaba del Nombre Verdadero de Vassago...

De pronto la fuerza pura se abatió sobre él de nuevo,

abrasándole como si él fuera el monstruo; él, el rebelde. Su adversario estaba canalizando la energía a través de su mano mientras cogía la de Usiel.

–¡Arde, mamón! –gritó el esclavo de Vassago. Usiel podía sentir cómo el poder aniquilador desgarraba su mano y sus dedos se desprendían como fruta madura. Profirió un grito y blandió su arma con una sola mano, segando las mentiras de alas de demonio, restituyendo la fría verdad de la fragilidad humana...

–¡Atrás! –de nuevo la descarga del poder que Usiel no podía resistir; el poder que él mismo esperaba *servir*. A la vez que era repelido, Usiel asestó un último golpe, segando el pecho de su enemigo, tratando de alcanzar su corazón... Pero no. El monstruo cayó, pero se levantó de nuevo y recogió su gabardina, despojándose de su forma grotesca y recuperando el aspecto de un hombre corpulento.

Usiel se lanzó instintivamente contra el humano antes de reparar en algo: el foco demoníaco había desaparecido. El núcleo de su ser... el único objeto que había venido a destruir... ¡Ya no podía sentirlo!

Con la furia de sentirse engañado, rechazado y herido, Usiel huyó una vez más al reino de los muertos.

* * *

–Así que dice: "¿qué clase de nombre de marica es Philly Phil?" Y Philly Phil no dice nada. Se levanta sin más de su banqueta, lo coge por el pelo, por atrás, y estampa su boca contra la barra; tenía una de esos grandes raíles de acero, como esta. Bueno, lo estampa contra la barra y dice: "es *mi* nombre de marica".

Vietnam Ham se rió al concluir su historia y también sus guardaespaldas y el corredor de apuestas de Trenton que estaba bebiendo con Hamish. La única persona que no reía era Hasmed, pero acababa de entrar.

Hamish cogió un frito, lo untó en salsa barbacoa y se lo metió en la boca mientras reparaba en el recién llegado.

–¡Vaya, vaya! ¡Harvey Shooleo, Maese Fortuna, mi adivino gitano favorito!

–Buenas tardes, Mr. Brennan.

–Caray, puedes llamarme Ham –dijo con un tono que indicaba sutilmente que no sentía lo que decía. Inclino la cabeza–. Tienes buen aspecto, Shooleo. ¿Has perdido peso?

–He estado trabajando un poco.

–Je. Bueno, ¿y qué te trae al Mac?

–Esperaba que pudiéramos hablar.

–¿No estamos hablando ya?

El rostro de Hasmed reveló cierto desconcierto pero no parecía real. Era como si estuviese fingiendo desconcierto para los otros, que no iban a creérselo.

–Bueno, esperaba que pudiéramos hablar... a solas. Ya sabes –se acercó arrastrando los pies–. Tengo una cosa.

–Una cosa –Hamish miró al corredor de apuestas que se excusó para ir al baño. Sus guardaespaldas le miraron y Hamish hizo un suave movimiento de cabeza–. Bueno, Harvey, podríamos, en fin, salir.

–Dar un paseo.

–Me ayudará a hacer la digestión –Hamish se levantó de su banqueta y guió a Hasmed a la puerta de atrás del bar. Paseando por un callejón resbaladizo y cubierto de basura, Hasmed se acercó y entregó un diamante a Hamish.

–¿Qué es esto? –preguntó Ham anonadado.

–Mi cosa.

Ham lo observó con el ceño fruncido y luego la cosa desapareció en su bolsillo.

–Parece una buena cosa.

–No es una imitación, si eso es lo que piensas. Es de verdad.

–Nunca dije que no lo fuera.

–Que uno de tus chicos le eche un vistazo.

–Conozco un hombre.

–Bien.

–Y supongo que querrás algo.

–Es un regalo.

Eso dejó a Ham a cuadros.

–¿Un regalo?

–Un presente para ti de mi parte.

–Generoso.

–Bueno, en fin. Espero que puedas echarme una mano.

–Ah –Hamish Brennan se echó a reír–. ¿Dices que sólo me estás dando un regalo para conseguir mi ayuda? Bueno, así funcionan las cosas.

–Tengo más.

–¿Más de estos?

–Así es.

–¿Cuántos más?

–Muchos.

–Mmmm. ¿Y dónde los conseguiste, si se puede preguntar?

–Los conseguí.

–Ah –los ojos de Ham se entrecerraron con aire astuto–. ¿Y cuando los conseguiste...? –Hizo un gesto con un índice sobre la nariz y se señaló un ojo. Hasmed negó con la cabeza.

–¿Seguro?

Hasmed asintió.

Habían llegado a cielo descubierto. Ninguno de los dos habló mientras cruzaban la calle y llegaban a un segundo callejón.

–Dame más datos –dijo Hamish.

–Confía en mí, seguro que lo has oído.

–Yo no sé nada.

–Seguro que esto sí.

–Lo que tú digas.

Hubo otra pausa. Entonces Hasmed dijo:

–Me la jugarán.

–Se la juegan a todo el mundo –dijo Ham filosóficamente.

–A lo grande.

–Intermediarios.

–Eso.

–Todos se llevan una parte.

–Lo sé.

–Pero con esta tarta... –Brennan se encogió de hombros–.

Incluso una pequeña porción ya es algo muy dulce, ¿verdad?

Llegaron al final del segundo callejón.

–Me alegro de que hayas acudido a mí –dijo Brennan.

–¿A quién si no?

–Echaremos esto a rodar –Vietnam Ham dio una palmadita paternal en la mejilla de Harvey Ciullo y se dirigió de vuelta a su bar. Después de unos pocos pasos, se detuvo, se dio la vuelta y movió la cabeza. –. Ahora estás tomándote las cosas con más calma, ¿verdad?

–Lo intento.

* * *

Sabriel acabó toda el agua caliente antes de que Thomas tuviera oportunidad de darse una ducha. Cuando salió, con la piel de gallina y malhumorado, ella estaba terminando un tazón de cereales *Count Chocula*.

–Buenos días, cariñito –dijo ella. Él le lanzó una mirada furiosa. Mientras Tom se servía un tazón de lo mismo, ella dijo:

–Creo que se te ha acabado la leche.

Cerró la puerta del armario de un portazo.

–¿Y por qué tienes que ponerte a comer? –preguntó–. Creía que eras una diosa de primera.

–Tengo un cuerpo mortal. Como, cago, rompo camisetas... –dijo con la boca llena de bolitas marrones.

–No me lo creo.

–Créetelo –tragó–. Siento haberte bebido todo la leche así que te compensaré. ¿Me alcanzas mi bolso?

–Sí, ama –dijo sarcásticamente. El bolso era de Christina, ahora un poco desmejorado por haber sido guardado en varios armarios repletos de cosas. Sabriel lo abrió, sacó una cartera rebosante y extrajo diez billetes.

–Toma.

Thomas los miró. Eran cientos de dólares.

–¿Son de verdad?

–No, Tom. Son falsos. Quiero ponerte en un aprieto porque me imagino que estarás más protegido en la cárcel, donde mis enemigos no pueden alcanzarte. Aunque el poder concreto que te *di* sea el poder de la libertad.

–Eh, no tienes por qué ser tan sarcástica.

–¿Hay suficiente para la leche?

–¿Dónde conseguiste el dinero?

–En Las Vegas, pero no quiero hablar de ello –miró por encima de su hombro–. El café está listo. ¿Lo tomas solo?

–Con azúcar y sin leche –dijo automáticamente–. Gracias.

–¿Tienes miedo de mí, Thomas?

Él dio un suspiró.

–¿Tenemos que hablar de esto en la primera conversación de la mañana? Sí, te tengo miedo. Ya lo sabes.

Ella asintió.

–Lo siento, es que... Tienes que creer en mí. *Necesito* que creas en mí.

–¿Para qué? Conseguiste toda esa pasta, puedes... Joder, no tengo ni idea de lo que puedes hacer. Cambiar de arriba a abajo, eso lo he visto. Convertirte en agua.

–Esta choco-mierda alimenta mi cuerpo pero tu fe alimenta mi alma. No es poesía. Es la verdad, del mismo modo que la mierda alimenta a un escarabajo pelotero.

–Dices unas cosas tan bonitas...

–En la actualidad, eres mi única fuente de alimento.

–Entonces soy tu mierda, ¿no? Eso explica muy bien cómo me has estado tratando.

Ella se encogió de hombros.

–Tienes que darme más margen, Thomas. Lo estoy intentando.

–¿Estás intentando tratarme bien y te metes en mi casa sin permiso, te lo acabas todo y te pones a jugar conmigo a esos putos juegos mentales para desconcertarme? ¿Y qué es lo que haces cuando intentas tratar mal a alguien, eh?

Le habló de Nate Kowalski y Hal Guelder. Él se sentó un momento, confundido y aturdido.

–¿Por qué? –preguntó finalmente.

–Porque soy cruel y malvada y odio a la humanidad, Thomas. Así soy. Así tengo que ser.

–Pero... O sea, podrías...

–*¡No sé cómo ser bondadosa!* ¿Vale? No sé cómo tratar a la

gente con amabilidad. ¿Lo entiendes? Este envoltorio humano que llevo sí que sabía, pero no tengo ninguna intención de pedirle consejo; ella se pasó la vida siendo pisoteada y humillada. Eso es lo que le granjeó la bondad. Así que lo que estoy intentando hacer es ser honesta contigo y tratar como sea de no destruirte accidentalmente.

–Mierda.

Permanecieron sentados en silencio un momento. Thomas se levantó y empezó a prepararse una tostada.

–Quizás sea un poco bobo –dijo finalmente–, pero te portaste bien con Nate y Hal, ¿verdad? Hasta que... Ya sabes.

–Hasta que acabé el trabajo.

–Eso. Así que, ¿porqué no... en fin, *actúas* como si estuvieras jugando con alguien pero luego no lo acabas puteando?

Ella suspiró y le dirigió una mirada; y por un momento Thomas sintió algo raro. Por un momento sintió lástima por ella porque parecía triste.

–También podrías ir a un alcohólico y decirle: "¿por qué no le quitas el tapón a esa botella, te la metes en la boca y dejas que el licor sólo humedezca tus labios... y luego la dejas?" No sé pararme. Estate en guardia, Thomas. No quiero hacerte daño. No quiero arrancarte el corazón. Así que ni siquiera voy a darme la oportunidad de hacerlo.

La tostada saltó. Thomas untó mantequilla y mermelada en silencio.

–Entonces, ¿qué puedo hacer por ti, eh? –preguntó finalmente.

–Encuéntrame a otros como tú.

–¿A qué te refieres con otros como yo?

–Me refiero a gente que se someta a mí.

–Si estás insinuando que te ayude a atar a personas en el sótano, y una mierda, no. No. Ni hablar, no.

–Me refiero a gente que *quiera* cosas. Cuanto más apoyo tenga, Thomas, menos tendré que depender de ti. Siendo mi único adorador, eres un blanco grande y gordo. Todos los que vengan a por mí te quitarán de en medio de una patada para debilitarme. Cuantos más súbditos tenga, menos probable será que te cojan; es lógico.

–Jesús.

–Mira, no es tan terrible como parece.

–¿Que jugar a absorber almas para un jodido demonio del Infierno no es tan terrible?

–¿Almas? Bah, ¿A quién le importa? No voy a devorar tu alma cuando mueras, Thomas, en serio. Te estaba tomando el pelo. No podría hacerlo aunque quisiera. El destino de tu alma, el más allá, es un misterio tanto para mí como para ti. Quiero la vida, no la muerte. Y tengo mucho que ofrecer a la gente.

–¿Y qué saco yo de todo esto? ¿Aparte de la habilidad para ser el Asombroso Hombre-charco?

–¿Qué quieres?

Tomó un buen sorbo de su café y meditó sobre ello.

–Bueno, para empezar querría un nuevo empleo.

* * *

Hamish Brennan telefoneó a Sal Macellaio al día siguiente de recibir el diamante pero no era un buen momento.

–Tengo una cosa –dijo Sal.

–¿Una cosa que estás haciendo o una cosa que tienes que hacer?

–Una cosa que tengo que hacer. Surgió de repente.

–¿Quieres que salga y te eche una mano?

Sal pensó en ello un momento.

–Bueno –dijo con reservas–. Supongo. Quedamos fuera, en el norte, ¿de acuerdo?

–¿En qué parte del norte?

–Aquel lugar, ya sabes, con la cosa, ¿entiendes?

–¿Con la cosa grande o la cosa pequeña?

–La grande.

Veinte minutos después, Hamish aparcó su *Cadillac Sedan* azul oscuro en un depósito de chatarra y salió de él. El *Cadillac Sedan* rojo oscuro de Sal estaba aparcado más adentro y Ham podía oír que el triturador de coches estaba funcionando. Se introdujo en la cabina de mandos mientras las gigantescas planchas hidráulicas convertían un coche enorme en un pequeño cubo.

Sal estaba accionando las palancas.

–¿Y bien? –preguntó Hamish, volviendo el rostro hacia el automóvil aplastado–. ¿De quién era?

–Supongo que de Acero Pete pero no lo sé. Lo conducía un extranjero.

–¿Qué pasó con él?

–Trató de quitarme de en medio, pero yo lo hice antes.

Como Sal, Acero Pete era el capitán de una gran banda local. Ultimamente se habían extendido rumores de que, aparentemente, Pete era el heredero de Johnny Bronco, que estaba en situación estable pero seguía enfermo y vulnerable.

–¿Has contado a alguien lo de este matarife extranjero?

–Te lo estoy contando a ti –dijo Sal, levantando una ceja. Entre dos viejos amigos como ellos, ese gesto era como un letrero luminoso con las palabras *mantén el pico cerrado* en letras brillantes con luces amarillas.

–¿Y si no lo envió Acero? ¿Y si es alguien de fuera que trata de abrirse camino?

–¿De dónde sería? ¿Boston? ¿Nueva York? Nada de eso. Tendría más sentido que se cargasen a Petey o al mismo Bronco antes que venir a por mí. Yo soy el bastardo cuya ayuda pedirían.

–Empujó una palanca hacia delante y bajó otra. El acero se comprimía entre gemidos–. Creerían que soy un Judas.

–¿Ah sí? ¿Eres un Judas?

Se encogió de hombros.

–Nadie me ha dado treinta piezas de lo que sea todavía.

–Ah.

–Bueno, ¿qué tienes en mente?

Vietnam Ham le mostró el diamante.

–De Shooleo –dijo.

–¿Ah sí?

–Pero no es ningún pago. Es un regalo. Y tiene más de estos. Sal frunció el ceño durante un momento.

–Sal de aquí –dijo finalmente.

–Oye, creo que lo decía en serio. Creo que es un buen gesto.

–Y quiere que tú las vendas en el mercado negro.

–Sí.

–¿De dónde los ha sacado?

–No sé. Pero no eran de ninguna banda. De eso está bastante seguro.

–Más le vale –Sal se frotó la cara mostrando una sonrisa sarcástica–. Esto no tiene sentido. ¿Harvey Ciullo? ¿El colgado? O sea, ¿aquel memo? ¿Dónde va a conseguir un montón de diamantes sin que nadie oiga nada? Hay algo extraño en ese tipo, Ham. Está pasando algo muy raro.

–Entonces, ¿qué hago?

–Vende sus piedras. Quédate con el acostumbrado 50% de comisión y luego con el otro 50%.

–Él sabía que haríamos eso –dijo Brennan pausadamente. Sal sonrió de nuevo y dio a la palanca un último empujón.

–Sí, bueno, que le jodan. Podemos usar su dinero. Y si sigue metiendo las narices en nuestro territorio, haré que se lo carguen –dijo Sal mientras salía de la cabina de mandos.

No dijo "otra vez" pero lo pensó.

* * *

Al día siguiente, Sabriel llevó a Thomas a comer. Él sugirió tímidamente un lugar donde servían exquisitos tacos de pescado.

–Así que, ¿dónde decías que conseguiste toda esa pasta?

–En Las Vegas –dijo ella.

–Suerte en el juego, ¿eh?

–Algo así.

–Joder, si querías jugar, podrías haberte quedado aquí en Miami –dijo mientras les servían la comida–. Aquí hay apuestas de todo tipo.

–¿Ah sí? –respondió ella mientras miraba con asco su comida.

–Claro. Supongo que la mayoría son sobre carreras de galgos y partidos de jai alai, pero también en todos los partidos universitarios, ¿sabes? Joder, tengo un colega que fue a la Universidad de Miami. Decía que en los partidos de baloncesto estos tíos se sientan en los pasillos entre gradas y apuestan a ver si tal o cual mete puntos. No son apuestas pequeñas. Mucha pasta. Es de locos.

–¿En serio? –ella inclinó la cabeza pensativa–. Creía que

apostar en esos partidos estaba... mal visto.

–No en Miami. Aquí está *bien* visto de cojones. Bueno, y no hablemos de la liga de fútbol...

–¿Qué pasa?

–Joder, es la leche. Esos tíos que... o sea, no saben casi ni escribir su nombre están licenciándose en Empresariales y cosas por el estilo. Y casi todos esos tíos son de familia pobre, que vienen de guetos y sitios así, pero van por ahí con anillos de diamantes y zapatos de doscientos dólares. He oído decir que el dueño de un concesionario de coches regala un Jeep a cada *quarterback* de la liga que intercepte un balón o algo parecido.

Thomas hizo una pausa y levantó la vista. Angela no estaba comiendo; estaba ausente, con la mirada perdida.

–¿Qué?

–Lo siento –dijo–. Estaba distraída. Bueno, ¿te va bien el lunes para empezar en tu nuevo trabajo?

–¿Qué?

–Quieres uno, ¿no?

–¡Sí! ¿Cómo me has encontrado uno tan rápido?

–No lo he encontrado. Lo he creado.

Él entornó los ojos.

–¿Qué tengo que hacer? –Lo dijo con miedo, recelo y resignación.

–No es nada *mal*. Serás dependiente de una librería, ¿vale?

–¿Una librería?

–Sí. He comprado acciones en una floreciente empresa local llamada Librería Threshold.

–Nunca he oído hablar de ella.

–¿Qué? ¿Un ratón de biblioteca como tú?

Thomas se sonrojó.

–Perdona –dijo–. Eso fue cruel. Es una librería estilo *New Age*.

–Ah.

–¿Qué?

–Ya lo tengo. Yo trabajo allí y te digo quién compra libros sobre demonios y diablos y cosas de esas, ¿verdad?

–Exacto. El Necronomicón para tarugos y tal. Eso sería muy útil

para ganar más gente a mi servicio, ¿a que sí?

Thomas no le dijo nada, pero, finalmente, al término de la comida, mostró su conformidad. Sabriel sonrió y pagó la cuenta, mientras pensaba cómo marcarse un tanto con Hasmed.

* * *

Mientras conducía hacia el centro de ocio municipal, sonó el busca de Hasmed. Leyó el mensaje en un semáforo en rojo y sonrió. Boyer "El monstruo de la leche" estaba deseando verle otra vez.

Roscoe Paum estaba ya en el vestuario cuando entró Hasmed. Estaba describiendo lentos círculos con la cabeza y moviendo los hombros para estirar los músculos.

–Harvey –dijo–. ¿Buenas noticias?

–He hablado con un tipo acerca del asunto.

–¿Y?

–Puede moverlos.

–¡Eh, eso es genial!

–No está mal –Hasmed abrió su taquilla y comenzó a desvestirse–. Obtendremos sólo una pequeña parte de lo que valen realmente pero, bueno, ya sabes.

–¿Eh? ¿Pero por qué?

–Porque no tenemos contactos; he ahí el porqué. –Se puso un pantalón de chándal y una vieja camiseta de los Rams de Los Angeles y comenzó a atarse las zapatillas.

–¿Se lo diste a un mafioso?

–Casi. Se lo di a Hamish Brennan.

Instintivamente, Roscoe miró a su alrededor para cerciorarse de que nadie los estaba escuchando. Se puso más cerca y bajó la voz.

–Harv, ¿es eso inteligente? ¿Quieres que la mafia se entere de tus cosas?

–Al final acabarían enterándose. Mejor que se enteren por mí –se puso en pie y se estiró hacia atrás–. Mientras se enriquezcan a nuestra costa, ¿qué más les da?

–Supongo, pero... Joder, Harv...

–Tranqui. Tendremos la pasta en una semana o dos a lo sumo.

Salieron del vestuario y empezaron a correr por la pista cubierta.
–Cambiando de tema –dijo Hasmed–; hace poco hablé con una compañera de Miami y me dijo algo realmente interesante.

* * *

Chuck Collins frunció el ceño. Había algo raro en la chica nueva. No es que las demás bailarinas no tuvieran rarezas; un par de ellas tenían nombres que hacían que Gwynafra sonara tan bien como "helado de vainilla". Algunas eran obsesivas o neuróticas o putas de ley. No tenía importancia. Chuck llevaba mucho tiempo en el negocio de los espectáculos de baile (aunque no se había hecho rico) y sabía cómo comportarse con ese tipo de personas. Pero no tragaba a las malditas yonquis.

Chuck tenía muchas cosas en la cabeza, derivadas de dirigir un espectáculo pequeño a la sombra de los grandes y glamurosos *shows* de Las Vegas, pero en un rincón de su cabeza una pequeña parte de su mente no dejaba de dar vueltas al asunto de Gwynafra. No había nada en concreto que pudiera señalar. Bailaba bien. Seguía bien las indicaciones del número. Sonreía y se contoneaba bien frente a los clientes. El público reaccionaba bien.

Quizás era eso. Ella sólo estaba bien.

Una hembra como esa (y en la intimidad de sus pensamientos, Chuck podía admitir que era algo realmente espectacular, la más hermosa pieza que se había exhibido en su escenario) debería hacer que los espectadores la miraran de veras. Pero no lo hacían. Había puesto una foto suya fuera, a la entrada, y eso había atraído a la gente. Pero, una vez dentro, la veían bailar un rato y luego se volvían hacia Bitsy o Estrella Radiante o incluso al bicho raro de Trunella.

Era como si su foto fuera más real que ella misma.

Pero Chuck no prestaba mucha atención a tales pensamientos.

Una noche después del espectáculo, la siguió. No se sentía especialmente mezquino por hacerlo; ya había seguido antes a sus chicas, cuando era presa de la excitación. Esta vez no era algo sexual o de *voyeurs*. Estaba protegiendo su inversión.

No se sorprendió especialmente cuando entró en una reunión de

Alcohólicos Anónimos de una iglesia luterana de la zona. Se sorprendió bastante al ver que hablaba con uno de los borrachos una vez concluida la sesión. Que una bailarina hablara con un tío no tenía nada de especial, pero sí el tipo que había elegido: ropas baratas, viejo, con los dientes partidos. Incluso en una reunión de esas había opciones mucho mejores, pero ella estaba hablando con el borrachuzo más andrajoso.

A Chuck le inquietaba que ella pudiera descubrirle, pero su curiosidad le hacía ser osado. Cuando el tipo fue al baño, Chuck también. Lo siguió cuando salió del retrete, se metió por otro pasillo adyacente y los espío desde una esquina.

–Beber sólo es una solución temporal a un problema permanente –estaba diciendo con ese extraño tono de profesor de colegio que empleaba a veces–. Bebes para calmar el dolor, ¿verdad?

El hombre murmuró algo afirmativo.

–Pero sólo estabas podando las ramas. Puedo darte algo que te lo arrancará de raíz.

El hombre masculló algo como respuesta. Parecía vacilante.

–Confía en mí, Jake. Yo solía sentirme tan atrapada y miserable como tú, pero hay una salida. Por favor.

Jake murmuró de nuevo y Chuck creyó intuir que estaba cediendo.

* * *

La librería Threshold tenía una mala ubicación en un pequeño centro comercial. Estaba empotrada entre un *seven-eleven* y la lavandería de limpieza en seco de Fong. Era pequeña, minúscula y estaba apartada del camino.

Además, su propietario no sólo tenía una mala cabeza para los negocios, se negaba a admitir material relativo al vudú y la santería (dos de las mayores religiones "alternativas" del mundo). Era un pagano pero más bien del tipo de paz universal, armonía y meditación. Se llamaba Free Feurstein y estaba al borde de la bancarrota cuando Angela Meyerhoff entró en la tienda con dinero suficiente para mantenerla a flote y algunas exigencias que parecían razonables (a

primera vista).

Una, quería un trabajo para su amigo Thomas. Dos, quería adquirir los materiales que su nuevo socio había estado rechazando hasta entonces.

Él se resistió, arguyendo que todos los interesados en vudú compraban las cosas en "Juan el Conquistador" y la clientela de santería lo hacía en la tienda de Frieda Cortez.

–No te preocupes por eso –le había dicho Angela–. Tú pon ese material a la venta.

Sorprendentemente, sólo una semana después la propietaria de la librería "Juan el Conquistador" cerró el negocio y se fue de la ciudad. Free pudo comprar la mayoría de sus existencias tiradas de precio. Corrió el rumor de que había presenciado la aparición de un espíritu maligno y que la había aterrorizado tanto que quería regresar a Haití.

En cuanto a Frieda Cortez, tenía talento para los negocios y no iba a permitir que nada la intimidase. Sin embargo, su tienda sufrió un duro revés cuando se inundó inesperadamente, perdiendo así casi la mitad de sus existencias. Ella se mantuvo firme, pero el coste de reemplazar los libros dañados dio al traste con sus ahorros lo que la obligó a bajar los precios para vender más. Pero con un margen de beneficios tan pequeño, le costaría mucho tiempo recuperarse de los daños y, mientras, Threshold podría arrebatarle muchos de sus clientes.

Al menos así se lo había explicado Angela a Free.

* * *

El hombre de piedra se topó con un problema al octavo día de su carrera. Estaba corriendo por el arcén de una autopista estatal, subiendo y bajando cuestas, cuando una ranchera se colocó junto a él.

–Eh, oiga, ¿quiere que le lleve a alguna parte?

El hombre de piedra no dijo nada porque no podía hablar.

–¡Eh!

Sólo el sonido de sus fuertes pisadas sobre la grava fue su respuesta.

–¿Va todo bien? O sea, ¿ha tenido un accidente o así? ¿O está haciendo ejercicio?

–Joder, Clancy, el tío ese te está ignorando.

Darren y Clancy, los dos jóvenes hermanos del vehículo, estaban aburridos e inquietos. Habían estado conduciendo por la zona sin ningún objetivo, bebiendo latas de cerveza, escuchando a Travis Tritt y hablando de si preferirían tirarse a Shania Twain o a Beyonce Knowles. El hombre que corría a su lado y los ignoraba era una distracción. Aceleraron y se cruzaron frente al hombre de piedra.

–¿Adónde se dirige? –preguntaron, pero él los rodeó y siguió corriendo. Clancy, el hermano mayor, de dieciocho años y miembro del equipo de natación, echó a correr detrás y lo alcanzó fácilmente, poniéndose justo delante del hombre de piedra.

Sin variar su ritmo, el corredor lo apartó de su camino con un empujón.

–¡Eh, cabrón!

–Clancy, ¿estás bien?

Clancy se levantó, poniendo una mueca de dolor mientras se agarraba el costado.

–Ese hijo de puta –siseó mientras su rostro se contraía por el punzante dolor.

–¡Hijo de perra! –gritó Darren y cogió una piedra. Era de buen tamaño, unos dos kilos y medio, y la lanzó con fuerza y gran habilidad. Impacto en la nuca del hombre y se deshizo. Este no se alteró lo más mínimo.

–¿Qué cojones...? –dijo Darren y había miedo en su voz.

–¡Joder, tío, creo que me ha roto una costilla!

–Pues, vamos... Vamos al hospital, ¿vale?

–¡Todavía no! –dijo Clancy con fuego en los ojos. Volvió al vehículo y se metió en el asiento del copiloto, gruñendo y mordiéndose el labio, para llegar al del conductor.

–Clancy, ¿qué haces? Hay algo raro en ese tío. Algo sobrenatural.

–Otra razón de más –se intentó poner el cinturón pero dio un quejido y lo dejó.

–Vámonos, ¿eh? ¿Nos vamos al hospital?

–¿Quieres dejar a esa cosa corriendo por aquí?

–Igual... Igual ya le hemos tocado bastante las narices.

–Dijiste que era sobrenatural –Chuck hizo una maniobra y la ranchera volvió a la carretera–. ¿Te metes o no?

Más tarde, Darren se preguntaría por qué se metió. Supuso que lo hizo porque Clancy era su hermano.

Clancy no podría haber explicado su comportamiento. Su orgullo estaba herido, sin duda, y su cuerpo había sido magullado, pero su sentimiento preponderante era el miedo. No sabía qué era ese hombre, esa *cosa*. Le había herido y ahora quería devolverle el golpe. De hecho, *necesitaba* hacerlo. No tenía alternativa si no quería pasar el resto de su vida sintiendo miedo.

Así que puso a plena potencia el motor de ocho cilindros de su camioneta y fijó como blanco la mitad de la espalda del misterioso corredor.

Darren gemía de miedo a su lado, pero Clancy tenía que hacerlo. No tenía ni idea de que incluso un cuerpo de carne puede producir tremendos daños a un vehículo de metal (o, en este caso, un vehículo metálico con estructura de fibra de vidrio y plástico). Y, por supuesto, no tenía forma de saber que el objetivo de su carga tenía el peso y la densidad de un peñasco de granito.

El choque produjo un estrépito ensordecedor.

La delantera del coche se destrozó amoldándose al hombre de piedra, doblándose como la pajita de un refresco. Los dos chicos se precipitaron hacia delante mientras se activaban los *airbags*. Como Clancy no tenía puesto el cinturón, se resbaló a la izquierda, impactó contra la esquina del *airbag* y su cabeza se estrelló contra la ventana. Murió. Darren se rompió dos costillas cuando se tensó el cinturón de seguridad y ahora se movían libremente en su esternón, pero estaba vivo para ver cómo el hombre que habían embestido se liberaba de los restos de coche que lo rodeaban.

Después, contó a la policía que parecía como si el hombre estuviera estriado con cientos de grietas. Les contó que sangraba polvo gris pero lo anotaron en el informe como efectos de la conmoción.

Ya no era tan liso ni tan rápido y parecía cojear un poco cuando

movía su pierna izquierda, pero comenzó a correr de nuevo.

* * *

A Sal le costó prácticamente toda la tarde averiguar de dónde había sacado Ciullo los diamantes. Sabía que debía haber prestado atención a otras cosas (perseguir el perdón de Johnny Bronco, alinearse en una acción exterior o tratar de averiguar qué estaba haciendo Acero Pete), pero el asunto de Ciullo le tenía intrigado. Había sondeado a sus soplones callejeros, había hablado con gente relacionada con las piedras preciosas, había invitado a unas tazas de café a algunos policías y, finalmente, había pagado uno de los grandes para hacerse con una copia de la cinta de vigilancia de una comisaría.

Ahora, sentado en su sofá con un puro, Sal no podía dejar de verla.

Oyó el timbre de la puerta y el alegre saludo de su mujer y, momentos después, Vietnam Ham Brennan se presentó en el salón de Sal.

–¿Y bien? –dijo Ham. Se fijó en el albornoz y el puro de Sal y, por un momento, se permitió tener la esperanza de que aquella fuera una visita social. Pero la expresión del rostro de Macellaio hizo que desechara ese pensamiento rápidamente.

–Mira esta cinta, Ham.

–¿Hay algo de follisqueo?

–Tú y yo siendo jodidos –dijo Sal agriamente.

Hamish se sentó en el sofá a una respetuosa distancia de su jefe y miró hacia el televisor.

–Esto es de la cámara de vigilancia de una comisaría –dijo Sal. Siguieron mirando.

–¿Qué tengo que ver exactamente?

–¿Ves a ese tipo, el de la gorra?

–Sí.

–¿Ves cómo se aparta del camino de los policías uniformados?

–Sí. ¿Y qué?

Sal se encogió de hombros.

–Bueno, aquí viene lo bueno. Esto es de otra cámara.

Se produjeron algunas interferencias de estática y luego vieron al hombre cubierto entrar en una habitación en la que había dos policías. No había sonido pero era evidente por el lenguaje corporal que uno de los agentes estaba agitado. El policía inquieto sacó su pistola y comenzó a apuntar con ella hacia todos los rincones. El hombre de la gorra se apartaba de su camino; no lo esquivaba sino que parecía que andaba de puntillas, aunque era perfectamente visible, iluminado por la ubicua luz fluorescente.

–¿Qué demonios es esto? –preguntó Vietnam Ham.

–Tú mira.

Hamish vio que el otro policía sacaba su pistola aturdidora y abatía a su compañero. Incluso se rió un poco, hasta que un débil y malhumorado sonido de Sal le hizo callarse.

–El policía raro, el que sacó su arma, es Rickie Rosen.

–¿El *pit bull*?

–Exacto.

Ambos había oído hablar de Rickie Rosen. No era corrupto en el sentido convencional, aceptando sobornos y haciendo favores. Era corrupto porque daba palizas de muerte a los sospechosos detenidos, porque aterrorizaba a los testigos indecisos para que corroboraran el informe policial, porque solía asesinar a criminales y luego les ponía un arma sin identificación (pistolas abandonadas por asaltantes y nunca entregadas a las autoridades) en la mano para poder alegar defensa propia. Era un psicópata, un asesino. Un *pit bull*.

–¿Así que encañona al tío de la gorra y su compañero lo tumba? Es extraño.

–Y no sólo eso. Es mucho más extraño. Míralo otra vez –dijo Sal, mientras rebobinaba–. Apunta con su arma *hacia* el tío de la gorra pero no le apunta a él exactamente. Ninguno de los dos mira ni una sola vez a ese tipo directamente.

–¿Y qué es lo que piensas?

Sal no podía decirlo, no sabría cómo, pero estaba pensando en Ciullo en los altos hornos, y en cómo reptaban las sombras a su alrededor...

–Los diamantes estaban en el almacén de la policía –dijo Sal a

Hamish—. Alguien, este tipo, creo, reventó las cerraduras con nitrógeno líquido y robó las piedras.

—¿Y por qué no usó una ganzúa?

—No sé. Pero la pregunta del millón es, ¿cómo es que nadie lo vio?

Hamish se encogió de hombros.

—Bueno —dijo—, lo que está claro es que no le dejarían irse sin más, ¿no? Quiero decir, robar en una comisaría es una jodida estupidez, ¿eh?

—Sí —dijo Sal calmadamente—. Es una locura. Es el tipo de cosas que te esperas de un tío con daños cerebrales.

Estuvieron en silencio durante un momento.

—Probablemente Ciullo está implicado, sí —dijo Vietnam Ham—. Resulta que no soy el único tipo que ha recibido un regalo.

—¿Cómo?

—Envió uno a Johnny Bronco, con el deseo de que se recuperase.

—¿No fue el último tipo que habló con Bronco antes de que le diera aquel ataque serio?

Hamish se encogió de hombros.

—¿Crees que la pasma lo atrapará?

—Creo que los polis fingirán que esto nunca ha pasado. No quieren quedar como payasos, ¿sabes? Y aunque supieran que fue Ciullo, aunque, supongamos, uno lo delatase, ¿cómo podrían probarlo? La cinta del delito les costaría su mejor saco de músculos y todos los polis "decentes" tendrían que empezar a hacer ellos mismos el trabajo sucio, mientras Rosen estaría vaciando papeleras en algún programa de recolocación. Que va. Creo que lo dejarán pasar, porque no creo que tengan ni idea de quién lo hizo.

—¿Cómo es que no le ven? O sea, no es que sea un tío que pueda pasar inadvertido, con esa cosa en mitad de la frente.

—No lo sé, amigo mío —dijo Sal pausadamente—. He visto cosas raras de cojones pero...

—Sí —Hamish se mordió el labio—. En la jungla —dijo al fin—, vi tíos que podían hacer cosas increíbles. Parecía como si se desvanecían de la vista. Y los amarillos... Había algunos del Cong que

se podían colar en cualquier sitio, o eso parecía. Como putas hormigas. No podías impedir que entrasen –sacudió la cabeza–. ¿Así que crees que el patán de Harvey Shooleo aprendió esos trucos amarillos de camuflaje a lo cona-fú o qué?

Sal rebobinó la cinta.

–¿Quién más que tu conozcas lleva una gorra de los Cubs?
–preguntó.

* * *

Pamela Creed se inclinó y leyó el folio de su máquina de escribir. Era una IBM eléctrica. Decía a la gente que escribía sus novelas a máquina porque el ruido de las teclas la llenaba de energía y porque el fósforo frío y anodino del monitor del ordenador la sacaba de contexto, impidiendo su flujo creativo. Cuando pensaba en ello, se lo creía. Cuando no pensaba en esa explicación en concreto, los ordenadores la asustaban e intimidaban.

Pam trataba de avanzar en su novela de amor de época isabelina, feminista y postmoderna, pero estaba atascada desde que fue raptada por un demonio en el desierto.

Exhaló un suspiro y posó la vista sobre la gruesa pila de folios ya escritos. Había tratado de escribir ayer también pero acabó revisando de nuevo los pies de página y anotaciones. Había encontrado un par de errores tipográficos y había reescrito las páginas. Ahora tenía que darle un empujón a la novela pero no sabía cómo empezar.

Llamaron a la puerta. Pamela creía que debía sentirse irritada, así que ignoró la sensación de alivio que experimentó cuando se acercó a la puerta a echar una ojeada por la mirilla.

Cuando vio a la monstruosa mujer de barro con un hombre de pésimo aspecto colgado de su brazo, el primer instinto de Pam fue fingir que no había nadie en casa.

–Pamela Creed –dijo la criatura llamada Gwynafra–. Abre la puerta. Sé que estás dentro –llamó otra vez, con un sonido seco y fuerte, como el producido al golpear madera con una piedra.

Pam se mordió el labio y abrió la puerta.

–Mira –dijo–, no sé qué...

Gwynafra la empujó a un lado sin esfuerzo y metió al hombre dentro. Sus ojos estaban enrojecidos, como si hubiera estado llorando, y sus pasos parecían inseguros.

–Necesito tu ayuda –dijo Gwynafra sin rodeos. Pamela pestañeó varias veces.

–Eh... No sé qué quieres que haga exactamente.

–Jake, ¿te importaría dejarnos un momentito a solas para que Pam y yo podamos hablar?

Él asintió y se dirigió medio desfallecido a curiosear en la estantería de libros de Pam. La mujer de barro bajó la voz y le explicó lo que quería. Pam palideció y se quedó boquiabierta.

–Oh no. No, no, no. Mira, no sé qué es lo que piensas...

–Pam, accediste a servir a Avitu. Éste es un elemento crítico. Este hombre, Jack Steubbens, necesita la bendición de Avitu, y por ahora tú eres lo más parecido que tenemos a un chamán sabio y despierto.

–Lo siento. Yo no accedí a, a...

–Lo hiciste. Accediste a someter tu voluntad a la de Avitu. Lo siento, Pam. Ojalá fuese diferente. Ojalá conocieses la bendición de la ignorancia, pero estás condenada a sufrir la maldición de Lucifer durante un poco más de tiempo, al menos. Mientras lleves esa carga, puedes servir como sacerdotisa.

–¡No soy una sacerdotisa!

–Hiciste un juramento. Aceptaste a Avitu como tu ama. Me temo que lo eres.

–¿Pero no puedes hacerlo *tu*?

Gwynafra sacudió su bella cabeza con tristeza.

–Ojalá pudiera. Puedo ayudarte pero la ceremonia real debe ser ejecutada por uno de los hijos predilectos de Dios. Tiene que ser la elección de un alma humana, una voluntad humana.

–No lo haré. Yo no lo haré.

–Debes.

Gwynafra cogió a Pam de la mano y de pronto a la inexperta novelista se le cortó el aliento. Jadeó y se arqueó hacia delante pero parecía que todo el aire había sido succionado de la habitación. Levantó la cabeza y parecía que su visión se estrechaba, formando

una especie de túnel, hasta que lo único que podía ver era la pétrea belleza de la emisaria de la diosa en la Tierra.

De algún modo, Pam sabía que no sólo había desaparecido el aire, y sus pulmones y su garganta habían sido despojados de oxígeno; podía sentir que su vida se le escapaba, sentía la misma sensación de desfallecimiento y pérdida que le producía cada carta de rechazo. Se preguntaba si era su alma, si era eso lo que estaba consumiendo Avitu.

Cuando las rodillas de Pam golpearon en suelo, el auténtico dolor físico comenzó: un dolor abrumador y desgarrador en lo más profundo de sus pulmones.

No quiero morir así, pensó, pero su boca ya estaba balbuceando:

–Lo haré. ¡Lo haré!

–Excelente –Gwynafra soltó su muñeca y echó un vistazo al apartamento–. ¿Tienes una aguja de hacer punto, un destornillador... o quizás un punzón, algo así?

Sin aliento, Pam sacudió la cabeza.

–No importa –dijo la criatura de barro, dirigiéndose con aire de suficiencia a la cocina–. Ya encontraré algo.

Pam se sentó torpemente en una silla y trató de coger aliento.

–¿Estás bien?

Levantó la vista y vio los ojos rojos y la amoratada nariz de su otro invitado. Jake, supuso.

–No –susurró.

Le puso una mano sobre el hombro y ella lo apartó instintivamente con una mueca de asco en los labios. Olía a sudor y no el típico olor fuerte que uno desprende en el tiempo que media entre el *jogging* y la ducha. Este era un sudor viejo, rancio y espeso. Un sudor que se había secado días atrás pero que aún seguía allí. Y las uñas de sus dedos estaban sucias.

Se sintió avergonzada por su reacción, se sentía como una esnob remilgada y engreída y ella no era así. Y luego pensó en lo que le iba a hacer y se estremeció.

–No te preocupes –dijo él–. Yo lo quiero.

–¿Realmente entiendes...?

Él asintió.

–Ella dijo que con eso se arreglaría todo –sus ojos brillaban de fe, tal vez una fe desesperada–. Que ya no tendría más tentaciones y que no tendría miedos ni preocupaciones ni infelicidad. Que sólo existiría. Como una nube o una montaña.

–O como un animal –ella tragó saliva–. O como un vegetal.

Gwynafra entró en la habitación con un cuchillo de cocina en la mano.

–Ya siento lo que voy a hacer –dijo–. Te conseguiré otro.

Mientras Pam y Jake la miraban, el filo del cuchillo se retorció sin que lo tocara. Era como ver a Uri Geller doblando una cuchara, sólo que esta vez el filo se estaba contrayendo, curvándose en sí mismo, volviéndose más largo y delgado. En unos momentos, había pasado de ser un cuchillo a ser un picahielos de quince centímetros.

–Creo que deberíamos hacer esto en el cuarto de baño –dijo Gwynafra sosegadamente–. Y probablemente sería más conveniente que estuviésemos todos desnudos.

–Conveniente –susurró Pam.

–De acuerdo –contestó Jake–. Todo va a salir bien. Ella lo prometió.

–No puedes creerla... –replicó Pam, pero su voz era débil y desfallecida, sin pasión. Podía sentir los acontecimientos que se avecinaban. Era inevitable.

Se desvistieron y doblaron sus ropas y los tres se introdujeron en el pequeño cuarto de baño de Pam. Jake se metió en la bañera, con los pies hacia los grifos. Gwynafra se colocó detrás, apretando los hombros de Jake entre sus rodillas. Este apoyó la cabeza sobre su vientre, justo debajo de los pechos.

Hizo un chiste sobre estar desnudo con dos mujeres pero nadie rió.

Pam se puso de rodillas fuera de la porcelana blanca. Gwynafra cruzó los tobillos sobre la pálida tripa de Jake, inmovilizando sus brazos. Puso una mano a cada lado de su cabeza.

–Creo que una mordaza sería una buena idea –dijo ella. Jake asintió y Gwynafra soltó su brazo para que cogiera una esponja y se la metiera en la boca. Entonces volvió a poner su brazo tras la pierna de

ella.

–Muy bien, Pamela –dijo la criatura del demonio calmadamente–. Pon el punzón sobre su cara, a lo largo de su nariz.

–No puedo hacerlo.

–Puedes, debes y lo harás. Pon el metal junto a su nariz. La punta tiene que colarse por el conducto lacrimal. Ahí. Ahora gíralo un poco... Tiene que estar en ángulo, ligeramente. Si su cara fuera un reloj y el centro fuera justo entre los ojos tienes que apuntar a las seis y media.

–Oh, dios –Pamela temblaba terriblemente.

–Acerca la punta al ojo.

–Oh, Jesús...

Jake masculló algo animoso entre su mordaza. Gwynafra se inclinó hacia delante para rodear su cabeza con el brazo izquierdo, sujetándola como un balón de fútbol. Levantó la derecha y sujetó firmemente la trémula mano de Pam.

–Así, muy bien –dijo sosegadamente–. Ahora empuja. No demasiado fuerte. Hazlo bien, suave y despacio.

Un sonido estremecedor, grave y lastimoso se escapaba de la boca de Pam.

–Pam, ahora respira. Tranquila. Lo estás haciendo bien. Así se hace.

La temblorosa punta bailó alrededor del rabillo rojo del amarillento ojo derecho de Jake. Emitió un ruido afligido, insistente, ahogado y animal, cuando la punta del punzón arañó y rasgó el delicado tejido. Emanaron diminutas gotas de sangre.

–¡Mételo! ¡Empuja! ¡Vamos! ¡Pero no muy fuerte, suave!

–¡AaaaAAAAAHHH!

–¡No, Pam! ¡No cierres los ojos!

Pero la escritora lo hizo, cerró los ojos, giró la cabeza y empujó con fuerza. Jake dio un ronco alarido pero quedó ahogado por el propio chillido de Pam. El hombre se revolvió unos instantes en la fuerte presa de Gwynafra y luego se quedó inmóvil.

–Oh no, Pam. Lo has matado.

A muchos kilómetros de distancia, una bandeja de loza se resbalaba de la mano de Teddy Mason. La había lavado y aclarado y estaba secándola, porque habían servido en ella un filete y era demasiado grande para meterla en el lavavajillas. La estaba secando mientras caminaba hacia la puerta del armario donde la solían guardar, cuando su mente se quedó en blanco. No era un vacío total, un vacío gris y neutro. Era un vacío de pérdida insoportable. Teddy supo, sin duda alguna, que algo especial y precioso había sido innecesariamente desperdiciado, malgastado sin ningún sentido porque él no estaba allí para... supervisar las cosas.

Se sintió aturdido por tan trágica pérdida y supo que era por su culpa. Entonces el plato cayó al suelo y se hizo pedazos y le dijo a Birdie que se le cayó porque era terriblemente torpe. Después de barrer los fragmentos, fue al teléfono del dormitorio y pagó una gran suma para adelantar su vuelo a Las Vegas una semana.

Chuck Collins reflexionó cuidadosamente y decidió hacerlo de la forma más cobarde que pudo.

Echó otro vistazo al periódico, escudriñando la foto de Jake Steubbens. Normalmente, la muerte de un desahuciado adicto al vino y al juego no sería asunto de portada, ni siquiera de última página, pero, dado que su cara había sido destrozada a golpes y que habían tenido que identificarle por las huellas digitales... Eso despertó la curiosidad y el nerviosismo de la gente. La foto era de uno de los numerosos arrestos de Steubbens por mendicidad.

No podía asegurar que fuera el tipo con el que había estado hablando Gwynafra, pero tenía una corazonada mayor de la que se tiene jugando a la ruleta. Lo suficiente para despedirla y zanjar el asunto. Si la policía descubría quién se cargó a Steubbens, pues muy bien. Si no, al menos la habría alejado de él y de las chicas. Si no

estaba implicada en absoluto, bueno, mala suerte. Además, ella seguía teniendo algo raro.

Oyó que las chicas salían del escenario así que se colocó en el pasillo, contemplando cómo desfilaban hacia el vestuario común.

Cuando vio que salía ella, la llamó:

–¡Doakes! Ven aquí.

–¿Sí? –preguntó mientras él la llevaba a su despacho. Cerró la puerta tras ella.

–Toma asiento.

–¿Qué es lo que pasa?

Se sentó en su sillón y dijo:

–Doakes, lo siento pero no marcha bien. Tengo que prescindir de ti.

Había aprendido de la experiencia que, al despedir bailarinas de *top-less*, a veces era conveniente tener un gran escritorio en medio.

Pero Doakes se lo tomó bien; su expresión ni siquiera cambió.

–¿Por qué? –dijo al fin.

Exhaló un suspiro y mostró una bolsita llena de droga.

–Encontré esto entre tus cosas, Doakes. Cristo, podrías haberlo escondido de mí al menos, ¿no te parece?

–¡Eso no es mío!

–Ahórratelo –sacudió la cabeza–. Sabes que no contrato yonquis, Doakes. No voy a ir a la policía. No quiero jaleos de ese tipo. Pero estás despedida.

Permaneció un instante en silencio y luego se levantó para irse.

–Te enviaré tu paga a aquel código postal –le dijo mientras se retiraba.

Ella salió y cerró la puerta. Chuck resopló con satisfacción. Ella podría sospechar que sabía algo de lo de Steubbens pero no podía estar segura del todo. Además, le había dicho que no iría a la policía. Y se podría imaginar (si tenía algo de cerebro y *estaba* relacionada con la muerte del vagabundo) que podría haber hecho una simple llamada a la pasma y tenerlos esperando a que ella saliera del escenario. Él creía que ya no iba a dar problema alguno.

Quince minutos después, varias bailarinas vieron a un hombre fornido de piel oscura y pelo parduzco entrar atropelladamente por la

puerta del retroescenario y dirigirse en línea recta a la puerta del despacho de Collins. Hubo un breve ruido de lucha y después el hombre salió corriendo de nuevo. Cuando las testigos se asomaron cautelosamente a la oficina, era evidente que Collins estaba muerto.

Al día siguiente, Gwynafra se presentó en el trabajo como siempre.

* * *

Boyer el Lechero parecía impaciente. Había llegado a la oficina de Maese Fortuna antes que él pero no estaba enfadado sólo por la espera. Quería empezar la sesión de una vez.

–Tenías razón, tenías razón –dijo cuando cruzaron la puerta–. Eran ellos, eran ellos todo el tiempo. No querían dejarme en paz, ni siquiera desde sus tumbas.

–Eso es.

–¿Y qué hay del resto? –se sentaron en extremos opuestos de la mesa, pero Boyer estaba en el borde de su silla, inclinándose hacia delante con impaciencia–. ¿Puedes hacer el resto, verdad?

–Eso creo.

–Ciullo, *tienes* que hacerlo –la vehemencia de Boyer era desagradable. Su recelo natural había invadido su rostro, donde hacía extraña pareja con los destellos de crueldad–. Me lo dijiste, ¿no es cierto? Dijiste que al regresar serían vulnerables. Esa fue tu palabra, "vulnerable". Dijiste que, si hacía lo que decías, podría herirlos como ellos me hieren. Que podía destruirlos. Lo dijiste, Ciullo.

–Dije que podía ver esa posibilidad.

Como si se hubiera accionado un interruptor, el recelo y la esperanza se tornaron puro odio.

–¿Me estás jodiendo? –sus manos se agitaban. La izquierda agarró la muñeca derecha de Hasmed y la otra mano le cogió por el cuello de la camisa y tiró de él hacia la mesa.

Lentamente, la mano de Hasmed se alzó para quitarse las gafas de sol. La mirada que lanzó sobre Boyer era tan distante como la cumbre de una montaña y tan mortalmente fría.

–Tú crees que quieres seguir –dijo.

–Tú lo has dicho.

–Cuando dije que había una posibilidad, eso significaba que podría no ocurrir. Siempre hay esa posibilidad en todas estas cosas, ya sea exorcismo o... no sé... algún otro tipo de rito.

–No te estás echando atrás –era una amenaza y una afirmación a partes iguales.

–Yo no. La pregunta es, ¿lo harás tú?

–Haré lo que sea.

El sanguinolento ojo de Hasmed parpadeó y el Monstruo de la leche lo soltó lentamente, reclinándose en el respaldo.

–Excelente –la voz de Fortuna cambió, adquiriendo gravedad y autoridad.

Boyer inspiró profundamente y entornó los ojos.

–¿Y bien? –Se humedeció los labios–. ¿Qué tienes?

Hasmed se puso en pie y mostró su verdadera apariencia. Sus alas se desplegaron, rozando las paredes de cada lado. Sus heridas, las marcas de la muerte humana, refulgían en su rostro con impía luz.

Boyer no gritó. No retrocedió. Lo contempló mientras una pequeña sonrisa crecía en su rostro.

Era la expresión de un hombre que había estado buscando un demonio toda su vida.

–Sí –susurró.

–PUEDO SANAR LAS HERIDAS QUE TUS PADRES TE INFLIGIERON –entonó Hasmed–. NO CAMBIARÉ EL PASADO PORQUE TE HA HECHO TAL Y COMO ERES. Y NO CAMBIARÉ TU ALMA PORQUE SON SUS HERIDAS LAS QUE ME HACEN DULCE TU DOLOR. PERO EL TORMENTO QUE HAS PADECIDO CESARÁ PARA SIEMPRE Y TU CUERPO SERÁ LIBERADO DE LAS MARCAS DE TUS PADRES.

–Sí.

–PERO EL PRECIO ES ALTO. POR ESTOS SERVICIOS, RECLAMO TU ADORACIÓN Y OBEDIENCIA. SERÉ TU DIOS Y TÚ SERÁS MI ESCLAVO.

–¡Sí! ¡Sí!

Hasmed avanzó un paso y rodeó al humano con sus alas. Lee Boyer Jr. se elevó del suelo y sintió cómo atravesaban su cuerpo

delicadas brisas, barriendo las cicatrices como hojas en el viento otoñal. Sintió enderezarse la pierna que le hacía cojear. Sintió cómo su hombro (el izquierdo, por donde su padre siempre le agarraba) se recomponía y volvía a su sitio. Incluso su rostro se vio renovado, mientras la nariz fracturada por su madre regresaba a su estado original.

Mucho más dulce fue el gozo de su corazón al saber que este ser, este monstruo sagrado, destruiría las almas de sus padres para siempre, consumiéndolas quizás o condenándolas al fuego. Ese pensamiento le colmó de un profundo y puro placer.

No sospechaba que había sido engañado.

Cuando abrió los ojos, se encontró con Harvey Ciullo, con el mismo aspecto de siempre, de pie frente a él. Pero Boyer no tenía dudas. Podía sentir algo nuevo en su interior.

–Bueno –dijo el adivino–. Sobre este asunto que estoy organizando en Florida, ¿quieres tomar parte en él?

* * *

Al principio, trabajar en la librería *new age* era una labor muy agradable. No entraba casi nadie. Era como trabajar en el video-club, sólo que Free era mucho menos gilipollas que su antiguo jefe.

En el curso de sus múltiples horas de aburrimiento, sin embargo, Thomas había cogido un par de libros que estaban por ahí: *La rama de ébano*, *Manes Malus*, *La puerta zurda*. Pero nada con un terrorífico demonio en la cubierta.

Saber que había hecho un pacto con una criatura semejante no incentivaba ese tipo de lectura. Además, dado que gran parte de lo que decían esos libros eran chorradas, según su propia experiencia ("el demonio no puede obligar, sólo persuadir"), y contradecían lo que se indicaba en otros, supuso que todo eran paparruchas.

Al principio los escasos clientes de la tienda solían ser mujeres blancas entradas en carnes vestidas de colores pardos con voces agudas y veladas y con muchos collares. A veces había divisado al macho de la especie, inevitablemente barbado, generalmente con coleta, pero las mujeres eran mayoría. De vez en cuando, aparecía

alguno joven, esmirriado, con *piercings* y tatuajes; el género de estos podía ser masculino, femenino u opcional. No acostumbraban a comprar mucho.

No mucho después de empezar el empleo, sin embargo, Free le había hecho descargar un montón de material en el almacén. Después los dos trabajaron toda la tarde moviendo de sitio manuales de oniromancia y libros de *Starwind* para dejar espacio a raíces, banderas y velas y un montón de cosas que parecían diferentes de las existencias habituales de Free.

Después de esa tarde, se produjo un goteo de nuevos clientes. Negros, la mayoría de ellos negros de piel realmente oscura y muchos con extraños acentos o pañuelos en la cabeza o ambas cosas. No eran parlanchines como las mujeres de tonos pardos. Compraban sus velas y sus plantas y se iban. Algunos le prestaban atención suficiente para dirigirle una mirada de desprecio.

Entonces, no mucho después, los estantes se abarrotaron aún más con un tipo *diferente* de parafernalia y otro segmento del espectro social hizo su aparición. Todos estos eran hispanos, vestidos con vaqueros y camisetas a cuadros, botas de *cowboy* o sandalias. Como los negros, no estaban muy interesados en hablar, lo que le parecía genial a Tom.

No pudo dejar de percibir que los dos nuevos grupos parecían generalmente más pobres que los clientes originales. Pero venían más a menudo y gastaban más dinero.

Roscoe Paum estaba inquieto por lo de Lee Boyer el Monstruo de la leche, incluso después de que Hasmed le asegurara que todo iba bien y que no tenía de qué preocuparse, que los rumores acerca de Boyer eran cuentos de viejas. Hasmed al final se hartó e hizo de "Zoth el Azote Maldito", contándole a Paum que Boyer no le haría daño, que estaba bajo su control; básicamente las mismas cosas que le diría como Harvey. Pero, tal y como había supuesto, Paum prestó más atención al demonio que al hombre.

Incluso después de eso. Ros estaba temblando de miedo cuando fueron a recoger a Boyer, lo cual no le hacía ninguna gracia a Hasmed. Conseguir que Helena accediera a cuidar de Tina un fin de semana entero le había costado todas sus habilidades persuasivas

innatas, que no eran muchas. Se le había pasado por la cabeza que podría modelar su mente usando su grandiosidad angélica pero no lo hizo. No quería malgastar energía en uno de sus aliados. Tampoco quería arriesgarse a sufrir las consecuencias si fallaba. Y, sin duda influido por los restos de afecto de Harvey, no quería jugar con la cabeza de Helena.

Al final, se inventó una historia sobre una entrevista de trabajo con un viejo amigo del instituto. La mentira no se habría sostenido si ella hubiera reflexionado un poco pero la deslumbró al mencionar el dinero. Él nunca le había ofrecido dinero para que cuidara de Tina (ya fuera antes de su muerte o después de ella), así que la visión de un pequeño fajo de billetes de veinte la convenció de que lo del viaje iba en serio. Aún tenía sus reservas pero le concedió el beneficio de la duda.

Tina fue mucho menos comprensiva. Lloraba como si la estuvieran torturando cuando él dejó el apartamento y Helena tuvo que agarrarla para impedir que corriera tras él. Tina pegaba a su tía y le daba patadas pero era inútil.

Mientras se cerraba la puerta del ascensor, Hasmed tuvo uno de esos extraños momentos desagradablemente humanos de culpa y alivio.

Entonces Roscoe volvió de nuevo sobre el tema de Boyer y Hasmed le dijo qué cerrara el pico.

–Eh, Temblores –dijo Lee mientras se metía en el asiento de atrás del Dodge de Roscoe–. ¿Cómo te va?

–No me puedo quejar. ¿Tú qué tal, lechero?

Boyer se puso blanco. Incluso sus labios estaban blancos.

–No me llames así.

–No me llames Temblores.

–Chicos, chicos –dijo Hasmed–. Tranquilos, ¿vale? ¿Podemos hacer esto sin ver cuál de los dos los tiene más grandes, por favor?

–Tú ocúpate de lo tuyo –masculló Boyer, reclinándose en su asiento.

Estuvieron así todo el camino hasta el aeropuerto.

Jennifer se despertó cuando Joeesha Murfee dijo:

–Esa zorra nos ha robado las cartas.

–¿Qué?

–Las debe de haber cogido anoche mientras dormíamos.

–¡Maldita sea!

Stuart Flaubert se había rendido dos días antes, abandonando a Joeesha, Brandon y Jennifer.

Cuando llegaron a aquel paraje de nubes y relámpagos, con la tierra milagrosamente suspendida sobre ellos, todo era impresionante, alucinante e increíble. Ahora simplemente era aburrido.

Jennifer se había esforzado mucho en doblar y cortar en pedazos una bolsa de papel y, con la ayuda de un bolígrafo de su bolso, había conseguido hacer una baraja de cartas. Los prisioneros habían pasado el día jugando a picas y corazones. Habían jugado a todas las variedades de póquer que conocían; no se jugaban nada, simplemente marcaban sus victorias y derrotas con nudos en los cordones de sus zapatos. Incluso que Brandon les acusara de hacer trampas les parecía divertido entre tanto hastío. Incluso el aburrimiento era mejor que considerar su destino o su dilema.

Habían tenido mucho cuidado de que no se les cayera ninguna carta, ya que no había suelo que las pudiera detener. Habían pasado otro día sin volverse locos o rendirse al demonio y, por la noche, les había robado las cartas.

–Bueno, aún podemos conversar –dijo Brandon.

–¿Habéis leído *No tengo boca y debo gritar*? –preguntó Jennifer.

Joeesha negó con la cabeza. Brandon hizo lo mismo.

–Gustavus estaba muy interesado en la ciencia-ficción. Quizás porque la odiaba. De todos modos, me animó a que leyera esa historia.

–¿Y?

–Trata sobre unas personas que son prisioneras de un ordenador malvado y finalmente deciden, casi sin pensarlo ya que puede leer sus mentes, matarse unos a otros.

Hubo un momento de silencio. Brandon, Joeesha y Jennifer

intercambiaron una mirada. Todos asintieron pero ninguno se movió.

–Vamos –dijo Jennifer–. ¡Probablemente no faltará mucho tiempo para que se presente aquí!

–¡Deberías habernos dicho esto antes, cuando se fue y estaba caminando en la otra dirección, no ahora que está viniendo hacia aquí!
–gritó Joeesha.

–Bueno, lo siento, pero, ahora que lo hemos dicho, sabemos que nos ha oído. ¡Tenemos que hacerlo ahora!

–¿Seguro que es esto lo que quieres? –preguntó Brandon inquieto.

–Eh, prefiero morir que rendirme a esa cosa –dijo Joeesha–. Yo seré la primera.

Jennifer se mordió el labio y luego, vacilante, agarró de la manga a Joeesha.

–Vamos –dijo a Brandon–. Podemos usar el rayo.

–¿Estás segura?

–¡Hacedlo! –chilló Joeesha.

Brandon la cogió del otro brazo, sin ningún esfuerzo, y los tres comenzaron a caminar hacia la cegadora columna de luz.

–Mierda, podríamos saltar dentro solos. *Tú* podrías.

–No sé si tengo agallas –dijo Joeesha, con los ojos desorbitados–. Además, el suicidio es pecado.

–Oh, ¿y empujar a alguien a la muerte no lo es?

–Jesús, empiezas a hablar como Gustavus –masculló Jennifer.

Gwynafra apareció ante ellos, surgiendo de entre las nubes. Se quedaron paralizados.

–Pobres niños –dijo. Su expresión era de genuina tristeza.

–¡Eh, que te jodan! –dijo Joeesha–. ¡Nunca me controlarás así que ya puedes matarme!

–Anhelas liberarte de ese desasosiego pero tu prisión no es este reino, esta porción de espacio y tiempo. Tu prisión está en tu propia mente.

–Cállate, cállate, cállate...

–Vuestras mentes aún no están preparadas para soportar la carga que lleváis. No fuisteis concebidos, todavía, para ser el basamento sobre el que descansa la balanza de la justicia. No sois lo

suficientemente fuertes para sobrellevar el peso del bien y del mal, mientras esas escurridizas ideas se agitan en todas direcciones. ¿No sería mejor quedar libre de esos conceptos?

–¡No quiero ser amoral! –gritó Jennifer–. ¡No quiero ser un animal! Jesús, ¿no ves qué... qué absurdo es? ¿Tratar de convencernos racionalmente de que nos volvamos irracionales? ¡Tú eres la que está loca!

–El veneno del pensamiento racional es todo cuanto entendéis, así que es la única herramienta que puedo usar. Él os ha ocultado mi amor por vosotros. Él os ha ocultado vuestro propio interés.

–Ya nos soltaste toda esta mierda antes –dijo Brandon–. No funcionó antes y no funcionará ahora –se separó de las dos mujeres dando un paso adelante e hinchó el pecho–. ¿Por qué no admites que has perdido y ya está? Déjanos marchar. Busca a otros mamones y prueba con ellos esta charla de mierda.

La criatura de barro sacudió la cabeza.

–Brandon, ¿crees que es tan sencillo? Aunque me diese por vencida y os liberase, ¿qué creéis que diría la policía cuando llegarais a la ciudad? Habéis estado meses desaparecidos. Contarles que estuvisteis cautivos en una nube no sería bien acogido.

Brandon torció la boca.

–¿Quién me echaría de menos? –preguntó y su voz era amarga–. Estás mintiendo. Podría ir a cualquier parte, joder, y nadie se fijaría en mí o le importaría una mierda.

Gwynafra se acercó para darle una palmadita en la mejilla pero él retrocedió.

–Soledad –dijo–. Sólo existe mientras seas consciente de ella. Es como el círculo de luz de una linterna. Es real, pero apágala y es como si nunca hubiera estado allí. Eso puede ser vuestro, ese botón, ese alivio, y sólo deberéis servirme un tiempo.

–Dices que nuestra consciencia es como una droga pero *eres tú* la que parece un camello –dijo Joeesha, poniéndose al lado de Brandon–, prometiendo la liberación del dolor. La primera es gratis, y toda esa mierda.

Gwynafra suspiró.

–Incluso vuestra imperfecta comprensión os da algo de

perspicacia. Estamos en un callejón sin salida, pero no es como creéis. Podría esperar hasta que las estrellas murieran sin impacientarme. El aburrimiento es un atributo humano. Pero el lapso de tiempo en el que podéis regresar a vuestras vidas como mis sirvientes sin levantar excesivas sospechas se consume velozmente.

–Ya no me importa –dijo Jennifer–. ¿Crees que mi antigua vida era tan genial como para que ceda ante ti si me la devuelves? Te equivocas. Si tengo que ir a la cárcel o me encierran en un manicomio, será mucho mejor que servir a un monstruo asesino.

–Me serviréis de un modo u otro –dijo el títere de Avitu con benevolencia–. Actualmente podéis elegir el camino de vuestra servidumbre.

»Uno: podéis elegir servirme en vida, soportando el peso de la consciencia un poco más de tiempo siendo mis sacerdotes, nutriéndome con vuestra voluntad y obedeciendo mis mandatos.

–Paso –gruño Brandon.

–Dos: podéis servirme en vida, en contra de vuestra voluntad. Pronto, cuando mis planes se cumplan, vuestra adoración ya no será necesaria. Entonces se os libraré de la maldición de Lucifer por la fuerza.

–Estás mintiendo –farfulló Joeesha, pero lo dijo con más esperanza que virulencia.

–Tres: podéis servirme muertos, proporcionándome vuestros recuerdos y conocimientos, como hizo Gustavus.

–O sea que te comerás nuestros sesos.

Con una pequeña sonrisa, Gwynafra asintió.

–Un compendio de modernas presunciones es muy útil para títeres como este cuerpo. Pronto tendré el poder suficiente para crear otro –dijo, mirando alternativamente a Jennifer y Joeesha–. Quizás un músico.

Los tres artistas se miraron atemorizados.

–Reflexionad. Tomad una decisión para mañana por la mañana.

–La mujer de barro les entregó botellas de agua, hamburguesas y condimentos–. Ah, y no os molestéis en intentar pasar a través de los muros.

–¿Muros? –preguntó Brandon. Y de repente hubo muros.

* * *

Thomas se sintió incómodo la primera vez que entregó a alguien a Sabriel; era un tipo delgado y pequeñajo, que siempre trataba de encargarse un libro llamado *Dies ignis*, a pesar de que Tom (y al final también Free) le aseguraba que no existía, que era una broma, un chiste, una camelada para crédulos. El imbécil seguía volviendo y guiñando el ojo a Tom como si este le hubiera estado engañando al respecto. Finalmente, Thomas le dijo:

–Oye... Hay una chica que podría ayudarte.

No volvió a ver al enano nunca más. No dejaba de repetirse que un tipo que quería ver un demonio con tanta ansia al final acabaría encontrando uno, así que él (Thomas) bien podría sacar algo de ello. Se dijo lo mismo las dos siguientes veces; de nuevo, ambos eran hombres y ambos tenían una actitud o un aura similar al primer pseudo "diabologista". También le recordaban a los que alquilaban porno a la una de la madrugada en el Video Villa.

Finalmente, Thomas cayó en la cuenta de que cuantos más colgados le enviaba, menos atención le prestaba ella. Había conseguido un nuevo piso en alquiler, se había cambiado el pelo (ahora era negro azabache) y parecía que ya no le necesitaba.

Hasta que un jueves ella le llamó a las tres de la mañana y dijo:

–Necesito que vayas mañana a recoger a algunas personas al aeropuerto.

–¿Eh? –Tom se frotó el sueño de los ojos y trató de enfocar la mente.

–Tres tipos. Vuelan en United. Quiero que los recojas y los traigas a mi apartamento.

–¿Por qué no puedes hacerlo tú?

–Podría, pero quiero que lo hagas tú. Hará mejor impresión.

–Oh, tío... ¿A qué hora tengo que estar ahí?

–El avión llega al mediodía.

–¿Al mediodía? ¿Y me llamas a las, joder, a las tres de la mañana?

–No quiero que hagas otros planes.

–¿Y si ya tengo planes?

–Los cancelas.

Cuando llegó al aeropuerto, resultó que el vuelo se había retrasado pero, después de cuarenta y cinco minutos extra de espera, vio a tres hombres avanzando hacia su letrero, que decía "Ciullo".

El primero era bajo y enjuto y su movimiento consistía en una serie de espasmos rítmicos. Daba la sensación de que su paso era suave y relajado al principio y luego se precipitaba hacia delante, para flojear a continuación y relajarse. Tenía ojos tristes, nariz ancha y sus orejas tenían la típica hinchazón de boxeadores y luchadores profesionales.

En cuanto estuvieron al alcance de su oído, Thomas oyó que éste decía:

–Que va, eso es como tirar el dinero por el retrete. Van a subir los impuestos y se van a quedar con toda la pasta de la gente que ha confiado en ellos. O sea, mírame. Sólo estuve enfermo un mes y medio pero me sigue llegando cada mes la paga por incapacidad.

–¿Y por qué no se lo dices? –este era el segundo hombre, un poco más alto pero igual de delgado, que llevaba un pesado e incómodo traje y que miraba a su alrededor con ojos crueles, como los de un tiburón. Caminaba con paso seguro y sigiloso, pero no parecía arrogante; apenas ocultaba su depravación. Parecía como si estuviera *buscando* una excusa para montar un jaleo.

–Eh, Boyer, no es tarea mía ocuparme de que el sistema funcione –dijo el hombre más bajo.

–El sistema no funciona –dijo el tiburón; Boyer, según parecía–. Es decir, mira todos esos violadores, asesinos y psicópatas que salen libres por tecnicismos judiciales. Si fuera por mí, ni siquiera les daría una silla. Les rompería su puta espalda y dejaría que se murieran al sol.

–Estoy sorprendido –dijo el tercer hombre. Era tan alto como el segundo, pero parecía más bajo. Probablemente era el más pesado de los tres, pero el más fácil de ignorar; parecía inofensivo y bobo. Incluso su redondeada cabeza, con un manajo de pelos cortos y erizados en lo alto, se asemejaba a una especie de pastel. Pero entonces se acercó y Tom pudo ver la horrenda cicatriz roja en mitad

de su frente, que parecía un cruento y burlón remedo de una marca de casta hindú. Ese rasgo tan espeluznante confería a toda su cara una expresión totalmente diferente.

–Hey, creo en la pena de muerte, eso es todo –dijo Boyer.

–¿Apoyas la pena de muerte? –dijo el hombre pequeño.

–Es curioso. Casi todos los asesinos del corredor de la muerte aprueban la pena capital. Al menos extraoficialmente –"Scarface" lo dijo zanjando el asunto. Miró a Tom y dijo –. Hola, soy Harvey Ciullo, pero la gente me llama Maese Fortuna.

* * *

Después de mucho planear, vigilar y discutir, las cosas, sorprendentemente, estaban yendo como la seda.

Hasmed presentó a Boyer y Paum a Sabriel, o, como él dijo, "mi vieja amiga Angie". Paum le dio la mano e hizo un chiste sin gracia diciendo que él tenía un primo llamado Angie, sólo que era un hombre. Ella fingió una sonrisa.

Más tarde, Roscoe preguntó a Hasmed por qué no le había mencionado que su amiga estaba tan buena.

–Ha cambiado mucho desde la última vez –fue la respuesta que obtuvo.

Después de las presentaciones. Angela les resumió el plan.

–La Universidad de Miami juega mañana el último de sus grandes partidos. Ya no pueden hacer nada para llegar a los *play offs* pero van a jugar contra un viejo rival, así que muchos antiguos alumnos han venido a la ciudad. Las apuestas están al rojo –Hasmed sonrió–. Todos los años, antes del gran partido, hay un banquete para el equipo y los graduados; no todos, sólo los apostadores y ex jugadores.

–Los patrocinadores –adivinó Paum. Angela le dirigió una encantadora sonrisa e hizo un gesto de afirmación con el dedo.

–Exacto. La cena es privada y, extraoficialmente, es el evento anual donde se recaudan más fondos. Todo por debajo de la mesa, claro. Los donantes pagan en dinero negro que los entrenadores emplean durante todo el año como estimen oportuno. ¿Recordáis

cuando Jasper Whitty fue arrestado por robar en una tienda el año pasado? Con ese fondo para imprevistos se pagó al tendero y este retiró los cargos. También se rumorea que se usa para sobornar a algunos profesores, alquilar prostitutas para futuros fichajes del equipo... Incluso se empleó para pagar un aborto a la novia de un *running back* estrella en 1998.

–Joder, pero qué bonito es ver un equipo tan unido –dijo Boyer.

–La Universidad fue criticada en 1987 y el Comité Nacional investigó los rumores de corrupción de nuevo en 2000 –dijo Hasmed–. Han sido muy cautos desde entonces. Tratan de mantener el dinero oculto, o al menos tanto como pueden, teniendo en cuenta las enormes sumas que manejan. Eso significa que no hay papeles de cuentas, resguardos de ingresos ni cheques. Todo es en metálico.

–Y eso significa que no pueden denunciar su robo –dijo Paum, sonriendo afectadamente.

Trabajaron en dos equipos; Angela y Roscoe Paum en uno y Hasmed y Lee Boyer en el otro. La tarea de Angela era atraer a Jasper "Espuela" Whitty, el *quarterback* de salida del equipo, hasta un camión donde ella y Roscoe le drogarían dejándolo fuera de combate. Al mismo tiempo, Hasmed se colaría en el salón del banquete y buscaría al tipo que se encargaba de recoger la pasta. Mientras sucedía esto, Lee iría al camión, haría una foto con la Polaroid a "Espuela" Whitty en peligro y se la daría a Hasmed. Entonces los dos se aproximarían al tipo (o tipos) del dinero, enseñarían la foto y cogerían la pasta.

Fácil.

* * *

–Bueno, eh... ¿Hace mucho que conoces a Ciullo? –Roscoe estaba sentado en el asiento del conductor de un camión U-Haul de alquiler, con Angela Meyerhoff a su lado. Parecía distraída.

–¿Perdona?

–Tú y Harv. ¿Desde cuándo os conocéis?

–Ah, desde hace mucho –dijo con una sonrisa secreta.

–¿Cómo os conocisteis?

–Solíamos trabajar juntos –ella comprobó el reloj–. Creo que ya

es hora de que entre en acción.

–Muy bien. Ten cuidado, ¿vale?

–Qué dulce –dijo dándole una palmadita en la mejilla.

Ros estuvo tamborileando sobre el volante un tiempo, mientras escuchaba la radio. Escuchó "Stardust", "Smoke gets in your eyes", "My way" y "Love child". La emisora estaba poniendo "Little brown jug" cuando vio a "Espuela" Whitty salir del salón del banquete rodeando con su brazo a alguien que no era Angela Meyerhoff.

Mierda, pensó. Debe de haberlo perdido de vista.

Paum no tenía pistola; nadie llevaba una, que él supiera. Pero se había procurado de la cocina de Angela un cuchillo para cortar carne con mango negro y funda de plástico. (Para ser un piso sin mucho mobiliario, tenía una excelente colección de cuchillería). Estaba en el bolsillo interior de su ligera cazadora y, mientras caminaba hacia Whitty, su mano izquierda comenzó a desabrochar los botones de la solapa.

–Eh... Perdone –dijo. Luego parpadeó atónito.

Resultó que era Angela Meyerhoff la que estaba con él. Pero no tenía sentido.

–¿Mmmm? –Whitty levantó la cabeza mientras su cuello se balanceaba. Su mirada era la de un borracho–. ¿Quién eres tú?

–echó la cabeza hacia el otro lado, en dirección a Angela, y levantó una ceja–. ¿Y quién eres tú?

–"Espuela", ¿no me recuerdas? –preguntó Angie poniendo mala cara–. ¡Jeff nos acaba de presentar! –Mientras el *quarterback* clavaba la vista en su camiseta, ella dirigió a Roscoe una elocuente mirada. De todos modos, él no estaba muy seguro de lo que significaba.

–Eres, eh, "Espuela" Whitty, ¿no? –tenía un pañuelo humedecido en éter en su bolsillo, al igual que Angela–. ¿Me puede firmar un autógrafo?

–Lo siento, tío. Estoy ocupado.

–Anda, vamos...

–¡Eh! ¡Largo! –Cuando Whitty levantó la cabeza, agresivo y molesto, Angela se colocó detrás y le cubrió la boca con el pañuelo. Durante un momento pareció confuso, luego usó sus dos musculosos brazos para apartar la mano de su cara.

Roscoe estaba preparado. No era lo mismo que boxear, pero algo se parecía. Había aprovechado la guardia baja de sus adversarios más de mil veces en el *ring*. Esta vez, sin embargo, en vez de un puñetazo, aplicó un trapo al rostro del hombretón.

Con una mano agarrando la muñeca de Angela, Whitty levantó la otra para bloquear el ataque de Roscoe, pero los reflejos de Paum eran mucho más rápidos. Hizo un quiebro con el brazo y lo metió bajo el del atleta, justo sobre su nariz, antes incluso de que "Espuela" pudiera tomar una bocanada de aire puro. Cuando Whitty bajó el brazo, Ros hizo lo mismo.

Whitty estaba en excelente forma física pero la combinación de éter más alcohol no era algo que estuviera acostumbrado a resistir. Pero aún le quedaban fuerzas, así que con un gruñido grave retrajo ambos brazos e hizo una carga. Era un golpe de mil demonios, el tipo de impacto capaz de mover del sitio a un potro de entrenamiento. El boxeador reculó pero Whitty era dos veces más pesado y lo derribó fácilmente.

Pero la estrella de fútbol aún tenía que ajustar cuentas con la mujer de su espalda. Cuando se dio la vuelta y tomó aire, ella esperó un instante a que exhalara. Su pañuelo estaba justo ahí cuando de forma instintiva inspiró profundamente y eso acabó con él.

Roscoe apenas había podido levantarse cuando el atleta se derrumbó de nuevo sobre él.

* * *

Sin ser visto, Hasmed pululaba por el banquete husmeando como un sabueso. Se había resistido a hacerlo después del jaleo de la comisaría pero parecía que esta vez todo estaba bajo control.

Había entrado allí pronto y llevaba mucho tiempo espiando. Un montón de dinero pasaba de mano en mano al principio, cuando los donantes eran cautelosos. Pero a medida que la noche avanzaba, el alcohol nubló su sentido de la vergüenza y comenzaron a mostrar el dinero abiertamente.

El recaudador no bebía. Era un tipo grande y un par de comensales se dirigieron a él como "Marns" o "entrenador Marns".

Tenía una cartera a la que iba a parar todo el dinero: billetes sueltos, fajos de billetes asegurados con gomas de banco, dinero en sobres de todos los tamaños, en incluso alguno oculto en una pequeña bolsa de papel; lo de la bolsa parecía una tradición y la gente se echó a reír cuando su dueño la enseñó.

Cuando un hombre particularmente bien vestido llevó a Marns a un lado, Hasmed los siguió y espió una conversación acerca de la "protección" de Marns; una Ruger nueve milímetros con cargador de alta capacidad. El demonio prestó poca atención a la charla acerca de las ventajas de las balas de punta hueca sobre las dum dum a la hora de dejar seco a un tío. Estaba intentando localizar la pistolera de Marns.

A medida que avanzaba la noche y las fanfarronadas y los chistes crecían en crudeza y volumen, Hasmed comenzó a sentir algo caliente que le quemaba el estómago. Eso le sorprendió. No podía ser una indigestión; su cuerpo ya no estaba sujeto a tales dolencias. Además, su cena había consistido en crema de cacahuete sobre pan de molde, un par de plátanos y un vaso de leche.

Concentrándose en ello con curiosidad, se dio cuenta de que su cuerpo estaba reaccionando a sus sentimientos como si fueran humanos. Esto le inquietó y decidió marcharse.

¿Cuánto dinero ha cambiado de manos aquí?, se preguntaba. ¿A cuántos niños hambrientos podría alimentar? ¡Cuántas segundas oportunidades se desechan! ¿Y cuánta gente, contratada por estos de aquí, está enfadada, deprimida o apenas llega a fin de mes, todo para que estos hombres puedan ser ricos y fardar delante de otros ricos mientras convencen a adolescentes estúpidos para que ganen el partido por ellos!

Pero entonces pensó en su amo y en la Piedra de la Desesperación y en Rabbadün. Comparado con lo que ellos harían con ese dinero (o con el poder que representaba), los hombres del banquete parecían cándidos e inocentes. Adorables, incluso.

Caminó hacia el Plymouth LTD que habían robado horas antes y dio unos golpecitos en una de las puertas de atrás. Boyer la abrió.

–El tipo se llama Marns. Tiene una pistola en una sobaquera. Boyer asintió.

–¿Qué lleva encima?

–Una chaqueta de sport.

–Mmmm.

–¿Va a ser un problema?

–Que va, no lo creo. No si somos dos contra uno. Además, las pistolas no te asustan, ¿verdad?

–Deberían asustarte a *ti*. Lee.

Lee se encogió de hombros y le entregó la foto. Era una buena. Whitty estaba envuelto en una manta blanca y sin adornos con el periódico vespertino de ese mismo día junto a su cabeza y la punta de un cuchillo apoyada bajo su ojo.

Esperaron en silencio a que concluyera el banquete.

* * *

Mientras todos los demás entrenadores, jugadores y donantes se encaminaban a sus hogares, el entrenador adjunto Evan Marns dirigió su coche hacia el campus universitario. No reparó en que le seguía un Plymouth azul pero sus perseguidores, por si acaso, se tomaron la molestia de aparcar en una estrecha calle aneja al edificio en cuestión.

Era tarde y Evan estaba cansado, y llevar todo ese dinero hacía que se sintiese incómodo. Su mano derecha acariciaba la culata de su arma cada poco tiempo pero eso no le tranquilizaba.

Se metió en su oficina, abrió la caja fuerte que estaba oculta en el fondo falso de un cajón del archivo, introdujo la cartera y la cerró de nuevo.

Se sintió aliviado al desprenderse de tanto dinero. Con paso más ligero, regresó al aparcamiento.

En la acera, a dos pasos de la puerta de salida, algo se movió detrás de él. No tuvo tiempo para volverse o incluso para procesar el sonido antes de que algo veloz saliera de los arbustos junto a la puerta y golpeará sus piernas por detrás. Dio un alarido y levantó las manos mientras el negro pavimento del aparcamiento se precipitaba hacia él. Cayó magullándose las manos y sintió a alguien detrás que le registraba para hacerse con su pistola.

También Marns había jugado al fútbol y había practicado lucha. Sus reflejos estaban algo oxidados pero aún seguían allí. Cogió la mano de su atacante, que estaba tocando la pistola de su sobaquera. Luego trató de forcejear para arrebatársela.

Un pie descargó un golpe sobre su cadera y rodó un poco, pero era una distracción momentánea antes de que un dolor espantoso y masivo inundara toda su cabeza. Venía de su oreja derecha y era una poderosa y persistente agonía. Para aliviarla, rodó instintivamente dejándose llevar por la inercia del golpe y se quedó de espaldas al suelo. La agonía se desplazó a su nariz. Oyó, más que sentir, el chasquido producido por la rotura de su tabique nasal y luego una voz gélida que le decía en el oído bueno:

–Suelta el arma o te machaco.

Marns tomó aire para gritar y entonces notó que algo metálico soltaba su nariz y se apoyaba suavemente contra la nuez de su garganta.

–O podemos hacerlo de esta otra manera –dijo la fría voz.

Marns se rindió.

Alguien lo cogió por debajo del hombro y lo puso en pie rudamente.

–Abre la puerta –le dijo la voz y él obedeció.

Dentro del edificio, se detuvo para secar las lágrimas de sus ojos y, en la débil luz roja del letrero de salida, pudo ver a su atacante. No era un tipo grande, pero resultaba aterrador con el desconcertante anonimato de una media sobre el rostro. En su mano derecha llevaba la pistola de Evan y en la izquierda, lo que tanto había magullado su nariz y su oreja: un par de alicates normales de punta alargada y con muelle en el mango.

Como respuesta a un gesto tenso, Evan levantó las manos.

–El dinero –dijo el hombre enmascarado.

–Oye, yo no...

Los alicates se echaron sobre él y le dieron un salvaje pellizco a un lado de las costillas. Fue rápido (su grito apenas fue una nota breve y aguda), pero lo suficientemente fuerte para rasgarle la piel.

–De acuerdo –dijo Marns–. De acuerdo.

* * *

–Bueno, ¿alguien quiere una pistola?

Estaban de vuelta en el apartamento de Meyerhoff. Boyer había quitado el cargador al arma que habían arrebatado a Marns y se aseguró de que no había ninguna bala en la recámara. Entonces depositó la pistola en el centro de la mesa antes de quitarse sus guantes de goma.

–Tal vez –dijo Angela–. Podrías dejarla aquí cuando os vayáis.

–Me interesa más la pasta –dijo Paum con los ojos brillantes mientras el dinero se iba amontonando en fajos de billetes de cinco, diez, veinte y cien dólares.

Si uno se guiaba por el tamaño del montón de papel, no parecía mucho. Los de Jersey habían visto a ancianas con tacos de cupones más grandes entregándolos a la salida del supermercado. Pero cuando uno se paraba a pensar cuántos de esos billetes eran de cien... La percepción cambiaba completamente, como en esos dibujos animados del Ojo Mágico, y, de pronto, la pila parecía enorme.

Hasmed y Angela estaban contando el dinero y ordenando los billetes, mientras escudriñaban con ojo atento el trabajo del otro.

–No sé porqué nos molestamos en drogar al gorila aquel –dijo Boyer. Estaba excitado y nervioso. La oportunidad de ser cruel le había puesto alegre–. Podríamos haberle quitado la pasta a aquel entrenador gordo y atontado sin más.

–No sabíamos que iba a ser sólo uno –repuso Hasmed–. Podrían haber sido cinco tipos. U ocho.

–Ya. Entiendo.

Angela apiló todo el dinero haciendo un rectángulo perfecto.

–Ya tengo el total –anunció.

–Yo también –dijo Hasmed. Se miraron fijamente un momento y luego ella sentenció–. Cuarenta y dos mil quinientos cincuenta.

Él asintió.

–No está mal para una noche de trabajo –dijo Angela–. Entre cuatro, son diez mil seiscientos treinta y siete dólares... con cincuenta centavos. ¿Alguien tiene cambios?

–Dame sólo los diez mil seiscientos. Así está bien –dijo Roscoe.

–Creo que habría que descontar los billetes de avión antes de hacer el reparto –sugirió Boyer.

–Vamos, recuerda el trato –intervino Hasmed–. Esto es lo justo. Además, todos volvemos con más dinero.

–No es mucha pasta, que se diga –gruñó Lee.

–Cierto –concedió Hasmed–. Pero es dinero en efectivo y ha sido seguro y fácil, y, probablemente, ni siquiera irán a la policía.

¿Cuántas veces has hecho un trabajo más importante y te han jodido los intermediarios?

–A mí no me joden los intermediarios –farfulló Boyer, pero parecía que el argumento del otro le había convencido.

Entonces la puerta estalló en pedazos.

* * *

Los muros que rodeaban a Jennifer estaban hechos de nubes. Tenían una altura nada despreciable de diez metros y formaban un círculo de unos trece metros de diámetro. Por supuesto, no se podía escalar por ellos. Cuando ella los empujaba, no había ninguna resistencia. Podía caminar dentro del muro y caminar y caminar y caminar pero no avanzaba lo más mínimo y, tan pronto como se daba la vuelta, se encontraba de nuevo en la "habitación" circular de altas paredes de donde había partido.

Llamó a voz en grito a Brandon y Jooesha y oyó débiles respuestas, pero era imposible claramente entablar una conversación. Estarían todos afónicos de tanto chillar al cabo de pocos minutos.

Finalmente, se dio por vencida, se sentó y esperó.

* * *

El hombre que atravesó la puerta era grande, pardo y calvo. Se movía torpemente, a trompicones, pero estaba lleno de poder.

–¡Hey! –gritó Roscoe.

El hombre no dijo nada. Se dirigió en línea recta hacia Angela.

El típico héroe se habría interpuesto entre el atacante y la mujer pero Roscoe no era ningún héroe. Era un boxeador y la visión de la

espalda desguarnecida de aquel hombre era algo a lo que no podía resistirse. A derecha e izquierda, sus puños se dispararon; el primero, hacia la base de la nuca y el segundo, directo al riñón. Un hombre normal se habría desplomado de dolor, si el golpe de la cabeza no le hubiera dejado inconsciente.

El intruso ni siquiera lo notó. En cambio, fue Roscoe el que gritó, sacudiendo las manos y tratando de aliviar el escozor de sus nudillos. Había sido como golpear un muro de ladrillos.

–¡Mierda! –esta era Angela, que se agachó y desapareció por el pasillo. La criatura se volvió para darle caza ignorando a Roscoe, que, tras coger una silla plegable de acero, la había estrellado contra sus hombros de piedra.

–¿Pero qué coño...? –exclamó Roscoe. Sólo ahora reparó en las grietas, fisuras y polvo del intruso. Sólo ahora reparó en que estaba atacando a una estatua viviente – ¡Matadlo! –fue su reacción. Hasmed se había hecho con la silla y estaba tratando de reducir al intruso golpeándole infructuosamente en la espalda.

–Hazte a un lado, jefe –una serie de rápidos chasquidos metálicos advirtieron a Hasmed de que Boyer el Lechero había metido el cargador en la pistola e introducido una bala en la recámara. Hasmed se agazapó en el cuarto de baño fuera del pasillo, proporcionando a Boyer una visión clara de la espalda del hombre de piedra.

El sonido del disparo retumbó como un trueno en el apartamento cerrado.

Boyer y Paum podían ver la marca que había dejado la bala al impactar pero no porque hubiera ninguna herida sangrante. Lo que veían eran grietas y esquirlas de piedra. Era como si hubieran disparado a una roca.

–¿Qué coño...? –repitió Paum.

Pero ya habían atraído la atención del hombre pardo. Se dio la vuelta. Roscoe abandonó corriendo la entrada del pasillo.

Boyer disparó al intruso en el hombro y luego en el pecho. Cada bala cavaba cráteres en la piedra pero el hombre no caía.

La criatura empezó a hacer una carga.

Otro disparo en el pecho. Otro en el vientre. Un par de delgados

trozos de piedra cayeron al suelo y, al tiempo que el monstruo se abalanzaba hacia ellos, podían cómo las aristas de las grietas se pulverizaban entre sí, derramando nubes de polvo rojizo, pero continuaba moviéndose.

El hombre a prueba de balas estaba casi sobre ellos.

Boyer estaba retrocediendo con pasos lentos y cuidadosos para no perder el blanco, mientras disparaba en el rostro del hombre de piedra y en su cuello. Sus rasgos se cuartearon con el impacto de la bala, pero seguía acercándose, ganando velocidad.

Cuando su pierna izquierda cruzó el umbral de la puerta, Roscoe apareció con el respaldo de una silla. No era para golpearle. Le hizo la zancadilla con ella.

—¿Qué coño...? —el respaldo metálico de la silla se abolló y dobló al tiempo que salía despedida de la mano de Paum por el impacto, pero la criatura se estrelló contra el suelo.

La camioneta lo había magullado, los disparos le habían causado daños y la distancia entre él y Avitu le había debilitado, pero lo que lo fracturó en pedazos fue su propio peso al colisionar contra el suelo. Durante un momento, fue una estatua de piedra agrietada, un engendro de vida imposible que luchaba por erguirse. Luego, de pronto, ya no era más que polvo del desierto.

Hubo un momento en que el único sonido era el eco del estruendo en sus oídos. Boyer dio un paso atrás y, distraído, despejó de sus ojos el humo de la pistola con la mano.

—¿Qué coño...? —susurró Roscoe. Se había alejado de la cosa hasta que su espalda dio con una pared. Entonces se había agazapado en el suelo, formando una bola. Sus ojos estaban desorbitados de pánico y asombro. Entonces parpadeó y su rostro revelaba que había encontrado un pensamiento medio coherente y se aferraba a él con el fin de serenarse.

—¿Angie? ¿Angie, estás bien? —Paum corrió hacia la habitación hacia donde ella había huido. Hasmed salió del cuarto de baño y contempló el montón de polvo. Lo tanteó con la punta del pie, advirtiendo fragmentos lisos de piedra entre los restos.

—¿Qué demonios era eso? —preguntó Boyer. Hasmed se encogió de hombros.

–¡Ha desaparecido! –Paum regresó con los ojos muy abiertos.

–Bueno, no me sorprende –murmuró Hasmed.

–No, quiero decir que ha *desaparecido* –repitió Roscoe–. Allí no hay ni puerta ni ventana ni nada de nada, pero no está en la habitación.

–¿Y qué? –preguntó Boyer sin rodeos–. Tenemos que abrirnos antes de que venga la pasma.

–Sí. No te preocupes, Ros. Estoy seguro de que volverá a aparecer. –Hasmed sacudió la cabeza y dirigió la vista a la mesa–. Por cierto... ¿Se llevó consigo su parte del botín? Si no, seguro que querría que... eh, se la guardásemos hasta entonces.

–Pero, ¿qué era esa cosa, Harv? ¿Qué era?

–No lo sé. Ros. Pero tenemos que largarnos de aquí.

–Sea lo que sea, ahora está muerto –señaló Boyer. Estaba atareado metiendo apresuradamente todo el dinero en el maletín–. Tranquilo.

–¿Qué coño...? –masculló Roscoe una vez más, mientras los otros dos le empujaban hacia la puerta.

* * *

Gwynafra pasó la noche con el nuevo propietario del club; un hombre llamado Pete el Dulce, al que tenían miedo las otras bailarinas porque habían oído que tenía contactos con la mafia. Gwyn había echado un ojo a la mujer que acompañaba a Pete (una mujer sin clase con los pechos claramente operados y el pelo teñido), y estaba convencida de que podía desplazarla. Lo hizo sin rodeos. Con los recuerdos y experiencias de Gustavus el pornógrafo, tenía un buen caudal de ideas.

Había sentido que su "hermano" había sido destruido en Florida y sabía que era un serio revés, pero su señora Avitu no lo consideró crítico. Formar criaturas de tierra no era fácil pero, con Pamela, Stuart y Brandon nutriéndola con su respeto y temor, pronto tendría poder suficiente para crear otro. Y después de ellos, sus vasallos mayores podrían ser convocados de su profundo sueño. Pero eso tardaría un tiempo.

Pete el Dulce no quería que se fuera y no estaba acostumbrado a tratar con mujeres que le llevaran la contraria pero ella se aprovechó de eso. Las personas poderosas (o al menos los hombres poderosos) a menudo se sentían indefensos ante lo nuevo y excitante. Ella le dio todo cuanto quería, excepto servilismo. Imaginó que funcionaría hasta que descubriera su verdadera naturaleza. Entonces renegociarían.

Se detuvo en la hamburguesería de costumbre e hizo el largo trayecto por el desierto. Esta vez, sin embargo, sería distinto. Esta vez no dejaría ningún prisionero.

Y esta vez tendría a su lado al Sumo Sacerdote.

* * *

–Thomas.

–¿Eh?

–¡Thomas!

Tom Ramone se incorporó en la cama, despertado súbitamente por una voz. La voz *de ella*. Por un momento pensó que estaba en la habitación con él pero luego volvió a hablar y supo que estaba en su cabeza.

–Tom, necesito que me hagas un favor.

–¿Qué demonios es esto?

–Se llama invocación, Thomas. Probablemente debería haberte hablado de esto antes, ¿verdad?

–¿O sea que puedes meterme en mi cabeza siempre que quieras?

–Para abreviar, sí. Pero no te preocupes, no puedo espiarte mientras te la tocas en la ducha o cosas así. Sólo oigo respuestas habladas una vez que establezco la conexión.

–¿Hay algún otro truco que no me hayas contado?

–¡Thomas, no te vayas por las ramas! ¿Estás en tu apartamento?

–¿No lo sabes?

–¡No, no lo sé! Tom, algo ha tratado de matarme y, si aún se mueve y tiene medio cerebro, podría tratar de matarte. Entonces, ¿quieres que juguemos a las preguntas y respuestas o quieres estar a

salvo?

–¡Mierda! –Thomas saltó de la cama hacia la ventana y escudriñó el aparcamiento–. Sí, estoy en el piso –ahora que estaba más despierto, se le hacía raro estar hablando con alguien que no estaba allí. Sintió el impulso irracional de llevarse la mano a la cabeza, como si estuviera sosteniendo un teléfono–. ¿Qué tengo que buscar?

–Uno: un hombre negro, grande y sin pelo. Dos: mi coche.

–¿El Explorer?

–Lo vendí. Ahora tengo un Miata naranja.

–Si veo a ese tío, ¿qué tengo que hacer?

–Transfórmate en agua. No puedes ser herido en esa forma, o, al menos, no tan fácilmente.

–¡Joder! ¿No?

–No habías pensado en ello, ¿eh? Estoy llegando a tu aparcamiento.

–Ahora te abro.

–Creo que estamos a salvo –dijo varios minutos después.

Estaban hablando cara a cara, sentados en el sofá mientras se filtraba el café–. Ahora estoy en guardia. Me llevó la delantera la última vez porque estaba distraída.

–¿Con esos tipos de Jersey? ¿Qué ha pasado con ellos, por cierto?

–No te preocupes por eso –se asomó de nuevo por la ventana, mientras él la seguía.

–¿Alguno de ellos era... como tú?

–¿Un demonio? –le dirigió una pequeña sonrisa–. ¿Tú qué crees?

Él se encogió de hombros.

–Que sí –dijo clavando la mirada en la noche.

–¿Cuál?

–El tipo ese, Boyer.

No vio la expresión de Sabriel al darse la vuelta.

–Me impresiona tu intuición. Pero el demonio era el tío de la cicatriz en la cara.

Él se giró, desplegó una mueca de incredulidad y cambió de tema.

–¿Y cómo es que no recurriste a Levi o a alguno de esos tipos?

–Levi era el tipo de la librería, el tarugo que buscaba el *Dies ignis*.

Angela suspiró.

–Estoy harta de esos tres imbéciles –dijo–. ¿Sabes qué es un súcubo?

–Pues no –dijo Thomas mintiendo. Los súcubos (demonios femeninos del sexo) solían aparecer frecuentemente en los libros sobre demonios, a menudo descritos con todo lujo de detalles.

–Bueno, eso es lo que buscaban. Ese fue el trato. Ellos tienen todo el sexo que solicitan y, a cambio...

–...Creen en ti.

–Sí. Y, en un principio, no había ningún problema. O sea, entre nosotros, esto sólo es un pedazo de carne. Pero, tío, ¡son tan pesados! Todo el rato llamándome, diciéndome que me transformase en Jenna Jameson, que me transformase en Angelina Jolie, que me transformase en la chica de *El rey escorpión*. Joder, si hubieran pedido a Helena de Troya o, no sé, incluso a Ingrid Bergman... Pero no dejaban de incordiar-me.

–¿"Dejaban"? O sea, ¿en pasado?

–Aja. ¿Sabes qué pasaba? No había respeto. Ahora que pienso en ello, en realidad era eso lo que me sacaba de quicio. Me trataban como si fuera un servicio de entrega de pizzas las veinticuatro horas, ¿sabes?

–¿Y qué hiciste?

–Oh, los maté.

Hubo un breve silencio. Thomas abrió la boca y la cerró de nuevo. Luego se levantó para preparar el café. Trajo leche y azúcar para Sabriel.

–Gracias.

–En serio, no los mataste, ¿verdad?

–Hey, esos payasos creían que se habían topado con un chollazo pero no leyeron la cláusula más elemental: "no tocar las narices". Incluso uno de ellos tenía una fantasía sexual en la que me gritaba cosas para que dejara de hacer lo que estuviera haciendo, como si él fuera una víctima. Chorradas de ese tipo. Pero el problema no era ese. Al final lo maté. De lejos.

Thomas tragó saliva.

–Podrías hacerme lo mismo a mí, ¿verdad? ¿Podrías?

Ella asintió.

–¿Cómo? –susurró.

–Bueno, has accedido a darme poder. Como ellos. Pero ninguno establecisteis los límites de cuánto podía extraer de vosotros. Si absorbo mucho, os debilitáis y quedáis aturdidos. Si lo absorbo todo, morís.

–Ese es otro de tus engaños, ¿verdad?

–No quería que fuera así, pero sí, en parte así es.

–Así que me estás advirtiendo de que, si te fallo, me matas.

–Ay, siempre pensando en ti mismo, ¿eh? Disculpa, pero he de llamar a mi colega de Jersey.

–¿También... él es un... súcubo?

–La forma masculina es "íncubo". Como la banda de rock. O puedes llamarnos los Lammasu o los Profanadores... Pero él es diferente. Es uno de los Asharu.

–¿Qué narices es un Asharu?

–Lo más parecido en tu idioma sería "plaga", creo. Antes solían ser ángeles guardianes. Ahora son... son estúpidos pero, lamentablemente, necesarios. Son como los chóferes oficiales del Ejército Impío –hizo una pausa–. Era un chiste, Thomas.

–Ah... Bien, vale, si me río muy fuerte podría manchar la alfombra.

Se acercó al teléfono pero ella hizo un gesto de negación.

–No lo necesito. Puedes contactar con cualquier demonio si conoces su nombre. Si escuchas, puedes aprender el suyo. Luego, si quieres, serás capaz de invocarle.

–¿Y por qué haría yo eso?

Ella se encogió de hombros.

–Bueno, probablemente te contaría cómo romper el pacto que tienes conmigo. No obstante, debo decirte que, si lo haces, haré que te metan entre rejas por asesinato o algo así.

Thomas dio un respingo. Ella había pronunciado la última frase imitando su voz a la perfección. Forzó una triste sonrisa y se encogió de hombros.

–Te dije que iba a ser sincera contigo, ¿recuerdas? –entonces se reclinó en el sofá y cerró los ojos. Su voz adquirió un tono extraño cuando dijo – Hasmed.

* * *

Limpiaron exhaustivamente la pistola y la arrojaron al océano. Después de devanarse los sesos para asegurarse de que no se dejaban nada en el piso de Meyerhoff, los tres hombres concluyeron que ya estaban a salvo y fueron a un bar a tomarse un trago. Estaban viendo un partido de jai alai en el televisor del local y Paum se había calmado lo suficiente para explicar a Boyer los detalles más relevantes del juego, cuando Hasmed se puso en pie bruscamente.

–Tengo que hacer una llamada –dijo.

Los dos hombres siguieron sentados un tiempo, mientras discurría su charla intrascendente. Entonces Paum dijo:

–Oye... ¿Tienes alguna idea de qué cojones pasaba con esa cosa?

Hasmed fue a un teléfono de monedas, introdujo una y fingió que marcaba un número. Luego dijo:

–¿Hola?

–Hasmed. Me alegro de que estés bien.

–Sí, claro, "Angela". Apuesto a que mi salud y bienestar son ahora mismo, no sé, tus principales preocupaciones.

–Crees que os abandoné.

–Y tú crees que me vas a convencer de que no lo hiciste. Buena suerte –instintivamente, hizo ademán de colgar el teléfono.

–¡Espera! No os abandoné... del todo.

–¿Eh?

–No sabía que iba a aparecer esa cosa. En serio.

–Pero sabías que podrías tener algún altercado con Avi...

–¡No lo digas!

–Puede que a ti te dé miedo, "Angie", pero yo soy uno de su casa. La vi combatir y no me intimida.

–Pues debería. ¿Podrías tú hacer algo como esa... cosa?

Hasmed se pasó la lengua por los dientes y dijo:

–Dar apariencia de vida a lo inanimado no es tan difícil.

–Sí, ¿pero a miles de kilómetros de distancia? O quizás lo creó allí mismo y luego hizo que se desplazara semanas enteras hasta dar conmigo.

–Así que ahora es poderosa. Genial. La has convertido en mi enemiga. Muchas gracias. Tal vez podría entregarte a ella e intentar arreglar las cosas; que todo quede en familia, ¿qué te parece?

–Mira, ¿qué tengo que hacer para convencerte? De todos modos, ¿qué fue lo que ocurrió?

–¿Ahora sientes curiosidad? Deberías haberlo pensado antes de dejarnos en la estacada.

–¿Están todos bien? O sea, ¿el pequeño Roscoe y el otro compañero?

–Pueden cuidar de sí mismos, que es más de lo que se podría decir de ti.

–Sé que estás enfadado, pero, ¿no formábamos un buen equipo? Como gesto de buena voluntad, oye, puedes quedarte con mi parte del botín.

–¿Y cómo podrías impedir que lo hiciera de todos modos?

–No quiero hablar de amenazas. Pero sé quiénes son tus vasallos.

–Y yo conozco el nombre de un poderoso enemigo que estaría encantado de oír cualquier pista que le condujera a ti. Me parece que supero lo tuyo. Voy a lavarme las manos en este asunto, largarme de aquí y considerarte un pequeño grano en mi culo. Apuesto a que prefieres eso a lo que hizo mi antiguo colega.

–¿Qué debería hacer para volver a ganar tu confianza?

Hasmed se pasó un dedo rechoncho por su fofa papada.

–Dos sílabas de tu Nombre Verdadero.

Eso hizo que permaneciera en silencio un buen rato. Entonces dijo:

–*Tengo que pensármelo.*

Pocos días después, mientras conducía hacia la casa del capo de la mafia local, Hasmed se llevó su teléfono móvil a la oreja y dijo:

–Vodantu.

–HASMED. ¿QUÉ NOTICIAS TRAES, VASALLO?

–Mi poder e influencia crecen cada día –apretó los dientes al tiempo que una furgoneta frenaba inesperadamente delante de él. Tocó el claxon y pensó durante un instante cuan fastidiosa se le estaba empezando a hacer el habla formal del Infierno.

–¿CUÁNTOS LACAYOS TIENES A TU SERVICIO?

–Por ahora, tres –pensó en prometer más próximamente pero decidió que las excusas sólo le harían parecer más débil.

–¿Y HAS ACUMULADO MUCHO DINERO?

–Sí. He robado casi cincuenta mil dólares –frunció el ceño, pensando cómo se la habían jugado al vender los diamantes. No obstante, había utilizado parte de las ganancias para apostar contra la Universidad de Miami. Contra todas las expectativas, sus rivales, unos auténticos pringados, habían ganado después de que la estrella de la U.M. cayera enfermo inesperadamente de mononucleosis –. ¿Alguien te ha... explicado el concepto humano de dinero?

–EL SALVADOR DE LAS ESTRELLAS FUGACES ATRAVIESA POR DIFICULTADES DEBIDO A ESE "DINERO". ¿REALMENTE PUEDE LA MANIPULACIÓN DE MEROS SÍMBOLOS FÍSICOS TENER TANTO PODER SOBRE LA VIDA DE LOS MORTALES?

–Así es, en efecto –dos días antes Hasmed había untado al director de la guardería para que la niña se quedara hasta más tarde. Era una solución más apropiada que ingeniárselas para localizar a alguien que cuidara de ella cada vez que le surgía un imprevisto.

–¿Y NO HAY NADA MÁGICO EN TALES TRANSACCIONES?

–No. Sólo la magia de la codicia y el consentimiento.

–ENTONCES HARÉ QUE EL SALVADOR CONTACTE CONTIGO PARA QUE LE PROPORCIONES ALGO DE TU DINERO. ESTÁ EN UN LUGAR LLAMADO "ARGENTINA".

–Si me das su nombre, puedo encargarme del asunto yo mismo.

–No. Ella ya conoce el tuyo.

Una mueca de pesar cubrió el rostro de Hasmed. De todos modos. Vodantu aún podía ponerle las cosas más difíciles. Mucho más. Y como si el demonio le hubiera leído la mente...

–HE OBSERVADO TU RELACIÓN CON TUS VASALLOS. LOS TRATAS CON SUMO CUIDADO.

–Una herramienta bien atendida es una herramienta eficaz.

–CIERTO. PERO ME PREOCUPA QUE PUEDAS ESTAR RECUPERANDO ANTIGUAS COSTUMBRES. LAS COSTUMBRES DE UN ÁNGEL PROTECTOR.

–Te aseguro que eso es realmente absurdo.

–EXCELENTE. HE DECIDIDO QUE AQUELLA A LA QUE LLAMAS "TINA" SERÍA UN SACRIFICIO ADECUADO A MI GLORIA.

–Si así lo deseas, señor –dijo Hasmed, tratando desesperadamente de imprimir calma y suavidad a su voz–. Temo que sea una pobre ofrenda. Boyer, según opino, sería más de tu agrado. Muchos le temen y, si fuera sacrificado en tu nombre, el temor que le tienen a él se trasladaría a ti.

–PARECES REACIO A ENTREGAR A LA CHICA.

–Por supuesto que lo estoy. Todas las sospechas recaerían en su padre (mi anfitrión mortal), si ella fuera asesinada. Incluso la Mafia detestaría el infanticidio. Y, por último, sería como desperdiciar su fe, que es limpia y pura. Su confianza me nutre más que la de mis otros dos peones juntos.

–COMPRENDO.

–Pero, si deseas a la chica, la tendrás. Todo lo que pido es tiempo para hallar con qué reemplazarla.

–ELLA U OTRA, NO ME IMPORTA. QUIZÁS TENGAS RAZÓN. QUIZÁS NO DEBERÍA PEDIRTE QUE TE DESPRENDIERAS DE UN VASALLO.

–Existo para servirte, señor –su corazón palpitaba desbocado. Mal asunto. Su señor le había puesto a prueba y él había vacilado, lo cual significaría, probablemente, que ya no volvería a confiar más en Hasmed–. Si deseas un sacrificio, un sacrificio tendrás.

–EXCELENTE. ¿ALGO MÁS?

Hasmed reflexionó sobre si debía contarle lo de Sabriel y Avitu pero pensó que no tenía mucho sentido hasta que no tuviera algo que

ofrecer.

–Nada de importancia.

–MUY BIEN. ESPERO TU OFRENDA.

* * *

Lance Mason gruñó y se quejó cuando su padre insistió en levantarse pronto para ir al desierto, pero sus padres hicieron frente común. Estaba resentido por el modo en que se habían puesto en su contra pero, en el fondo, le agradaba verlos unidos.

–Parece la superficie de Marte –dijo Birdie, mientras miraba la tierra que cruzaban. El sol del amanecer producía sombras alargadas que magnificaban cada colina, cada letrero, cada arbusto retorcido y maleza del arcén de la carretera.

–Marte es rojo –apuntó Lance.

–Un mundo totalmente nuevo –murmuró Teddy. Birdie se giró. Sus palabras parecían... extrañas. Sin vida. Como si estuviera borracho o sonámbulo o algo parecido. Pero sus ojos estaban brillantes y alerta y estaba echado hacia delante mientras conducía el Bronco que habían alquilado.

–Teddy... ¿No crees que vas demasiado rápido?

–¿Y contra qué vamos a chocarnos? La carretera es recta y no hay nadie en kilómetros a la redonda –levantó un poco el pedal del acelerador.

Cuando salieron de la carretera, Birdie le preguntó por qué. Él respondió que le parecía un buen sitio.

–No estamos solos por aquí –advirtió Lance–. ¿Veis? Hay un montón de huellas en las dos direcciones.

De hecho, todas las huellas eran iguales, producidas por idas y venidas diarias. Las huellas de Gwynafra. Las otras, las de Sabriel y los prisioneros y las de otros antiguos caminantes, habían sido enterradas por el viento y la arena, pero no tenían modo de saberlo.

–Así que seguro que hay algo que ver por aquí –dijo Thomas radiante. Cuando llegaron junto a una robusta camioneta, aparcó el coche.

–¿Ted? ¿Sabes de quién es esa camioneta? ¿O de quién es

esta propiedad?

–Es una sorpresa –respondió Teddy–. Vamos, cojamos las cosas. ¡Ya veréis qué sitio!

Su entusiasmo les animó. El desierto estaba pasando ese periodo entre el frío helado de la noche y el inmisericorde calor diurno, así que escalar con las tiendas y los sacos era un ejercicio bastante agradable. Teddy estaba a la cabeza, impaciente, y vieron cómo llegaba a la cima de una colina y se detenía atónito. Todo en su postura revelaba temor así que tanto Birdie como Lance se quedaron perplejos cuando lo alcanzaron.

–¡Ostras! –dijo Lance con el sarcasmo que sólo puede desplegar un adolescente–. Es un árbol. ¡Es la leche!

Birdie frunció el ceño, mientras miraba alternativamente al árbol que tenían debajo y al rostro atemorizado de su esposo.

–Se parece... Se parece... –murmuró él.

–¿A qué se parece? –preguntó Birdie, pero tenía una terrible sospecha.

Teddy dejó caer su mochila sobre la tierra arenosa y comenzó a bajar la suave pendiente con el desgarrado trote de un hombre de cuarenta y tantos.

–¿Qué demonios...? –dijo Lance.

–Esa lengua –replicó Birdie instintivamente–. Creo que acamparemos aquí.

–¿Aquí? Pero si no hay agua ni nada.

–Ya lo solucionaremos.

Los dos se giraron y vieron a la bella mujer que acababa de aparecer por la ladera y que caminaba hacia ellos. Si se hubieran molestado en mirar, habrían advertido que sus huellas comenzaban justo donde la habían visto. Pero ambos estaban traspuestos por su rostro, su pelo, su cuerpo... Lance empezaba a inquietarse y Birdie se sentía invadida por la timidez.

–Soy Gwynafra Doakes –dijo la aparición.

Bajando la colina, Teddy había llegado al árbol y alargó el brazo para tocar una de sus ramas con mano temblorosa.

Cerró los ojos.

–Sí –dijo–. Sí.

Hubo un momento de silencio y una expresión severa ensombreció sus rasgos. Luego, con voz sombría, dijo:

–Sí. Para siempre.

Una porción de la rama apareció en su mano con la forma de una varita afilada, más delgada que un lápiz, de unos veinte centímetros de longitud.

Entonces desapareció.

* * *

Jennifer se sorprendió ligeramente cuando vio que aparecía alguien distinto a la mujer de barro. Era extraño pensar que se hubiera habituado a su fantástica prisión pero así era. Era normal, dado que incluso había llegado a aburrirse de ella profundamente. Nunca había ningún cambio en los muros de nubes. Sólo ella, que cada vez se sentía más desesperada, más perdida, más débil. Y más harta de comer sólo hamburguesas.

El hombre que apareció era gordinflón y pasaba de los cuarenta. Tenía la típica calvicie masculina, el bigote bien arreglado y un rasurado perfecto en su doble mentón. Llevaba vaqueros azules que parecían casi nuevos, unas botas Redwing bastante usadas y una cazadora LL Bean.

–Hola –dijo él–. ¿Estás bien?

Jennifer se limitó a parpadear un instante.

–¿Que si estoy *bien*? ¿Tienes alguna idea de dónde demonios estoy? ¿De dónde *estamos*?

Él miró a su alrededor.

–El árbol me lo ha explicado –dijo sosegadamente–. Me llevó antes a otro lugar... o tal vez a otro tiempo. O a un lugar más allá del tiempo. Me explicó muchas cosas –sacudió la cabeza–. Debería estar perplejo por todo esto pero... parece que he estado preparado para ello toda mi vida.

–¿Quién eres?

–Soy Teddy Mason. ¿Tú cómo te llamas?

–Jennifer –quería resistirse pero era tan real... Después de Gwynafra era difícil permanecer indiferente ante alguien que parecía

absolutamente normal y auténtico. Tan sólo era un tipo. Era maravilloso.

–Siento profundamente que estéis atrapados aquí.

–¿Puedes hacer algo?

EL hombre suspiró.

–Es complicado.

–¿*Complicado*? ¡Que va, Sherlock! Estoy cautiva en el cielo por un demonio que se comió el cerebro de mi ex novio. Sí. Es jodidamente complicado, muy bien.

–Siento también lo de tu novio. Ex novio. Avitu... Tenéis que entender la escala en que opera ella. Una vida individual... es fácil que olvide lo que significa. Las personas son como granos de arena en el desierto, sólo que su desierto es la eternidad.

–¿Estás pidiendo *disculpas* por ella?

–No me atrevería.

–¿Qué es para ti?

–Es mi diosa –dijo sencillamente–. Resulta que mis antepasados la sirvieron desde... Bueno, durante mucho tiempo. Es curioso. No sabía ni que tenía... Ya sabes, ancestros nativos. Y no hay duda al respecto.

Estuvieron en silencio un momento.

–Ella va a matarme, ¿verdad? –preguntó Jennifer.

Teddy suspiró.

–No tiene por qué suceder eso.

–No, también puedo acabar *lobotomizada*. O, o puedo rendirme y ayudarla después de que...

Teddy levantó una mano.

–No voy a pedirte que te entregues a ella –dijo.

–¿No?

–No quiero que... Creo que debería ser voluntario. Creo que cuando la gente entienda qué es Avitu realmente, lo que ella *ofrece*...

–¿Crees que la gente hará cola para perder sus almas?

–¡No sus almas, su dolor! –se inclinó hacia delante–. ¿No entiendes cuánto os envidio?

–¿Qué?

–Soy el sumo sacerdote de Avitu. *Nací* para supervisar sus

sacrificios. Sólo que no son sacrificios en absoluto. Son una cura. Una bendición. Lo que os ofrece es la absolución total.

–¡O la ignorancia total!

–La liberación absoluta de la incertidumbre, la miseria y el odio a uno mismo. ¡Ojalá pudiera gozarla! Pero, dada la naturaleza de mi servicio, nunca podré hacerlo. Debo soportar la maldición por siempre. *Tú* tienes la oportunidad de ser libre. Yo debo permanecer a este lado de la puerta, manteniéndola abierta. Tú puedes cruzarla, ¡y aun así lo rechazas!

–No entregaré mi yo. Eso no es libertad –Jennifer sintió cómo comenzaban a despuntar lágrimas en sus ojos y se esforzó en reprimirlas. Sin embargo, aún podía oír el sollozo oculto en su voz y sabía que Teddy también lo oía–. La noche que vine aquí –continuó–. Tuve un momento, un momento perfecto. Estábamos en el desierto y había un millón de estrellas. Y yo comencé a tocar. Y tocaba sobre todas las cosas, sobre todos los que estaban con nosotros... y la mayoría están muertos ahora... y era como si estuviera construyendo el paisaje con mi canción o como si el cielo estuviera cantando *a través de mí*. Eso fue lo que siempre desee. Siempre. Durante un momento, era totalmente, perfectamente yo. O tal vez era lo que siempre quise ser. ¿Y ahora esta criatura quiere arrebatarme eso? ¿Cuándo lo acabo de encontrar? ¿Cómo podría permitirlo?

Teddy asintió con la cabeza.

–¿Eres una artista?

–Soy músico.

–¿Es eso lo que eres realmente?

Había algo extraño en el modo en que lo preguntó; no sonaba falso o dramático, sino que parecía más bien libre de todo el bagaje que tiene la mayoría de la gente cuando le preguntan sobre arte, música o creatividad. Eso hizo que reflexionase antes de reaccionar.

–Sí.

–¿Y qué significa eso?

–Significa que puedo... puedo *tratar* de alcanzar la verdad.

–Pero ya has visto la verdad. Has visto a Avitu.

–No confío en *ella*. Podría mentir sobre... sobre cualquier cosa. Como aquella horrible criatura, Gwynafra. Parece una mujer, pero es

mentira.

–De acuerdo, pero has visto la verdad de Avitu; que existe.

–Oh, sí.

–¿Crees que puedes obviar eso? –Jennifer permanecía en silencio–. Si os dejáramos marchar, ¿crees que podríais olvidarlo? Su cabeza se desplomó sobre los hombros.

–Nunca voy a librarme de ella, ¿verdad? –susurró–. Siempre tendré miedo. Siempre sabré que puede matarme o cogermelo de nuevo o... o... –las lágrimas comenzaron a correr por sus mejillas–. Siempre lo sabré, ¿verdad?

–Hay una solución –dijo Teddy.

* * *

Cuando Teddy regresó, su mujer le hizo muchas preguntas, pero las ignoró para atender la pequeña fila de miserables que Gwynafra había traído consigo. Borrachos, drogadictos, fugitivos... Gente sin más esperanza que la de aliviar los dolores del pasado o escapar de algún modo de sus miedos al futuro.

La única pregunta de Lance fue:

–¿Papá? ¿Qué es esa cosa gris que tiene el palo que llevas en la mano?

Pero Teddy tampoco respondió a eso.

Los guardas de Johnny Bronco hicieron aparcar a Maese Fortuna bastante lejos de la casa. Mientras caminaba dificultosamente por la nieve, Hasmed sintió algo. No era nada que hubiera sentido antes. Era poder, pero no del tipo habitual. No era como el de los viejos días. No era parecido al de Sabriel.

La extraña percepción le sobrevino mientras caminaba a paso ligero así que bajó el ritmo y se giró para escrutar infructuosamente el

largo camino hacia la entrada. Sus ojos se volvían una y otra vez hasta que se centró en un punto.

Mientras caminaba bajo un elegante sauce llorón, Hasmed levantó la vista hacia una rama. Mirando a derecha e izquierda (Johnny tenía muchos guardas por los alrededores y Hasmed no quería parecer sospechoso por estar parado bajo un árbol), pronunció en voz baja unas pocas palabras en la primera lengua.

El murciélago que pendía de la rama no dijo nada. Frunciendo el ceño, Hasmed cogió un palo pequeño y empujó con él a la criatura.

En realidad no era un murciélago, por supuesto. Él ya lo sabía por lo que no se sorprendió mucho cuando la criatura cayó al tiempo que cambiaba de forma, posándose frente a él en forma de hombre. Era grande, con piel pálida de color de manteca. Llevaba puesto un mono y botas de trabajo y una vieja gorra de rejilla. No tenía abrigo.

–No sé quién eres –siseó el extraño–, pero has cometido un grave error –las pupilas de sus ojos se asemejaban a las de los gatos y sus dientes eran anormalmente largos y afilados.

Hasmed lo observó con curiosidad y un poco confundido.

–¿Caín? –preguntó al fin.

Eso dejó helado al hombre murciélago.

–¿Qué sabes tú de los cainitas? –preguntó–. ¿Eres...?

–¿Soy qué?

–Ya sabes. Un Vástago.

–¿De quién? ¿De Caín? Él no tenía hijos –pero cuanto más examinaba a la criatura que tenía delante, más se asombraba Hasmed–. Mierda, ¿es que Caín encontró algún medio de eludir su culpa? ¿Descubrió cómo... cómo burlar la ira de Dios Todopoderoso?

–¿Cómo es que sabes de Caín pero no de sus Vástagos?

–Digamos que he estado fuera de juego durante mucho tiempo. ¿Qué demonios es un Vástago?

El hombre adquirió su verdadera altura y dirigió a Hasmed su mirada más maléfica.

–Somos vampiros –dijo.

–Ahora sí que estoy a cuadros. ¡Creía que vosotros erais un mito!

–Somos reales. ¿Qué demonios eres tú?

Hasmed se subió las gafas de sol y dejó que un poco de sí se mostrara a través de su ojo lesionado.

–Tiene gracia que emplees esa palabra.

–¿Qué? ¿Se supone que me tengo que creer que eres un auténtico demonio?

–Exacto.

–Lo que tú digas –el escepticismo de la criatura era claramente visible.

–Cree lo que quieras. Es un mundo extraño.

Durante unos momentos, ambas criaturas se contemplaron, midiendo sus capacidades.

–¿Estás aquí trabajando para Bronco? –preguntó Hasmed.

–Estoy aquí para *matar* a Bronco.

–Entonces tenemos un problema.

–Ah.

De nuevo permanecieron unos instantes observándose en silencio.

–Que le den –dijo Finalmente el vampiro–. No me importa si eres un demonio o un Vástago chiflado del jodido Ratoncito Pérez. Seas lo que seas, no estás en el contrato y no me voy a dar de leches contigo por un mafioso mortal lleno de flemas.

–Deberíamos ir a hablar a algún sitio.

Estaban en una cafetería media hora más tarde, aunque el vampiro no tocó el café que había pedido. Parecía increíblemente turbado cuando vio comer a Hasmed.

No intercambiaron nombres, sólo preguntas. El vampiro sentía curiosidad por Caín y los Primeros Días (curiosidad no exenta de escepticismo) y Hasmed le contó algunas cosas. El vampiro no sabía mucho de la historia de su raza pero conocía a otros Vástagos que estaban muy interesados en ese tipo de cosas y no sería difícil que conocieran el origen de la historia.

–Así que parece que pasó mucho, *mucho* tiempo entre la maldición de Dios a Caín y cuando este llegó a construir la primera ciudad –dijo el vampiro.

–En realidad, Miguel maldijo a Caín. O sea, era el poder de El que está por Encima pero fue Miguel el portador real del mensaje. Lo

infinito no puede actuar sobre lo finito de modo limitado.

–¿Eh?

–Miguel, no Dios. Además, también había ciudades antes de eso.

–Mierda. Creo que, probablemente, nadie va a creerme.

–Bueno, tampoco me creería nadie a mí si le contara a Bronco que un vampiro fue enviado para mandarle al otro barrio. ¿Te importaría decirme ahora quién te envió? –ese había sido el trato. Era un trueque de preguntas y respuestas.

–Claro, supongo –contestó el cainita–. Joder, no es un secreto sobrenatural... Como todas estas historias de Caín –dirigió a Hasmed otra mirada felina y torcida por encima de sus gafas de sol–. Como la existencia de jodidos *demonios*.

–Bueno, ¿el nombre?

–Rico Pudoto.

–¿Rico el de Atlantic City? Vaya –Hasmed se rascó la barbilla–. ¿Me puedes dar alguna prueba? Me ayudaría mucho.

La camarera se acercó para volver a llenar las tazas de café y, si la visión de dos hombres con las gafas de sol puestas a las diez de la noche la sorprendió, no dijo nada al respecto.

* * *

Permitieron a Sal Macellaio dejar el coche junto a la casa de Johnny. Mientras lo aparcaba, pudo ver que el BMW de Acero Pete Petrucci ya estaba allí.

Las cosas habían comenzado a ponerse feas, muy feas. Todavía no había habido derramamiento de sangre, al menos no en público, pero se estaban sucediendo los movimientos. En el entramado de Johnny Bronco la gente estaba avanzando posiciones para ocuparse de todo si aquel moría; el estado del viejo no daba pie a muchas esperanzas. Al mismo tiempo, un par de sindicatos distintos estaban mirando la maquinaria de Bronco con ojos golosos, mientras evaluaban si era lo suficientemente débil para hacerse con ella y si merecía la pena la confrontación.

Todo se llenó de gánsteres de Nueva York, Boston, Atlantic

City e incluso de Las Vegas y Chicago; parecía que todos "venían de visita" o "pasaban por la ciudad" o, lo que era más ominoso, "estaban viendo cómo andaban las cosas".

El favorito era Acero Pete. Nadie apostaba por Sal, a menos que vendiera sus favores a otra banda como una puta y se hiciera con los hombres de ambas. Las estratagemas de Sal conseguían que los de fuera de la ciudad se mantuvieran a raya y los secuaces de Acero Pete eran numerosos y leales. Pero nadie podía asegurar que los dos grandes bandos pudieran trabajar en equipo. No parecía probable.

Cuando Sal fue conducido al dormitorio de Johnny Bronco, oyó la voz de Petrucci, que estaba dentro:

–...diciéndote, es hora de ingresar más miembros en la familia. La familia ha de parecer fuerte, tiene que ser fuerte, ahora más que nunca.

–Nada de eso. ¿Quién querría meterse, con todos esos lobos y chacales esperando detrás de la puerta? –Éste era John Cohn, el *consigliere* de Johnny Bronco.

–Siempre habría gente dispuesta –dijo Sal al tiempo que entraba–. Y habría de dos tipos, ambiciosos y estúpidos. Los ambiciosos saben que hay graves problemas y lo ven como una oportunidad para probar su valía. Y los estúpidos no saben lo que se les viene encima. Podrían ser incluso más útiles.

Acero Pete se sorprendió del apoyo de Sal a su idea.

–¿Tienes a alguien que quieras proponer como miembro?

Sal se encogió de hombros.

–Tengo una corta lista. Brennan podría estar bien.

–¿El maldito escocés? Estás loco.

–Ha estado relacionado con la familia durante décadas. Tiene diez veces más experiencia que cualquiera que propongas.

–Sólo falta que luego propongas a Harvey Ciullo –dijo Cohn.

–Eso sí que es una locura –dijo Sal.

–¿Tú crees? –preguntó Pete–. He oído que ha conseguido un buen fardo de diamantes. He oído que ha hecho una especie de robo muy interesante allí en Florida. De hecho, he oído que no se ha vuelto a ver a tu antiguo amigo Mike Diamond desde que se fue con Ciullo para apretarle las tuercas.

–¿Harvey? Olvídalo. Estamos perdiendo el tiempo hablando de él. Es un inútil.

–¿Tan inútil que enviaste su culo a Los Ángeles por cierto asunto tuyo al margen de la familia?

Sal le clavó una siniestra mirada. Alguien tenía la boca muy grande. A Acero Pete no tenía por qué importarle una mierda Harvey Ciullo... A menos que alguien le hubiera soplado que Sal no le quitaba el ojo de encima.

Un joven y enorme matón con traje oscuro asomó la cabeza por la puerta y dijo unas palabras, breves y respetuosas, a John Cohn. Cohn levantó una ceja.

–Hablando del rey de Roma –dijo.

–Qué. ¿Ciullo está aquí? –Sal quiso aparentar estar molesto pero en su interior albergaba un destello de miedo.

–Aquí mismo y dice que tiene noticias.

–Probablemente serán sobre los jodidos Cubs otra vez –dijo Sal. Cohn se encogió de hombros y salió con el joven gángster.

Pete y Sal intercambiaron gélidas miradas.

–Venid los dos.

Se giraron.

La voz de Johnny Bronco era ronca y frágil pero aún la respetaban instintivamente. Se acercaron.

–Los dos tenéis... razón en lo de reclutar. Necesitamos... sangre nueva, nuevos *soldati*.

Los dos jefes de banda fingieron mirarse con respeto.

–Los dos... tenéis que dejar de tocar las narices.

–¿Vas a nombrar a un sucesor? –preguntó Acero Pete sosegadamente.

–¡Lo haré cuando esté bien y preparado para ello, maldita sea!

–la voz de Bronco ganó fuerza y su rostro mostró el color de la sangre–. ¿Tantas ganas tienes, Petey? ¿Quieres cagar en mi retrete o quizás follarte a mi mujer, ya que estamos? Maldito buitre. Aún no estoy muerto. Tampoco vosotros. Tampoco la *familia* –hizo una pausa para toser–. Pero, si los dos, estúpidos, lucháis entre vosotros, ya no habrá familia que dirigir. Será entregada a Giancana o a los de Boston o a esos gillipollas de Chicago. ¡Ya lo sabéis!

–Nadie está haciendo nada por ahora –murmuró Pete. Bajó la vista a los zapatos como un hijo adolescente castigado.

–¿*Signore*? –era la voz de Cohn desde el umbral de la puerta–. Creo que deberías oír esto.

Sal se giró con el ceño fruncido y Pete, con una sonrisa fingida.

–¿Qué pasa? –dijo Johnny.

–Pudoto ha contratado a un asesino a sueldo –respondió Hasmed.

–¿Y cómo cono sabrías tú eso? –preguntó Sal.

Hasmed sacó un gran sobre. Dentro había fotos de Johnny fruto de vigilancia exhaustiva, notas sobre sus horarios y hábitos, fotos de sus guardaespaldas, una copia del plano de la casa con nota sobre las rondas y puestos de los guardias.

–Conseguí esto del sicario –dijo–. Si nos movemos rápido, podemos pillarle informando a uno de los capitanes de Pudoto esta noche. Lo único que pide es que le dejemos escapar y digamos que nos lo hemos cargado.

–¿Va a traicionar a Pudoto porque sí? –preguntó Cohn con escepticismo.

–Porque sí no. Ha decidido que era... más sano ayudarnos a nosotros.

Johnny Bronco había tomado una decisión.

–Cohn, llama a Rock y su gente. Harvey va a llevarlos a esa entrevista y que se encarguen de todo –mientras el *consigliere* se marchaba, Johnny dijo–. Si resulta que esto es como dices, vas a ser amigo nuestro, ¿*capisce*? Estarás con nosotros.

El maltrecho rostro de Hasmed creció con una cálida sonrisa.

–No se arrepentirá, señor –soltó un suspiro peculiar y Johnny Bronco parecía más erguido en la cama, parecía menos enfermo, menos moribundo. Acero Pete no reparó en ello, pero sí Sal Macellaio.

–Yo apoyaré tu candidatura, Harv –dijo Sal–. Puedes estar en mi equipo.

Al tiempo que ambos entornaban los ojos, los dos sabían el significado real de la repentina y generosa oferta de Sal. Ambos asintieron lentamente.

* * *

Algunos días después, Betsy Smith se levantó con intensos dolores menstruales y decidió que un Bloody Mary era exactamente el reconstituyente que necesitaba. Era sábado y tenía el turno de tarde. Le gustaba trabajar los fines de semana porque podía beber en el trabajo con muchas menos probabilidades de que la descubrieran. Por supuesto, ella se decía a sí misma que era porque podía adelantar mucho papeleo sin que la interrumpieran.

* * *

Era un bonito día, aunque frío. Hasmed llevó a Tina a ver una película apta para todos los públicos. Ella quería ver una para mayores de trece, pero él le dijo que ni hablar. Había tenido problemas para encontrarle una canguro; Helena había conocido a un tipo y, de repente, tenía mejores cosas que hacer que cuidar a su sobrina un sábado por la noche. Pero Hasmed había encontrado una mujer en el edificio, Donna Wentz. Tenía tres hijos y estaba dispuesta a cuidar de Tina por unos cuantos dólares.

El asunto del sicario de Pudoto salió a pedir de boca. El encuentro tuvo lugar en un cementerio; extraña elección, a menos que supieras (como Hasmed) que uno de ellos era un jodido vampiro. Los hombres de Rock se acercaron sigilosamente a pesar de su gran tamaño. Eran once contra tres y los tipos de Atlantic City no tuvieron ni tiempo ni para ver lo que se les venía encima. El equipo de Rock se sorprendió cuando el pálido asesino a sueldo se las arregló para escapar. Sólo Hasmed vio cómo se escabulló detrás de un lápida y no volvió a salir.

Rock en persona le había dado a Hasmed una pistola de calibre nueve milímetros para el trabajo y la guardaba desde entonces. La tenía oculta en la oficina, por supuesto. No iba a tener un arma en casa con Tina por ahí.

Con aquel breve y simple tiroteo, Harvey Ciullo había conseguido avanzar posiciones en la familia Vuoto, la organización de Johnny Bronco. Iba a ser uno de ellos, protegido por la Mafia y ligado

a su ley.

Iba a ingresar en la familia.

Se puso su mejor traje, se despidió de Tina con un beso y condujo hasta el Mac. Allí se iba a celebrar la ceremonia, en el sótano del bar.

Gran parte del equipo de Sal estaba allí cuando él llegó. Hamish Brennan se tomó con él un chupito de whisky seguido de una cerveza mientras Dennis Porter los observaba con una mezcla de envidia y confusión. Hasmed reconoció a los hombres de Vietnam Ham desde su última visita, meses atrás; el sifilítico y el tipo al que empujó escaleras abajo. Ambos parecían más que dispuestos a olvidar las rencillas del pasado y le dieron la bienvenida a la familia con sincero entusiasmo. Los hombres que estuvieron con Macellaio en los altos hornos mostraban mayores reservas pero también le ofrecieron sus respetos.

En su oficina, Betsy terminó la penúltima cerveza del *pack* de seis y decidió que también iba a beberse la última. Para no dejarla ahí, claro. Faltaban diez minutos de reloj para el fin de su jornada y siempre evitaba irse antes de tiempo.

* * *

Tina estaba fuera, jugando con los tres niños mayores mientras Donna Wentz los vigilaba desde la ventana. Estaba hablando por teléfono con su hermana, que aireaba los últimos trapos sucios del hijo de la ex mujer de su cuñado. Donna no reparó en que la batalla de bolas de nieve era casi un linchamiento; sus tres hijos agrupados contra Tina. Después de todo, Tina no había dejado de gritar en toda la tarde.

* * *

Johny Bronco llegó al bar y todos comentaron cuánto había mejorado. Pero no estaban exagerando. Desde que había ofrecido a Harvey entrar en la familia, su salud había mejorado considerablemente.

Sal fue el único que relacionó ambas circunstancias.

* * *

Betsy caminó pausadamente hacia su coche, despejó la nieve del parabrisas y emprendió el camino de vuelta a casa.

Una ráfaga de bolas de nieve golpeó a Tina con fuerza. Comenzó a llorar. Estaba asustada y sola y dijo la Palabra Secreta.

A un par de kilómetros de distancia, Hasmed se excusó para ir al cuarto de baño, mientras soltaba una sarta de chistes burdos.

Estaba a unos minutos de dar un paso decisivo para la consecución de su objetivo, estaba a punto de ingresar en una familia que sabía sin ningún género de duda que podía llegar a ser suya.

Pero oyó la voz de Tina y, cuando le preguntó qué le pasaba, ella no podía decírselo, no podía contestar. Frunció el ceño y se concentró para visualizar lo que sucedía a su alrededor. Al principio sintió alivio al ver que sólo era un puñado de niños abusones. Pequeños bastardos, luego les daría una lección. Pero ella no corría peligro. No tenía por qué hacerlo, no tenía por qué desaprovechar esa oportunidad...

Pero lo hizo.

* * *

"Tener más suerte que un tonto", eso es lo que hubiera dicho Betsy al respecto pues el peligro era otro muy distinto, porque ella no advertía el percance que originaría conducir así mientras bajaba por esa calle, la calle a la que había corrido la niña para huir de los bolazos de nieve. Y el coche no aminoraba, no lo hacía en absoluto.

* * *

Cuando abrió la ventana del cuarto de baño, Hasmed no se planteó la oportunidad que estaba desperdiciando. No se planteó el descrédito. No se planteó la cólera de Johnny Bronco o la de Vodantu, su señor. Únicamente pensaba en cómo hacer lo que debía.

No sentía ningún conflicto. No sentía pesar. No sentía ira.
Sentía una amenaza sobre Tina y eso era todo.

Cuando consiguió salir al callejón desde el baño, sus alas ya estaban desplegándose. Otro envite de su voluntad y su gloriosa, terrible e inhumana forma se cubrió de oscuridad y apatía. Ningún humano debía verle y ninguno lo haría. Despegó precipitadamente y advirtió que volaba demasiado lento. Necesitaba más poder, más velocidad y consiguió todo el que pudo.

A kilómetros de distancia, un vaso resbaló de la mano de Roscoe Paum y se hizo pedazos contra el suelo de un bar. Jadeó y se agarró el pecho, sin poder respirar.

Hasmed se movía con más velocidad.

En el condado que estaba al norte, en la ciudad de Nueva York, Lee Boyer Júnior visitaba a alguien que estaba nutriendo sus particulares preferencias alimenticias. En mitad del acto, su succión perdió fuerza y el aire le fue arrebatado. Casi perdió el conocimiento cuando soltó el pecho de la chica y se tambaleó hacia atrás, tratando de inhalar pero sintiendo que había perdido el aliento.

Hasmed incrementó su velocidad de nuevo.

* * *

Tina levantó la vista cuando vio el coche y gritó. Si hubiera echado a correr, podría haberse salvado ella misma, pero se quedó paralizada. Todo cuanto podía hacer era gritar.

El cambio de tono en los chillidos de Tina movieron a Donna a que bajase la vista pero nada podía hacer; todo cuanto hizo fue quedarse boquiabierta, mirar fijamente y perder toda su consciencia en una página blanca de terror.

Tras el volante, Betsy la oyó y, si hubiera estado sobria, podría haber reaccionado a tiempo, podría haber dado un volantazo o pisado el freno hasta el fondo. Pero no pudo activar sus pensamientos y reacciones.

Y entonces un viento negro barrió la calle y de repente Donna vio a Harvey Ciullo y, joder, nunca hubiera pensado que ese viejo gordo podía moverse tan rápido, como un relámpago, con su

gabardina ondeando a su espalda (¿cómo alas?), abalanzándose sobre Tina y tirándola al suelo.

Pero eso no bastaba.

Con la lucidez cristalina de la mente de un ángel, Hasmed sabía que no era suficiente. La empujó fuera del centro de la trayectoria del coche, pero aún resultaría herida y esa zorra tras el volante no tenía intención de frenar.

Un humano habría sentido una oleada de desesperación. Esa sensación habría entorpecido una mano humana medio segundo. No era mucho, pero significaba la diferencia entre escapar por los pelos y acabar destrozado bajo las llantas de un coche.

Hasmed no era humano. No dudó. En un instante, su pistola estaba ya en su mano y disparó al neumático delantero derecho. El coche bandeó y giró y comenzó a colear y, al tiempo que el casquillo de la primera bala caía al suelo, disparó dos veces más. Otros dos neumáticos estallaron, reduciendo la velocidad del vehículo.

Las mugrientas puertas de plástico rozaron su brazo extendido y la llanta trasera reventada pasó tan cerca que manchó la pernera de su pantalón de gélida nieve sucia. Entonces lo rebasó, deslizándose hasta que se detuvo.

–¡Oh Dios! ¡Oh Dios mío! ¡Oh Jesús! –Betsy Smith saltó del coche, se resbaló y se deslizó sobre su pecho para acabar contemplando un cañón de pistola humeante apuntándole a la cara.

El hombre del arma tenía una horrible cicatriz y la contemplaba con un ojo de sangre. Hasmed no disparó la pistola, sin embargo. Convocó su poder y exhaló un suspiro repentinamente.

Betsy Smith nunca volvió a tener ganas de beber.

* * *

A kilómetros de allí, en el Mac, Johnny Bronco necesitó su máscara de oxígeno para seguir respirando. Estaba encolerizado.

–La falta de respeto –repetía una y otra vez–. ¡La falta de respeto!

Sal Macellaio se miraba las uñas de la mano; se levantó de su silla e hizo una breve sugerencia a su jefe. Johnny lo miró y asintió

bruscamente.

–Liquidadlo –dijo–. Que sufra.
Sal sonrió.

–Cariño –dijo Hasmed–, créeme, tenemos que darnos prisa. Coge tus cosas preferidas. ¡Rápido!

Tina parecía conmocionada y, una vez más, Hasmed sintió aquella inquietante sensación humana de emociones encontradas. Esta vez era miedo y alivio. Alivio porque Tina no replicaba ni se quejaba sólo empaquetaba sus cosas (casi todos sus juguetes) sin decir una palabra y aceptaba que tuvieran que abandonar el apartamento inmediatamente. Miedo porque estaba preocupado por sus emociones, preocupado de que le marcara el hecho de dejar su nueva escuela, desarraigarse de otro hogar más y ser alejada de Helena. También le preocupaba que pudieran atraparlos, por supuesto. Había tratado de mantenerla oculta, había tratado de asegurarse de que nadie supiera que tenía una hija, pero, ¿lo había conseguido? Y lo que era más importante, ¿lo había conseguido Harvey antes de que Hasmed lo poseyera?

Sal trató de mantener a su hijo en el anonimato, pensó Hasmed mientras se dirigía apresuradamente a su dormitorio. Y mira qué pasó. Pero, claro, no sabía que lo estaba ocultado de un demonio.

Arrojó sobre la cama una maleta abierta y la llenó de pantalones, camisas, ropa interior y calcetines. Lo más importante era una caja de plástico de una cinta de vídeo con una etiqueta escrita a mano en la que se leía *La caza del Octubre Rojo*. No contenía una cinta con esa película. Contenía sus ahorros en dinero suelto, junto con dos de los mayores y más resplandecientes diamantes. Los había estado reservando ya que planeaba venderlos más adelante, cuando le ofrecieran mejores condiciones. Se decía a sí mismo que le daría una parte a Paum en el hipotético caso de que los vendiera.

Pensando en Paum, carraspeó para aclararse la garganta,

impostó la voz de su Zoth el Azote Maldito y dijo:

–ROSCOE PAUM. ATIENDE A TU SEÑOR.

Era la primera vez que invocaba al boxeador y hubo cierta confusión inicial hasta que le explicó la naturaleza de la comunicación.

–CUALESQUIERA QUE SEAN AHORA TUS OCUPACIONES, ¡ABANDÓNALAS! –le ordenó–. TU "AMIGO" Y MI ANFITRIÓN HARVEY CIULLO ESTÁ EN GRAVE PELIGRO. ¡DEBES REUNIRTE CON ÉL DE INMEDIATO! SE ENCONTRARÁ CONTIGO EN LA ESQUINA DE BOND Y LOCUST EN VEINTE MINUTOS. VEN SOLO.

Entonces cortó la comunicación y fue a ver qué hacía Tina. Estaba llorando.

–No pasa nada, bonita –dijo–. No pasa nada.

–Voy a echar de menos mis muñecas, ¡porque no puedo llevármelas todas! –pronunció "moy" en vez de "voy" y "muñecas" en vez de "muñecas".

–Shhh... No pasa nada, compraremos otras nuevas.

–¡Pero estas son *mías!* –gritó angustiada.

–Vale, te diré lo que haremos, cariño. Si no caben en la maleta, las meteremos en bolsas de basura pero no porque sean basura sino para que podamos llevárnoslas, ¿vale? Las bajaremos al coche así y luego las pondremos entre tu ropa para que no se rompan en el asiento de atrás, ¿vale?

Aún parecía abatida y asustada pero accedió a ello. Dijo "male".

–Tienes que ser una niña valiente, Tina. Estamos en grandes apuros pero te protegeré. Lo prometí, ¿recuerdas? Estaré contigo y te protegeré.

De repente, ella se lanzó sobre él y le abrazó con toda su fuerza. Hizo algunos intentos por soltarse pero luego simplemente se levantó con ella. Las horas y semanas en el gimnasio habían dado su fruto. Podía levantarla con mucha más facilidad.

Consiguió que se bajara para poder coger las maletas, repletas de ropa y diversas pertenencias. Cargar con todo eso sería una auténtica putada. Tendrían que hacer dos viajes por las escaleras.

–Tengo que darte malas noticias, tesoro –dijo mientras conducía hacia Locust Street–. Voy a tener que dejarte un momentito.

–¡Dijiste que no lo harías! ¡Lo dijiste! ¡Lo *prometiste!*

–Dije que te protegería. Para hacerlo, he de quedarme aquí un poco y asegurarme de que no nos sigue nadie. Pero te voy a dejar con alguien llamado Roscoe, es un buen amigo de papá, ¿vale? Roscoe cuidará de ti. Todo va a salir bien.

Estaba llorando cuando llegaron a la altura de Bond Street. Roscoe estaba sentado en una parada de autobús. Se irguió de un salto y se acercó a la esquina mientras el coche frenaba en seco.

–Entra –dijo Hasmed.

–Hola, pequeñita –dijo Roscoe a Tina. Ella dejó de llorar un momento y luego continuó sollozando–. ¿De quién es?

–Mía.

–¿Tuya? –salieron de la curva.

–Es mi hija, sí. Pero punto en boca, ¿vale?

–Joder, Harv. No tenía ni idea.

–Nadie lo sabía. Eres el primero.

–¿Qué pasa?

–Problemas. Problemas serios.

–¿Por los diamantes? ¿La pasma anda detrás de nosotros o qué?

–Peor. La gente de Vuoto.

–¿¡Qué!?! Te dije que no acudieras a ellos para vender las piedras.

–Todo irá bien. Sólo necesito que vayas a Atlantic City un tiempo. Llévate a Tina, cuida de ella. Pronto me reuniré con vosotros.

–Harvey, no puedes estar hablando en serio. No puedo coger y largarme de...

–¿Tienes un arma?

–¿Eh? No.

–Toma –le dio la nueve milímetros que Rock le había entregado–. Le quedan cinco balas, así que quizás quieras conseguir más.

–¿Qué...? ¿Pero qué...?

–Oye, ¿te la he jugado alguna vez? ¿Lo he hecho? No, no desde que regresé. Así que *confía* en mí, ¿vale, Paum? –frenó en un semáforo en rojo y Hasmed dirigió una mirada desesperada a su pasajero–. Roscoe, tú eres mi única esperanza en esto. Si no lo

haces, estoy muerto. Estoy muerto y mi hijita también lo está. No estoy bromeando, ¿de acuerdo?

Hubo una pausa. Cuando el semáforo se puso en verde, Hasmed giró a la derecha.

–Vale. Atlantic City. ¿Cuándo vendrás?

–Pronto.

–¿Dónde me alojaré?

–Donde sea.

–Pero, ¿cómo me encontrarás?

–Te encontraré.

* * *

Hasmed entregó a Ros todo el dinero que tenía en su billetera y se arrepintió poco después, pero su vasallo ya había arrancado. Debería haberse quedado con algo para poder comprar algunas cosas; algún tipo de arma, al menos. Estaba agotado y exhausto, física y espiritualmente. Había tenido que combatir con el mundo, subyugarlo para salvar a Tina y eso le había consumido las fuerzas. No podría hacer nada grandioso o terrible hasta que tuviera oportunidad de recobrase; a menos que estuviera dispuesto a enfermar a sus creyentes y drenar su energía aún más.

Roscoe le había dejado frente a la tienducha que estaba cerca de su oficina, la misma adonde envió a Lee a comprar las velas. Al entrar, dirigió a la mujer del mostrador una sonrisa que pretendía ser encantadora. Ella se puso inmediatamente en guardia.

–Hey, eh... Señorita –comenzó–, tengo que abrir una caja en mi oficina. El tipo que la envió es... –Hasmed chasqueó la lengua, levantó los hombros y giró los ojos–. Le ha puesto, no sé, como cincuenta capas de cinta adhesiva y no puedo abrirla. –Cogió una navaja multiusos de una caja de muestras y dijo–. Necesito una de éstas pero me he dejado la cartera en los otros pantalones. Vosotros me conocéis, ¿verdad? Estoy justo al comienzo de la calle y tal vez podrías...

–Aquí no se fía –dijo.

–Mira, esto vale, cuánto, un dólar setenta, no voy a jugártela por

tan poco.

–Aquí no se fía.

Sintió una breve descarga de cólera pero la reprimió.

–Y qué te parece esto: te dejo mi reloj como garantía, ¿vale? No es un Rolex, pero vale más de un pavo y setenta centavos.

–¿Es que esto parece una casa de empeños?

Sintió la cólera bullendo en su interior de nuevo y consideró matar a la mujer. Sus manos estaban sobre el mostrador. Estaba seguro de que podría cogerla del pelo, golpearla contra la mesa, dejarla aturdida y luego cortarle la garganta, robando el cuchillo que no le quería vender... Y después se echaría a reír.

Aquí estoy, pensó. Un ángel o un demonio o lo que sea pensando en rajar a esta zorra sobre un maldito mostrador.

Dejó la navaja en el mostrador y dijo:

–Gracias por nada, puta.

De camino al portal, recogió del suelo el cuello roto de una botella de cristal. Cuando llegó a la puerta de su oficina, se dio cuenta de que la llave seguía en su llavero, en el coche, camino de Atlantic City.

Sacudiendo la cabeza, se sentó en las escaleras, ojeando por la rendija de la puerta que las separaba del descansillo. No tuvo que esperar mucho.

Reconoció a uno de los dos hombres que salieron del ascensor; había estado con Macellaio en los altos hornos. El otro, más joven y más nervioso, parecía un alumno expulsado del instituto, dopado con esteroides y vestido con un traje de luto de Sears. No dejaba de meterse la mano por la solapa, fingiendo que se rascaba las costillas.

–Estáte quieto, AC –dijo el hombre mayor–. Pareces el jodido Napoleón.

–¿Eh?

–Con la mano dentro de la chaqueta. Jesús, no seas tan imbécil.

–¡No me llames imbécil!

–Pues no hagas el imbécil –miró a ambos lados del pasillo y escudriñó la puerta de las escaleras pero no había nada que ver. Hasmed había forzado la realidad un poco más.

En Nueva York, Boyer se sintió débil y sin aliento de nuevo, pero

no tanto como antes. Era soportable. Cuando se había desplomado, la joven madre había tratado de desplumarlo. Una vez recuperado, Boyer había empezado a golpearla con la culata de la pistola. El segundo brote de debilidad probablemente salvó su vida, aunque no su cara.

Convencido de que nadie estaba mirando, el gángster de los altos hornos extrajo un juego de ganzúas de una cajita de plástico y se puso manos a la obra.

–¿Por qué no la abrimos de una patada y ya está? –preguntó AC.

–Calla –meneó la cabeza mientras forzaba la cerradura –, maldito pedazo de mierda –dijo al tiempo que conseguía abrirla. Se puso en pie, retrocedió un paso e hizo un gesto a AC para que entrara–. Ahora, con cuidado, aunque es probable que ya sea demasiado tarde.

AC desenfundó su pistola y entró intrépidamente. El otro hombre dio un suspiro y le siguió, con las manos vacías. Hasmed se acercó por detrás, acelerando el paso para poder colarse dentro antes de que cerraran la puerta.

–Está vacío –informó AC mientras volvía desde la oficina al cuarto de la mesa. Estaba acoplando un silenciador al cañón de su revólver.

–Pues a esperar –dijo el gángster más viejo, desenfundando su pistola y haciendo lo mismo–. Y por el amor de Dios, estate en silencio. Queremos que entre sin que sepa que estamos aquí, ¿de acuerdo?

–Lo sé, lo sé. No soy estúpido.

Hasmed suponía que era mucho más probable que AC hiciera algo estúpido e impredecible así que ese fue el hombre hacia cuya espalda se deslizó. Cogió aliento (no espiritual, sólo físico, como preparación de la acción), y luego metió el brazo por debajo del hombro del joven matón, apretando las aristas de cristal contra su garganta al tiempo que desvelaba su presencia.

–Dame tu pistola –siseó.

–¡No lo hagas! –gritó el otro hombre, levantando su pistola instantáneamente.

–¡Suéltala o mato a tu compañero! –dijo Hasmed. No gritó; no

quería atraer más atención. Los gánsteres pensaban lo mismo.

–En realidad, podría dispararte a través de él.

–¡Cabrón! –vociferó AC y apuntó con su arma a su socio.

Hasmed se echó a reír.

–Parece que empate, ¿no?

–Ríndete, Ciullo. Si le rajas, te pego un tiro, ya lo sabes. O AC podría sacarse la cabeza del culo y apuntarte a ti en lugar de a mí. AC es demasiado listo como para dar su arma a un mierdecilla desarmado como tú.

–Pero, ¿y si no temo a los disparos? O sea, no es que no me hayan disparado nunca antes. Y ahora soy mejor.

–Estás loco de remate, tío.

–¿Lo estoy? ¿O soy algo peor que un loco? –Hasmed inclinó su cabeza y dejó que su ojo sangriento se asomara por encima de las gafas de sol–. ¿Crees en el diablo?

–Joder, no.

–¿Estás seguro? Porque no parecías estar tan seguro en los altos hornos, ¿lo recuerdas? Entonces también me apuntabas con un arma.

–Loco...

–Sí es una locura. Estoy loco, todos lo estamos. Tú estás loco si piensas lo contrario. Si no, ¿cómo maté a Mikey Diamond, eh? Si no, ¿cómo conseguí, saliendo de ninguna parte, llegar a ser de la familia en menos de cuatro meses? Si no, ¿cómo es que *aparecí* aquí detrás de tu amigo sin que ninguno de los dos me vierais?

El gánster sacudía la cabeza pero Hasmed sonrió maliciosamente cuando lo sintió; aquel hombre *creía*. Era un sentimiento inspirado por el miedo, dulce, puro y sencillo. Todo lo que necesitaba el demonio para mostrar su verdadero rostro.

El mafioso no malgastó el tiempo gritando. Abrió fuego. El disparo silenciado, no más sonoro que una palmada, fue ahogado por el alarido de AC. La bala atravesó a este y a Hasmed y AC apretó el gatillo. Entonces, con un batimiento de alas y el ímpetu de una granizada, las dos armas estaban ya en manos de Hasmed y ambos hombres yacían en el suelo, desangrándose.

Joder, apenas he tenido que hacer nada, pensó el demonio casi

desfallecido pero ahora no había tiempo que perder. Aún no. Torpemente, cogió las dos pistolas con una mano, dejando la otra libre para meter una corbata en la boca de AC, sofocando así los lamentos del chico. El otro gángster no gemía. El disparo le había atravesado el pulmón y no podía coger aire para gritar.

–Ahora crees, ¿verdad? Sí, claro que sí. Muy bien. Es bueno morir creyendo –no se molestó en utilizar sus garras o una pistola. Agarró la nuez del moribundo y apretó con fuerza. Eso era suficiente. El hombre jadeó y se revolvió unos segundos más antes de quedarse inmóvil. Hasmed tuvo tiempo para preguntarse si fue su presión en la garganta o el disparo el que acabó con su vida. Aunque probablemente no tenía importancia.

Se volvió a AC. El chico aún estaba sollozando, pero su mordaza ahogaba todo sonido. Había recibido un disparo en las tripas y, aunque hubiera querido sacarse la corbata de la boca, no parecía capaz de quitar sus manos de la herida.

–No tienes suerte –dijo Hasmed–. El otro tipo murió por mí y por eso lo hice rápido. Tú vas a morir por Vodantu, mi señor, y eso va a llevar un poco más de tiempo –frunció el ceño mientras aplastaba su rótula–. No te vayas a ninguna parte –dijo y entró al otro cuarto a coger un rollo de cinta adhesiva.

* * *

–¿Te gustaron los ponis? –preguntó Roscoe.

–Sí –dijo Tina sin mucho entusiasmo.

–Bien, sí. Corrían rápido, ¿eh?

–Aja.

–¿Y la cena estaba buena?

–Aja.

–Qué juguetito tan guay te tocó en el... eh... *Happy Meal* ese –dijo.

Estaban de vuelta en el motel y Roscoe se sentía extremadamente incómodo. No tenía ninguna experiencia con los niños y registrarse en un motel con esa niña tan pequeña a la que no conocía hacía que se sintiera como un monstruoso pervertido sexual.

Sabía que no lo era (a Roscoe le gustaban las mujeres grandes y calentorras), pero, aun y todo, ¿qué pensaría la gente? ¿Qué dirían si lo supieran?

–Y, bueno, ¿a qué hora te sueles acostar?

Tina se encogió de hombros.

Jesús, probablemente no sabe ni las horas, pensó Roscoe.

–Bueno, ¿tienes sueño?

Ella se encogió de hombros otra vez.

–Vale, oye, ¿por qué no te vas lavarte los dientes y... y todo eso? –Antes, en las carreras de caballos, la niña había tenido un "accidente de pis" y él tuvo que ayudarla a ponerse otros pantalones. Nunca había sentido tanta vergüenza en su vida y eso que una vez se meó encima en un combate, cuando cayó noqueado. Esto había sido peor.

–¿Cuándo va a venir Papá?

–Oh, eh, muy pronto. Si te vas a la cama y te duermes, probablemente esté aquí cuando te despiertes.

–¿En serio?

–¡Claro!

Ella se fue corriendo al cuarto de baño y él se hundió en un sillón, exhalando un prolongado suspiro de agotamiento. Ella volvió rápidamente.

–¿Te has lavado los dientes?

–Aja.

Creía que no lo había hecho pero decidió no presionarla. Tampoco tenía ninguna intención de esforzarse mucho para que se pusiera el pijama y (Dios no lo quisiera) se bañara. No cuando en cualquier momento podía irrumpir por la puerta un puñado de los matones más duros de la banda de Johnny Bronco.

–¿Me cuentas un cuento?

–Eh... Vale. Bien, eh... ¿Sabes el de los tres cerditos?

Le contó el cuento de los tres cerditos. Finalmente, la niña se metió en una de las dos camas del cuarto.

–Papá va a venir, ¿verdad?

–Ya te dije que sí.

–¿Va a morir?

–¿Qué? ¡Jesús, Tina! Claro que... Claro que no, bonita, no. Tu papá no va a morir.

–Mi mamá se murió.

Su tono luctuoso hizo que la mirara fijamente.

–Oh, eso... eso es terrible, bonita –no tenía ni idea de qué decir.

–Me fui a casa de las vecinas a jugar y, cuando volví a casa, mami estaba muerta.

Sin saber qué hacer, Roscoe se levantó y se sentó al borde de su cama.

–No pienses en eso ahora –dijo casi suplicando–. Anda, duérmete.

–Me fui y mi mami se resbaló en la ducha –dijo "desbaló" en vez de "resbaló".

–Jopé.

–Mami se resbaló en la ducha y se dio un golpe en la cabeza y se murió. Se murió para siempre, para siempre.

–Jesús, pequeña... O sea, qué fuerte –vacilante, alargó la mano y le acarició el pelo–. Apuesto a que la echas mucho de menos, ¿eh?

Ella asintió.

–Bueno pero ella te está viendo desde el cielo. Lo sabes, ¿verdad?

Asintió de nuevo.

–Y también está... eh, ya sabes. También está en tu corazón. Ya sabes. Está allí para siempre.

–Sí –dijo suavemente.

–Y tienes a tu papá. Él va a cuidar mucho, mucho de ti.

–¡Pero quiero que esté aquí *ahora mismo!* –y, de pronto, rompió a llorar.

Roscoe se arrodilló a su lado y la rodeó con sus brazos.

–Shhh –dijo–. No pasa nada. Tranquila –no se le ocurría nada que decir o hacer excepto acariciarle el pelo y decirle cosas que en el fondo de su corazón suponía falsas. Se sentía estúpido, inútil y débil, sin nada que ofrecer a esa pobre huérfana sollozante salvo buenas intenciones.

Finalmente, las buenas intenciones debieron de ser suficiente o quizás se terminó cansando. El caso es que cayó dormida.

Roscoe se sentó en el sillón con la pistola en su regazo, vigilando la puerta y esperando.

* * *

Hasmed cogió el dinero que tenían los gánsteres pero dejó las pistolas allí de mala gana. Llevarlas encima suscitaría inevitables preguntas si se cruzaba con un policía. Asesinarlos le había refrescado. Cogió de su escritorio un abridor de cartas con una punta decente además de algo de dinero más. No sabía qué iba a cambiar ese puñado de billetes pero no vendrían mal.

Cuando se dirigía a la puerta de la entrada, oyó un alegre sonido que provenía de un cadáver. Al acercarse, descubrió que era una versión minimalista de "Dios bendiga a América".

Cuando abrió el teléfono móvil de AC, oyó la voz chillona de una mujer que decía:

–¿Arnold? Soy mamá. De camino a casa, ¿podrías ir a comprarme una botella de leche? Iría yo, pero...

Apagó el teléfono, sacudiendo la cabeza. Entonces marchó a la ferretería a comprar una sierra y a la tienda de Walgreen a por una bolsa de lona.

Había tres hombres en su apartamento cuando llegó allí, incluido el propio Rock. Todo se precipitó; recibió varios balazos antes de que se hiciera con el control de la situación. Sacrificó a Rock a Vodantu, disculpándose mientras lo hacía:

–Fuiste bastante justo conmigo, pero eres el jefe, la flor y nata de la basura.

A los otros dos sólo los mató.

La policía se presentó mientras estaba aserrando la cabeza de Rock. Recibió un disparo y dijo algo sobre rehenes. La policía comenzó a evacuar el edificio y llamó a una unidad de S.W.A.T., así que Hasmed tuvo tiempo de sobra para acabar sus decapitaciones, envolver las cabezas en viejas bolsas de plástico de supermercado y escabullirse del edificio bajo el manto de su influencia demoníaca.

Había recogido todos los teléfonos móviles y uno de ellos sonó. Contestó. Excepto el de AC, que era azul brillante, todos eran muy

parecidos.

–¿Rudy? Contesta.

Hasmed sonrió. Era la voz de Sal.

–Rudy no puede ponerse ahora mismo –dijo.

–¿Ciullo? Escucha, maldito...

Hasmed apretó el botón de apagado y siguió caminando. Muy pronto, sonó otro teléfono.

–¿Rock? Sal. Escucha, Ciullo está en la ciudad. Creo que tiene a Rudy y al chico nuevo.

–Demasiado tarde otra vez, Sal.

Se produjo un silencio tenso al otro lado de la línea.

–Decir "Oh, mierda" sería apropiado –dijo Hasmed mientras entraba en la estación de autobuses.

Pero Sal estaba hecho de otra pasta. Era muy duro.

–Escúchame, jodido monstruo. No sé qué eres o cómo haces toda esta mierda pero las vas a pagar aunque sea lo último que haga. Voy a perseguirte. Voy a joderte. ¿Tienes amigos? Están muertos. ¿Un perro? Muerto. Tu puta hermanastra o lo que sea, ¿Helena? Olvídate de ella, Ciullo. A menos que vengas aquí ahora mismo.

–Espera, Sal, espera un minuto.

Del otro lado del teléfono provenía un sonido ahogado de histeria, luego se oyó la voz sollozante de Helena:

–Harvey, ¡te lo dije! ¡Te dije que no volvieras con esta gente! Te dije...

Un estallido cortó su voz.

Hasmed se quitó las gafas de sol y cerró los ojos, mientras apretaba la palma de su mano contra el puente de su nariz. Respiró profundamente, buscando a Helena.

Nada.

–Eh. Vaya, así que hay cosas que no puedes hacer –la voz de Sal estaba plena de satisfacción–. ¿No sabías que la tenía, eh? Y apuesto a que tampoco sabes dónde estoy ahora.

–Tu hijo va a...

–No, Ciullo, tu *hija* va a morir. A menos que saques tu gordo culo de monstruo de la ciudad y nunca jamás regreses. ¿Me sigues? Asunto concluido, Ciullo. Estás desterrado, hijo de puta. Si alguna vez

te acercas a mi hijo o a mi mujer o a mi *ciudad*, despedazaré a tu mamá, allí en Florida, y a todos los que fueron a su boda. ¿Me entiendes?

Harvey se habría amilanado. Pero Harvey nunca habría llegado a una situación en la que amilanarse.

–NO, TÚ ERES EL QUE HA DE ENTENDER, MACELLAIO –dijo Hasmed y no habló como un hombre, sino con la voz de un ministro de la creación–. HAS DESENCADENADO UNA CÓLERA CUYA PROFUNDIDAD NO PUEDES SONDEAR. TU RIDÍCULA CRUELDAD NO ES NADA PARA MÍ. MATA A DOCENAS, SI LO DESEAS; YO ME HE ERGUIDO SOBRE LOS CUERPOS DE MILES. CONOCERÁS MI VENGANZA, SAL MACELLAIO. SABRÁS QUÉ SE SIENTE AL SER UN PECADOR EN MANOS DE UN DIOS ENCOLERIZADO.

Apagó el teléfono y miró a su alrededor. Todos le estaban observando. Se bajó las gafas de sol y todos ellos encontraron de pronto nuevos lugares en los que fijar su atención.

En el cuarto de baño limpió los teléfonos y los dejó cuidadosamente en el lavabo. Dos de ellos sonaban cuando salió de allí. Compró un billete, sacó su teléfono y se lo acercó al oído sin encenderlo.

–Rabbadün –dijo–. ¿Podrías reunirte conmigo pronto? No sé, ¿hoy o mañana?

El viaje en autobús era largo y Hasmed lo pasó casi todo durmiendo. Cuando llegó, llamó a Boyer (esta vez de forma convencional) y le preguntó a quién conocía en Atlantic City. Habiendo oído lo del jaleo de Rock y la familia Vuoto, Boyer se había quedado en Nueva York, tratando de pasar inadvertido. Le dio a Hasmed una referencia.

Esa referencia era un tipo llamado Tommy Bones pero no era nada fácil llegar hasta él. Pero una vez que Hasmed comenzó a enseñar las cabezas, la gente perdía el culo para ayudarlo a encontrarlo. Era medianoche cuando consiguió una audiencia con Rico Pudoto.

–Espero que esto sea bueno –los sudorosos michelines de grasa de Rico parecían salchichas alemanas recién hervidas, sólo que con algo de pelo espeso y oscuro esparcido aleatoriamente por su superficie.

Hasmed abrió la bolsa de lona sin decir una palabra.

–Jesús, María y joder –dijo Pudoto abanicando con la mano el aire delante de su nariz. Se inclinó sobre ellas–. La leche, pero si ese es Rock.

–Quieres hacerte con el imperio de Vuoto –Hasmed no lo dijo como una pregunta. Rico se encogió de hombros–. Me acabo de cargar a Rock, dos de sus muchachos y dos de Macellaio.

–Enhorabuena –apuntó Rico.

–Hagamos un trato.

–¿Cuál?

–Yo aparto a Macellaio de tu camino. Esa es mi parte. Tú me haces de tu familia y me das un equipo. Esa es tu parte.

–¡Eh, eh, eh! –Rico levantó las manos–. Yo no sé una mierda de ti.

–Sabes lo que puedo hacer.

–No puedo meter gente en la familia así como así.

–Haz la guerra a los Vuotos y nadie te censurará por haberte saltado las normas.

–Además, tengo muchos hombres a mi servicio. No puedo nombrarte jefe de un equipo de entrada. Me odiarían.

–Diles que era de la familia de Johnny Bronco y que me aceptas en la tuya como recompensa por tocarle los huevos.

–Sí, Johnny Bronco. Esa es otra. Es un puto viejo con mucho aguante.

–Morirá pronto.

–Eso es lo que todos pensábamos, pero he oído que de repente se ha puesto mejor.

Hasmed sonrió con una mueca perversa.

–Escucha esto –dijo–. Tú sueles hacer apuestas, ¿verdad, Rico?

–Con algunas cosas.

–Yo también. Perdí mucha pasta apostando que los Cubs serían los campeones este año.

–Esa es una apuesta estúpida de cojones, si permites que te lo diga.

–Te apuesto a que Johnny Bronco muere en el plazo de... No sé, ¿dos días? Si es así, tenemos trato.

–¿Y si no?

Hasmed se encogió de hombros.

–¿Un cuarto de millón en un año y medio te parece justo? Puedo darte veinte de los grandes ahora mismo.

* * *

Mientras esperaba en el comedor del motel Súper 8, Hasmed estaba nervioso. Le había gustado la matanza; le gustó mucho. Serrar la cabeza de Rock había sido lo más divertido que había hecho desde la Caída.

En cierto modo.

Pero también hizo que se sintiera triste y abatido. Aún había en él una parte luminosa, algo que el Infierno no había aplastado y esa parte no quería que Hasmed se volviera otro Rabbadün, otro asesino jubiloso. Ese pequeño destello era todavía un ángel guardián y cada vez que Tina le miraba se hacía más poderoso y verdadero. Más que a Sal o incluso a Vodantu, ese destello temía a aquello en lo que Hasmed podía convertirse si se entregaba a ese gozo terrible e inmisericorde.

Ahí estaba otra vez, esa maraña confusa de dos sentimientos encontrados tan propia de los humanos. Quería ver a Tina, lo *necesitaba*, y esperaba con todas sus fuerzas que ella calmara el dolor de su cólera y le ayudara a restituir el control sobre sí mismo. La necesitaba para introducir a la bestia de nuevo en su jaula. Pero, al mismo tiempo, ¿y si no lo conseguía? ¿Y, si al verla, sólo fuera para él

otro pedazo de carne, otro saco de vísceras que destripar y profanar para su impaciente señor?

Se sentó sobrecogido por la esperanza y el miedo, masticando un donut del desayuno supuestamente continental del motel, hasta que Roscoe bajó con Tina al vestíbulo.

–¡Papi!

Su abrazo era tan fuerte que incluso llegaba a ser doloroso.

–Hey, cariño. Buenas, Paum –dijo mientras le saludaba con la cabeza.

–Estás hecho una m... Un cuadro, Harv.

–Tú tampoco tienes buen aspecto, Ros.

–Anoche no dormí.

–Yo tampoco dormí mucho.

–¡Papi! ¡Papi! ¿Puedo comer cereales?

–Claro, cariño –se volvió a Roscoe y le dijo–. Hey, Gracias.

–Se encogió de hombros–. No, en serio. Me has hecho un favor inmenso.

–Harv, hay... Hay algo que debes saber.

–¡Papi! ¡Voy a coger un donut!

–Muy bien, cariño. Pero cuidado con la leche, ¿vale?

–Harv...

–Perdona, Ros; a veces es un terremoto. Bueno, tú ya lo sabes.

–¿Te suena el nombre de Zoth-Tocatil?

Hasmed tuvo cuidado de mantener una expresión neutral en su rostro.

–Ese sí que es un nombre raro, Ros. Nunca lo he oído.

–Bueno... Él... Él, o sea, habla a través de ti.

–¿Qué?

–¿Recuerdas cuando, bueno, me curaste?

–¡Papi! ¡Mira!

–Ahora no, cielo.

–¡No, papá! ¡Mira! ¡Mira!

–Un segundo –dijo Hasmed. Con una mirada de disculpa a Paum, cogió a Tina y paseó con ella por la sala, respondiendo a preguntas sobre la piscina, riéndole las gracias y escuchando la narración fragmentada y atropellada de su viaje a la carrera. Cuando

ya parecía más sosegada, regresó con Roscoe—. Bueno, Ros, ¿qué me estabas diciendo?

El boxeador abrió la boca y la cerró.

—Quizás ahora no sea el momento apropiado —dijo al fin.

—Vale... Quizás tienes razón, me tengo que ir marchando —dijo un suspiro y se arrodilló delante de su hija.

—Tina, corazón —dijo—. Ahora me tengo que ir. Te quedas con el señor Paum —los dos adultos lo habían discutido antes por teléfono, así que Roscoe estaba al tanto, pero él no estaba preparado para lo que ocurrió.

Tina explotó. Comenzó con un grito inarticulado, luego empezó a sacudir los brazos, mientras pateaba y chillaba.

—Cariño... —Hasmed trataba de sujetarla, trataba de contenerla. Su cara, bañada por lágrimas, estaba roja de ira y su nariz goteaba.

—¡Te odio! ¡Te odio, te odio! ¡No eres mi papá! ¡Me dices mentiras! ¡Eres malo! ¡Eres el malvado señor Cara-muerta!

Entonces fue cuando su *papá* perdió el control.

—¡Tina, maldita sea! —comenzó a decir y su voz subió de volumen y profundidad a medida que su cara enrojecía tanto como la de su hija—. ¡No tengo por qué aguantar esta mierda! ¿Me oyes? ¡Estoy haciendo esto por ti! ¡Lo he dejado *todo* por ti! —tenía una mano en cada hombro. No la estaba zarandeando, pero sus nudillos estaban blancos. No porque apretara con fuerza, sino debido al esfuerzo que hacía por no clavar sus dedos en ella.

El enfado de Tina se tornó miedo bruscamente pero su padre la tenía cogida. Lo que más miedo le dio fue su propia reacción, que adoptó instintivamente; se quedó paralizada, inmóvil, salvo por el temblor de su boca mientras sollozaba en completa aflicción.

Hasmed se desinfló.

—Tina, tienes que dar un respiro a tu viejo —susurró.

Roscoe se acercó sin poder decir nada y rodeó con sus brazos a la niña. Ella se dio la vuelta y enterró el rostro en su pecho.

—Ya —dijo Paum—, ya. ¿Qué tal si le das un beso a tu papá, eh? Para darle buena suerte. ¿Un abracito a papá?

Ella no pudo hacerlo.

* * *

Rabbadün estaba esperando en el aeropuerto.

–¿Aún tienes esta chatarra de coche, eh?

–Cierra la puta boca.

–Sí, señor. O gran Asharu, O excelso Hasmed del Azote Maldito –giró la cabeza, con una mueca sarcástica–. Bueno, ¿dónde vamos?

–Quiero que encuentres a alguien para mí.

–Creía que vosotros los Ángeles del Firmamento no necesitabais ayuda de nadie para esos menesteres –mientras hablaba, Rabbadün tamborileaba los dedos sobre el salpicadero del coche.

–Han sido un par de días difíciles y necesito conservar mi fuerza. Además, además tengo que llegar hasta él y alejarme de allí velozmente.

–Ah, ya veo. O sea que básicamente soy tu chofer, ¿eh?

–Eso es, algo así.

Rabbadün asintió.

–Bien, necesitaré tres sílabas de tu Nombre Verdadero.

–¿Qué? ¿De qué cojones me estás hablando?

–Hey, es *quid pro quo*. Das algo y recibes algo. Una mano lava la otra. Tú me rascas la espalda y...

–Tengo tres sílabas para ti: que te den.

–Entonces me temo que no puedo ayudarte.

–Con tal de que hagas lo primero...

–Tampoco voy a ayudarte a encontrar a ese tipo.

Los neumáticos chirriaron cuando Hasmed detuvo el coche en el arcén de la autopista.

–Escucha, maldito Neberu lameculos, no te estoy *pidiendo* ayuda, te la estoy *exigiendo*.

–¿Con qué autoridad?

–¡Con *mi* autoridad!

–¿Y qué autoridad es esa? ¿Algún derecho emanado de Dios para regir casas inferiores? No creo que el Anciano de los Días esté dispuesto a agachar las orejas y concederte ese honor. ¿O te refieres a tu rango en el ejército de Lucifer, un ejército que perdió y fue enviado

al Infierno de una patada, pudriéndose allí ocho mil años? ¿Un ejército a cuyo cabecilla aún *no se ha podido encontrar*? –la risa burlona de Rabbadün derivó en un gruñido.

–Bienvenido a la Quinta Era, cabeza hueca. La única autoridad aquí es la del poder. A ti te falta, yo lo tengo, así que lo que vas a...

–Roscoe había estado entrenando con Hasmed con los dos sacos de boxeo, el rápido y el pesado, así que, cuando asestó un puñetazo a su pasajero en los morros, fue un golpe muy bueno–. ¿Quieres competir conmigo en esto, pedazo mierda?

La respuesta de Rabbadün fue abalanzarse por encima del asiento con la idea de estrangularlo. Hasmed recibió dos buenos golpes en la nariz antes de que estuvieran uno sobre otro, antes de que los dos se vieran imposibilitados para dar puñetazos y se limitaran a empujarse, morderse y arañarse.

Como por obra de un acuerdo tácito, ninguno de los dos pasó a forma demoníaca. Ambos combatían en un mundo en el que ya no cabían los ángeles e, incluso mientras forcejeaban, podían sentir la presión del reino mundano oprimiéndoles. El peso de alquileres injustos, entrevistas de trabajo y muebles que necesitaban otra tapicería, el peso de lápices con goma desgastados, filtros de radiador atascados y césped con necesidad urgente de fertilizante. El mundo del hombre les mantenía subyugados en su forma humana y ninguno de los dos quería ser el primero en luchar para librarse de ese dominio.

Al final, Hasmed, que era el más pesado, ganó el combate. Hizo que Rabbadün girara a la izquierda, cayendo al suelo del *sedan*, con la palanca de cambios clavándose en su espalda.

–Vale, vale –dijo Rabbadün mientras Hasmed intentaba aplastar sus ojos en las cuencas con los pulgares–. Tú ganas –respiró profundamente–. Una sílaba.

Hasmed suspiró. ¿Por qué no? ¿Para qué le iba a servir? Además, de todos modos, se suponía que eran aliados. Pronunció una sola sílaba inhumana y ultraterrena en el primer lenguaje.

–Eso –Rabbadün se limpió un poco de sangre de su nariz–. ¿Era *tan* difícil?

Gruñendo, se separaron y regresaron a sus asientos. Una vez

que recobró el aliento, Hasmed volvió a la autopista.

Mientras cambiaba de carril, Hasmed se preguntó por qué debía molestarse. En el supuesto de que matara a Sal, como había matado a Rock, AC y los otros, ¿qué pasaría? Sería un podrido y sucio gángster en la banda de Pudoto en lugar de en la de Johnny Bronco. Genial. Sal afrontaría ese destino ineluctable que nadie conocía y que Dios había reservado únicamente para la humanidad. De un modo u otro, habría acabado ya con Hasmed, con la Mafia y con el resto de la mierda de la vida.

Por un momento, Hasmed le envidió profundamente y esa envidia avivó el rescoldo de odio que había estado manteniendo a raya.

¿Por qué debería escapar Sal de aquí? ¿Por qué debería Sal ser liberado de este mundo enfermo y lleno de mierda, mientras que Hasmed tenía que permanecer en él, hundido hasta las rodillas en su inmundicia? ¿Qué había hecho Sal para merecer la recompensa de la muerte, para ganar su certificado de salida de la cárcel, para descubrir por fin cuál era el plan último de Dios?

Y una mierda.

Sal no iba a vivir para siempre, al contrario que todos los ángeles caídos, como sabía Hasmed sin ningún género de duda. Pero en ese momento, decidió que Sal no iba a escapar del infierno de la Tierra, al menos por ahora no.

–Al sufrimiento le agrada la compañía –murmuró.

–¿Cómo? –cuando Hasmed se giró y posó la vista en él, Rabbadün dio un respingo. Bien–. Yo sólo... sólo quería saber a quién tenía que encontrar y adonde tenemos que ir.

–Un tío llamado Scott –dijo Hasmed–. El hijo de Sal Macellaio.

* * *

La madre de Scott no era la esposa de Sal. Había sido camarera en Idaho, por donde Sal había pasado exactamente dos veces. Scott había sido un error, una equivocación entre tantas otras, pero todo fue para bien. Cuando Sal pasó por Idaho diez años después, vio a un niño sentado en el mismo restaurante. Un niño que se le parecía.

Un niño guapo, de rasgos delicados, que estaba pintarrajeando robots y jirafas en su cuaderno de la escuela. Y el parecido, maldita sea, era sorprendente.

Sal no sacó conclusiones precipitadas pero recordó a su madre, recordó su anterior viaje a Idaho y, cuando estuvo seguro de que el niño era suyo, hizo lo correcto. Un montón de cosas, de hecho. Hizo cambios. En Idaho no era difícil. Pagó la educación de su hijo, le compró ropa, contrató a un profesor para que le enseñase a usar el aerógrafo cuando quisiese. Nada especial, pero sí para Scott.

En realidad, Sal no veía a Scott tan a menudo. Scott pensaba que Sal era un tío lejano muy simpático. Pero había algo en Scott que hacía que Sal se sintiese bien. El crío era un artista. Era listo. Su madre se había casado y vivían en un buen vecindario, un lugar donde los vecinos hacían fiestas, se prestaban las herramientas y donde todos cuidaban de los niños de todos.

Era normal y saber que había algo normal en alguna parte, que su *hijo* estaba siendo normal en algún lugar, era algo que le producía una satisfacción enorme. Sal había hecho cosas malas. Había matado a un soplón con un taladro eléctrico, había disparado a guardas de bancos, había estrangulado a un investigador que se había vuelto demasiado engreído, había escamoteado un montón de dinero de un fondo de viudedad para profesoras, pero no pasaba nada. Así era la vida. Cuando se sentía mal por ello, pensar que su hijo Scott nunca tendría que hacer esas cosas volvía a poner todo en su sitio.

Por eso se sobresaltó tanto cuando Scott fue amenazado y por eso ingresó la pasta para que el crío fuese a una escuela de Artes y Oficios de París para un semestre. Sal imaginaba que "Maese Fortuna" se habría calmado para cuando Scott regresase y encontrar un estudiante americano en concreto en toda Europa... eso no podía ser posible, ¿no?

* * *

Las cosas estaban al rojo. Johnny Bronco murió dos días después de que Hasmed se esfumara de allí. Sal, Cohn y Acero Pete acordaron que era preferible que los *soldati* no lo supieran hasta que

todo volviera a su cauce.

Pudoto era cada vez más atrevido. La sangre se derramaba en los dos bandos, los gánsteres pasaban zumbando entre las dos ciudades en trenes, en aviones y autocares, transportando armas, granadas y dinero. Ambos bandos se estaban masacrando mutuamente y la policía estaba encantada. Era la guerra y se combatía con fuego, astucia y traición. Sal Macellaio estaba en primera línea.

Sal encontró una cinta de cásete en el buzón de su casa. Había estado fuera toda la noche, discutiendo con Acero Pete, tomando complicadas decisiones sobre a quién mandar a dónde y a hacer qué. Quién podría arriesgarse a ir a la cárcel. En quién podían confiar en Nueva York, Boston y Filadelfia.

Cuando llegó a casa, allí estaba la cinta con una etiqueta que decía "Scott".

Nada más verla, sintió pánico. Quería ir a dormir, estaba agotado pero sabía que tenía que oírla.

Inquieto, tomó una bocanada de aire, regresó a su *Cadillac* e introdujo la cinta en el radiocasete. No quería oírla en casa.

Hubo un rumor, un siseo de interferencias de audio y luego, de pronto, la voz de Ciullo.

–¿... siquiera sabías que era tu padre?

–Salvatore Macellaio es mi tío. Estáis... estáis completamente equivocados.

–Él es tu padre, chico. Joder, no eres muy listo, ¿verdad?

Sal articuló una mueca de dolor. Scott era una alma pura, no estaba acostumbrada a las rudezas.

–Antes de que mueras, chico, vas a maldecir el nombre de tu padre.

–Os he dicho que...

Hubo un rotundo sonido de bofetada y Sal forzó otra mueca.

–Hagamos esto sin tanta palabrería. Sal es tu padre, no tu tío.

–Hey, a menos que sea tu padre y tu tío –esta era una voz nueva y desagradable, que Sal no conocía–. Eso sería muy cachondo.

–Mirad, quien... quienquiera que seáis vosotros, queráis lo que queráis, yo, yo puedo... –la voz de Scott era temblorosa. Estaba

tratando de ser valiente. Por primera vez en ocho años, una lágrima rodó por la mejilla de Sal.

–Te diré lo que *quiero* –dijo Ciullo–. Quiero que Sal sufra. Quiero que sufra tanto como yo he sufrido.

–Siento que tú... Pero, oye, no es... Yo...

–Dolor físico –dijo Ciullo con filosófica frialdad. Luego repitió–. Dolor *físico*.

–Ah... Ah... ¡Ahhhhiiiiieeee!

–Duele, ¿eh, chico? –Scott estaba sollozando de fondo mientras Hasmed hablaba–. Pero sólo es carne. Al final desaparece, ¿sabes?

–Oh, por favor... por favor...

–Pero, ¿quieres saber cuál es el tormento real? El tormento real es saber que alguien al que amas va a morir y no puedes hacer nada para salvarle.

–Oh, *Dios*...

–Sal mató a mi hermana, sí. Mi hermanastra, realmente; ella era una buena mujer que nunca hizo mal a nadie y tu *papaito* la mató sólo porque me quería joder a mí.

–Mi padre... mi *tío*... es... ¡Importa comida extranjera! ¡Vende aceitunas y quesos! ¡Nunca mató a nadie!

–¿Es que no lees los malditos periódicos? ¿Nunca has oído hablar de Sal Macellaio, el supuesto secuestrador y atracador, supuesto miembro de la familia criminal de los Vuoto? ¿No? Enganchado a las páginas de los cómics, ¿eh?

–Nada de eso... Soy de Idaho, no hay...

–Idaho, ¿eh? Curioso.

Hubo otro grito, agudo, prolongado y lleno de desesperación.

–Quiero que digas que odias a tu papá.

–No.

Otro sonido de dolor, este más suave, como un jadeo.

–Quiero que digas que odias a Sal Macellaio.

–¡No!

–Dilo –susurró Sal, sabiendo que ya era demasiado tarde, sabiendo que su hijo debía de estar ya muerto, pero aún albergaba vanas esperanzas.

–Éste es otro tormento, así es. Cuando *amas* a alguien y lo das

todo por ellos y haces sacrificios que no pueden llegar a entender pero ellos te *odian*. Es bastante doloroso.

–Vete al infierno.

Eso provocó sonoras carcajadas en ambos hombres. No era una risa malévolamente con el fin de intimidarlo. Eran carcajadas francas y genuinas que les salían de las entrañas.

–Chico, si tú supieras. Hey, ¿quieres ver algo? Mira esto.

–Nnnnn... ¡Nnnnnnnooooo!

–Sí, duele bastante, ¿eh? Duele que te cagas, ¿verdad? Pero, bueno, cuando se parten, ya está, ¿verdad? ¿Verdad?

La respuesta de Scott fue una serie de agudos sollozos.

–Pues no. Abracadabra. Azalakam, pequeño bastardo –la cinta registró un particular sonido parecido a un siseo y luego la voz de Ciullo de nuevo–. Como nuevos. Listos para ser aplastados de nuevo.

–Si se aplica con malicia, el don de la cura puede ser el más cruel de todos –esta era la segunda voz, el desconocido amigo de Harvey. Parecía tan feliz que casi rozaba la histeria–. Mira, no somos gánsteres. No somos patéticos rateros que transgreden las leyes humanas. ¿Se lo mostramos...? –hubo un corte abrupto en la cinta, unos segundos de vacío y luego la voz de Scott.

–Oh... Oh no. No. Por favor, no.

–LOS PECADOS DEL PADRE SE CASTIGAN EN EL HIJO –la voz era... infernal, poderosa, bella y terrorífica. Cada palabra era como la nota culminante de una sinfonía celestial, algo magnificante y asombroso. A pesar de lo defectuoso e imperfecto de la grabación, los huesos de Sal se estremecieron en su interior–. POR SU CRUELDAD Y SUS CRÍMENES, SERÁS CONDENADO Y ARROJADO A LAS FAUCES DEL DUQUE DEMONIO VO... –de nuevo aquel corte y el vacío. Algo se había perdido cuando la voz continuó–. ¡SUFRE TODA LA ETERNIDAD POR LA OSADÍA DE TU PADRE! AHORA, CON TU ALIENTO AGONIZANTE, ¡MALDICE AL HOMBRE QUE TE HA CONDENADO A ESTA AGONÍA! ¡ODIA A TU PADRE! ¡MALDICE EL NOMBRE DE SAL MARCHELLEO!

–ES MACELLAIO –dijo la segunda voz; una voz como el rugido de los truenos o como el siseo del granizo descargando su furia sobre una cosecha madura–. VAMOS, SCOTT. SABES QUE ÉL TIENE LA

CULPA. DEVUÉLVESELA. DALE ALGO PARA QUE TE RECUERDE.

–Oh Dios, oh Dios...

–EL QUE ESTÁ POR ENCIMA NO TE AYUDARÁ AHORA, SCOTT. NO LO HARÁ. NO PUEDE. SI QUIERES REZAR, REZA A TU NUEVO SEÑOR, V... –de nuevo el salto. ¿Qué querían ocultar?

Cuando la cinta volvió a oírse, estaba hablando Scott. Si la grabación hubiera comenzado en ese punto. Sal no habría reconocido su voz. Era su hijo, pero transformado por el dolor físico y el miedo. Un profundo, profundo miedo. Sal llevaba escuchando, qué, ¿cuatro minutos? Los cuatro minutos más largos de su vida. Cuatro minutos en los que la alegre, suave e inteligente voz de Scott se había convertido en ese lamento entrecortado, ese quejido, donde cada palabra gruñía bajo el peso del sufrimiento y el horror.

–Dios, por favor, mátame. Por favor, Dios, déjame morir. Por favor, por favor, Dios...

La fría risa de Ciullo ahogó las plegarias de Scott.

–Esa –dijo– es la única plegaria que Dios atiende siempre. Con el tiempo.

Hubo un sonido acuoso, como cuando se arranca un pedazo de carne cartilaginosa de un animal asado, y luego se produjo un silencio.

–Murió creyendo, Sal –era la voz de Ciullo otra vez, con una frialdad inhumana–. Tal y como tú morirás.

EPÍLOGO

Se suponía que el bar "TGI Friday" del aeropuerto Pearson de Toronto debía de ser alegre. Tenía una iluminación cálida pero la justa, sin llegar a molestar o deslumbrar. Las paredes estaban cubiertas con coloristas y cándidos recuerdos de tiempos mejores, ya perdidos en el pasado. Decoradores especializados habían diseñado hasta el último centímetro de su superficie para construir un lugar acogedor y animado. Los expertos habían cobrado importantes sumas por bautizar a las bebidas del bar con nombres ocurrentes. Incluso la

selección musical de la máquina de discos constituía una poderosa llamada a la diversión.

Pero mientras Sal Macellaio escuchaba en Jersey la grabación de la muerte de su hijo, el bar estaba invadido por la melancolía.

Esto no tenía nada que ver con Sal, Scott, o Hasmed o Rabbadün. No, la melancolía tenía su epicentro en un hombre negro bajo y calvo, que estaba sentado en un rincón del bar tomando una bebida de nombre extravagante.

El hombre negro llevaba vaqueros, un polo y mocasines baratos. No parecía desentonar en el lugar, excepto por una horrible cicatriz en la palma de la manó. Pero la mantenía en su regazo, fuera de la vista. Sin embargo, mientras se inclinaba y bebía, parecía irradiar una intensa sensación de mortalidad y depresión. Se desprendía de él como el mal aliento. Infectaba al barman, que fruncía el ceño al reponer las rodajas de limón y las aceitunas con sabor a ajo. Una camarera que pasaba a su lado se acordó de pronto de un ex amante, un hombre que ahora era sólo un recuerdo, pero un recuerdo triste. Ella arrugó la frente y las chapas y la minifalda que debía llevar hicieron que, de repente, se sintiera frágil y humillada. Con los hombros caídos, preguntó a un reparador de máquinas fotocopadoras y a su amiga (que era la administradora de los almacenes Foot Locker de la zona) si querían otra copa. Ellos decidieron, de improviso, pedir la cuenta para irse.

Desperdigados por todo el bar, los parroquianos perdieron interés por el partido de hockey que estaban retransmitiendo por televisión y comenzaron a hablar de pronto sobre sus penas y oportunidades perdidas o tenían riñas de poca monta que se olvidaban en cuanto salían al aparcamiento.

En pocas palabras, mientras el clima inicial era el de Buddy Holly cantando "Pequeña Sheila", había derivado de algún modo a Little Milton cantando "Lunes tormentoso".

Un hombre con centelleantes ojos verdes y tupido cabello pelirrojo entró en el bar y avanzó directamente hacia la fuente del malestar.

Aunque el pequeño aguafiestas negro estaba dando la espalda a la puerta, se estremeció con un escalofrío y se dio la vuelta, para

observar al recién llegado. Cuando sus miradas se cruzaron, el barman dejó caer un vaso de whisky canadiense. El bolígrafo Bic de la camarera reventó y le manchó de tinta los dedos mientras se lo estaba ofreciendo al reparador de fotocopiadoras. Pero este tenía sus propios problemas ya que se había clavado en las encías la pequeña espada de plástico de cóctel mientras chupaba la aceituna de su "mahrtooni" (no era un martini; era una bebida exótica llamada "mahrtooni"). En cuanto a la administradora de Foot Locker, se estaba atragantando con un trozo de hueso que había aparecido inesperadamente en las tiras de pollo.

–¿Qué estás bebiendo? –preguntó el pelirrojo animadamente. El hombre negro le clavó la mirada.

–Creo que se llama "Jugosa Lucy" –dijo. Su voz era agria como salmuera picante.

–Ah, ¿no era esa la que bailaba al estilo Watusi mientras sólo llevaba puestas unas zapatillas azules de ante? –se giró al barman y dijo–. Otra "Jugosa Lucy" para mi amigo de aquí y... Mmmm, yo quiero un chupito de Absolut Peppar y una pinta de Forsters –miró al hombre calvo y preguntó–. ¿Compartimos una ración de tiras de búfalo?

–No estoy aquí para hacer amigos, extranjero.

–Yo tampoco –el hombre negro gruñó pero no dijo nada–. Por cierto, el anillo que llevas es muy interesante.

–¿Quieres verlo de cerca? –lo dijo con el tono de "¿quieres que meta tu cadáver desangrado en una trituradora de madera?"

–El último tipo que vi con un anillo igual se llamaba Max Hirniesen –movió la cabeza al tiempo que el barman les servía sus bebidas–. Gracias.

Los ojos del hombre negro se abrieron como platos.

–Así que tú eres ese.

El hombre de ojos verdes sonrió y posó modestamente las manos sobre su pecho.

–Culpable –entonó burlonamente. Luego parpadeó–. Me lo puedes agradecer pagando la siguiente ronda.

–¿Quién eres tú?

–Max pensó que era una mujer llamada Penélope, pero se equivocó. A ver si lo adivinas tú.

–Adivinar nombres es un juego peligroso para nuestra especie. Cada nombre erróneo llama la atención.

–Te daré pistas, entonces. ¿Quién pondría un arma de tal poder en las manos de alguien tan despreciado por sus congéneres, alguien que fue una vez de los Malhim, uno de los más temidos guerreros del Cielo, alguien que indudablemente dirigiría su poder contra los otros presos del Infierno?

–Habría dicho que eres un sirviente del Creador de Todas las cosas, pero sé que no eres nada parecido.

El pelirrojo adoptó un semblante serio por primera vez desde que entrara en el bar. Abrió la boca pero en vez de hablar bebió su trago de vodka.

–He estado siguiendo tus trifulcas con Vassago. Muy interesantes –el hombre negro contuvo el aliento. El pelirrojo agitó la mano negligentemente–. Tu diabólico adversario no *me* rastreará por esa simple elocución. Confía en mí.

–Antes confiaría en que una serpiente diese de comer a un gatito.

–Mmmm. Probablemente lo merezco –dijo el pelirrojo, bebiendo un sorbo de cerveza–. Pero eso no cambia algunos hechos esenciales. Te has ganado un enemigo poderoso, alguien a quien no estás preparado para combatir... todavía. Le has herido, pero está en guardia y un Neberu prevenido es un contrincante realmente peligroso –otro sorbo–. Especialmente uno que ha corrompido a un siervo del Cielo.

–¿Qué sabes de eso?

–La pregunta es, ¿qué sabes tú?

El hombre calvo agachó la cabeza, mientras pasaba los dedos de una mano por las marcas de cigarrillos de la mesa.

–Sé que el Creador de Todas las cosas no me ha perdonado.

–Ja. Dé todas las lecciones que podrías haber aprendido, esa es la peor. Lo que *deberías* haber aprendido es que los bandos no están tan claramente divididos como siempre has creído –se encogió de hombros–. Aunque supongo que alguien que ha pasado por la condenación en el Infierno pasaría por alto incluso las evidencias más obvias.

–¿*Quién eres tú?* –su tono y su volumen atrajo las miradas inquietas del barman y la camarera. Muchos de los otros clientes acabaron sus copas y encontraron motivos para irse apresuradamente.

–Yo, como tú, soy el enemigo de los moradores del Abismo. Soy el enemigo de los demonios que acechan como tumores sobre la dulce piel de la tierra. Puedo guiarte hasta esos grandes monstruos cuando sean más débiles y puedo enseñarte el mejor modo para arrebatárles su poder y usarlo contra sus inmundos congéneres –el hombre negro se levantó de la banqueta y se puso en pie, alerta–. Soy tu aliado y mecenas y soy el único de nuestra especie que te ayudará. Me han llamado El Más Glorioso y el Príncipe de Este Mundo y el Adversario. Me llaman el Lucero del Alba, el Portador de Luz y el Señor de las Mentiras.

–Lucifer.

El hombre de pelo encendido sonrió sin alegría ninguna. Y puso un dedo a lo largo de su nariz.

–Exacto, Usiel. Y tenemos mucho trabajo que hacer.

{**Final vol.01**}